Codicia

ELENA GARQUIN



EL CLUB DE LOS BASTARDOS I

Derechos de autor © 2025 Elena Garquin

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del código penal).

Título original: Codicia (El Club de los Bastardos #1)

Primera edición: ©Elena Garquin, septiembre 2025

Maquetación: ©Elena Garquin

Diseño de portada: ©Elena Garquin

Imágenes de portada: Bing creator image y Freepik

Para todos aquellos que codician un amor inolvidable

Codicia

ELENA GARQUIN



EL CLUB DE LOS BASTARDOS I

Sígueme en Amazon para estar al tanto de todos mis lanzamientos.

Gracias por leerme.

Escanea el código QR

INTRODUCCIÓN

Londres, 1814

Reginald Ashworth agonizaba.

Sentía cómo su sangre se escapaba impunemente de su cuerpo, dejándolo cada vez más débil.

Más indefenso.

Más lleno de pánico ante lo que estaba presenciando, y las consecuencias que supondría.

—No… encontrarás… lo que buscas…

La persona que hurgaba entre sus cajones después de haberlo apuñalado, se giró hacia él.

—Ese dinero me pertenece, Reggie. Lo sabes —le advirtió.

—No puedo darte… lo que no es mío… ni tampoco tuyo… —Haciendo un supremo esfuerzo, consiguió arrastrarse hasta una silla volcada, en mitad del estropicio que ya era habitual en su vida—. Le pertenece a ella.

—¿Ella? ¡Es una bastarda, no uno de los nuestros! ¡Su padre se lio con aquella cantante escocesa, y cuando su mujer murió, se exhibió por ahí con su furcia y con la criatura! ¡No contento con eso, le consiguió un buen matrimonio gracias a la mitad de la sangre que corría por sus venas! ¡Ese dinero nunca fue de Gabbie!

—Si lo quieres… tendrás que pasar por encima de mi cadáver… —La siniestra sombra oscura se quedó rígida al escucharlo. Un instante después, se encontraba inclinada sobre Reginald—. Es mi sobrina.

—No según la ley.

—Pero... sí según la... sangre.

—¡No le debes nada! ¡Deja que se busque la vida! ¡Bastante suerte ha tenido con un matrimonio noble que le ha procurado descendencia! ¡Todavía puedes sobrevivir! Dime dónde está lo que busco, y te llevaré a un médico.

—¿Y arriesgarte a que te delate en cuanto… me reponga? No me creas… tan estúpido… Prefiero… marcharme de este mundo… pensando que tu conciencia… quedará manchada para siempre… por cuatro mil libras… que a Gabbie le servirían… para seguir optando a un buen enlace…

Solo le dio tiempo a hacer un rápido recorrido visual por el escabel roto que, junto con las botellas vacías, la ropa sucia, los

libros tirados por ahí y el mal olor reinante, le advertían que quizá, él era el menos indicado para proteger la honorabilidad de su sobrina.

—¡Iluso! ¿Ya no recuerdas que invertiste la mayor parte del dinero en una pequeña empresa de fundiciones? —exclamó su atacante, mientras provocaba aún más desorden vaciando todos los cajones—. Con la guerra, esa fundición consiguió tantos contratos que se ha convertido en un imperio. Las cuatro mil libras son ahora cuarenta mil.

—No puede… ser…

—Ah, claro que lo es, amigo mío. Por eso necesito los malditos papeles.

Aunque su consciencia se le escapaba igual que el agua entre los dedos, el cerebro de Reggie realizó un último esfuerzo.

—Te diré dónde está… si a cambio confiesas que mataste a sus padres… hundiendo el barco en el que viajaban…

—El plan no salió del todo bien, puesto que ella sobrevivió. Demasiadas complicaciones que empezarán a solucionarse con la documentación que voy a encontrar, con tu colaboración o sin ella.

Reggie apretó los párpados, mientras un sudor frío empapaba su cara y comenzaba a arrepentirse del modo en el que había hecho las cosas.

Tendría que haber cuidado mejor la herencia que había decidido legar a la muchacha, en lugar de depositar el dinero en un fondo de inversión privado a su nombre, con él como administrador, solo para protegerlo de las codiciosas manos del esposo que su padre le buscó.

Ahora, ella estaba en grave peligro porque también figuraba en la cuenta, con lo que la persona que le había clavado un puñal en el estómago tendría que librarse de ella para acceder al dinero.

—Si le haces algún daño… te mataré —siseó, intentando incorporarse en un último esfuerzo.

—¿Lo dices en serio? Veo que todavía no has asimilado tu situación, pero bueno, ya no importa. —Se inclinó hacia él para atravesarlo con una mirada fría, antes de centrarla en el enorme charco de sangre que le rodeaba, y que se hacía más grande a cada

segundo que pasaba—. Nos veremos en el infierno, Reginald Ashworth. Dentro de mucho, mucho tiempo.

Sus ojos, empañados por la incipiente neblina de la muerte, se detuvieron un instante en el antebrazo de la mano que lo sujetaba por la pechera.

Vio los rasgos difusos de lo que parecía una flor de lis.

A su mente acudió una noticia que había escuchado días atrás: el asesinato de una joven prostituta, no lejos de allí, marcada con la misma figura.

—Tú… también… estás…

—Nunca lo sabrás —respondió su atacante con satisfacción—. Del mismo modo que tampoco averiguarás si tu preciosa protegida es arrastrada al fondo del fango.

Reggie quiso resistirse, pero solo pudo dejarse llevar por la debilidad, las imágenes cada vez más borrosas de su asesino, y el sabor amargo de que, por una vez en su vida, había sido lo bastante previsor como para salvar a Gabrielle de la amenaza que se cernía sobre ella.

UNO

Escocia

—No puede ser cierto.

Ramsay McKnight contemplaba el contenido de la carta que acababa de entregarle su primo Thomas, como si esta contuviera un pasaje directo al infierno.

—Tú mismo has roto el sello lacrado, *co-ogha*[1]. Si insinúas que he podido adulterar su contenido…

—¿Por qué ibas a hacer eso?

—¿Para dar un poco de color a esa cara tan fea que tienes? —Con su habitual sonrisa socarrona, Thomas se sirvió un vaso de *whisky* de la licorera, sin esperar a que Ram hiciera de anfitrión, y ocupó uno de los dos sillones del enorme salón de la casa de su primo, junto al fuego—. Empiezas a parecerte a un perro apaleado que necesita ayuda con urgencia.

—Te aseguro que la voy a necesitar…

—¿Al fin mi querido lord Lexter va a aceptar su rango, en lugar de actuar de anfitrión con las manos llenas de tierra y la ropa sucia? Cualquiera diría que no tienes servicio suficiente para atender hasta tus más mínimas necesidades.

—Me gusta encargarme de ciertos asuntos yo mismo —replicó con aspereza—. ¿O es que tienes queja del modo en que Willis se ha comportado hasta que se me ha avisado de tu presencia?

—Si tu personal de servicio fuera sometido a un examen para atender al regente, lo aprobaría sin un solo fallo. No son ellos los que me preocupan, sino tú. Si necesitas hundirte en la porquería

para escapar de ti mismo, respira hondo y bebe conmigo, porque traigo otra noticia además de esa carta.

—¿Más?

Maldita fuera su estampa, parecía que la mala suerte lo perseguía desde que había regresado de la última campaña contra Napoleón, hacía ya un condenado año y medio. En pago por sus servicios, el Parlamento le había concedido una casa solariega en Inglaterra que añadir a su patrimonio, a media hora de Hampshire, pero él había preferido refugiarse en aquel rincón de las *Highlands*, lejos del mundanal ruido.

El único lugar donde podría dominar sus demonios, sin miedo de perjudicar a nadie.

Vivía a gusto, inmerso en su soledad. Salía a cabalgar a diario. Y como eso no mitigaba el sentimiento de culpa que arrastraba, se empeñaba en agotarse en el huerto que él mismo había construido en el cerro salpicado de árboles retorcidos y oscuros, ubicado en la parte trasera de su casa. Una edificación con estructura griega, tanto por fuera como por dentro.

Ostentaba el título de conde de Lexter, pero permanecía aislado de cualquier evento social. Solo recibía las visitas de su primo Thomas y de su esposa Alice, en contadas ocasiones. Ya no recordaba cuándo había sido la última vez que alguien le había entregado una misiva con cualquier clase de contenido.

Hasta aquella mañana.

—Reginald Ashworth ha muerto en su casa de Londres —explicó Tom—. Hace…

—No importa.

—¿Qué acabas de decir?

—¡Que no importa cuánto haga de eso! ¡Lo único importante es que su muerte justifica el contenido de esta maldita carta!

La lanzó al suelo, incapaz de hacerlo a las llamas para que se la tragaran, y que así no quedara constancia de lo que se le pedía en ella. Pero su ridículo sentido del honor le sirvió para esconder la enorme tristeza de saber que Reggie había muerto, tras su habitual máscara de frialdad e indiferencia, que tan buenos resultados le había dado siempre.

—Si no llevaras la vida de ermitaño que llevas, te hubieras enterado al día siguiente de producirse —comentó su primo—. Los periódicos se han hecho eco del suceso. No todos los días un caballero muere de un disparo en una casa de Bethnal Green…

—¿Reggie, viviendo en esa cloaca del East End de Londres?

—Justo en el lugar donde hallaron el cuerpo sin vida de una prostituta, brutalmente marcado con una flor de lis, sí. Imagino que sabrás…

—¡Tendría que haber muerto para no enterarme de eso! Pero Reginald… ¡Él fue un héroe de guerra! ¡Tenía fondos suficientes como para vivir mejor que bien! ¡Luchamos codo con codo en Toulouse! ¡Creamos unos lazos de amistad que permanecieron después de la guerra!

—Y mientras tú ahogas tus monstruos en la soledad, al parecer él lo hacía en el alcohol. Debía estar arruinado si terminó sus días siendo víctima de un asalto. Los agentes lo encontraron en medio de un charco de sangre con un agujero en el pecho, cubierto por un sinfín de documentos rotos, igual que gran parte del escaso mobiliario.

Ram apretó los párpados, tomó aire y se masajeó las sienes.

Tom sabía mejor que nadie que hacía tiempo que había aprendido a mantener a raya los sentimientos. De nada bueno le habían servido en el pasado, y pensaba seguir desechándolos con el desprecio que merecían. Aunque en su fuero interno, llorara sin consuelo por la pérdida de un amigo, en unas circunstancias, como mínimo, extrañas.

—No lo creo —afirmó con contundencia, rompiendo el silencio reinante entre los dos hombres.

—Si me explicas a qué te refieres exactamente…

—A su presencia en esa parte de la ciudad. A que viviera allí de forma habitual. —Como si le hubieran colocado una punta en su asiento, se levantó de golpe y se dedicó a pasearse a un lado y a otro del salón, perdido en unos pensamientos que poco a poco, comenzaban a tomar sentido—. Reggie no era de esa clase de hombres. La guerra le inutilizó un brazo y pasó una mala temporada, pero después se recuperó y volvió a ser el de siempre.

—¿Un calavera que terminó en la miseria?

—Un hombre alegre al que le gustaba disfrutar de la vida. Generoso con aquellos que le importaban —le respondió, con una oscura mirada de advertencia—. Prueba de ello es esta petición. Administrador de los bienes de la baronesa de Darkness, cuando seguramente su difunto esposo tendría parientes varones que se podrían encargar de eso.

Sin más, le extendió la carta. Su primo la leyó con detenimiento, hasta que una mueca de incredulidad hizo que abriera la boca hasta más allá de lo posible.

—¿Tú, tutor de un niño y administrador de la herencia de una viuda menor de edad? —De pronto comenzó a reír a carcajadas, hasta que los ojos le lagrimearon y el estómago le dolió—. ¡Perdóname, pero no puedo evitarlo! ¡Eres tú quien necesitaría uno! Quizá por eso me hizo llegar la misiva a mí en lugar de a ti…

—Punto número uno: se trata de su sobrina, Gabrielle Basset, viuda de Arthur Basset, barón de Darkness. Y punto número dos: si él te hizo llegar la misiva a ti, era porque sabía, gracias a nuestras largas conversaciones, que eras de mi total confianza. Además, me inclino a pensar que no se fiaba de nadie más para que yo la recibiera con garantías. Lo cual me dice que quizá tenía miedo. Que, solo a lo mejor, lo que le ocurrió no fue producto de un asalto.

—¿Hablas de un asesinato con otros fines distintos del robo?

—Hablo de que es posible que no sea tan sencillo como parece, sobre todo cuando me suplica que me convierta en administrador de los bienes de la baronesa, afirmando la validez legal de su propia carta para ello —afirmó Ram, mientras su mente funcionaba a pleno rendimiento—. Créeme. No deseo hacer de niñera de ninguna mujer, soltera, casada o viuda, más de lo que lo desearías tú. Mucho menos de un niño. Pero voy a hacerlo, no solo porque mi amigo me designó a mí para tal encargo, sino porque él sabía que tendría que llevarlo a cabo, lo que indica que la muerte del barón podría haber sido para él tan predecible como la suya propia.

—Eso, o la persona que lo mató ya había amenazado a la tal Gabrielle antes de acabar con él.

—Buena deducción. Eso explicaría que pudiese escribir esta carta y enviártela antes de morir. Y confirmaría nuestras sospechas.

—Eh, un momento. ¿Nuestras? Querrás decir tuyas.

—Te di de comer cuando te quedaste huérfano. Te ofrecí la posibilidad de conseguir todo lo que ahora mismo posees, cuando recibí mi título. —La cara de Thomas se desencajó, pero la suya mostró una malvada sonrisa—. Sabes mezclarte en los bajos fondos para sacar información mejor que nadie. Ambos nos hemos beneficiado de esos dones tuyos demasiado a menudo. Tu mujer se fijó en ti gracias a mí, seamos sinceros.

—Siempre lo hemos sido. Pero esto ya me parece demasiada… sinceridad.

—Nunca es demasiada si se pide algo a cambio.

—Te conozco —aventuró Tom sin convicción alguna—. No me gusta nada esa mirada…

—Vendrás conmigo.

—Ni lo sueñes. A Alice no le gustará en absoluto.

—Alice estará de acuerdo cuando sepa que me ayudarás a descubrir qué o quién hay tras la muerte de Reginald, además de instruirme acerca de las funciones de tutor para el hijo de una baronesa —añadió, echando un nuevo vistazo a la carta—. Al parecer, ese barón no dejó ni siquiera un testamento que pudiera aclarar las cosas a ese respecto.

—Imagino que no pensaba morir tan prematuramente. Cayó del caballo y se rompió el cuello.

—¿Ves? Por eso necesito que me acompañes. No puedo ser un buen referente para una joven indefensa y su pequeño, si desconozco detalles como esos. Vendrás.

—No puedo… A no ser que aceptes mis condiciones, que también serán las de mi esposa. ¿Para qué está la familia, si no es para facilitar ciertas cosas? Tengo que ser honesto con Alice. Ella conocerá todos los detalles del viaje.

—¿Es un chantaje?

—Es un trato. La baronesa espera. Y a juzgar por la carta, no tiene mucho tiempo…

—Bastardo —murmuró a regañadientes, mientras le estrechaba la mano de mala gana.

Tom lanzó una carcajada y sacudió la cabeza.

—Esa es tu definición perfecta, primo —concluyó con sorna, a sabiendas de que, de un modo un poco retorcido, decía la verdad.

DOS

Hampshire, Inglaterra

—¿Vas a hacerlo?

—Sí.

—¡No puedes!

Gabrielle se giró hacia su cuñada Victoria, que la observaba tan estirada como la colcha de la cama sobre la que estaba sentada, e igual de escandalizada al contemplar su aspecto.

—Bueno, a lo mejor sí puedes —rectificó al ver la mirada azul cielo clavada en ella—. ¡Pero no debes!

—Y ahora viene cuando empleas los siguientes cinco minutos en exponerme argumentos demasiado débiles como para que los tenga en cuenta.

—¿Me vas a conceder tanto tiempo?

—Con la mitad tendrá que sobrarte. Tu marido vendrá a buscarte en cuestión de unas horas, personalmente. Y no queremos hacer esperar a lord Gladstone, duque de Knox…

—Clifford y yo os ayudaremos. Él ha venido ejerciendo el papel de tutor de Bastian desde que te quedaste viuda. Puede ampliarlo al de administrador en el momento en que le des permiso. Aunque sabes que no lo necesitaría, también sabes que solo queremos tu conformidad en todo lo tocante a vosotros. —Desesperada, Victoria la tomó de los hombros. Con el movimiento, algunos rizos negros se escaparon del pañuelo que los ocultaba, pero eso no la echó atrás. Con un último vistazo al atuendo de campesina, lanzó otro al pequeño hatillo que permanecía sobre la silla del dormitorio—. Por favor… Sebastian es mi sobrino. Le encantaría vivir con nosotros.

—A mí no. Lo último que quiero es resultar un estorbo.

—¡Ninguno lo seríais! Mi hermano Arthur fue tu marido, pero también un derrochador que os dejó casi en la indigencia…

—Nuestra amistad, y Sebastian, fueron lo único bueno de ese matrimonio. —Una mirada de tristeza se escapó hacia la puerta, antes de forzar una sonrisa—. La situación no es tan grave, pero quiero solucionarla sin el poder de un ducado. He podido pagar a los principales acreedores de Arthur con lo poco que quedó después de su muerte.

—¡Pero no dejó testamento! El resto se abalanzarán sobre vosotros como aves de rapiña, antes incluso de que logres vender la alhaja que llevas contigo, como si fueras una ladrona. Por Dios, Gabbie, hemos guardado estas correrías estúpidas en silencio demasiado tiempo…

Ella le dio la espalda unos instantes.

Necesitaba reponerse del cargamento de pena, mezclado con rabia, que siempre la acometía cuando hablaba del fiasco de su matrimonio con la única hermana de su esposo, y su mejor amiga. Simplemente, un pensamiento llevaba a otro, y entonces se encontraba soportando de nuevo las miradas especulativas de la aristocracia cuando, con quince años, se casó con Arthur.

Siempre se había preguntado qué fue lo que llevó a alguien como el barón de Darkness, a posar sus ojos sobre ella con fines honorables, el día que visitó el despacho de su padre, un abogado tan humilde como la misma Gabrielle.

La primera vez que se le ocurrió exponer sus dudas al barón, justo antes de la noche de bodas, recibió una bofetada por respuesta, que derivó en toda una serie de humillaciones que se repitieron a lo largo del tiempo. Por fortuna, su padecimiento terminó el día en que el malnacido se rompió el cuello al caer del caballo. No se arrepentía de no llorar su pérdida, pero no dejaba de sentirse vil al contemplar lo ocurrido desde una perspectiva más que indiferente.

—El collar del que me desprenderé, proviene del dolor, del desprecio y de las vejaciones a las que fui sometida. Que al menos me sirva para seguir manteniendo las apariencias y, de paso, seguir

pagando los salarios del servicio —murmuró entre dientes—. Teniendo en cuenta el tiempo que llevo alejada de la vida social, dudo mucho que me reconocieran si me vieran merodeando por los bajos fondos.

—No subestimes su memoria. Son como alimañas, siempre a la espera de carroña. Y deberías ofrecérsela. —La joven se quedó mirando las rubias cejas alzadas de su cuñada, atónita—. La segunda solución a tus problemas, ya que la primera te niegas a aceptarla, es un matrimonio ventajoso para ti. Un hombre que te respete y te ofrezca una vida de comodidades. Sebastian y tú lo merecéis. —Sus ojos color avellana brillaron de emoción cuando volvió a tomarla por los hombros—. Si pudiera resarcirte en nombre de mi hermano, sabes que lo haría.

—Pero no puedes, Victoria.

—Pagó sus crímenes con la muerte.

«No fue lo bastante lenta, ni lo bastante dolorosa, como para considerarla un pago», le gritó su parte más vengativa.

—No he escapado de unas cadenas para atarme a otras. Sebastian está muy bien así, y yo también —afirmó—. ¿Lo vigilarás hasta que vuelva?

—El niño duerme como una marmota.

—Excelente. Así podrás terminar de ordenar las invitaciones para tu fiesta de cumpleaños. Seguro que ya tienes en mente buscarme un buen partido para entonces. Al final, vas a ser mayormente sincera en lo tocante a vuestros planes matrimoniales para mí.

—¿Mayormente? Dicho así, suena ruin.

—Es ruin. —Gabrielle lanzó una sonrisilla—. Menos mal que no he caído en la trampa.

—Todavía. Pienso invitar a todo hombre en edad casadera y con un aspecto mínimamente agradable, cuya fortuna puedas malgastar como te plazca. Por ejemplo, el conde de Lexter, uno de los solteros más codiciados de Escocia…

—Por mí pueden seguir codiciándolo. Ni sé quién es, ni tengo curiosidad por averiguarlo.

—¡Gabbie, espera!

Ella se quedó parada en mitad del cuarto.

—Si vas a intentar convencerme…

—Solo voy a pedirte, a suplicarte, que tengas cuidado. Por favor.

Tenía un aspecto tan derrotado, que estuvo a punto de ceder y quedarse.

Hasta que pensó en esa aristocracia que la había juzgado con crueldad y desconocimiento absoluto durante tanto tiempo, incluso después de la muerte de Arthur.

Si se metía en problemas en una de esas escapadas suicidas, su hijo también se vería perjudicado. A no ser que Clifford extendiera su protección a sus personas, además de a unas cuentas que ella le mostraba con cuentagotas.

—Gracias —murmuró compungida—. Gracias… por todo.

Salió de la casa de puntillas, agradeciendo que fuera demasiado tarde como para que cualquier dama estuviera cabalgando campo a través, sola y disfrazada, con la protección adicional de una gruesa y áspera capa que no la libraba del frío originado por el miedo. Alejada de cualquier rastro de civilización para relacionarse con individuos de la más baja estofa.

Montó en su yegua y salió disparada, sin pararse a pensar en otra cosa que en su futuro más inminente. Solo esperaba que no tuviera ningún contratiempo y pudiera volver a ser la fría Baronesa Viuda de Darkness.

Solo deseaba…

—¡Uy, pero mirad lo que tenemos aquí! ¡Una palomita confiada a lomos de un caballo demasiado bueno para ella!

Cuando Gabrielle regresó de sus pensamientos, se dio cuenta de que se encontraba en mitad de un cerro desprovisto de vegetación, y alumbrado tan solo por la luz mortecina del atardecer. Demasiado lejos de cualquier lugar medianamente poblado como para pedir ayuda, en caso de que alguno de los cinco intrusos que la rodeaban, decidiera agredirla.

Sujetó con fuerza las riendas cuando el que había hablado, tiró de la brida con la intención de desestabilizarla. Instintivamente, se llevó una mano a la bolsa que llevaba atada a la cintura, bajo la capa, y que contenía el collar que pensaba empeñar, pero el movimiento logró que disminuyera su estabilidad y terminó en el suelo.

Rodeada por hombres cuyo aspecto, a la escasa luz de la noche, inspiraba de todo menos confianza.

Se arrastró hacia atrás con los ojos fijos en la hoja del cuchillo que portaba el que parecía ser el cabecilla, hasta que su espalda chocó contra algo duro. Eran los pies de otro atacante.

—¿Una sirvienta con un ejemplar de tan alta calidad? O lo has robado, o el encargo de tu señor es tan importante que se quería asegurar que lo llevabas a cabo con rapidez. Dime, palomita, ¿hacia dónde te diriges tan sola?

—No te importa, pedazo de asno.

—¡La pequeña tiene genio! —Todos estallaron en carcajadas, sin que les preocupara que alguien pudiera escucharlos. Estaba más indefensa de lo que ella misma quería reconocer—. Nos gustan así. Con garra. Sobre todo, si tienen algo que esconder más allá de sus encantos personales… ¿Es tu caso, chiquilla? ¿Qué llevas ahí que te empeñas en sujetar con tanto ahínco?

—¡Ni se te ocurra tocarme! —chilló cuando sintió la mano del desconocido sujetando uno de sus tobillos—. ¡No vas a conseguir nada de lo que buscas!

—¿Estás segura? Yo creo que sí que lo haré…

Gabrielle se revolvió con fuerza, al mismo tiempo que mantenía sujeta la bolsa bajo la capa. No podía permitirse el lujo de perder una joya que suponía su supervivencia y la de Bastian, tanto física como social, de los próximos meses. Ya tenía la cita concertada con el prestamista. Si no aparecía, no la recibiría en las siguientes ocasiones.

Mordió a su atacante cuando sintió el peso de su cuerpo sobre el de ella y una mano intentando taparle la boca, mientras la otra hurgaba bajo su falda. Inspiró con fuerza para tomar aire, pero sabía desde el principio que aquella batalla estaría perdida. Que…

De pronto, el peso se aligeró lo bastante como para llenar sus pulmones. Ella parpadeó, desconcertada, cuando la sombra del ladrón se mezcló con otra mucho más grande, más poderosa, que se deshizo de él para inclinarse sobre ella y susurrarle:

—Corre.

TRES

Hizo caso del grito del desconocido y descendió colina abajo a trompicones.

Hasta que sus pulmones le ardieron, las piernas le temblaron y la cabeza comenzó a funcionarle.

¡Estaba dejando atrás a un solo hombre, frente a cinco maleantes armados!

—Tú nunca has sido una cobarde —se recriminó.

Ni siquiera cuando, apenas unos meses después de contraer matrimonio con Arthur, sus padres fallecieron en un naufragio. Ella los acompañaba, pero sobrevivió para seguir adelante con su compromiso, la ilusión máxima de sus progenitores.

Con la sangre galopándole en las venas y el miedo atenazándole la garganta, se le ocurrió pensar que su inesperado salvador necesitaría ayuda. Giró sobre sus talones, dejando atrás todo atisbo de cautela, pero se quedó clavada en el sitio al contemplar la escena que se desarrollaba ante sus ojos.

Los mortecinos rayos de sol cayeron directamente sobre la figura del hombre que, vestido con el uniforme del ejército británico con un *kilt* añadido, y armado con una espada, se movía con la fluidez mortal de quien pretende masacrar a sus oponentes. Parecía estar envuelto en un halo de leyenda, como si hubiera nacido para luchar por el rey, defender a los débiles y proteger a los inocentes. Lo más semejante a un caballero de la antigüedad.

Seguro que era puro de espíritu e implacable en la contienda en la que participara.

Mientras se acercaba inexorablemente a él, sintió repugnancia al ver cómo arrojaba uno de los cuerpos y se volvía hacia ella, con el brillo demente de la sed de sangre en aquellos extraordinarios ojos plateados.

Se había convertido en el único hombre que quedaba vivo. Sus anchos hombros subían y bajaban mientras recobraba el aliento. Como si fuera un guerrero de una leyenda celta, permanecía indemne tras agotar toda su furia, rodeado de cadáveres.

Ni siquiera parecía humano. Se asemejaba más al ángel de la muerte: hermoso, terrible e inalcanzable. Con su fría mirada carente de emoción, se irguió en toda su estatura, dispuesto a recortar distancias, cuando ella detectó una sombra moviéndose a su espalda.

—¡Cuidado!

Se lanzó hacia delante, interponiendo su mano entre el ladrón, que enarbolaba un cuchillo, y el cuerpo de su salvador. Notó cómo la hoja le rasgaba la carne, al mismo tiempo que el hombre uniformado daba media vuelta, con la espada sujeta por ambas manos, y sesgaba la vida de su oponente de un solo tajo.

Por un segundo, el silencio se adueñó de la escena. Los ojos azules de Gabrielle permanecían fijos en la matanza. No podía sentir nada; ni siquiera dolor en la palma de su mano, a pesar de que notaba la sangre escurriéndose por los dedos. Solo podía escuchar el bombeo de su corazón acelerado, mientras trataba de asimilar que se había librado de un horrible ataque, para terminar en manos de alguien que podría ser mucho peor que los muertos que los rodeaban.

—Deberías haberte marchado cuando te lo dije. Déjame ver.

Sacó un pañuelo de algún lugar y envolvió la herida. Con un quejido sordo, la joven se tambaleó. Se habría desplomado si el desconocido no la hubiera sostenido contra su pecho, para después cogerla en brazos, sin ni siquiera pedirle permiso.

—Cualquier cosa antes de ver cómo te desmayas —murmuró con disgusto.

—No voy a desmayarme. Puede dejarme en el suelo.

—Esa herida necesita una cura urgente, o terminarás mareándote.

Ya estaba mareada, pero se lo calló. Como también se calló su condición de dama, que le otorgaba el poder de abofetearlo por semejante atrevimiento.

Ahora no era la Baronesa Viuda de Darkness, sino una criada con un botín muy poco habitual escondido bajo su capa.

—No debo confiar en extraños —arguyó, sin muchas esperanzas de que aquel hombre con acento escocés terminara soltándola.

—Me llamo Ramsay. ¿Y tú?

—F-Faith.

—Perfecto, Faith. Ya no somos extraños. ¿Algo más que deba saber antes de agradecerte como es debido que me hayas salvado la vida?

—¿Quizá que tengo un par de piernas?

Gabrielle alzó la cara, para encontrarse con una mirada enigmática que la hizo estremecer.

Y no precisamente de miedo.

¡Jesús! Había visto la barbarie en la persona de aquel Ramsay. En ese instante, comprobaba de primera mano su corpulencia. Sabía que, si se lo proponía, podría pulverizarla con una sola mano. Sin embargo, parecía poseer una faceta tierna que empleaba con ella.

—Podías haberlas usado para correr, como te dije que hicieras —refunfuñó él, alejándose de aquella loma y de los cadáveres que la salpicaban—. Sin embargo, retrocediste.

—Porque sé andar. Si me dejara en el suelo, podría demostrárselo.

—Si te dejara en el suelo, lo único que podrías demostrarme sería tu capacidad para desvanecerte.

—¡No soy tan débil! ¡Si estoy en esta situación, es porque…!

—... tienes demasiado arrojo, algo encomiable, y más en una mujer, pero muy poca cautela, algo reprobable, y más en una mujer —repitió. Cuando ella levantó la vista de nuevo, se encontró con unos labios ligeramente curvados hacia arriba en un amago de sonrisa—. Aun así, sé cuándo debo mostrarme agradecido. De no ser

por ti, estaría en aquella loma, acompañando a esos desgraciados que te atacaban.

—Y yo le agradezco que… que me haya librado de ellos. Pero ya que estamos a la par, lo justo es que me deje en el suelo —insistió.

—¿Tanta prisa tienes por marcharte? ¿O es que ocultas algo? Dime: ¿a quién sirves?

—Yo… —La debilidad le estaba pasando factura. A cada paso de Ramsay, ella se encogía más contra su pecho, envuelta en una especie de sopor doloroso—. A *lady* Victoria Gladstone, duquesa de Knox.

—Te encuentras demasiado lejos de la residencia de tu señora, me temo.

—¿Y qué propone?

—Llevarte a la mía, curarte esa mano y después… supongo que dejarte marchar. A no ser que quieras que un noble escocés, antiguo oficial, dé la cara por ti.

—¿Lo haría?

Adormecida, y extrañamente segura entre los brazos de aquel desconocido, Gabrielle sintió cómo su pecho vibraba con el sonido de una risilla contenida.

—Es lo que se esperaría de un caballero —fue la respuesta que escuchó, antes de que todo se desdibujara a su alrededor y se desvaneciera contra el pecho masculino.

◆ ◆ ◆

Dos personas se reunieron en el salón, en un completo mutismo.

Una era un simple mortal. La segunda, además del dueño de aquella lóbrega casa solariega situada a millas de distancia de cualquier signo de civilización, se consideraba la mismísima reencarnación del dios celta Lugh, y así exigía que se dirigieran a él.

No se miraban, a pesar de conocerse. Ni siquiera parecían contentos por compartir su mutua compañía, por la sencilla razón de que no lo estaban.

—Son negocios —señaló Lugh—. Y los negocios crean necesidades.

La persona que lo acompañaba tomó asiento en uno de los sofás sin invitación. No la necesitaba. Había suficiente confianza como para tomarse ese tipo de licencias.

—No me mires con esa cara de no haber roto un plato —le recriminó con desdén—. Hace días apareció el cadáver de Betty. ¡Con el emblema de nuestra organización grabado a fuego!

—Supuso que, por ocupar mi cama con asiduidad, podría aspirar a algo más que lo que sus orígenes le otorgaban. No pude hacerle entender de otra manera que uno de nuestros principales objetivos consiste en purificar el linaje de quienes componen la más alta aristocracia. Los puestos más poderosos que rodean al rey y al regente. La política más selecta…

Una punzada de algo desconocido se le clavó en el pecho a medida que repetía todo un credo que su padre antes que él, y sus hijos después, mantendrían y seguirían ciegamente.

A veces, su memoria le jugaba malas pasadas. Era en esas ocasiones cuando regresaba a los tiempos en los que solo era un niño necesitado del amor que su madre intentaba dispensarle, antes de que su padre lo apartara de ella para inculcarle los principios por los que debería de regirse a partir de aquel momento: la voluntad de un hombre se forjaba a sangre y fuego. Cualquier tipo de emoción que no fuera fingida, debía ser desterrada por completo; de lo contrario, te volvía vulnerable. Y la vulnerabilidad llevaba a la destrucción.

Lugh aprendió todo eso a base de entrenamiento en condiciones inhumanas para un niño. Su padre le aplicaba castigos desproporcionados a las faltas cometidas, que aumentaban si él lloraba, o suplicaba. Se había convertido en una máquina inquebrantable de conseguir objetivos, sin reparar en medios para ello.

En su momento, su progenitor había exhibido el resultado de su obra con orgullo.

Algún día, él haría lo mismo con sus descendientes, en una cadena que jamás terminaría.

—¡Un poco de discreción, por el amor de Dios! ¡Creo que la hermandad lo merece! Una simple piedra atada a los pies, antes de lanzarla al fondo del Támesis, y nadie hubiera descubierto nada. ¡Pero ahora, los agentes de Bow Street[2] están tras la pista de la miserable vida de esa ramera!

Los gritos de su acompañante lo sacaron de sus cavilaciones.

—Creo que te estás extralimitando, como le ocurrió a Betty. ¡Te olvidas de que yo decido cómo, cuándo y dónde deben vivir… o morir! ¡Tú solamente obedeces!

—¡Es lo que llevo haciendo demasiado tiempo! ¡Pero estamos dejando nuchas pistas!

—¿Por eso acabaste con Reginald Ashworth? ¿O el pobre diablo se fue al infierno ignorando el verdadero poder de su asesino?

—Cuando se percató de ello, ya agonizaba. ¡Su muerte nada tiene que ver con nuestros problemas, al contrario que la de esos individuos que permanecen en lo alto de la loma a la que los enviaste para encargarse de la viuda!

—¿Te refieres a que se han echado atrás?

—Ahora te has puesto pálido, muchacho…

Antes de que pudiera contar tres, tuvo un puño demasiado cerca de su nariz.

—Dirígete a mí por mi verdadero nombre —siseó su anfitrión, con una mirada enloquecida—. ¡Hazlo, o morirás aquí y ahora!

—De acuerdo… Lugh. La situación es grave, Lugh —repitió, con falsa humildad—. ¡Un solo hombre ha acabado con todos ellos, Lugh!

—¿Quién?

—Según mis informadores, Ramsay McNight, el conde de Lexter, ha regresado para tomar posesión de lo que considera suyo: la administración de los bienes de la Baronesa Viuda de Darkness.

—Desde la muerte del barón, Gabrielle se ha convertido en una piedra muy incómoda alojada en nuestro zapato. Por esa razón envié a esos hombres a la loma, después de enterarme de la naturaleza de ciertas… actividades de la baronesa, nada recomendables para una dama de alcurnia. Si sigue viva, no podremos atentar contra su vida

de nuevo. Habrá que recurrir al plan alternativo. —Lugh se sirvió un vaso de *whisky* que tomó de dos tragos—. Si buscas un candidato a su mano y lo encuentras antes que el escocés…

—¿Das por sentado que el conde le buscará un marido?

—Por supuesto. ¿Qué otra cosa podría hacer, aparte de convertirse en niñera de un mocoso? Pero se casará con alguien afín a nosotros, y toda su fortuna se encontrará al alcance de nuestra mano.

—Ella tendrá que aceptarlo antes.

—Lo hará. —En su semblante apareció una sonrisa lobuna—. Es una mujer con un hijo. Una hembra con un cachorro que alimentar. ¿Cuándo has visto que alguien en esas circunstancias se permita el lujo de despreciar una oportunidad de oro como la que tú le ofrecerás?

Nunca, pensó su acompañante, con fastidio por tener que realizar una vez más el trabajo sucio, y con admiración, porque acababa de pensar en el candidato perfecto.

CUATRO

No lo había podido evitar.

A pesar de que había intentado mantenerse en guardia, cuando su salvador la montó sobre el lomo de un caballo gigantesco, delante de él, el dolor lacerante de la mano se había extendido hasta impedirle pensar en la gravedad de la situación. En el riesgo que corría de ser descubierta, nada más y nada menos, que por el conde de Lexter.

En Sebastian, si despertaba y preguntaba por ella. Pero, sobre todo, en la reacción absurda de su cuerpo cuando entró en contacto con el duro pecho de Ramsay. ¡Ah, si supiera que su aroma había llegado hasta su mente obnubilada para implantar en ella ideas ridículas acerca de todo lo que un olor a menta podía inspirar si provenía de un hombre!

«Un asesino que no dudó en acabar con esos maleantes. Como si la colina no existiera, se resquebrajara, y en su lugar apareciera un escenario de guerra. Con el rugido de las armas y todo lo demás…».

Gabrielle gimió.

—¿Te duele mucho? —le preguntó él, pensando que su lamento tenía que ver con la herida.

—No lo suficiente. ¿El pañuelo es suyo?

—Claro.

—Pues lamento comunicarle que lo ha echado a perder. Está demasiado cubierto de sangre.

—No te preocupes. Tengo más —le respondió él, con un amago de sonrisa que desapareció en cuanto llegaron a Cover Hill, la extraordinaria mansión a la que rara vez había acudido desde que se la habían adjudicado—. Willis, ordena que lleven agua caliente,

vendas, aguja e hilo a mi despacho, por favor. Y ven conmigo. Vamos a necesitarte.

A ella apenas le dio tiempo a atisbar la silueta de un mayordomo, espigada y ligeramente encorvada, que se apresuraba a cumplir las órdenes de su señor, antes de que ese señor en particular volviera a cargarla en brazos, ignorando sus débiles protestas.

No le quedó más remedio que resignarse a seguir recibiendo esos fogonazos cuyo nombre no acertaba a encontrar, y que se expandían por su cuerpo, como las ondas producidas por una piedra arrojada a un estanque.

«¡No seas ridícula! ¡Es un hombre imponente, pero muy peligroso! ¡No lo conoces de nada! ¡Ni siquiera lo has visto a plena luz del día como para decidir si te atrae o no!», le reprochó su conciencia cuando, al fin, su anfitrión la posó en el suelo y encendió un quinqué.

Al fin podía verlo con algo de luz.

Y lo que apreció la dejó sin palabras.

Su aspecto era el de un guerrero que acababa de regresar de una batalla. El pelo castaño estaba sucio y revuelto. Sus extraordinarios ojos grises reflejaban aún restos de ese frío salvajismo que parecía haberlo poseído en la loma, y los rasgos de su cara, duros y marcados, le conferían un aspecto aún más intimidante.

Pero no para ella.

Ella solo pensaba que la sangre que cubría su uniforme era producto de su empeño en protegerla, a pesar de que para él solo era una criada imprudente.

—Estás demasiado pálida. Por favor, toma asiento. —Su voz varonil la sacó de sus cavilaciones. Obediente, se sentó en una silla, colocada al otro lado de una enorme mesa de madera tallada, junto a un fuego que crepitaba para calentarla. Sin que el detalle pareciera importarle lo más mínimo, el conde se inclinó para examinarle la herida cubierta por el pañuelo—. Willis, esa agua tarda demasiado…

—Lo hacen lo más rápido que pueden, milord.

—De acuerdo, qué remedio… —Se hizo a un lado, de forma que ella pudo ver el rostro hierático de un hombre que pasaría de los

sesenta, y que posó sus afables ojos en ella un instante—. Mientras esperamos, dime quién eres, por favor.

—Ya se lo dije. Me llamo Faith.

—Tienes manos de dama aunque afirmas ser una criada. Digamos que es una de las muchas contradicciones que, ahora mismo, representas. —Con la misma calma que parecía gobernarlo después de haber acabado con los asaltantes, se dirigió hacia una mesilla auxiliar, llenó dos vasos de *whisky* y le ofreció uno—. Toma.

—No bebo alcohol. No me gusta.

—Cuanto más bebas, más te gustará.

—De verdad, no necesito ni sus cuidados, ni su hospitalidad. Se lo agradezco mucho, pero ahora debo irme.

Lo cierto era que no tenía cabeza para inventar una excusa. Se puso en pie dispuesta a irse, pero la mano de él sobre su hombro se lo impidió.

—Te llamas Faith y trabajas en el hogar de los duques de Knox. Eso es lo que has afirmado. Ahora bien, yo necesito saber quién eres en realidad. Porque una sirvienta de los duques no anda por ahí a horas poco prudentes para una mujer sola, expuesta a la maldad de hombres como los que te han asaltado hoy. Sobre todo, cuando se empeña en proteger eso que le cuelga de la cintura, y que no ha ocultado bien.

Su mano libre fue directa a la pequeña bolsa que portaba el collar.

—No se lo he robado a nadie —se defendió.

—¿He insinuado yo algo semejante?

—No, pero su expresión habla por sí sola.

—Así que mi expresión… —Desvió su mirada, fastidiado. Pero cuando volvió a hacerla objeto de toda su atención, Gabrielle lamentó su último atrevimiento—. ¿Está mejor así? Quizá esta otra expresión refleje mejor lo que estoy pensando con respecto a ti.

Esperaba que no, porque lo que leía en aquellos ojos brillantes lo había visto en innumerables ocasiones. Sobre todo, en su esposo. Era la clase de deseo que había llevado al barón a hacer con ella todo lo que su perversa imaginación le dictaba, consentido o no.

Sin embargo, en Ramsay McKnight adquiría otro significado, mucho más voluptuoso, mucho más insinuante, que conectó con ella. Sin que pudiera evitarlo, su cuerpo reaccionó con oleadas de emoción recorriendo sus terminaciones nerviosas, hasta provocarle un temblor en el vientre. Aquel hombre le recordaba a un gran lobo, acechando a un rebaño de ovejas para escoger la que le apetecía para cenar, pero no estaba dispuesta a dejarse devorar. Aunque se pareciera demasiado a un formidable y viril guerrero, con esa estatura que sobrepasaría el metro ochenta, su constitución de puro músculo y esa aura de superioridad natural que estaba empleando con ella, debía pensar.

Antes de que McKnight la acorralara todavía más.

—Veo que he logrado enmudecerte. Algo de lo que, definitivamente, me siento orgulloso —replicó él, sin apartar los ojos de ella. Unos ojos profundos como dos simas, y tan enigmáticos como su dueño—. Pero tienes mucho que arreglar antes de intentar destruir unas sospechas que, por lo pronto, todavía no he formulado en voz alta.

—Sé distinguir cuando un hombre juzga en silencio a una mujer, y usted acaba de hacerlo conmigo.

—Contigo no, Faith. Con tus manos.

Su media sonrisa resultó tan sarcástica como arrebatadora. Gabrielle se encontró admirándola, embobada, hasta que Willis anunció que el agua caliente y todo lo demás acababa de llegar.

—Bueno… parece que vas a tener que esperar un poco para rasgarte las vestiduras —apreció Ram, con una arrogante ceja alzada mientras despedía al servicio y requería la presencia de su mayordomo—. Adelante, Willis. Despejaremos la mesa para que puedas trabajar mejor.

Los ojos azules se abrieron como platos.

—Cuestiona mi identidad sin ningún pudor, pero dígame: ¿cómo puedo fiarme de que es usted quien dice ser?

—Soy quien digo ser. Willis puede confirmártelo, además de todo el servicio de esta casa. Pero por si tienes alguna duda, dedica unos minutos a observar lo que te rodea. Desde luego, no parece la

residencia de una persona humilde. Ni tampoco mi ropa parece la de un hombre corriente.

—Ni siquiera su manera de luchar lo es —murmuró ella. En efecto, el despacho en el que se encontraba era, además de muy masculino y acogedor, sobradamente lujoso como para pertenecer a un conde. Con un suspiro de rendición y bastante mareo, decidió volver a sentarse y extendió la mano sobre la superficie de la mesa, ya desalojada—. De acuerdo. Explíqueme al menos por qué un mayordomo va a curarme la mano.

—Porque antes de mayordomo, fue otras muchas cosas que le enseñaron a coser heridas mucho peores que esta. Bébete el *whisky*, por favor. —El primer trago casi la hizo vomitar; los siguientes resultaron más tolerables, pero la sumieron en un sopor que le hizo bajar la guardia cuando Ramsay le examinó la herida—. No parece que tenga muy buen aspecto.

—La señorita sobrevivirá. ¿Se fía usted de mí? —le preguntó el mayordomo.

—No tengo otra alternativa…

—De acuerdo. Procedamos entonces.

Gabrielle agradeció que el hombre no pareciese interesado en su identidad. O había logrado convencerlo mucho antes que a su señor, o era tan discreto que sabía mantener la boca cerrada. Inspiró hondo y se dispuso a soportar las pequeñas puntadas. Cuando sintió la primera, tuvo que morderse el labio para no gritar.

Para su desgracia, el conde pareció darse cuenta, puesto que casi corrió a por más licor.

—Bebe. Esto llevará un tiempo y no queremos desmayos inoportunos.

Su preocupación desmentía el tono duro de sus palabras. Y el sentido común de ella comenzó a desdibujarse con ese segundo vaso. Levantó la vista de Willis y la centró en su protector, solo para olvidarse de la quemazón horrible que comenzaba a sentir en la palma de la mano.

¡Sí que era guapo! Tenía un toque sensible que no se molestaba en ocultar mientras, a su vez, él la observaba a ella con atención. Y además, unos labios que brillaban, generosos, envueltos en una

sombra de barba oscura. Incitadores. Tanto como el brillo acerado de sus ojos.

—¿Te duele? —No pudo responder, porque en aquel momento, Ramsay dio un paso más allá de los límites del decoro y sujetó su otra mano entre las de él. Con una ternura que nunca imaginó que una bestia como él pudiera poseer, comenzó a acariciarle los dedos sin dejar de mirarla—. Faith, estás muy pálida. Aguanta un poco más y podrás irte a casa.

—No sé si seré capaz.

—En ese caso… Situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas, Willis. ¿No crees?

—Por supuesto, milord.

Ram se sentó a su lado, le alzó la barbilla con dos dedos para que sus rostros estuvieran casi a la misma altura, y la besó.

Por un instante, todo su cuerpo se puso tan rígido como una tabla. A su mente acudieron recuerdos horribles que le había llevado demasiado tiempo extirpar de su vida. Apretó los párpados al mismo tiempo que los labios y los puños, dispuesta a defenderse de un nuevo e inesperado ataque, pero entonces…

Entonces los labios masculinos comenzaron a moverse con una maestría arrolladora sobre los suyos. No la presionaba a aceptarlo, pero sabía que había pasado el tiempo prudencial para rechazarlo.

La suavidad de aquel beso no se parecía en nada a los violentos ataques de su marido muerto. El aroma que asaltó sus sentidos, ligeramente embotados por el *whisky*, era mucho más fuerte que la de Arthur, pero también mucho más limpia.

Y sus instintos le advirtieron de que, aunque su reputación podría quedar destrozada para siempre, aquel hombre del que no sabía nada, al que había salvado la vida, en cuya casa se encontraba sin una carabina, y que estaba besándola con ardor, jamás le haría daño.

Poco a poco, cada parte de ella fue relajándose ante el contacto, hasta que le llegó el turno a su boca. La entreabrió con un pequeño rastro de timidez que se diluyó cuando se acopló a la de él con total naturalidad. El cuerpo del conde se acercó tanto al suyo que pudo percibir su calor. Irradiaba deseo, y con él la envolvía. Rodeó su nuca

con la mano y la besó con más intensidad, introduciéndose en su boca con lentitud, como si le pidiera permiso, y a la vez con una contundencia abrumadora. Actuaba como un hombre hambriento mientras saboreaba su boca con un profundo e íntimo anhelo, y la sujetaba con fuerza por la cintura.

Gabrielle sintió que se quedaba sin fuerzas en cuanto la lengua masculina acarició la suya y sus manos le tocaron el pelo, la cara, el cuello...

—Milord, ya he terminado.

—Menos mal, Willis. Pensé que tendría que emplearme más a fondo.

A ella le llevó una fracción de segundo comprender el propósito que lo había movido a actuar de aquella manera.

Y mucho menos tiempo recomponerse para abofetearlo, furiosa con él, pero sobre todo consigo misma, por haberse dejado llevar tan lejos.

CINCO

Ram ignoraba qué especie de delirio estúpido le había llevado a besar a Faith.

Llevaba demasiado tiempo sin estar con una mujer. Y a aquella había que distraerla para evitar males mayores. Se aferró a esas dos excusas para justificar la reacción abrupta de su cuerpo a la sorprendente suavidad de la boca de la chica. A su respuesta, igual de fogosa y segura que la de él. A ese sabor a *whisky* que se había llevado a su propio paladar.

En definitiva, a cualquier cosa menos a la bofetada que acababa de recibir, más propia de una dama ultrajada que de una criada.

—¿Me has golpeado? —preguntó, aunque era obvio—. ¿Se puede saber por qué?

—Porque, porque… —Ella emitió un grito cuando Willis le vendó la mano; a Ram el estómago se le encogió—. Vuelve a doler.

—Y lo seguirá haciendo durante una temporada, señorita —le dijo el mayordomo sin soltarle la mano herida, mientras el conde hacía lo propio con la sana—. Le dejaré un ungüento infalible que le ayudará a soportarlo. En una semana, busque alguien de confianza que le quite los puntos. Le quedará una cicatriz, pero no será demasiado fea y podrá pasar desapercibida con facilidad.

—Me temo que no con tanta. O mucho me equivoco, o entre las tareas de Faith no se encuentra ninguna que estropee su fina piel. —¡Ahí estaba la prueba de que le había mentido! Ese sonrojo y esa mirada huidiza, le provocaron una pequeña sonrisa de victoria y le enfriaron la sangre—. Voy a pasar por alto que todavía me escuece la mejilla. De lo contrario, te pondría sobre mis rodillas y…

—¿Y qué?

Con una expresión demoníaca se acercó a su oído.

—Y te besaría el trasero —murmuró, satisfecho al comprobar que un ligero temblor la sacudía entera. Pero para que quedara constancia de su venganza, palmeó ese trasero del que acababa de hablar y se dirigió a la puerta, como si tal cosa—. ¿Cómo vas a explicarlo?

—¿El qué?

—La herida, por supuesto —le respondió desde la distancia, mucho más seguro de sí mismo—. Doy por hecho que no vas a disculparte por la bofetada, así que ese tema queda zanjado.

—Se la merecía. Ahora sí queda zanjado.

¿Una mocosa que apenas sobrepasaba los veinte años, se atrevía a ningunearlo con esa prepotencia?

Sí. Y también con las manos en las caderas, los brazos en jarras y una expresión de suficiencia que le provocó furia y admiración a partes iguales.

Tenía ante él a una mujer capaz de enfrentarse a un matón por salvar a un desconocido. Y no solo eso. También había capeado con éxito todo el tumulto de sensaciones que su beso le había causado.

Tantas como a él.

De dos zancadas retrocedió hasta colocarse frente a ella.

—No me gusta que me golpeen, mucho menos en mi propia casa, me lo merezca o no —le advirtió con un tono de voz tan oscuro como su gesto.

—Ni a mí que se aprovechen de mi estado de embriaguez para besarme —le replicó ella, levantando el mentón con altivez.

—Fue una maniobra de distracción, ¿verdad, Willis? —preguntó, sin mirar al mayordomo.

—Milord, por supuesto que…

—Pero los puntos me dolieron igual, ¿no es cierto, Willis? —contraatacó la muy ladina, sin apartar sus preciosos ojos azules de Ram.

—Señorita, si me permite…

—No pudiste quejarte. Tenías la boca demasiado ocupada.

Por segunda vez, el mayordomo fue interrumpido, pero Ram ni siquiera se dio cuenta. Aquello se había convertido en un delicioso

desafío que le estaba alterando la sangre, tanto como el dichoso beso.

—Ojalá hubiera sido solo la boca —murmuró Faith entre dientes —. Parece que se le olvidó que soy una muchacha indefensa, y que el alcohol causa estragos en alguien que no está acostumbrado a ingerirlo.

—Estoy de acuerdo con lo segundo, pero difiero de lo primero. — Y además, comenzaba a arrepentirse de su actitud implacable, fría y controladora—. Willis, ordena que preparen el coche para llevar a Faith a la residencia del duque de Knox. A no ser que prefieras que el cochero te deje en otro sitio…

Observó satisfecho cómo ella se mordía los labios, antes de negar con la cabeza.

—En casa de *lady* Victoria es donde mejor estaré —siseó con rigidez, antes de pasar a su lado con la dignidad de una reina, acompañando al mayordomo.

Fueron unos momentos de soledad que Ram agradeció inmensamente.

Con un resoplido de alivio, se sirvió otro trago y lo paladeó, plantado junto a la ventana. Y aunque todo su cuerpo se relajó solo con saberla lejos de él, no se quedó tranquilo hasta que no la vio partir en el carruaje.

—Si me permite la observación, milord, la mujer que acaba de marcharse parece demasiado orgullosa y respondona como para ser una sirvienta.

Él no pudo evitar sonreír ante las palabras de Willis.

—Opino lo mismo. Salí a dar un paseo para no pensar en la vorágine que mi presencia aquí va a ocasionar en cuanto se sepa, y me topé con ella.

—Estoy en el deber de recordarle que ya se sabe, milord. La invitación de la duquesa de Knox a su fiesta de cumpleaños, es una buena prueba de ello.

—Precisamente esa invitación fue la causante de mi salida a caballo. Creía que no estaba preparado para una presentación en sociedad de ese calibre, pero después de lo que he vivido hace unas horas, podré salir más que airoso —concluyó, pensando en las

suaves curvas de Faith apretándose contra él, rozándolo con el galope del caballo—. ¡Por todos los demonios del infierno, esa muchacha pasó de ser la víctima de unos maleantes a salvarme la vida, interponiéndose entre mi espalda y el cuchillo que le rasgó la mano!

—Pero parecía un animalillo acorralado.

—O alguien que tiene mucho que ocultar. Para empezar, la bolsa que llevaba atada a la cintura. Era un objeto duro pero ligero, que me golpeaba en la mano constantemente mientras cabalgaba conmigo.

«Sé sincero. No era lo único duro que tuviste que soportar, ¿no es cierto?».

Al pensarlo, volvió a sentir esa oleada de inexplicable calor, mezclado con una preocupación que ya estaba más que olvidada en el cajón de sus vulnerabilidades.

—¿Qué he oído? ¿Una mujer que permanece en la mente de mi primo más tiempo del que emplea en darse un revolcón con ella entre las sábanas? ¿Tan buena es?

—¿Mintiendo? Tanto como tú escuchando detrás de las puertas, Thomas. ¿No deberías estar durmiendo? —refunfuñó Ram, en cuanto vio la pose despreocupada de su primo, que se apoyaba en el marco de la puerta.

—Perdona que me haya presentado en bata y sin haber llamado antes, pero el tema que os ocupaba era demasiado interesante como para ser interrumpido —respondió con su habitual sonrisa canalla, mientras examinaba su aspecto, para después soltar un largo silbido—. Caray. ¿Te has peleado con una mujer, o con todo un batallón?

—Ambas cosas. Pero deberíamos ocuparnos de lo segundo, así que ya que estás aquí, voy a ponerte al corriente de lo ocurrido. —Le hizo un resumen, obviando su interés más que palpable por Faith, su atracción hacia ella, el beso que habían compartido y, por supuesto, esa intriga que se incentivaba si pensaba que, de ser cierta su versión, tendría muchas probabilidades de verla en la fiesta de *lady* Victoria—. Esos malhechores parecían demasiado organizados para actuar de un modo impulsivo.

—¿Quieres decir que sabían que la chica pasaría por allí?

—Ellos, o alguien superior que los envió… ¿Sabías que el que hirió a Faith tenía una flor de lis tatuada en la muñeca? Fue lo último que pude verle antes de lanzarlo colina abajo, junto con sus compinches. ¿No te parece mucha coincidencia que comparta marca con la prostituta encontrada muerta hace días?

—Quizá. No es algo muy habitual, desde luego.

—Sobre todo si aparecen en los cuerpos sin vida de dos personas que, aparentemente, no tienen nada en común excepto sus orígenes humildes.

—Ah, conozco esa expresión, Ram. Tú tramas algo…

—Nada que no sepáis ya, los dos —añadió, señalando a su primo y a Willis—. Quiero que os mezcléis con la gente de Bethnal Green cuanto antes. Sigo pensando que hay algo más tras la muerte de Reggie. Algo lo bastante importante como para relegarlo a ese rincón del mundo.

—¿Algo como una huida, por ejemplo?

—Protegerse a sí mismo de algo, o de alguien. Quizá creyó que a nadie se le ocurriría buscarlo en un barrio como ese, por lo menos hasta recibir una respuesta por mi parte a su carta.

—Suponiendo que pensara en seguir con vida para entonces. —Thomas se encogió de hombros—. De un modo u otro, todo parece indicar que deberás presentarte como administrador de *lady* Gabrielle para poder avanzar en ese sentido, sabiendo que es probable que, a estas alturas, ya tenga uno. En cuyo caso deberás hacer valer los deseos de su pariente. Y tu primera oportunidad será en la fiesta de cumpleaños de la duquesa.

—Ella y la baronesa son cuñadas, lo sé. Como podrás comprobar, mi aislamiento no ha llegado al punto que tú y Alice imagináis.

—¡Pero si incluso bromeas! —Con una carcajada, su primo le palmeó la espalda y señaló su uniforme ensangrentado—. Más te vale presentarte con otra pinta, o tanto la duquesa como su cuñada te echarán de su casa con cajas destempladas.

«No lo harán hasta no haber terminado lo que he empezado con Faith», se prometió a sí mismo.

—Seguiré tu consejo. Willis, prepárame un baño. Lo necesito para… —Enfriar aquellas partes de su cuerpo que la señorita sirvienta había encendido en él, pero se lo calló—. Necesito un baño —concluyó con brusquedad mientras, de camino a su alcoba, se recreaba con el aroma de la desconocida que, de un modo tan inesperado como brutal, había dejado una huella en él.

SEIS

Mientras se preparaba para la fiesta, Gabrielle no podía contener sus nervios.

Que, por otro lado, eran los mismos que la habían acompañado desde la noche en que había conocido, y besado, al mismísimo conde de Lexter.

El último recibido por un hombre, había llevado tanta ponzoña que todavía le ardía el alma al recordarlo.

¡Y un noble escocés cubierto de sangre, de aspecto tan salvaje como sus actos, había acabado con esa especie de rutina!

—Basta ya —ordenó a la imagen que el espejo le devolvía.

La de una mujer elegante, con sus rizos negros recogidos en un moño formal, ataviada con un vestido azul marengo de corte imperio, cuyo recatado escote apenas dejaba asomar el nacimiento de sus pechos. Llevaba las manos cubiertas con largos guantes blancos que le llegaban hasta el codo, así que no tendría que preocuparse por ninguna pregunta indiscreta acerca de su vendaje.

Ya había soportado las de Alice, y el propio Cliff, cuando regresó caminando desde la residencia de los duques hasta la suya, solo para que el cochero de Ramsay no sospechara nada.

—¡¿Qué te ha pasado?! —le había gritado su cuñada, más pálida que ella misma.

—Nada, Vic. Un pequeño accidente con una botella rota que…

—¡¿Y por qué has tenido que coger una botella rota con tan poco cuidado?!

—¿Quieres calmarte? ¡Sebastian puede escucharnos!

—Y yo también, cuñada. —Cuando vio la espigada silueta de Clifford detrás de Victoria, se había puesto a temblar—. ¿De dónde

vienes a estas horas, sin un acompañante, afirmando que te has cortado una mano que alguien te ha curado?

Típico de Cliff, concentrar todo un interrogatorio en una sola cuestión, para dejarla sin argumentos el tiempo suficiente como para parecer culpable.

Solo que en aquella ocasión, lo era.

Las sensaciones apabullantes de la boca de Ram sobre la suya, ahondando, incitando, provocando su reacción, seguían tan vívidas que terminó sofocada de nuevo.

—Ni siquiera puedo agarrarme al *whisky* que bebí —siguió recriminando a la desconocida del espejo—. No estaba lo bastante borracha como para no saber lo que hacía…

—Madre, quiero ir con usted a la fiesta.

—Bastian, amor, no puedes.

Solo cuando escuchó la vocecita de su hijo, que jugaba con un caballito de madera sobre su cama, se dio cuenta de que había estado inmersa en unos pensamientos que le convendría desterrar cuanto antes.

¿Tan necesitada estaba de afecto? ¿Tan destrozada se encontraba tras su matrimonio, que había dejado de lado todo su instinto de autoconservación en cuanto había aparecido un hombre que la atraía?

—Quizá sea el primero que de verdad te ha gustado, con esa mezcla de ternura y ferocidad. Esa sería una razón más que válida para lo que ocurrió —siguió murmurando.

—Madre…

—Oh, Dios, cielo mío. —Se volvió hacia Bastian con una sonrisa reconfortante, y le revolvió los rizos negros. El destino había decidido que su hijo, lo único que podía considerar enteramente suyo, fuera un calco exacto de ella, sin nada que indicara que el infame barón de Darkness era su progenitor—. Jenny te ayudará a meterte en la cama, y antes de que te des cuenta, yo estaré contigo, ¿de acuerdo?

El niño hizo un puchero.

—¿Dormirá conmigo?

—Si te portas bien, te llevaré a mi cama y dormiremos juntos. Prometido.

Odiaba dejarlo solo en aquella mansión. Había dedicado tiempo y esfuerzo a borrar las huellas de Arthur, pero sabía que siempre podría quedar un rastro, por pequeño que fuera.

Cuando al fin el pequeño accedió a quedarse con Jenny, la joven niñera que había contratado tras la muerte del barón, se subió a la berlina. Apenas unos minutos después, se encontraba en la residencia de Victoria. Una enorme mansión que hacía honor al título que ambos ostentaban, y que se había llenado de luz, color, música de fondo y un montón de representantes de la más alta aristocracia que clavaron sus ojos en ella en cuanto franqueó la puerta de entrada.

«Es tu primera fiesta desde la muerte de Arthur. Sabías que ibas a levantar expectativas y curiosidad malsana. Eres la novedad. Por eso murmuran tanto…».

Gabrielle se tomó unos minutos de respiro, mientras una sirvienta se hacía cargo de su sombrero y su bolsito, y los empleó en admirar la deslumbrante lámpara de cristales que colgaba del techo, el mármol blanco de las escaleras que conducían a la planta de arriba, y el tono dorado de la balaustrada.

Decididamente, su cuñada había tenido una suerte inmensa al encontrar el amor de todo un conde. Vic y Cliff compartían título, pero también la intensidad de unos sentimientos que a menudo le provocaba una sana envidia.

En cambio, los aristócratas estirados que se apartaban ligeramente a su paso, aunque su única respuesta era la barbilla alzada y una indiferencia que no sentía ni por asomo, solo le despertaban lástima, amén de una creciente ira que le obligó a morderse la lengua conforme escuchaba el atronador silencio con el que era recibida.

—Estás deslumbrante, hermana.

Ese era el trato que tanto Victoria como Cliff le dispensaban en privado. Que el duque lo hiciera en público, mientras se llevaba a los labios su mano enguantada en señal de respeto y saludo, decía mucho acerca del ambiente que iba a encontrarse.

—Es su nuevo debut. La ocasión lo merece, amor —le respondió Victoria, monopolizándola de inmediato—. Ven conmigo, querida. De mi brazo, no tendrás nada que temer. Al menos, hasta que llegue tu nuevo administrador.

Ella se detuvo en seco en mitad del salón.

Su cuñada la miraba con esa sonrisilla que pretendía reflejar inocencia, pero que escondía una mente calculadora como pocas.

—A mí no me engañas con esa pose de niña buena —le susurró, con todo el disimulo que pudo—. ¿Has dicho «nuevo administrador»?

—En efecto. —Victoria tiró de ella, mientras saludaba y hablaba con cada invitado con el que se encontró en su apresurado camino, hasta que ambas se detuvieron en un rincón, libre de oídos indiscretos—. Ayer llegó una carta para Cliff. De tu tío Reginald.

—¿Reggie? Pero si no tengo noticias suyas desde…

—Tal vez tú no, pero te aseguro que nosotros sí. En ella, lamenta la muerte de mi hermano, y nombra a un administrador que se haga cargo de tus bienes, hasta que cumplas la mayoría de edad… O hasta que contraigas un nuevo matrimonio, al mismo tiempo que desempeña la función de tutor para Bastian.

Gabrielle se mordió la lengua para no gritar, mientras tomaba una copa de champán de una de las bandejas que pululaban entre los invitados y se obligaba a beber pequeños sorbos.

¿Es que nunca podría ser libre? ¿Siempre tendría que estar encadenada a un hombre, ya fuera padre, esposo o… administrador?

—Reggie siempre veló por mis intereses. A pesar de nuestros escasos encuentros, nunca perdimos el contacto. Fue él quien costeó mi ingreso en la Academia para Jóvenes Damas de la señora Pauls. Pero comenzó la guerra contra Napoleón, y Reggie acudió al frente.

—Y desde entonces, no sabes nada de él.

—Pero tú sí. Lo leo en tu cara. —Ella frunció el ceño. La noticia del tutor designado por su tío le había caído como un jarro de agua fría, pero había algo más que su cuñada se guardaba, y que era la causa de que palideciera considerablemente, mientras apretaba los labios. Como si una parte de ella le aconsejara guardar silencio, y

otra casi la empujara a gritar lo que fuera a los cuatro vientos—. Vic…

—Has estado tan alejada del mundanal ruido, que Cliff y yo pensamos que lo mejor para ti era que no te enteraras.

—Vic…

La duquesa fingió juguetear con uno de los pliegues de su vestido, cabizbaja, hasta que soltó un suspiro de rendición.

—Cliff me va a matar, pero nunca he podido resistirme a tus súplicas. Y además, es lo justo, así que allá va. Tu tío Reginald ha…

—¡Al fin os encuentro! —La aparición del duque fue proverbial para Victoria—Acompañadme a mi despacho, por favor.

—Si pretendes librarme personalmente de todas estas cotorras ávidas de información que apenas pueden disimular su malsana curiosidad, te lo agradezco, pero no es necesario que te saltes el protocolo de una manera tan escandalosa. Sobreviviré.

—Gabbie, me temo que tu administrador ha llegado al fin —la interrumpió Victoria, apretándole el brazo con discreción, mientras ambas terminaban siguiendo a Cliff, por un laberinto de pasillos que desembocaron en su despacho.

Un sirviente les abrió la puerta, pero cuando ella vio quién se encontraba tras ella, creyó estar soñando.

—Hola, Faith —saludó con sorna el conde de Lexter, pese a que sus ojos reflejaban un creciente enfado—. Volvemos a vernos, a pesar de todo.

SIETE

—No pares, Rob, te lo ruego. ¡No te detengas ahora!

Robert Ashworth estaba tan borracho que apenas era consciente de la voz femenina que lo conminaba a seguir lamiéndola entre las piernas. La mujer, en respuesta, se convulsionó alrededor de su boca entre gritos de auténtico placer, sin miedo a que nadie pudiera interrumpirlos.

Rob tampoco lo tenía. En cuanto consiguiera espantar los efectos de la terrible borrachera que le había llevado, una vez más, a ese selecto burdel en general, y a las exclusivas atenciones de Maggie Smith en particular, le pediría que se casara con él.

La amaba. Tal vez desde la primera noche que pasó con ella. Era una belleza morena de curvas exuberantes y carácter extrovertido, que se había convertido en su compañera de confidencias además de en su única amante en los últimos dos años.

Solo ella sabía que se sentía como un prisionero en su propia casa. Cargando con demasiadas responsabilidades por ser el único hijo varón de un próspero empresario dedicado a las minas de carbón. Su padre manejaba a la familia con la misma mano de hierro que empleaba en los negocios, pero Robert había encontrado en Maggie una vía de escape. Dilapidaba parte de la fortuna familiar en ella, para escarnio de su progenitor, pero ¿qué importancia tenía? En cuanto consiguiera separar la boca del sexo empapado de la mujer y pensar con claridad, recordaría que en uno de los bolsillos de su pantalón llevaba el anillo de compromiso que su padre le había dado a su madrastra, y que estaba reservado a la que se convertiría en su esposa.

—Amor mío, siempre has sido único, pero esta noche… Esta noche te has superado.

—Esta noche es especial —afirmó, poniéndose en pie para dirigirse al lugar donde se encontraban sus pantalones.

—¿Vas a vestirte? —ronroneó Maggie, estirada sobre la cama como una gata satisfecha, completamente desnuda, con su oscura melena enmarcando su adorable rostro—. No he terminado contigo, amor. A no ser que tengas obligaciones más importantes que atender…

—Nada es más importante que tú, ya deberías saberlo. —Se hizo con la cajita que contenía el anillo y se las arregló para ocultarlo de la vista de la mujer, mientras la cubría con su cuerpo—. Daría todo lo que tengo por ti. De hecho, es lo que llevo haciendo los últimos meses.

—Rob, no deberías desafiar así a tu padre. Tus únicos ingresos provienen de él. Tu futuro proviene de él. Todo a lo que puedes llegar a aspirar, mal que te pese, proviene de él. ¿Qué harás si te niega su generosa asignación mensual?

—Buscar un trabajo en otro lugar, igual que el que desempeño para él.

Maggie torció los labios con escepticismo y se incorporó, lo justo para que el miembro erecto de su amante descansara entre sus piernas sin necesidad de esfuerzo.

—Cielo, siento desilusionarte con mi pragmatismo, pero si tienes un trabajo, es precisamente por ser hijo de quien eres. En otro lugar no se tendrían en cuenta tus… capacidades. A no ser que él mediara por ti y…

—No me importa. —Maggie tenía razón. Era muy malo con los números, y llevaba la contabilidad gracias a la ayuda inestimable del viejo empleado de Ashworth. Pero también se consideraba un hombre de recursos. Y llevaba el mejor a la espalda—. Viviremos honrada y holgadamente gracias a mí.

—Un momento… ¿Has dicho «viviremos»?

Robert se sentó frente a ella y colocó la cajita entre los dos, prácticamente sin respirar.

Maggie la tomó en sus manos.

—¿Es… lo que creo que es? —preguntó con cautela.

—Si no lo abres, nunca lo sabrás.

Y debía reaccionar rápido, o moriría por asfixia, pensó cuando la vio abrir la tapa y coger el precioso anillo de brillantes con dos dedos, para a continuación contemplarlo boquiabierta.

—No puede ser que estés pensando en…

—Señorita Maggie Smith, ¿quiere hacerme el honor de convertirse en mi esposa?

—Por Dios, Robert, creo que no te das cuenta de lo que soy…

—Eres mi único y verdadero amor. Y me encantaría saber que me correspondes. —¿Era tristeza eso que empañaba sus ojos? No importaba. Seguiría insistiendo. Cualquier cosa antes que aceptar el rechazo que comenzaba a intuir—. Aunque solo sea un poco, Maggie. Lo necesario para no sentirme una inmundicia al lado de una diosa como tú.

—Yo… Yo…

—¡Señor, no puede pasar! ¡La señorita Smith está ocupada!

—¡Desde luego que lo está! ¡Con el vago de mi hijo! ¡Pero ahora mismo va a dejar de estarlo!

A Rob le costó bastante darse cuenta de que era su padre quien discutía con el guardaespaldas personal de Maggie, apostado en la puerta de su cuarto, para entrar como un toro enfurecido.

A la cortesana, bastante menos. Tuvo tiempo de cubrirse pudorosamente con la sábana, mientras Rob se ponía en pie con lentitud y se giraba hacia su progenitor, en una actitud que pretendía ser hiriente, dado su estado de desnudez, pero que solo provocó en el hombre una mirada de desprecio.

El guardaespaldas apareció tras él, pero ella sacudió la cabeza.

—Vuelve a tu puesto, Bill —ordenó con amabilidad—. Me temo que esta visita es conocida.

El intruso la ignoró por completo, mientras no dejaba de mirar a Rob.

—Cubre… eso —le ordenó, señalando su miembro—. No estoy aquí para comprobar cómo dilapidas el dinero en putas y bebida.

—En ese caso, su presencia sobra, padre. Y la última parte de su frase, también.

Jacob Ashworth había escuchado muchas insensateces por boca de su hijo, pero aquella superó con mucho las anteriores. Se acercó a él dispuesto a abofetearlo delante de esa mujerzuela que lo miraba con recelo, pero el hedor a alcohol lo detuvo.

—¡Apestas! —siseó, con una mueca de asco—. ¡Ahora mismo, eres la viva imagen del pecado! ¡Aún estás a tiempo de expiarlo, de modo que vístete y acompáñame!

Rob permaneció inmóvil. No tenía ninguna intención de seguir los puritanos consejos de un progenitor que jamás le había proporcionado algo por lo que tenerle un mínimo aprecio, o por lo que exhibir con orgullo sus lazos de sangre.

Jacob le arrojó la ropa. Pero entonces, algo llamó su atención.

Un objeto que brillaba entre los pliegues de la sábana que la furcia sujetaba entre las manos.

—No puede ser… —Olvidándose por un momento de su hijo, casi se abalanzó sobre la cama para recuperar la alhaja—. ¿Pensabas pagarle con el anillo de compromiso de tu madrastra?

—No, padre. Pensaba pedirle que se casara conmigo. —Las rubias cejas del joven se alzaron con despreocupación—. De hecho, nos ha interrumpido antes de que aceptara.

—No, Rob, amor, yo…

—¡Usted se calla, meretriz del demonio! —gritó Jacob, señalando a Maggie con una mirada colérica—. ¡Estoy más que convencido de que hubiera aceptado!

—Pues se equivoca de cabo a rabo. —Con la dignidad de una reina y envuelta en la sábana, Maggie salió de la cama y se colocó entre ambos hombres. Sus ojos recorrieron la figura enjuta de Jacob con tanta indiferencia que este dio un instintivo paso atrás—. Lo que me imaginaba.

—No sé qué…

—Estoy cansada de ver hombres como usted. Caricaturas de caballeros que siempre aspirarán a más, pero que siempre se quedarán en el fango de la normalidad, porque su código moral, entre otras cosas, es demasiado bajo como para mostrarlo al completo. Si se molestara en mirar un poco más allá de su preciado ombligo, vería que su hijo pretende desesperadamente llamar su

atención para, de ese modo, obtener lo que debería ser natural en un padre, y que usted no posee.

—¡No le consiento que…!

—Me consentirá eso y mucho más, porque esta es mi casa, señor —volvió a interrumpirlo, con idéntico aplomo—. Aquí es usted el que me está faltando al respeto y, dicho sea de paso, también a su hijo. ¡Lo está humillando!

—Para eso tendría que tener honor, y hace tiempo que lo perdió, igual que ese respeto que usted exige para él. ¡Qué bajo has caído, chico! ¡Una mujer de la calle, dando la cara por ti!

Las palabras de su padre siempre eran dardos envenenados, pero aquella noche traspasaron el límite de su contención. Con un grito de rabia se abalanzó sobre Jacob dispuesto a golpearlo, pero el cañón de una pistola presionándole el pecho lo detuvo de inmediato.

—Si sigues un paso más, dispararé —le advirtió—. Si no me acompañas ahora mismo, será ella quien muera, antes de encargarme de ese matón de tres al cuarto que permanece al otro lado de la puerta. Tú eliges, hijo mío. O vienes conmigo para intentar enmendar tu conducta de una vez por todas, o cavas la tumba de dos personas.

Cuando Rob apreció la mirada de súplica de Maggie, supo que nunca accedería a ser su esposa, de la misma manera que sabía que su padre cumpliría su amenaza sin que le temblara la mano.

—De acuerdo —accedió, vistiéndose de mala gana, mientras sentía que su corazón dejaba de latir un poco más con cada movimiento—. Después de todo, su respetabilidad estaría por encima de cualquier testimonio, ¿no es cierto?

—Veo que al fin lo has entendido. —No había ni pizca de bondad en el rictus cruel que formaron los labios de Jacob cuando rodeó los hombros de su hijo con un brazo, pretendiendo parecer amigable, y guardó la pistola—. Vamos a sacarte de este mundo sórdido para hacer de ti un hombre decente, muchacho. Vamos a buscarte una esposa respetable.

Maggie no ordenó a Bill que los detuviera cuando ambos abandonaron la habitación.

Por un instante absurdo, había estado tentada de aceptar la propuesta de Robert, dejándose llevar por unos sentimientos igual de absurdos. La aparición de aquel energúmeno la devolvió a su realidad. La de una cortesana sin honor ni nobleza, sin nada que ofrecer aparte de un placer sin límites en la cama, y un par de mansos oídos fuera de ella.

Ella no era para Robert. Él se merecía una buena muchacha que lo complaciera en todo lo que desease, que se mostrara sumisa y obediente. Que lo llenara de hijos, amén de una buena dote que, con mucha probabilidad, él despilfarraría en bebidas, juego y mujeres.

Pero a pesar de reconocer todo eso con la frialdad de las de su clase, apenas podía respirar.

Sus ojos permanecían fijos en la puerta cerrada, aunque era otra la imagen que poblaba su mente, y la que le impedía coger aire: el tatuaje de una flor de lis impresa en la muñeca de Jacob Ashworth.

OCHO

—Dios mío, te conoce con tu segundo nombre…

—Y gracias a vosotros, me temo que ahora también por el primero, Victoria.

En las profundidades grises de aquellos ojos Gabrielle todavía podía ver al depredador que acechaba dentro de él. Sin embargo, por fuera todo era preciso, deslumbrante, correcto. No vestía uniforme, pero las prendas que portaba eran igualmente exquisitas, de una calidad incuestionable. Llevaba un pañuelo blanco metido por dentro de un chaleco color gris perla. La chaqueta militar azul marino se le ajustaba bien a la anchura de sus hombros. El *kilt* presentaba un aspecto tan impoluto como el resto de su atuendo.

Era tan atractivo como peligroso. Lo había sabido desde el mismo instante en que lo vio. Y desde entonces, había decidido ignorar a su razón, para seguir los dictados de los instintos.

—¿Faith? —La pregunta de Clifford la hizo enrojecer de vergüenza —. Creo que te equivocas, McKnight. Ella es *lady* Gabrielle Ashworth, Baronesa Viuda de Darkness.

—Sí. Ahora que me he tomado mi tiempo en apreciar su… aspecto, tengo que reconocer que me he equivocado, Su Excelencia. —Con una rígida reverencia, llevó su mano enguantada a los labios. La joven casi pudo sentir esa extraña sensación de seguridad a través del saludo formal. El hormigueo que volvía a apropiarse de ella contra su voluntad—. Mis disculpas, baronesa. Por un momento, la confundí con una criada que me encontré hace unas noches, muy impertinente, por cierto.

—¿Impertinente?

—Tanto como valerosa —añadió él cuando se irguió en toda su imponente estatura, con un pequeñísimo destello de diversión en sus ojos—. Me salvó… de un apuro. Pero acabo de darme cuenta de que su belleza es única, solo reservada a las damas de buena cuna. Ninguna mujer de origen humilde podría igualarla.

—¿Todo un conde, al que no le importa reconocer sus debilidades, milord? —replicó ella, incapaz de resistirse a semejante desafío—. Es usted extraño.

—Además de un escocés al que no le importa reconocer sus debilidades, como bien ha señalado. Y su administrador, además del tutor de su hijo, según la última voluntad de mi amigo y su tío, Reginald.

—¿Última voluntad?

Ella pudo sentir cómo palidecía, al mismo tiempo que la mano de Victoria presionaba su brazo. Cuando la miró y vio la culpabilidad reflejada en sus ojos, comprendió lo que había estado a punto de revelarle.

—¿Mi tío ha muerto? —se atrevió a preguntar en un susurro.

—Me temo que sí —respondió Ram, con un tono de voz tan íntimo que la sorprendió.

—¿Cómo es posible que no me haya enterado? ¿Cómo me habéis mantenido en la ignorancia? —casi gritó, dirigiéndose a sus cuñados —. ¡Por Dios, era mi tío!

—Decidimos ocultártelo para que no sufrieras más...

La mirada arrepentida de Victoria se cruzó con la de Clifford, que se mantenía en silencio, erguido como su cargo exigía, aunque sus labios apretados delataban el mismo remordimiento de su esposa.

—Puedo entenderlo. —En ese momento, su mente era un torbellino farragoso de ideas, donde el dolor y la decepción competían a partes iguales—. ¡Pero tengo sirvientes, bastante leales, por cierto!

—Prácticamente los sobornamos para que guardaran silencio si oían alguna noticia relacionada con tu tío y las circunstancias de su muerte.

Y no les habría costado apenas, pensó ella con desaliento. Una cantidad irrisoria sería mucho en comparación con sus escuetos

honorarios, por calificarlos de un modo discreto.

Se tomó un instante en apretar los párpados y masajearse las sienes. Los oídos le zumbaban, los reproches se le apelotonaban en la punta de la lengua, y los ojos le ardían por las lágrimas que no pudo, ni quiso, evitar.

No solo su tío Reggie había muerto, sino que antes, se había preocupado en designar un tutor para Bastian que se inmiscuiría en su situación económica. Un hombre que se responsabilizaría de ellos, a quien ella no conocía más allá de la ardiente e incomprensible respuesta física que su cercanía le provocaba. Un noble escocés tan hermético como una caja fuerte, que no dejaba de observarla con atención.

Estaba mareada y seguía con los párpados apretados, pero podía sentir la intensidad de ese escrutinio sin necesidad de verlo.

Y eso la asustaba. Muchísimo. Casi incluso más que el hecho de que su propia familia la hubiera mantenido en la ignorancia con un asunto tan grave como ese.

—Gabbie, lo siento, de veras. Pero ni Cliff ni yo lo hicimos con mala intención…

Escuchaba la voz de Victoria lejana. Cuando sintió su mano insegura posándose sobre su brazo, en busca de ese perdón que todavía no estaba dispuesta a conceder, la cabeza comenzó a darle vueltas y las piernas le temblaron.

—Gabrielle…

Victoria intentó sostenerla, pero fue otra mano, mucho más fuerte, grande y cálida, la que evitó que cayera al suelo.

—¿Te encuentras bien? —Escuchó en su oído, con una nota de dulzura.

—No, pero lo estaré en cuanto asimile ambas noticias.

—Concluyo que una de ellas tiene que ver conmigo. Si te sirve de consuelo, yo también me enteré tarde de la muerte de Reggie. Algo que nunca me perdonaré. —Ram la llevó hasta el sofá más cercano, donde la ayudó a sentarse. A continuación, ocupó un sitio a su lado sin dejar de sujetarle la mano sana—. Respira hondo y deja que todo el dolor salga. Con lágrimas, gritos, maldiciones, lamentos… Lo

que sea. Es el único camino para que tu mente quede libre de pensamientos confusos y podamos aclarar las cosas entre nosotros.

—Lord Lexter, sería inapropiado que mi cuñada y usted resolvieran esos asuntos del modo que está insinuando…

—No insinúo, Su Excelencia. Pero estoy dispuesto a pedírselo con la educación que mi cargo exige. Me gustaría hablar un momento con ella a solas. Soy consciente de que estoy poniendo en peligro su reputación, pero pueden pedirle a alguien del servicio que se quede con nosotros. Este despacho es tan grande que no nos oirá si no pone empeño en ello.

—Me habían advertido que usted era un hombre que llevaba la sinceridad por bandera, pero me negaba a creerlo. —En su mundo, todo eran rodeos sin entrar nunca en verdades que pudieran incomodar. Las conversaciones se convertían en un montón de eufemismos inútiles; por eso, las palabras de Victoria eran un halago —. ¿Puedo fiarme de su honorabilidad?

—¿En algún momento les han llegado noticias de lo contrario?

—Lo cierto es que no —intervino Clifford—. Yo conocí a Reggie. Tenía muchos defectos, pero la falta de honestidad no era uno de ellos. Si él confió en usted, debió tener motivos de peso.

—Cariño, si no te encuentras con fuerzas para hablar con el conde, podrás venirte con nosotros —añadió Victoria, acariciándole la fría y mojada mejilla—. Incluso ocuparemos su lugar y nos haremos cargo de ti y de Bastian, ya lo sabes…

Gabrielle estuvo tentada a pedirle a Victoria que se quedara, pero entonces hubiera tenido que explicar hasta qué punto conocía a Ramsay. Que se habían besado.

Que estaban unidos por un vínculo de sangre contraído a través de la gratitud mutua, además del legal. No quería aceptar este último, pero si se veía obligada a hacerlo, le sacaría el mayor partido.

—Tenéis invitados que atender —afirmó, sin dejar de mirar a Ramsay—. Todo el mundo os ha visto acompañándome hasta aquí.

—Podemos decir que te encuentras indispuesta. Eso os concederá el tiempo que necesitáis.

—Sería lo más acertado. No os preocupéis por mí. Estaré bien…

Pero lo cierto era que ni siquiera fue consciente de que los duques se marchaban, ni mucho menos de que su presencia era sustituida por la de un silencioso y discreto lacayo que se quedó pegado en la puerta cerrada. Fingiendo que no veía nada y que tampoco oiría nada. Mejor, pensó. Porque había mucho que decir, y más aún por hacer.

NUEVE

—Toma. La última vez, el *whisky* te sentó bien.

Cuando el conde le puso un vaso bajo la nariz, ella lo aceptó con un suspiro.

—La última vez, yo era una criada de la duquesa —murmuró entre sorbo y sorbo—. En realidad, ella es la hermana de mi difunto esposo. Somos cuñadas, además de amigas. Casi hermanas, como habrá podido comprobar.

—He podido comprobar muchas cosas. Pero la más importante ahora mismo es esa tristeza que te ha llevado a no contener las lágrimas.

—¿Me tutea, conociendo mi título?

—Tuteo a la criada. Respeto infinitamente a la dama, que seguro que me explicará la razón de esa pantomima que casi la lleva a perder una mano. Y eso como el menor de los males.

—Reggie era mi tío favorito. Hermano de mi padre. Todavía no puedo creer que… —Se incorporó, inspiró hondo y deshizo como pudo el nudo que se había alojado en su garganta—. ¿Cómo… ha ocurrido?

—Un robo. En su residencia, situada en uno de los barrios más humildes de Londres.

—¡Pero él tenía dinero! Al menos, el suficiente como para no vivir con estrecheces.

—Eso pensaba yo. —Ante sus asombrados ojos, el conde se terminó el contenido del vaso y se sentó a su lado, con la mirada tan perdida y tan dolida como la suya—. Lo cierto es que desde lo de Francia, no habíamos vuelto a vernos.

—Entonces, ¿lo conocía?

—Fui el comandante del octavo regimiento de infantería en Toulouse. Tuve el honor de servir con tu tío. Él fue mi teniente desde que capitaneé mi primera compañía de fusileros. Y además, era mi amigo.

En aquel momento, miró a Ramsay a los ojos.

Más allá de su belleza de arcángel, se ocultaba un alma torturada por el dolor. Incluso podía sentir la tensión que él experimentaba. Podía verla en las líneas rígidas de sus hombros.

—Sufre por su pérdida —aventuró.

—La guerra une a los hombres de una manera que va más allá de la mera presencia física. Tu tío perdió un brazo en la batalla. Lo pasó francamente mal durante mucho tiempo, creyéndose inútil por el resto de su vida, pero su orgullo no le impidió acudir a mí cuando me necesitó. Hasta que comprendió que todos, de algún modo, resultamos inútiles en un momento u otro de nuestra existencia.

—Y eso creó un lazo entre ustedes que lo hace padecer por su pérdida incluso más que yo.

—Por su pérdida, y por las circunstancias en las que se produjo.

—¿Duda de lo que hace un momento acaba de afirmar?

—No en su mayor parte. Pero voy a reservarme mi opinión delante de una mujer capaz de convertirse en una sirvienta, una dama que controla sus emociones, y una pobre muchacha superada por ellas. ¿Quién de todas eres ahora, *milady*? ¿Alguien fuerte, curtido por una clase de sufrimiento impreso en cada poro de su piel, y que solo apreciamos quienes llevamos una carga similar? ¿O una aristócrata fría y dura, que controla incluso cada una de sus respiraciones?

Gabrielle contuvo la respiración, impresionada por la facilidad con la que aquel hombre la había diseccionado, como si la conociera de toda la vida.

—¿Tan transparente soy? —murmuró, con los ojos muy abiertos.

—Lo bastante como para intrigarme.

Su tono íntimo se incrustó en las capas más sensibles de su piel. Ella contuvo un estremecimiento de expectación. O tal vez de miedo, al comprender lo expuesta que se hallaba ante la perspicacia de un

hombre lo bastante hábil como para haberle robado un beso la misma noche en que lo conoció.

Ella abrió la boca para replicar con dignidad, pero de pronto, se fijó en que el semblante de Ram estaba pálido. Parecía tan abatido, tan solo en su sufrimiento por la muerte de Reggie, a pesar de aquel pequeño paréntesis en su conversación, que Gabrielle echó por tierra cualquier signo de formalidad e hizo lo que llevaba queriendo hacer desde que lo había visto en el despacho de Cliff.

Sin poder contener las lágrimas que asomaron a sus ojos, levantó la mano y tocó la pequeña cicatriz que él tenía en la ceja derecha. Entonces, sin pronunciar palabra, lo estrechó entre sus brazos.

Él no reaccionó a su espontaneidad. Esperó el rechazo frontal, pero después de un profundo suspiro, sintió cómo Ram aceptaba el abrazo poco a poco, hasta terminar temblando contra ella.

Ella cerró los ojos con fuerza. Durante una eternidad permanecieron aferrados el uno al otro, como dos náufragos en pleno mar embravecido. Paulatinamente, las emociones de ambos comenzaron a mezclarse. Casi podía percibir la ira que palpitaba dentro de aquel hombre. Su cuerpo enorme temblaba por el esfuerzo que hacía para contenerse. Gabrielle lo apretó contra su pecho y acarició su cabello castaño, calmándolo. Olvidando que podía convertirse en una máquina de matar en un abrir y cerrar de ojos.

Porque además de una bestia letal, también era el hombre que le había salvado la vida.

—Ramsay McKnight, sé que mi tío lo apreciaba mucho —murmuró una eternidad después, cuando forzó la separación y ambos se quedaron mirándose con la respiración agitada, y algo flotando en el ambiente que los atraía hacia el otro de forma casi inevitable.

—¿Cómo puedes afirmar algo así? —le preguntó él, con la voz enronquecida.

—Porque está aquí. Conmigo. Dispuesto a interpretar el papel que él eligió para usted.

Tutor de Sebastian y administrador de la baronía. Algo para lo que, de pronto, él no se sentía preparado.

Porque uno no podía sentirse atraído por la madre de su pupilo, ¿verdad?

Pero cuando la mirada de Ram descendió hasta sus labios, el deseo volvió a aparecer entre ellos, como la primera noche que se encontraron.

Vivo. Rápido. Como un relámpago….

El suave carraspeo que se escuchó en la estancia los arrancó de su propio mundo, generado por un simple abrazo, para arrojarlos a la realidad.

—Sus Excelencias nos esperan, baronesa. Si ya se ha recuperado…

Había algo en la seriedad de su expresión que resultaba al mismo tiempo provocador y enigmático, pero que enviaba un claro mensaje: la complicidad del militar diestro con la espada y la sirvienta llamada Faith, había desaparecido.

—No es mi mejor momento, pero haré una excepción por Victoria. Es su cumpleaños. No se merece que yo ensombrezca su día —respondió, con la barbilla en alto—. Después, será el momento de las lamentaciones.

—Juntos, que no se te olvide.

Ella se quedó mirando el brazo que Ramsay le ofrecía, como si fuera a zambullirse en un lago desconocido si se colgaba de él.

—Antes, me gustaría aclarar algunos puntos —afirmó con recelo.

—¿Como por ejemplo?

—¿Va a aceptar, entonces?

—¿El qué?

—Lo que mi tío le encomendó.

Todavía no podía pensar en Reginald como si estuviera muerto. Ni tampoco en los motivos por los que había permanecido apartada de algo tan importante como el entierro de un ser querido para ella. No eran de extrañar las habladurías, aunque ahora mismo solo podía pensar en que, si aceptaba aquel brazo, su vida y la de Bastian darían un giro inesperado.

Ramsay se dedicó a observarla, con ese gesto críptico que podía significar demasiadas cosas.

—¿Lo vas a aceptar tú? —preguntó a su vez

—¿No le parece que lo que ha ocurrido entre nosotros es prueba suficiente?

—Si te refieres al consuelo mutuo, ha sido precisamente eso. Pero no tengo por costumbre obligar a ninguna mujer a aceptar mi compañía.

—¿Es que acaso se me ha dado otra opción?

—Te la estoy dando yo. Ahora.

A pesar de su dureza, Gabrielle sabía que era sincero. Vibraba bajo el influjo de su mirada. El peligro que significaba, para ella se traducía en aventura. De un modo desconocido hasta el momento, Ramsay McKnight le hacía sentirse viva.

Solo por eso, merecía la pena correr riesgos.

—Acepto —afirmó sin un solo titubeo—. Aunque cuando sepa a lo que se enfrenta, quizá sea usted quien me rechace.

Posó la mano sobre el brazo de Ram, pero antes de salir, él se la apresó con fuerza.

—Deberías de saber dos cosas sobre mí —le susurró—: la primera, es que no suelo rechazar una misión encomendada, por muy difícil que esta sea. Sobre todo, si es la última voluntad de un amigo fallecido. La segunda, y no por eso menos importante, es que en aras de tu reputación, deberíamos salir de aquí por separado.

Con una ligerísima sonrisa ladeada, le hizo una pequeña reverencia y se marchó, haciendo ondear su *kilt* con tanta elegancia, que se encontró observándolo fascinada, mientras se decía que, lo que ocurriera a partir de aquel instante, era un misterio que estaba deseando desentrañar.

DIEZ

Victoria se levantó de la silla de su tocador y se dirigió a la cama, tan pensativa que ni siquiera se dio cuenta de que su marido ya estaba en ella, esperándola.

Desde un principio, ambos se habían negado a dormir en camas separadas, como era costumbre en la más alta aristocracia. El suyo había sido un enlace por amor, y pretendían seguir manteniéndolo como tal en todos los ámbitos de su vida, tanto públicos como privados.

—Ese ceño fruncido no augura nada bueno. —Cliff intentó alisárselo con un gesto cariñoso que ella recompensó con una sonrisa—. ¿Qué pasa por esa preciosa cabecita? Y no me digas que todavía estás pensando en la fiesta, porque ya hace rato que acabó, y el resultado no pudo ser mejor.

—¿Tú crees?

—No lo creo. Lo afirmo. Cariño, les has dado todo lo que venían a buscar. Relax, diversión, una cena exquisita, una música aún mejor y, sobre todo, carnaza para alimentar sus chismes durante los próximos meses, al menos.

—¿Tú crees? —repitió, levantando la cabeza del pecho de su esposo—. ¡Lo último que pretendía era convertir a Gabrielle en el centro de todas las habladurías!

—Lo habría sido aunque Lexter no hubiera aparecido. No la han olvidado. No es muy habitual que una hija de burgueses contraiga matrimonio con uno de los nuestros…

—Mi hermano dejó de ser de los nuestros desde que propinó a Gabbie su primera paliza.

Victoria volvió a reposar la cabeza sobre Cliff, solo para que él no pudiera ver su gesto de rabia al pronunciar aquellas palabras, si pensaba en todo lo que su cuñada, y su pequeño sobrino, habían tenido que padecer a manos de su hermano. El heredero de una baronía. Un hombre al que se le suponían ciertos valores altruistas que, como tuvo la desgracia de descubrir de la peor manera, nunca había tenido.

De niños, Arthur siempre había sido su referente, su ejemplo a imitar, su ídolo.

Un ídolo que se había derrumbado cuando Arthur falleció, y Victoria descubrió el infierno en el que había convertido su hogar desde la misma noche de bodas.

—No puedes resarcirla por cada mal momento pasado junto a tu hermano, cielo. —La dulzura de Cliff, junto con el tacto reconfortante de su mano enredándose en su cabello, lograron que poco a poco, Victoria fuera relajándose—. Ella te adora.

—Me temo que desde hoy, me adorará un poquito menos. —A pesar de que aún sentía remordimientos, no pudo evitar una risilla al recordar el encuentro de su cuñada con el conde escocés—. ¡Parecía que quisieran asesinarse en un momento, para a continuación lanzarse uno en brazos del otro!

—¡Eso sería gravísimo, Vic!

Ella levantó la mirada hacia su marido, que tenía el rostro desencajado.

—Vamos, no te hagas el puritano conmigo. ¿No te diste cuenta?

—¡Claro que no! Estaba más ocupado en dar con la mejor manera de confesarle a Gabbie que le habíamos ocultado la muerte de su tío adrede, junto con la nueva función de Lexter. Además, las mujeres sois mucho más observadoras para esas cosas.

—Entonces me crees cuando te digo que entre esos dos han saltado chispas.

El duque frunció el ceño un segundo, pero después sonrió con condescendencia y volvió a pegarla a su pecho.

—He tenido ejemplos de sobra como para no tomarme tus apreciaciones a la ligera, amor —murmuró—. Por eso mismo tendríamos que hacer algo al respecto, ¿no te parece?

—Por supuesto. El primer paso ha sido que la sociedad al completo los haya visto juntos en mi fiesta de cumpleaños. Su relación está por encima de toda sospecha, así que no temas por la reputación de Gabbie. Aunque estaba muy pálida y apenas habló, a nadie le extrañó.

—Al igual que el conde. Los dos crearon idéntica expectación, y reaccionaron de la misma manera.

—Se dice que Lexter es lo más parecido a un ermitaño desde que regresó de la guerra. Hoy hemos tenido ocasión de comprobarlo, aunque el escocés y nuestra cuñada son perfectamente capaces de integrarse sin ningún problema.

—¿Qué está maquinando esa mente retorcida tuya?

Victoria compuso su sonrisa más inocente cuando Cliff elevó su mentón, para terminar besando largamente sus labios carnosos.

—Que lord Ramsay se haga cargo de los problemas que ahogan a Gabrielle —respondió.

—Su cargo de administrador lleva implícita esa obligación, y él lo ha aceptado.

—Te recuerdo que a Gabbie no le queda mucho para cumplir los veintiuno, pero es tiempo suficiente para reflotar el desastre que dejó mi hermano, con una gestión eficiente. Una gestión como la que el conde sin duda les brindará. —Clifford la apartó un poco. Aunque su expresión era dubitativa, estaba claro que tenía algo que decir—. ¿No te parece un buen plan?

—Lo sería, si no acabaras de reducir al escocés a un medio para conseguir un fin: la seguridad.

—¿No crees que ella y Bastian estarían seguros con él? ¿Más allá de una tutoría o una administración eficiente?

—Es posible. Solo habría una dificultad: que no accederá a nada más una vez cumpla con la misión encomendada por Reginald.

—Bueno… Si ella le ofrece una buena recompensa, es posible que cambie de opinión. Puede parecer una locura, pero también la solución a un problema.

—¿Una recompensa? No acierto a averiguar qué puede resultarle tan atractivo…

La sonrisa de Victoria pasó a ser casi perversa cuando introdujo la mano por debajo de las sábanas, con aire juguetón, en busca de su mayor objetivo. Los ojos del duque se agrandaron por la sorpresa cuando lo encontró, pero después dejó escapar un gemido placentero y se estiró.

—El matrimonio —ronroneó ella en su oído, justo antes de mordisquearle la oreja y frotarse contra él—. El escocés es digno de confianza. Un héroe de guerra. No sabemos de nada que nos induzca a pensar lo contrario.

—Tampoco conocemos algo que lo ennoblezca fuera del campo de batalla. ¿Y si es un ser sin escrúpulos que terminará dañándolos aún más? Tanto ella como el niño ya han sufrido bastante. Y cargarán con las consecuencias de ese sufrimiento el resto de su vida.

—Cuando cumpla la mayoría de edad, Gabbie será libre de hacer y deshacer a su antojo. Sin embargo, si continúa más tiempo sin un hombre noble a su lado y una causa que lo justifique, su origen bastardo saldrá de nuevo a relucir.

—Uniéndose con el humilde que heredó de su padre. —A pesar del placer que comenzaba a barrer todo lo demás en oleadas firmes e intensas, Clifford se esforzó por seguir el hilo de la conversación—. La aristocracia no olvida.

—Exacto. Por eso esta noche, aunque se haya marchado más que enfadada con nosotros… también lo ha hecho acompañada por el tutor legal de su hijo. Tardarán un tiempo en asimilar que, por mucho que les pese, no pueden estigmatizarla por algo así.

—No pueden hacerlo. Aunque no está permitido que una mujer decente, señorita o no, responda a ningún hombre que no le haya sido debidamente presentado, tú te ocupaste de solventar ese pequeño inconveniente antes de que ambos cruzaran palabra delante de todo el mundo.

—Exacto. La temporada de invierno se termina con el baile de la noche de Reyes. El príncipe regente piensa dar una fiesta por todo lo alto, y estamos invitados.

—Pero…

Clifford cerró los párpados con fuerza y siseó algo por lo bajo, cuando ella comenzó a acariciarlo con tanta dedicación que olvidó el resto de la frase.

—Déjame a mí esos «peros», ¿quieres? Ahora, dediquémonos a llenar el ducado de pequeños herederos. El tiempo pasa, y yo estoy tan aburrida…

Lo siguiente que Victoria escuchó fue una risa ronca, antes de que un par de fuertes manos la subieran sobre las caderas de su esposo para comenzar con su enésimo intento de quedarse embarazada, mientras en su cabeza se perfilaba un plan que tanto Gabrielle como Ramsay habían comenzado, sin ellos saberlo.

ONCE

Para Gabrielle, todos los demonios parecieron confabularse contra ella aquella noche.

No solo se había enterado de la muerte de Reggie, sino que además había tenido que soportar la cortés presencia de un tutor designado por su tío para su hijo, junto con un montón de murmullos a su alrededor. Y eso a pesar de que Victoria hizo las consabidas presentaciones, tanto a ella como al resto de los asistentes a la fiesta, para evitar malos entendidos que pudieran arruinarla.

A esas alturas, le dolían los pies, la cabeza y la vista, de tanto clavarla en el magnífico caballo que Ramsay montaba junto a su carruaje, de camino a casa.

—No es necesario que me acompañe. Como ve, el cochero es corpulento y no tendré que recorrer grandes distancias, ni aventurarme por bosques o descampados —le había dicho cuando él, solícito, tomó su mano para ayudarla a subir.

—Permíteme dudarlo —le susurró al oído con discreción—. Si me fío de tus gustos, incluso puedo llegar a pensar que he acudido a la fiesta demasiado desarmado.

—¡Aquello fue una excepción!

—Que me explicarás en cuanto ambos nos establezcamos.

—Yo ya estoy establecida. Le recuerdo que soy la viuda de un barón.

—No me refiero a esa clase de ubicación. —Con sus ojos grises brillantes, tomó su mano enguantada y la acercó a los labios. El corazón de Gabrielle dio un salto, antes de ponerse a galopar en su pecho sin que pudiera evitarlo. A continuación, él dio un pequeño

golpe a la puerta y guiñó un ojo al cochero—. Adelante. Yo iré con ustedes a caballo como protección adicional.

Y allí se encontraban, una eternidad después, llegando a su casa, acompañada de un desconocido que, a partir de aquella noche, tendría que convertirse en aliado.

—Gracias, Will, ha sido todo un placer viajar contigo.

La voz profunda que le llegó a través de la portezuela la hizo regresar de sus pensamientos, pero sobre todo, de lo que la rodilla del conde, tan cerca de su vista como desnuda a consecuencia de la cabalgada, le inspiraba.

Pura sensualidad, pura fuerza, pura vehemencia, pura…

Ella sacudió con fuerza el abanico mientras aprovechaba unos instantes para reclinarse sobre el respaldo del asiento.

¡Aquel hombre era la reencarnación del mismísimo pecado! Le hacía sentir cosas que nunca había sentido. Ramsay suponía un constante asalto para sus sentidos, desconocido hasta el momento, descontrolado también. Pero, sobre todo, prohibido.

Porque a pesar de las escasas conversaciones mantenidas con Victoria acerca del tema, y siempre después de la muerte del barón, ella seguía sin creer que hubiera un tipo de placer en la cama reservado a la mujer. Su experiencia en ese lugar siempre había sido horripilante, sin dejar sitio a nada más que la repugnancia. Alguien tan malogrado como ella, nunca podría permitirse semejante lujo en caso de existir.

Pero con un solo beso, aquel hombre había conseguido hacerla vibrar por entero. Algo que la intrigaba tanto como la asustaba.

—Es preocupante el modo en el que ha conseguido dominar una situación como esta, milord —comentó cuando la portezuela se abrió, y ante ella apareció una mano enguantada que la ayudó a bajar del carruaje—. Si no supiera que eso es imposible, me atrevería a afirmar que hará lo mismo con cada habitante de esta casa antes de una semana, incluidos mi hijo y yo.

—No des por imposible algo tan fácil.

Gabrielle alzó la barbilla. A la luz de la escasa iluminación que los rodeaba, el cuerpo del escocés parecía mucho más grande de lo que ya era. Y también mucho más gallardo y fuerte, con esa seguridad

apabullante que le transmitía con el simple roce de su mano posada en el brazo masculino.

Ramsay McKnight poseía la clase de determinación única de los líderes natos. Justo lo que ella necesitaba para reflotar una situación en apariencia insalvable, antes de que el futuro de Sebastian, y el suyo propio, quedara marcado para siempre por la ignominia y la ruina.

—¿Está usted sonriendo, milord, o es que la luz de la luna me está jugando una mala pasada? —no pudo resistirse a bromear.

—Me estoy relamiendo ante la perspectiva que me has pintado acerca de mi supuesto dominio, *mo bhreugaire beag*[3]. ¿Es una especie de apuesta? ¿O simplemente dudas de mi capacidad de persuasión?

—Ambas cosas.

—En ese caso, acepto el desafío. —Con una sonrisa que carecía de humor, Ram se colocó frente a ella—. Te garantizo que antes de esa semana, el servicio de esta casa y de la baronía, estarán deseosos de seguir mis instrucciones al pie de la letra. Así, allanaré el camino para el nuevo señor.

—¿Nuevo señor?

Ram se inclinó hacia ella muy despacio, hasta que sus rostros estuvieron a la par.

—Aunque el lugar y el momento no son los más adecuados, intuyo que no dispondré de otros por esta noche, de modo que voy a aprovechar las ventajas que estos me ofrecen —empezó—. Hablo de la relación que, a partir de ahora, mantendremos tú y yo, claro.

—Si se refiere a la distancia que ambos debimos guardar en aras de la decencia durante la cena, en casa de los duques, sobrarían las explicaciones para cualquier caballero de buena cuna. El mismo caballero que, consumido por el dolor de la pérdida de un ser querido, dejó caer sus defensas y permitió que una mujer lo reconfortara con un abrazo inofensivo.

—Me temo que nada que provenga de ti va a ser inofensivo.

Sus rodillas empezaron a temblar ante lo que él insinuaba, pero inspiró hondo, ocultando todas las emociones que aquel maldito

escocés despertaba en ella en contra de su voluntad, de la razón y de todo tipo de cautela.

—Si se refiere al beso que ambos compartimos…

—Entre otras cosas, que me dicen que estás lejos de ser la mujer apocada y cabal que quieres aparentar. —Omitió decir que era precisamente esas ausencias las que hacían de ella una criatura demasiado intrigante, atractiva y atrayente para él—. Aunque por fortuna, tiene arreglo.

—De modo que, a sus ojos, soy algo así como un animalillo salvaje que necesita una especie de guía experta.

—Yo seré esa guía. Te aseguro que tengo experiencia en cuentas, tanto como en conducir a jóvenes díscolos por el camino de la disciplina. Aunque veo que te molesta.

—Estoy más que molesta, pedazo de…

—Si vamos a pasar a los insultos, déjame hacer algo para merecerlos. Creo que hasta ahora no has experimentado los beneficios de una buena instrucción.

—Ilústreme, por favor —lo retó ella.

—Mano de hierro y guante de seda. Sí —respondió él en un susurro junto a su oído—. Con eso debería bastar para domesticarte. Madre sumisa, hijo obediente.

¡Aquel hombre era la violencia personificada! ¡Arrogante hasta el insulto! Y aun así, su roce la llenaba de algo potente, embriagador y desconocido, que lograba que su cuerpo se rindiera a él.

Pero no su mente. Esa, por fortuna, todavía se mantenía lo bastante fría como para actuar.

—¿No cree que debería contar con mi consentimiento? —le replicó.

—Obviamente sería bien recibido, pero no hará falta. Recuerda los términos de nuestra relación. Aparte de ejercer la tutoría de tu hijo, soy tu administrador a partir de ahora. Deberás aceptar ambos cargos por un simple detalle: no has alcanzado la mayoría de edad. Pero te prometo que, antes de que la alcances, tu situación estará solventada.

El conde se cuadró como el militar que era, le hizo una profunda reverencia y llevó sus dedos enguantados a la boca. A través de la

tela, Gabrielle sintió el roce abrasador de su aliento sobre la piel sensible, antes de que, sin una palabra más, Ramsay montara en su caballo y la dejara justo donde se había propuesto.

A las puertas de una casa que perdería, junto con todo lo que significaba, si no encontraba una solución pronto.

Con su nuevo administrador o, como ella esperaba fervientemente, sin él.

DOCE

—¡Madre, madre! ¡La tía Victoria ha llegado!

Gabrielle no solía ser dormilona, pero los acontecimientos de la noche anterior la habían dejado tan exhausta, y con tantas cosas en las que pensar, que se había quedado en la cama, solo para comprobar si su dolor de cabeza era producto de alguna jaqueca ocasional, o tenía nombre, apellidos, título nobiliario y una extraña influencia sobre todos sus sentidos.

Sebastian se encargó de destruir su paz con esa alegría que siempre, incluso en las peores circunstancias, resultaba contagiosa.

—¡Deberías mostrar más educación, jovencito! —intentó reprenderlo, sin mucho resultado, puesto que el niño se encaramó a su cama y se acurrucó junto a ella. Como si el hecho de estar completamente vestido le importara un comino—. ¿Qué manera es esta de irrumpir en el cuarto de tu madre?

—Se me ha olvidado darte los buenos días… Perdón.

Y con esos enormes ojos clavados en ella, le estampó un beso en la mejilla que acabó por derrotarla.

—De acuerdo, te perdono si vas a buscar a mi doncella personal para que me ayude a vestirme. Imagino que tu tía podrá esperar un poco a desayunar con nosotros y…

—¡De eso nada! ¡Vas a levantarte ahora mismo y vas a vestirte como se exige de una baronesa tan digna, tan guapa y con tanta paciencia como tú! ¡Andando!

Si la entrada de Sebastian fue un pequeño torbellino, la de Victoria fue el equivalente a un huracán en toda regla. Su cuñada

sacó al niño del cuarto con una palmadita en el trasero, para a continuación tirar de ella sin compasión.

—No pienso hacer caso de esos gemiditos tuyos, ya lo sabes —le dijo una vez la tuvo de pie, antes de llenar la jofaina con agua fresca y dirigirse al armario en busca de un vestido—. No te van a servir de excusa. He venido a disculparme por lo ocurrido anoche, aparición de conde escocés incluida, y no pienso marcharme hasta que mi conciencia no esté tranquila y mi curiosidad satisfecha. Ya sabes lo que le cuesta a mi conciencia tranquilizarse.

—Por no hablar de tu curiosidad, claro. Lástima que mi cabeza me esté palpitando con tanta fuerza que le falte poco para estallar en mil pedazos.

Volvió a la cama en la esperanza de que Victoria se conformara con esa explicación, pero en un segundo estuvo de nuevo en pie, resoplando.

—Alégrate de que solo tengas que satisfacer la mía, y no la de cada uno de los asistentes a la fiesta de anoche —le recriminó, mientras arrojaba sobre la cama un vaporoso vestido azul cielo, a juego con el color de sus ojos—. Estabas espectacular, y quiero que sigas estándolo.

—No puedo. He de llevar luto por la muerte de Reggie, ya que no he podido hacerlo desde el principio.

—No creo que el conde esté de acuerdo con eso, pero por si te interesa saberlo, serían tres meses. —Victoria se encogió de hombros—. Me atrevería a decir que ningún miembro de la aristocracia te ha relacionado con Reginald. Sobre todo, porque vivía en la indigencia.

—Eso no importa. No deja de ser mi tío.

—Me parece que ya es hora de que te olvides de esos vestidos de monja, y desempolves los que usabas cuando mi hermano vivía.

—No quiero hacerlo. Esos vestidos son… Le gustaban a él, no a mí.

—¡Ah, excelente! Entonces encargaremos un guardarropa nuevo. Lo que sea que te une a tu nuevo administrador, bien lo merece. Porque a mí nadie me quita de la cabeza que ya os conocíais de

antes. Y eso me lleva a pensar en… eso —repitió, señalando su mano herida con suspicacia—. No habrá sido él quien te curó…

—Lo fue. —No tenía ningún sentido negar algo que Victoria terminaría averiguando—. Pero no me preguntes ahora por los detalles, por favor. El dolor de cabeza es bien real. Me temo que tendrás que desayunar tú con Bastian.

—De eso nada. Tienes unos deberes que atender. ¡Jenny no se encargará de tu hijo, porque sencillamente, anoche se apropió de una botella de coñac que se bebió hasta el fondo, y hoy no ha acudido a su trabajo! —exclamó la duquesa con indignación—. ¿Sabías que tiene dos hermanos pequeños a su cargo?

—Conozco a cada habitante de estas tierras, Vic.

—Entonces también conocerás las condiciones en las que viven esos niños. —Gabrielle parpadeó desconcertada—. Oh, por el amor de Dios, has estado demasiado concentrada en conseguir dinero inmediato. Están desnutridos. A pesar de que le pagas un generoso salario a su hermana mayor, parece ser que esta se lo gasta en vicios nada recomendables.

—¿Hablas de bebida? —Victoria asintió—. Pero Jenny es demasiado joven para…

—Si mis cálculos no fallan, tiene la misma edad que tu apuesto conde escocés, querida. Es decir, que apenas sobrepasa la treintena. Muchos años para unas cosas, y muy pocos para otras. Esa chica siempre ha sido demasiado casquivana para mi gusto, y esto lo confirma. Tenemos que ir hasta su casa. A despabilarla, pero también a asegurarnos de que los pequeños están bien.

En resumidas cuentas, su cuñada llegaba dispuesta a que las cosas, que habían empezado a cambiar drásticamente con la aparición de Ramsay, siguieran a ese ritmo.

—Debes salir de tu coraza de una vez por todas. Te necesitamos. Estamos deseando ver tu fuerza de voluntad, tu espíritu de lucha, pero también esa parte risueña que te permitía disfrutar de las pequeñas cosas de la vida, Gabbie. —Victoria tomó sus manos con expresión tierna—. Aún te quedan unos meses para ser dueña de tu destino. ¿Qué vas a contarle al escocés cuando inspeccione las tierras y vea en lo que se han convertido? ¿Vas a interpretar el papel

de damisela frágil que se desmaya a las primeras de cambio? ¿Y cuando pregunte por el estado de las cuentas? ¿Vas a seguir fingiendo?

—Te juro que en estos momentos me parece la mejor idea…

—¡Pues no voy a dejar que pases otro día más ahogada por las deudas, sin saber cómo salir de ellas! ¡O metida en esta cama, solo porque un hombre absolutamente arrebatador y enigmático se ha cruzado en tu camino, con la firme intención de cambiarlo del todo!

—Tú ganas —se rindió—. Pero me niego a ponerme ese vestido. Iré en traje de montar. Azul oscuro. Es mucho más práctico y más respetuoso.

Se guardó para ella el sabor amargo que se alojó en su garganta al pensar en el uso que Arthur les había dado a aquellas prendas cuando las había adquirido. Algo tan repulsivo que debería haber bastado para que se deshiciera de ellas, pero que por algún retorcido motivo, había sido incapaz de hacer.

◆ ◆ ◆

Nada más descender de los caballos junto a la cabaña de Jenny, las dos mujeres se toparon con el carruaje del conde de Lexter, y con el propio conde ya en el interior.

Los ojos de Gabrielle pasaron de la poderosa silueta de Ram, que en esos momentos le daba la espalda, al bulto que ocupaba el único catre de la estancia, cubierto por una sábana raída, para después detenerse en dos niños escuálidos y mugrientos que observaban la escena, con los ojos abiertos de par en par por el terror, pegados a una de las paredes ennegrecidas.

—Cielo Santo, el hedor es insoportable… —murmuró, cubriéndose la nariz y la boca con un pañuelo, para contener las náuseas que le provocaba.

—Quise dar una vuelta por los alrededores de la mansión antes de acudir a presentarte mis respetos, baronesa, pero lo que me he encontrado… digamos que me ha entretenido más de la cuenta. Su

Excelencia, Baronesa Viuda… —las saludó. A continuación, clavó su mirada penetrante en ella—. ¿Vistes de negro?

—Azul oscuro, milord. La memoria de mi tío bien lo merece.

—Tu tío no lo aprobaría. —Con las cejas alzadas, se dirigió a la duquesa—. Milady, no esperaba encontrarla en semejantes circunstancias.

—Tampoco nosotras esperábamos encontrarlo a usted. ¿No es cierto, Gabrielle?

—Yo… —Con un sutil gesto, ella señaló al bulto del catre—. ¿Está…?

—Me temo que sí. Aunque si la visión resulta demasiado horrenda, puedo encargarme yo mismo de todo.

—No me tenga por una pusilánime —le replicó con altanería, antes de echar un vistazo a los pequeños—. ¿Puedo suponer que ha intentado reconfortarlos de alguna manera después de descubrir el cadáver de su hermana mayor?

—Sí, aunque los resultados no han sido los esperados. Parece que me temen más a mí que a lo que tienen en la cama.

—No me extraña —murmuró entre dientes, para después disimular con un ligero carraspeo—. Milord, permítame decirle que, al parecer, lo suyo no son los niños.

—Es un militar, querida. ¿Qué esperabas? —terció Victoria.

—¿Un poco más de comprensión, teniendo en cuenta que será tutor de Sebastian? —Antes de recibir la réplica que pareció aflorar a los labios apretados de Ramsay, le dio la espalda para acercarse a los niños—. Hola, chiquillos. Me conocéis, ¿verdad?

—S-Sí —respondió el más mayor, que no sobrepasaría los seis años—. Usted es *lady* Darkness. Mi hermana decía que era muy buena con ella, y que podría serlo también con nosotros.

—Así es, cariño. —Sus ropas eran harapos. Llevaban tanta suciedad encima que, excepto sus enormes ojos, incrustados en una cara tan escuálida como el resto de sus cuerpecitos, no se distinguía ningún otro rasgo—. Vuestra hermana ha muerto. Ahora, yo soy responsable de vosotros.

—Ese señor de ahí nos ha dicho algo parecido —sentenció el pequeño, señalando a Ram con un dedo tembloroso que despertó la

indignación de Gabrielle.

—¿Se puede saber con qué les ha amenazado para aterrorizarlos de esa manera? —le preguntó, airada.

—Nada. Solo que están en edad de trabajar. —Cuando las dos mujeres lo fulminaron con la mirada, él se limitó a encogerse de hombros—. No entiendo qué hay de malo.

—¡Son demasiado pequeños! —exclamó Victoria.

—Y necesitan recuperarse. Al parecer, su hermana no tenía suficiente dinero para alimentarlos y vestirlos como es debido —añadió Gabrielle—. Yo tengo ropa de Sebastian. Podría ver si le sirve al más pequeño…

Se mordió el labio para evitar reconocer que no recordaba el nombre de los niños, pero Ram la sacó del apuro.

—El mayor es Ezekiel, y el menor, Aaron. Nombres bíblicos. Es lo único que he conseguido arrancarles antes de que las dos aparecieran —informó con un desaliento que despertó una tenue sonrisa en ella.

Vaya. Al parecer, el recto militar tenía su corazoncito, a prueba de niños indefensos.

—Aaron, Ezekiel. A partir de hoy, vuestras vidas van a cambiar —continuó ella, inclinada hacia las caritas llenas de tanta expectación como suciedad—. No lejos de aquí hay un matrimonio que no ha podido tener hijos, y que se dedican a acoger a niños que se encuentran en vuestra situación. Son el matrimonio Abernathy. ¿Habéis oído hablar de ellos?

—Gabrielle, no…

—Ellos estarán encantados de acogeros en su casa —continuó ella—. Allí llegaréis a formar parte de una familia, con unos padres que os querrán y os cuidarán, y con un montón de hermanos. ¿Os gustaría?

A la vez que ambos asentían sin mucha convicción, el conde dio un paso al frente.

—Gabrielle… —insistió.

—¡Entonces no se hable más! Lord Lexter es un poderoso conde que ha venido hasta aquí en su propio vehículo, y que no tendrá

inconveniente en llevaros al hogar de los Abernathy. ¿No es cierto, milord?

Ram la observaba con sus ojos brillando de enfado por tanta interrupción, aunque nada más en su persona lo indicara.

—No —dijo simplemente.

—¿Cómo dice?

—Que no los llevaré a ese hogar, por muy lleno de amor que esté. El amor no llenará sus estómagos, ni les quitará la porquería de la piel o los vestirá como personas en lugar de como animales. Tampoco pagará el entierro de su hermana, en un lugar que ambos puedan visitar tan a menudo como quieran. Todo eso sería responsabilidad tuya, pero como por alguna extraña razón que me explicarás más adelante, no la aceptas, la aceptaré yo. —Con un suspiro, se arrodilló frente a los niños—. ¿Conocéis el manejo de las armas? ¿Sabéis al menos leer y escribir? —Esta vez, los dos negaron con contundencia—. ¿Os gustaría aprender ambas cosas, y muchas más?

—¡Sí! —respondieron los dos al mismo tiempo.

—En ese caso, mi cochero os llevará hasta mi casa. No está lejos de aquí, y es tan grande como la de la baronesa. Me encargaré de vosotros personalmente. Para que aprendáis todo eso, pero también para que seáis personas útiles y honradas. Y ahora que todo está solucionado, querida baronesa, me gustaría echar un vistazo a las cuentas —añadió implacable—. Me da en la nariz que esto no es nada en comparación a lo que voy a encontrarme en ellas.

TRECE

Debió suponer que cabalgar con Gabrielle iba a resultar un suplicio.

Delicioso, pero suplicio al fin y al cabo.

Cuando aquella mañana había decidido hacer una visita de reconocimiento para saber a lo que se enfrentaba aceptando su cargo, no imaginó que se encontraría con esa miseria a su alrededor. Ella podía parecerle muchas cosas, algunas nada ortodoxas para una baronesa, pero nunca una persona indolente con los suyos.

Había arrojado la toalla en lo tocante a tranquilizar a aquellos dos niños que lo habían perdido todo, cuando la vio aparecer acompañada de la duquesa. Y fue como si el cielo se abriera paso entre las nubes de la mañana, para que los rayos de sol dieran de lleno en aquella lúgubre y apestosa cabaña.

La falda de su uniforme de montar y la chaquetilla cruzada Spencer de terciopelo azul marino, con su adorno de encaje color crema, le daban un aire aristocrático muy necesario, pero del que se desprendió en cuanto salió de su estupor al verlo allí, y se hizo cargo de la situación con la eficiencia del mejor general, y la sensibilidad de una mujer que ha padecido lo suficiente como para tenerla con el prójimo.

Sin embargo, todo se diluyó en el momento en que envió a los niños a Cover Hill en el carruaje, y tuvo que montar en el caballo de Gabrielle, con ella prácticamente sobre su regazo, para regresar a su casa en compañía de la duquesa.

—¿Está usted molesto, milord?

Ram siseó una maldición por lo bajo y volvió a agitarse, de modo que su enorme erección quedara lejos del suave trasero femenino.

Pero en ese momento, fueron sus piernas, casi desnudas después de que el *kilt* se le subiera hasta medio muslo, las que entraron en contacto con aquella parte tan deliciosa de la joven.

—Mortificado, más bien —se las arregló para responder, tan tieso como una vara de avellano—. Me encantaría ponerte sobre esas rodillas que no dejas de mirar a hurtadillas, para darte una azotaina que te sirviera de lección, pero en vista de que no puedo, me conformaré con reprobar tu conducta irresponsable.

—Yo no soy…

—Todo lo que he visto indica lo contrario. Te haré un resumen: dejadez, abandono, empobrecimiento… No voy a seguir, porque no quiero aplicar esos atributos a los pequeños de los que he tenido que hacerme cargo, en vista de que tú has eludido esa tarea.

Ella se apartó de él lo que la silla de montar le permitía. Su sonrisa de suficiencia desapareció, pero en su lugar sus mejillas se tiñeron de un rojo más que provocador, y su ceño se frunció cuando lo miró de reojo.

—Bueno, supongo que tengo que agradecerle el gesto —reconoció a regañadientes—. Aunque los Abernathy hubieran cuidado de ellos como si fueran sus propios hijos.

—Ni los Abernathy ni yo debemos hacerlo, pero en cuanto te encuentre un marido a la altura de la baronía, ambos volverán a estas tierras y seguirán recibiendo todos los cuidados de los que empezarán a disfrutar a partir de hoy en mi casa. —Como había previsto, Gabrielle se giró por completo, espantada ante la palabra «marido», pero él no le permitió una réplica y descendió de su montura, arrastrándola con él—. ¡Menos mal! Creí que nunca llegaríamos. No estoy acostumbrado a montar con una damisela. Sobre un caballo, claro —añadió con una retorcida satisfacción, antes de volverse hacia Victoria, que parecía contemplar la escena como si lo que estuviera escuchando no la escandalizara en absoluto —. Su Excelencia, dadas las circunstancias legales que me unen a la baronesa, no creo que sea indecoroso que a partir de aquí, ambos resolvamos nuestros asuntos sin su apreciada compañía.

—Cómo no, milord. —Ram hubiera jurado que la joven le lanzaba una mirada de auxilio que la duquesa ignoró cuando inclinó la

cabeza a modo de saludo—. Querida, nos veremos mañana. Dale un beso a Bastian de mi parte.

Un gruñido fue la única respuesta, antes de que su encantadora acompañante se dirigiera a la puerta con paso airado. Ram, sin embargo, se tomó unos momentos en admirar el edificio a plena luz del día. La mansión constaba de tres plantas y un tejado plano, construida sobre una pequeña elevación. Contaba con setos bien cuidados y coloridos arriates de flores, que daban paso a un pórtico arqueado, tras el que se alzaba la enorme puerta principal que franqueó tras la joven.

El vestíbulo blanco de mármol era inmenso. En lo alto relucía la araña de luces más suntuosa que había visto en su vida, cargada de cristales pulidos. Una escalera con forma de curva subía al siguiente piso. A la derecha de la puerta había una antigua armadura, reluciente, con joyas tan brillantes que parecían caramelos.

Las ventanas del primer piso reflejaban el cielo invernal. Unas estatuas de tamaño natural se hallaban colocadas a lo largo del borde del tejado.

Todo hablaba de opulencia. Y sin embargo, la actitud de Gabrielle con aquellos dos niños, la angustia que reflejaban sus facciones mientras les ofrecía la pobre alternativa de los Abernathy, le decía lo contrario.

—Si se va a quedar a comer, debería decírmelo. Ordenaré que pongan un plato más en la mesa.

El tono tirante de su anfitriona lo arrancó de sus pensamientos.

—No creo que sea necesario. Me bastarán un par de horas para que me pongas al corriente de los libros de cuentas, y para conocer a tu hijo. A partir de ahí, tomaremos decisiones.

—Es de agradecer que me incluya, milord. Y ahora, si no le importa, pasaremos al despacho de mi marido. Allí se encuentra la documentación que requiere.

—Qué formal. Después de haberme besado y abrazado para consolarme, pensé que nuestra relación sería algo más… cercana.

—Son hechos puntuales, nada más. —¡Pero cómo la mortificaban!, pensó ella. Se las arregló para eludir la mirada del conde y, prescindiendo de formalidades, le señaló la silla de Arthur, a

un lado de la espléndida mesa de roble, sobre la que colocó los libros de cuentas—. Aquí los tiene. Si me permite, iré a buscar a Sebastian mientras los revisa…

—Un momento.

Ella detuvo su camino hacia la puerta de inmediato.

—Si necesita algo más, tengo un extenso servicio que lo satisfará.

—No quiero que me satisfaga el servicio. Quiero que lo hagas tú. —¡Jesús! ¿Por qué solo podía pensar en el doble sentido de una frase que parecía de lo más inocente? Por la expresión malévola de Ram cuando se decidió a mirarlo a los ojos, seguro—. No te escandalices. Me refería a las cuentas. ¿Quién las ha llevado desde la muerte del barón?

—Yo. Pero si ve alguna incongruencia…

—¿Alguna, dices? —A Ram le bastó hojear el primer libro por encima para examinarlo con más detenimiento—. *Mo bhreugaire beag,* o eres una consumada actriz, o eres pésima con las cuentas, algo que no me encaja con la idea de mujer inteligente que me he formado de ti.

—¿Le parezco inteligente?

—Y coherente. Por eso sabes que no tienes escapatoria, así que siéntate lo más cerca de mí que puedas y quieras. Me gusta tener a la vista a la persona que va a defender con uñas y dientes algo indefendible desde un principio.

Su primera intención fue huir, pero la cordura le advirtió que estaba en su propia casa, y que se encontraba atada a aquel hombre por voluntad de su tío, al menos por unos meses. Además, el hecho de confesar una pequeña parte de su situación se le antojó tan inevitable, que terminó dejándose caer sobre un sillón, frente a Ram, con un suspiro de impotencia.

—Está bien. ¿Qué quiere de mí?

—Podría decir que todo, aunque de momento me conformaré con empezar de nuevo desde el principio. Tu nombre completo, por favor. Y procura que sea el de verdad.

—Gabrielle Faith Ashworth. Solo utilizo el apellido de mi marido en público.

—Gabrielle Faith Ashworth... Hermoso, sin duda.

—Es solo un nombre, como cualquier otro.

—Por suerte o por desgracia, para mí posee el sabor de la carne en mi lengua. Me pregunto si el resto de ti sabrá igual de bien. —Se dio cuenta demasiado tarde de que había pensado en voz alta, pero mereció la pena, solo por ver de nuevo aquel rubor de doncella en el precioso rostro de una mujer que no lo era—. ¿Está usted molesta por algo, baronesa?

—Veo que siente satisfacción repitiendo mis propias palabras para mortificarme.

—Todo lo contrario. Me siento halagado de recibir tu agradecimiento con respecto a lo ocurrido con los niños. Solo espero que no decidan escapar en cuanto pongan un pie fuera del carruaje, o tendré que perder el tiempo en encontrarlos.

—Estoy segura de que lo haría. Y después, les convencería de que usted es su mejor opción, arrebatándome con ello la poca autoridad que aún podría ejercer sobre ellos como baronesa.

—Así que eso es lo que te tiene tan enfadada conmigo… Bueno, no veo nada de malo en que, a partir de ahora, el que deba hacerlo reconozca mi autoridad sin más inconvenientes. Después de todo, no solo seré el tutor de tu hijo, sino también de este… desastre.

Gabrielle se vio incapaz de objetar nada al respecto. Se hallaba acorralada por una verdad incuestionable, como un reo esperando la sentencia final, mientras Ram le echaba otro vistazo a las cuentas. Más detallado, y mucho más desesperanzador, a juzgar por su expresión cuando volvió a mirarla.

—Entonces no me mentiste. Faith también es tu nombre —murmuró, como si esa tontería fuera más importante que lo que tenía delante de él—. ¿Es el que utilizas cuando te conviertes en una guerrera salvadora de caballeros en apuros?

—Solo cuando intento remarcar mi poco… dulzor, milord. Soy bastante agria. Incluso ácida en ocasiones —respondió, indicándole que tenía muy presente su anterior metedura de pata—. Es evidente que el propósito de mi viaje la noche en que nos conocimos no era encontrarme con usted.

—Ni con esa panda de bandidos, espero.

—Fue un pequeño inconveniente.

—Cuya mención te hace sentir muy incómoda. —Ram se inclinó hacia adelante, con una mirada implacable que ella no pudo eludir—. Podemos hacer esto de dos maneras: empleando poco tiempo, o empleando mucho. Con cualquiera de las dos, llegaremos a donde pretendo. Tú eliges.

A ella le llevó unos segundos comprender que la humillación sería menos dolorosa si confesaba.

—Creo que ya se ha hecho una idea del estado en el que se encuentra la baronía. El caso es que… —Desvió la mirada, se abanicó con la mano para sofocar el repentino calor de sus mejillas, y a continuación decidió que no ganaba nada observando fijamente la pared—. Digamos que Arthur, mi marido, nos dejó en una situación comprometida, financieramente hablando, cuando murió.

—Eso ya lo he visto. Pero esa situación comenzó mucho antes de que falleciera.

—Comenzó antes incluso de casarnos.

—¿Y aun así te casaste con él?

—Su título fue suficiente reclamo para mi padre. Yo ignoraba el estado de las cuentas, aunque no la causa que las motivaba. Mi marido era muy dado al juego y a las… mujeres —confesó, armándose de valor para enfrentar los ojos grises, con un mínimo de dignidad y aparente frialdad. Por dentro, su sangre volvía a bullir, como cada vez que debía hablar de ese tema en voz alta—. No tenía aprecio por nada de lo que poseía…

—¿Por nada?

Gabrielle se mordió los labios con fuerza.

Podía continuar fingiendo. El conde seguiría ajeno a sus padecimientos…

O podía seguir los dictados de su intuición, arriesgándose a que le fallara estrepitosamente.

Pero Ramsay McKnight no era Arthur. Durante su vida de casada, el barón jamás mostró por los campesinos ni una mínima parte de la compasión que Ram con aquellos dos niños que ahora se hallaban bajo su protección.

Examinó sus rasgos faciales. Esa expresión distante, y al mismo tiempo afable, que le hablaba de nobleza, de honor, de confianza.

—Arthur Basset, Barón de Darkness, me maltrató desde el día de mi boda —confesó, sin fuerzas para contener las lágrimas que le cayeron por las mejillas.

CATORCE

Cuando Robert Ashworth irrumpió en el salón de la mañana, para compartir el desayuno con su padre Jacob, la esposa de este, Melora, y sus hermanas, Charlotte y Mathilda, apenas podía respirar.

—¡Esto ha sido culpa suya! —bramó, conteniéndose para no ponerse a llorar como un niño, cuando arrojó sobre la mesa el periódico que llevaba en la mano, justo frente a Jacob, mientras señalaba la noticia en cuestión—. ¡Es un asesino! ¡Un bastardo, un…!

Jacob le asestó un puñetazo en la mandíbula que lo desestabilizó, pero no se echó atrás.

No era la primera vez que ocurría eso, pero se juró que sería la última.

No volvería a dejar de lado el amor por miedo al futuro económico. Eso era lo que había hecho con Maggie. Y ya no había marcha atrás.

—Aquí el único bastardo que hay eres tú, muchacho —sentenció su padre—. ¿Tengo que recordarte que tu verdadera madre te dejó en un orfanato? ¡Vivías como un ladrón, por el amor de Dios! ¡Para lo único que eras rápido era para robar!

—¡Para sobrevivir! —Rob apretó los dientes. Por el rabillo del ojo vio a Melora, su madrastra, y a sus dos medio hermanas contener la respiración, pero no sintió pena por ellas. La primera solo tenía como meta conseguir buenos matrimonios para sus hijas, y en cuanto a las segundas… Carecían de clase y valor para imponer su propio criterio, si es que aquellas cabezas huecas tenían algo que pudiera considerarse de utilidad—. ¡Soy el producto de sus escarceos con mi

madre, así que no se atreva a mancillar su nombre en mi presencia! ¡En lugar de gastar saliva en eso, explíqueme la muerte de… de…!

—Ah, veo que la ramera tuvo el final que las de su clase encuentran, tarde o temprano. —Sin que su expresión de indiferencia cambiara, Jacob leyó la noticia—. Ocurrió anoche, aunque veo que no es la primera que muere en esas circunstancias.

—¡Asesinada! ¡Marcada con una grotesca flor de lis!

—¿Estás seguro de que no la llevaba cuando ella y tú…?

—¡Claro que no!

—En cualquier caso, es algo irrelevante para nosotros. —Melora colocó una mano en el hombro de su hijastro y se arriesgó a besar su mejilla—. No deberíamos hablar de estas cosas delante de tus hermanas…

—No son tan inocentes como para no soportar la noticia de una muerte. ¡El asesinato de la mujer que iba a convertirse en mi esposa! ¡Y ustedes actúan como si en realidad estuvieran contemplando una inofensiva tormenta de verano! —exclamó, asqueado—. ¡No tienen corazón!

—Sin embargo, nos sobra cabeza para enderezar la tuya a tiempo.

—Jacob, querido, deberías tranquilizarte…

—Es él quien ha entrado aquí con una falta total de modales, acusándome de ser el responsable del final de esa cualquiera. —Con un rictus de desprecio, Ashworth volvió a su lugar, se colocó la servilleta sobre el regazo con pulcritud y se llenó la boca con un delicioso pastelillo de crema—. Tal vez me odies por lo que voy a decir, Robert, pero la muerte de esa cortesana nos despeja bastante el camino hacia los planes que tu madrastra y yo hemos trazado para ti.

—Dudo que pueda odiarlo más de lo que ya lo hago…

—Robert, siéntate a la mesa y respira hondo. Comparte los bienes que Dios nos ha dado con nosotros —insistió Melora en voz baja, pero con un gesto contundente que no admitía réplica—. Si no quieres hacerlo por tu padre, hazlo al menos por tus hermanas.

—Sí, Rob, ya nos has trastornado demasiado por hoy, y apenas ha comenzado el día —intervino Charlotte, la mayor de las dos.

—Yo dudo que pueda comer algo después de oír que querías casarte con una cualquiera —añadió Mathilda, tan solo un año menor que su hermana.

Las pequeñas cacatúas, como Robert las llamaba para sus adentros, le resultaron aquella mañana más estúpidas de lo habitual. Igual que la oración que su madrastra comenzó a murmurar en cuanto él tomó asiento, a la espera de escuchar aquello que con tanto celo le tenían reservado.

—No rece tanto —recriminó a la mujer que lo había criado como a un hijo cuando su padre lo llevó a aquella casa, con apenas cinco años de edad, para nombrarlo su sucesor, a falta de hijos legítimos varones. Melora había soportado la situación como se esperaría de una mujer de bien—. Después de todo, era un alma descarriada que seguramente no merecía entrar en el cielo.

—No rezo por ella sino para agradecer a Dios todos los bienes que hoy adornan nuestra mesa.

—Me importan un comino el desayuno, la compañía y, por supuesto, las normas más elementales de educación. No pienso esperar a que rellenen sus hipócritas estómagos para saber qué es eso que me tienen que decir.

—Al despacho —murmuró Jacob.

—Acabo de…

—¡Al despacho! —Arrojó la servilleta sobre la mesa y, con un gesto de cabeza, indicó a Melora que les siguiera hasta el lugar en cuestión. Apenas esperó a que su mujer cruzara la puerta para cerrarla y servirse una copa de coñac—. Por Dios Santo, Robert, conseguirías que el mayor de los abstemios terminara borracho antes del anochecer.

—No es su caso, descuide.

—¡Robert! —Melora se colocó entre los dos, con los brazos en jarras y esa expresión calculadora que él conocía tan bien. Sus rasgos afables e incluso hermosos, se deformaron tanto que, por un instante, no pareció la misma persona que intentaba imponer paz en el comedor—. ¡Deja de una buena vez ese tono tan insolente, o te ganarás otro puñetazo sin que yo pueda evitarlo!

—Quedaría por saber si quiere evitarlo, ¿no le parece? ¡Usted es tan culpable e hipócrita como él! Durante años, le ha permitido todo tipo de escarceos mientras los justificaba de cara a los demás. ¡Yo soy la mejor prueba de ello! ¡Sabía lo ocurrido entre Maggie y yo porque padre se lo explicó con todo detalle! ¡Recibió su anillo de compromiso de vuelta sin que le temblara el pulso, contenta por haberlo recuperado, pero en ningún momento se preocupó por mí! ¡Por lo que yo sentía! ¡Por…!

—Por todo, hijo mío. Me preocupé por todo eso y más. —La actitud altiva de Melora no varió cuando se colocó junto a su marido —. Aunque no te lo creas, tu conducta derrochadora e indolente nos ha traído de cabeza.

—Hasta que hemos dado con la solución. —A pesar de que la ira aún se reflejaba en su mirada implacable, Jacob sirvió coñac en otro vaso y se lo ofreció. Rob lo miró como si contuviera veneno—. Acéptalo, chico. Lo vas a necesitar.

—Que lo acepte no significa que haga lo mismo con lo que vayan a proponerme.

—A ordenarte, más bien. —Jacob esperó a que el vaso estuviera en la mano de su hijo para continuar—. En vista de que nuestras enseñanzas no han calado en tu carácter, tu madre y yo hemos decidido… buscarte una mujer de buena cuna para que empieces a cortejarla, con la esperanza de que te acepte como marido.

Rob se atragantó con el coñac.

—Espero no haber oído bien… —aventuró.

—Has oído perfectamente, hijo —prosiguió Melora, en su habitual tono persuasivo, que escondía una personalidad dominante y calculadora—. Teniendo en cuenta la fama de libertino que te has ganado, y que por desgracia salpica a toda la familia, no ha sido fácil encontrar a una candidata que siga teniéndonos por una adinerada familia de la más alta burguesía.

—Pero la hemos encontrado. Más cerca de lo que pensábamos. —Jacob lanzó a su mujer una mirada fugaz, antes de torcer los labios finos en una sonrisa de victoria que detuvo el corazón de Rob—. Se trata de la Baronesa Viuda de Darkness.

—¿Gabrielle? ¿Mi prima?

—Salvaremos el escollo de la pequeña diferencia de clases sin problemas. Recientemente, por orden de tu difunto tío Reggie, ha llegado de Escocia un conde para hacerse cargo de la administración de la baronía hasta que ella cumpla la mayoría de edad, así que será a él a quien debamos dirigirnos para pedir su mano.

—No.

—Tengo entendido que el conde de Lexter no ha aceptado el encargo de muy buen grado —continuó Jacob, ignorándolo por completo—. Poco sabemos de él, aparte de que es un héroe de guerra que luchó junto a tu tío.

—No.

—Acudió a la fiesta que los duques de Knox dieron con motivo del cumpleaños de *lady* Victoria, anoche…

—¡He dicho que no! —La sangre le hervía cuando comprendió que, por su conducta casquivana, no solo había contribuido a la desgracia de Maggie, sino que se había convertido en un blanco fácil para las maquinaciones de Jacob—. ¿Pero se está escuchando, padre? ¡Pretende que conquiste a una mujer que, además de ser una auténtica desconocida para mí a día de hoy, también llevaba la condición de bastarda hasta que se casó con el barón de Darkness!

—Justo lo que pretendemos que tú hagas, querido. —Inmune a su estallido de cólera, Melora le acarició la cara. Él la apartó, asqueado—. Gabrielle se acordará de ti en cuanto le presentes tus respetos, seguro.

—Por otro lado, su pequeño hijo agradecerá la figura de un padre, en lugar de la de un tutor, para su educación.

Robert abrió la boca, atónito.

—Si pretendéis que ceda por las buenas, perdéis vuestro tiempo —farfulló—. Puede que hayáis conseguido apartarme de Maggie, pero no me plegaré a vuestros deseos con tanta facilidad.

—En fin, querida, lo hemos intentado. —Jacob se encogió de hombros—. No quería recurrir a esto, pero no me has dejado otra opción, hijo. O presentas tus respetos al conde de Lexter, con la intención de convertirte en pretendiente de tu prima, o te desheredaré. Perderás todas las ventajas que mi apellido te ha

otorgado y te convertirás en lo que siempre fuiste: un ratero inmundo, sin pasado y, lo que es peor, sin futuro.

Por unos angustiosos segundos, Robert se sintió tentado de aceptar su destino si con ello se veía al fin libre. Pensó en Maggie. En su belleza, en su inteligencia, en todo lo que podría haberle dado, aunque no tuviera un mísero penique en el bolsillo… Y después su mente se llenó de imágenes lúgubres de él mismo, mendigando un trozo de pan que llevarse a la boca. Robando las bolsas de los hombres acaudalados, como cuando era un niño, después de buscar hasta la extenuación un trabajo digno, sin ningún resultado.

Maggie había estado en lo cierto. Le gustara o no, nadie le contrataría cuando su padre le retirara el apellido.

Seguía encadenado a aquellos dos malditos.

—Usted gana —dijo, sujetando la bilis que se le subió a la garganta cuando se escuchó pronunciar aquellas palabras—. Cortejaré a Gabrielle. Pero si no consigo los resultados que los dos esperan, dejarán que sea yo quien elija a mi futura esposa.

—Claro, hijo. Cómo no.

Esa aceptación solo consiguió que su desazón aumentara.

Porque en su fuero interno, Robert sabía que jamás cumplirían con su parte del acuerdo.

QUINCE

—Malnacido —fue lo único que murmuró.

Ella permaneció en silencio cuando Ram rodeó la mesa y la abrazó sin pensárselo dos veces. No rechazó su muestra espontánea de cariño, ni le pareció extraña. Solo se aferró a su torso, hasta que su cabello negro tocó la barbilla de Ram, y el perfume avainillado que utilizaba invadió sus fosas nasales, afectándole directamente al cerebro.

¡Maldición! No recordaba la última vez que había consolado de esa manera a una mujer, dejando que su carácter fluyera de manera tan natural. Ni tampoco cuándo esa misma mujer lo había afectado tanto, hasta el punto de intrigarlo, excitarlo y enfurecerlo por igual.

—Si lo tuviera delante, le haría pagar cada una de sus viles acciones —farfulló con furia.

—Ya está muerto. Es una pérdida de tiempo recrearse en algo que no tiene solución. No podemos volver atrás. Pero sí que podemos intentar reconstruirnos, aprender de nuestros errores y no consentir la presencia de quien tenga la potestad de obligarnos a cometerlos de nuevo. —Sintió cómo aspiraba el aire con fuerza, antes de apartarse de él y brindarle una mirada sólida que lo conmovió—. Está decidido a casarme con el mejor postor, ¿no es cierto?

—No. Antes, tendrá que cumplir con mis condiciones.

—¿Y cuáles son, si puede saberse?

Ram volvió a su asiento y a tomar distancia. Aunque su reproche le escocía, sabía que era la mejor decisión que podía tomar, dadas las circunstancias.

—Para empezar, alguien honesto, noble, con un alto código moral, y con la cabeza suficiente para no dilapidar la dote con la que vas a aceptar el compromiso, y que yo mismo te voy a proporcionar. El resto me lo proporcionarás tú, en cuanto me cuentes a dónde te dirigías la noche que nos conocimos, y qué llevabas atado a la cintura.

—Llevaba el último obsequio de mi marido. Una valiosa joya que pensaba vender.

—¿Tan desesperada es vuestra situación?

—Es usted quien tiene los libros delante, no yo. —Por un segundo ella inclinó la cabeza ante el ligero rubor de vergüenza que tiñó sus mejillas, mientras él se detenía un poco más en las cuentas—. La aristocracia al completo me habría quemado en la hoguera si lo hubiera sabido, además de haber estigmatizado a mi hijo.

—Quieres decir que no era la primera vez que te arriesgabas así.

—Para pagar al servicio y cubrir nuestras necesidades básicas.

—Pero los duques son tus parientes directos. No puedo creer que no se hayan hecho cargo de tu situación. Y ya puestos, de encontrarte un hombre decente que te rescate de ella.

—He sido yo quien ha rechazado su ayuda. Y creo que la segunda parte no entra dentro de sus funciones de administración.

—Te equivocas. Reggie no especificó durante cuánto tiempo tendré que desempeñar esa tarea, ni si solo debía extenderse a los bienes materiales. —Ram inspiró hondo—. Considéralo una administración a largo plazo. Un marido diligente me librará de mi trabajo contigo y con tu hijo.

—Otros antes que usted han fracasado en su empresa. No es mejor que ellos.

Se odió por mostrarse tan frío, pero era la mejor conducta a seguir. No podía dejarse llevar por el hormigueo que sentía en las palmas de las manos cada vez que se detenía a observar en el aspecto inmaculado de su anfitriona, recordando que bajo aquel vestido aparentemente inofensivo, se escondían un conjunto de curvas suaves y gráciles, acompañando a aquellos labios voluptuosos que con tanta pasión y entrega habían respondido a su beso.

Con una galantería que ya consideraba en desuso, la instó a ponerse en pie y alzó su barbilla con dos dedos.

—*Mo bhreugaire beag*, no tendré en cuenta tu impertinencia —murmuró con la voz ronca.

—Si me dijera qué significa eso que insiste en llamarme, quizá le explicara que no es una impertinencia, sino una sugerencia —replicó ella, en el mismo tono.

Ram emitió un gruñido y enlazó su cintura con un brazo para pegarla más a él, mientras sus respectivas miradas se engarzaban de un modo casi imposible de deshacer.

—Mi pequeña mentirosa. A veces, utilizo el idioma de mis ancestros, que es también el mío. Si quieres, puedo enseñártelo. Ya he tenido ocasión de comprobar que eres muy rápida aprendiendo.

—Puedo ser rápida, y también lista, pero no una mentirosa. Como habrá comprobado, me llamo Faith y visito a menudo el hogar de *lady* Victoria.

—Y, además, no rehúyes mi contacto, como debería hacer una mujer decente.

—Quizá si usted se comportara como un caballero, yo podría hacer lo propio como una dama.

A aquellas alturas, solo ansiaba reconfortarla, borrando de un plumazo esa tristeza, mezclada con amargura, propia de las personas maltratadas por la vida. Él lo sabía mejor que nadie, pero no podía revelárselo si quería seguir conservando cierta distancia emocional con ella, aunque la física… Ah, esa era otra cosa. Su parte más salvaje le advirtió que era una mujer experimentada en la cama. Y él, un hombre que había llevado su abstinencia demasiado lejos.

—Soy tu administrador y el tutor de Sebastian, no cabe duda. Escocés, desde luego. Noble, tal vez. Pero caballero… Eso se lo dejo a otros —murmuró, hechizado por la belleza que tenía tan cerca. Rendido a ella.

La mano que permanecía en la barbilla de la joven descendió con atrevimiento a lo largo de su esbelto cuello, hasta posarse sobre la deliciosa hendidura que su pequeño escote revelaba.

«Detenme», le suplicó con los ojos. «Si no lo haces tú, no sé si podré hacerlo yo».

Pero la única señal que Ram percibió bajo su brazo, fue un ligero estremecimiento de placer que desbarató todos sus planes.

No le convenía dejar su mano en aquel lugar tan peligroso para ambos. Sintiendo el movimiento agitado de su respiración y el calor de aquella piel cremosa bajo sus yemas. Los iris celestes adquirieron un brillo desafiante cuando acercó su boca a la de ella muy poco a poco, atraído por aquella personalidad indómita que surgía a la menor ocasión. A medio palmo, se detuvo para aspirar el aroma avainillado que surgía de entre sus rizos azabache, y cerró los ojos.

Gabrielle constituía un asalto a todos sus sentidos, sin excepción. No quedaba ninguno libre de su influencia. Si la miraba, veía un conjunto de cualidades dignas del ángel más puro… o de la mejor meretriz. Si cerraba los ojos, era su aroma el que lo atacaba sin piedad hasta obnubilarlo por completo. Además, sus dedos percibían cada latido de su corazón, cada respiración desacompasada, cada ráfaga de calor provocado por su mera cercanía…

Cuando rozó sus labios, fue como si el mismísimo Paraíso se hubiera presentado ante él, en forma de pecado que acogía sin el menor remordimiento. Su cuerpo reaccionó en cuanto ella entreabrió la boca, con un quedo gemido, y elevó los brazos hasta alcanzar su cuello para atraerlo más.

Mucho, mucho más.

De pronto, toda sensación de peligro desapareció de su cabeza. Solo tenía sitio para ellos dos, envueltos en aquella vorágine de deseo irreprimible, tan pegados que resultaría difícil distinguirlos. Ram la apretó más contra su pecho, hasta que notó la ligera presión de sus deliciosos senos contra él, y su palpitante erección aposentada entre los suaves muslos que intuía a través de la tela del vestido.

No pensó que, después de lo que ella le había contado, podría sentirse atacada por tal demostración de pasión. ¿Cómo pensarlo, si recibía una respuesta tan fogosa por su parte? Tampoco consideró seguir a su conciencia, que le decía que aquello era, como poco, inmoral.

En ese momento, solo eran un hombre y una mujer con idéntica sed, con idéntica hambre. Podía sentir cómo la sangre le ardía en las venas cuando entrelazaron sus lenguas y profundizaron en el beso. Dejó de ser una tenue caricia para convertirse en un asalto sin paliativos que requería más, mucho más. Con un gruñido, Ram la cogió en volandas y caminó un par de pasos con ella, hasta dejarla sobre la superficie de la mesa, que despejó de un manotazo, dispuesto a…

—¡Madre, madre!

Los ecos lejanos de una voz infantil sonaron en su mente, alertándolo. Pero fue el empujón de la mujer que tenía bajo su cuerpo, con las piernas anudadas alrededor de su cintura y sus jadeos contenidos abrasándole la boca, lo que lo devolvió a la realidad de la manera más cruel.

—¡Sebastian! ¿Cómo tengo que decirte que debes llamar a las puertas antes de entrar?

Gabrielle descendió de la mesa y se recompuso mucho más rápido que él. Ram parpadeó varias veces, hasta hacerse una idea de lo ocurrido solo con ver el rostro descompuesto de la joven, y los ojos llameantes, dirigidos a una pequeña figura situada en el vano de la puerta, que los contemplaba intrigado.

—Madre… ¿está enferma? Tiene la cara roja y respira raro —murmuró el chiquillo, una copia en miniatura de la mujer que lo volvía loco, con tanta inocencia que el escocés tuvo que contener una carcajada.

Se mantuvo en un discreto segundo plano, mientras controlaba el dolor de sus testículos y conseguía que su verga volviera a su tamaño original para no levantar el *kilt* de forma aún más sospechosa para el intruso.

—Me encuentro perfectamente, cariño —respondió ella, revolviéndole los rizos con demasiada indulgencia, en opinión de Ram—. Solo es que hace un poco de calor aquí.

—¿Y él? ¡Le estaba haciendo daño!

Sus facciones infantiles parecieron transformarse por la furia cuando apretó los puños, dispuesto a defender el honor de su madre, o lo que fuera que en ese momento se estuviera imaginando.

—¡No, Bastian! ¿No te he enseñado que la violencia es el último recurso?

—Pero él…

—Es Ramsay McKnight, conde de Lexter. Tu nuevo tutor hasta que yo sea mayor de edad y pueda hacerme cargo de ti, sin interferencias.

—¿«Hacerse cargo» significa cuidar?

—Así es, jovencito. Y supongo que tú serás el famoso Sebastian, ¿verdad? Encantado de conocerte, caballero.

Se acercó al pequeño con la mano extendida, rezando para que no huyera despavorido al ver su tamaño y su gesto adusto. Sebastian se quedó mirándolo, hasta que un empujoncito de su madre pareció recordarle los buenos modales, y estrechó la mano que se le ofrecía.

—Caballeros son los hombres grandes. Yo soy un niño —respondió, muy digno—. ¿Qué significa «tutor»?

—Exactamente lo que te ha dicho tu madre. Que yo me encargaré de tu educación… —Iba a añadir «hasta que tu madre contraiga un matrimonio a la altura de las circunstancias», pero un extraño nudo le comprimió el estómago al pensarlo—... hasta que mi ayuda ya no sea necesaria. Aunque veo que voy a tener que emplearme a fondo contigo. ¿Dónde has aprendido que puedes entrar en cualquier estancia sin llamar antes?

—Jenny decía que si estaba en mi casa, podía hacerlo. Y estoy en mi casa. Aunque las criadas dicen que Jenny se ha muerto y que ya no podrá darme consejos.

—En efecto, ha muerto. Pero a partir de ahora, yo te enseñaré mucho mejor.

—No es necesario. —Gabrielle se colocó entre él y el niño con actitud combativa—. Sebastian ha gozado, y gozará, de una educación exquisita y exclusiva con sus profesores.

—¿Los tiene? No veo a ninguno por aquí…

—Voy a cumplir estos años. —Bastian le enseñó una mano de cinco deditos al completo—. Y después, madre me traerá a un profesor. O a más. O a muchos.

—No me cabe la menor duda. Sin embargo, mientras ese día llega, yo me encargaré de que te vayas convirtiendo en un pequeño caballero. Si tu madre está de acuerdo, por supuesto.

—Por supuesto —repitió ella con fastidio.

—Ah, eso quiere decir que al fin hemos llegado a un punto en común, *mo bhreugaire beag.*

—No. Eso quiere decir que no me queda más remedio que aceptar la última voluntad de Reggie.

—¿Es porque va a ser mi nuevo padre? El que tenía se murió.

Los dos se quedaron mirando a Sebastian, completamente atónitos.

—Solo lo reemplazaré provisionalmente —murmuró Ram—. Deberías hacerte a la idea cuanto antes. Así nos evitaríamos malos entendidos.

—¿Como el que ocurrió antes de que mi hijo nos interrumpiera?

Con que esas tenía.

Él se acercó al rostro femenino, que despedía chispas de indignación por sus angelicales ojos.

—Pues ya que lo mencionas, sí. Como ese malentendido en particular, que no debería volver a repetirse —siseó con disimulo.

—¿Estabais discutiendo?

—Algo así, cielo.

Ram se mordió la lengua para evitar aclarar a aquella preciosa mujer que la situación que Sebastian había interrumpido estaba muy lejos de parecerse a una discusión. Le habría asegurado que le hubiera encantado terminar lo que habían empezado en cualquier otro lugar que gozara de intimidad absoluta. Y repetirlo. Muchísimas veces. Hasta que los dos saciaran esa necesidad física que explotaba como un volcán ante la menor insinuación.

Le habría sugerido que lo último que quería era ver esa desilusión apagando el fuego apasionado de su carácter.

Pero no podía. No debía. Y el niño le serviría de excusa.

—No, chico —le respondió, sin apartar la vista de ella—. Solo estábamos exponiendo nuestras diferencias ante un tema en concreto.

—¿Y por qué está todo tan desordenado?

—Porque yo llevaba demasiadas cosas en las manos y se me cayeron —explicó Ram.

—¿Y por qué lleva usted falda, milord?

—No es una falda. Se llama *kilt*, y es una prenda característica de mi tierra, Escocia. ¿Algo más?

—Sí. Que ahí fuera hay otro señor grande que dice que quiere ver a un conde escocés. Y yo soy rápido y he venido antes que Boris a avisar a madre, porque…

—Boris es el mayordomo.

Fue la única aclaración que Gabrielle, de mala gana, pudo hacer, antes de que el tal Boris se presentara, acompañado de un hombre que ella no conocía.

—¿Thomas? —preguntó Ram, con el ceño fruncido al ver su cara de circunstancias—. ¿Ha ocurrido algo?

—Me presentaré, en vista de que el tarugo de mi primo no lo hace. Me llamo Thomas. Usted debe de ser la Baronesa Viuda de Darkness. Y este muchacho…

—¡Sebastian! —exclamó el chiquillo, con una sonrisa de oreja a oreja cuando pudo saludar al caballero del mismo modo que momentos antes a Ram, después de que su madre extendiera la mano para que el hombre le mostrara sus respetos.

—Encantada de conocerle, sir Thomas.

—Lo mismo digo. Lamentablemente, las circunstancias no son las más adecuadas para prolongar la bienvenida. —Thomas carraspeó, y cuando Ram asintió, continuó—. Ha aparecido otra mujer muerta. Una cortesana. En las mismas circunstancias que la primera.

DIECISEIS

—¿Por qué tengo la sensación de que he interrumpido algo importante?

—Porque lo has hecho, sin ninguna duda.

Thomas miró de reojo su expresión furiosa en el landó que los llevaba de vuelta a Cover Hill, con una carcajada contenida.

—Si ese niño te viera ahora, pensaría que el monstruo de sus peores pesadillas acaba de hacerse realidad. Y ya que hablamos de niños… Podrías haberte tomado la molestia de explicarme qué querías que se hiciera con los dos que acaban de pasar a formar parte del servicio de la casa.

—¿Para qué? Tú solito lo has averiguado sin necesidad de ayuda, ¿ves?

Ram fingió concentrarse en el paisaje, cuando en realidad intentaba dominar su mal humor. No soportaba esa sensación de insatisfacción en lo tocante a Gabrielle, sino que además tendría que volver. Y si sabía lo que le convenía, con un pretendiente que le diera un buen motivo para mantenerse alejado de ella.

—Estás enfadado, pero no conmigo. O al menos, dejarás de estarlo en cuanto te cuente lo que me ha llevado al hogar de esa belleza que parecía querer asesinarte con una simple mirada…

—Razones no le faltaban, te lo aseguro. —En cuanto el landó se detuvo, Ram se dirigió a la entrada con pasos apresurados, sin molestarse en esperar a su primo, hasta el despacho—. De acuerdo. Habla tú primero.

—Como tú digas. Mientras te dedicas a jugar al recto administrador y tutor, yo he hecho lo que se esperaba de mí, primo

—afirmó, palmeándole el hombro antes de dejarse caer en uno de los cómodos sillones—. ¿No me vas a felicitar?

—¿Debo hacerlo?

—Cuando te diga que estoy confeccionando una lista con las identidades de los propietarios del edificio de Bethnal Green donde vivía Reggie, lo harás.

—No estoy de humor para jueguecitos. ¿Tienes la lista completa?

—Bueno… Aún no. El proceso debe ser lento y discreto, para que el culpable no descubra que alguien está haciendo pesquisas.

—¿Y los agentes de Bow Street?

—Investigan un atraco. —Con esa sonrisa reluciente que lo enfurecía en ocasiones como aquella, Thomas se puso en pie—. Bueno, ya puedes animarme a que siga por ese camino. O puedes ofrecerme tu ayuda incondicional… Ya sabes, ese tipo de cosas con las que antes solías deslumbrarnos a todos, a base de naturalidad.

—Eran otros tiempos, Tom. Pero han acabado. Donde antes había luz, ahora hay…

—Esperanza.

—Iba a decir oscuridad. Te lo advierto: no intentes convencerme de lo contrario.

—¿Ni siquiera hoy, cuando has recogido a dos pobres chiquillos desnutridos para hacerte cargo de ellos? ¿Cuando he visto cómo te transformabas con solo admirar la furia de la baronesa hacia ti? —Aunque su tono de voz seguía siendo amigable, el gesto de Tom se había endurecido—. No intentes tú convencerme de lo contrario, Ramsay. Esa mujer te gusta. Lo suficiente como para tenerte encandilado con solo un par de encuentros. Porque sí, sé que es la muchacha a la que curaste la mano. Lo he sabido con un simple vistazo, igual que lo que provoca en ti. Nos conocemos demasiado como para fingir entre nosotros, ¿no te parece?

—No finjo. —Le lanzó una mirada que pretendía ser de advertencia, pero que se convirtió en una caricatura de lo que en realidad le estaba devorando por dentro—. ¡Por Dios Santo! ¿Es que vas a obligarme? —Thomas asintió sin inmutarse—. ¡Maldito seas! ¡No puedo!

—¿Por qué? Hasta donde sé, ella no es una muchacha virginal, y tú estás lejos de parecerte a un santo en lo que a mujeres se refiere.

—¿Estás insinuando que la… utilice? —Solo de pensar en la triste amargura de Gabrielle cuando le ofreció un pequeño esbozo de lo que había sido su vida marital con el barón, sintió náuseas—. Porque antes, me los arrancaría de cuajo.

—Para lo que los usas de un tiempo a esta parte…

—¡Thomas!

—Está bien, está bien… Te dejo que te compadezcas de ti mismo un poco más, antes de exponerte mis razones irrefutables.

—¡Si quieres razones irrefutables, aquí tienes las mías! ¡Es repulsivo que insinúes la posibilidad de que me acueste con toda una dama, solo para satisfacer mis instintos más bajos!

—Tonterías. Si me dices que no te lo has planteado, me estás llamando tonto.

«No solo me lo he planteado; he estado a punto de llevarlo a cabo sobre la mesa del despacho de su difunto esposo».

—¡Pero que además, insistas en que la condene a vivir con alguien tarado como yo, es inadmisible! —continuó, furioso—. ¡No estoy facultado para formar una familia! ¡No puedo permitirme el lujo de considerar el matrimonio como algo serio!

Su primo dejó que se desahogara. Cuando solo se escuchó su respiración agitada, se limitó a encogerse de hombros, como si estuvieran hablando de cualquier tema intrascendente, en lugar de abordar, por primera vez en demasiado tiempo, los problemas que lo acosaban desde su vuelta de la guerra. Las pesadillas que lo asediaban por las noches, sin tregua, convirtiéndose en parte de su realidad hasta que no lograba diferenciar ambas cosas.

Esos episodios donde parecía perder el contacto con lo que le rodeaba, poniendo en peligro no solo su vida, sino la de quienes más le amaban.

—¿Ya has olvidado lo ocurrido el pasado año? —murmuró.

—No tuviste la culpa.

—¡Mi cabeza fue la culpable! ¡Y mi incapacidad para controlarla en el momento menos oportuno! Si no hubiera sido por ti... Si tú no hubieras intervenido a tiempo…

Se revolvió el pelo con desesperación al recordarlo. Apretó la mandíbula, dispuesto a no permitir que esos acontecimientos tomaran el mando, pero la imagen de Alice, aterrada, con el filo de un cuchillo a punto de cortarle el cuello, permanecía tan fresca en su mente como lo sucedido con Gabrielle.

El sudor frío que le empapaba entero cesó de pronto con aquel nombre.

Gabrielle y sus constantes provocaciones, sin el miedo que debería profesarle. Gabrielle y su cuerpo cimbreante, repleto de tanta elegancia como sensualidad, pegado al suyo, demandando, suplicando, otorgando. Gabrielle y la cálida paz que le transmitía, invitándolo a entrar en ella para no salir jamás.

—El pasado ha quedado atrás, Ram.

Él parpadeó, sobresaltado.

Su primo le presionaba el hombro con la única intención de tranquilizarlo.

—Me lo has tenido que recordar con demasiada frecuencia para mi gusto —murmuró, intentando alejarse sin éxito.

—Y lo seguiré haciendo, hasta que entiendas que no puede escribirse de nuevo. Cuando volviste de la guerra, elegiste tu camino, te forjaste una vida independiente de todo y de todos.

—Tuve que volver a reconstruirme con los pedazos que todavía cargaba de mí, Tom. Hasta que me hice a mí mismo.

—Pero no te gustas. Y a los demás tampoco. —Ram iba a replicar, pero Thomas levantó la mano para impedírselo—. Déjame acabar, por favor. A menudo, veo arrepentimiento en tu cara, en tu conducta. Casi puedo adivinarlo en tus pensamientos. Excepto hace un momento, en compañía de la baronesa. Con ella, he logrado vislumbrar al hombre que un día fuiste.

—Pues te equivocas. No me arrepiento de nada... excepto de haber herido a mis seres queridos.

—¿Y si ella tuviera la solución a tu problema sin saberlo? ¿Y si tu amigo Reggie lo hubiera visto antes de que ambos os conocierais, y nombrarte su administrador no fuera más que un plan?

—Para protegerla, Tom. Reggie murió asesinado, pero antes me pidió que cuidara de lo más preciado para él.

—Una sobrina a la que hacía mucho tiempo que no veía, y un niño a quien no conocía. ¿Te has parado a pensar que, en realidad, no sabes nada de ella fuera de lo que el propio Reggie pudiera contarte? ¿Te ha contado por qué se hizo pasar por una criada la noche en que le curaste la mano?

—Sí, aunque no te lo creas.

—Tienes razón, no me lo creo. —Thomas rebuscó en los cajones de la mesa hasta encontrar una carpeta con unos cuantos documentos—. Toma. Aquí tienes los antecedentes de la Baronesa Viuda de Darkness. Me tomé la libertad de hacer alguna averiguación mientras husmeaba. Te sorprenderás, te lo aseguro. Y después, me lo agradecerás y le quitarás importancia, porque tu deseo por ella es más fuerte que sus orígenes.

Muy a su pesar, la curiosidad impulsó a Ram a ojear la información. Cuando terminó, no pudo por menos que abrir la boca, atónito.

—¿Bastarda? —preguntó, sin terminárselo de creer.

—Su madre era una cantante escocesa que, durante muchos años, fue la amante de su padre. De hecho, cuando su esposa legítima falleció, él comenzó a verse con ella, y con la niña, en público. Eso le valió la enemistad con su familia, y una reducción drástica de sus clientes como abogado de éxito.

—Excepto con Reggie.

—Gracias a él, la muchacha logró una relativa posición social, que le valió un matrimonio de conveniencia. Se convirtió en baronesa, del mismo modo que otras circunstancias te han convertido a ti en conde. Pero ambos compartís sangre escocesa.

—Una grata sorpresa que nos une, pero nada más.

No permitiría que ella se convirtiera en uno de esos seres queridos a los que había destruido. Haría todo lo que estuviera en su mano para evitar algún sentimiento hacia ella o el niño… Pero ya la deseaba demasiado como para mantenerse alejado.

Y el conde de Lexter nunca se había caracterizado por su prudencia.

—A partir de ahora mismo, le buscaré un marido que me libre de semejante responsabilidad. Nunca debí aceptarla, pero ya que he

cometido el error, procuraré enmendarlo lo antes posible —afirmó con contundencia.

—¿Cometiendo otro?

—Aclarando aspectos, posturas y situaciones. Creo que tienes mucho trabajo que hacer. Yo, por mi parte, debo encontrar a ese par de diablillos un lugar adecuado, que no se encuentre en las nubes, pero tampoco en el fango.

Thomas sacudió la cabeza cuando pasó junto a él con expresión sombría.

—El mismo lugar que intentas encontrar para ti, primo —auguró —. Solo espero que tengas suerte, porque si persistes en tu actitud, te esperan unas cuantas sorpresas.

DIECISIETE

Por fortuna, el maldito conde escocés no apareció por su casa en lo que quedó de día.

Y aunque no tuvo dificultad en solventar las preguntas incómodas de Sebastian acerca de Ram, Gabrielle no pudo decir lo mismo con respecto a sus propias dudas.

—¡Ese hombre consigue que me comporte como una licenciosa! —murmuró entre dientes, segura de que Bastian no la oía, entretenido como estaba con los pastelitos de crema que les acababan de servir de postre para la cena.

Pero había subestimado a su hijo. De pronto, levantó sus curiosos ojos azules hacia ella, con la boca llena y los dedos pegajosos.

—Madre, ¿qué es una licenciosa? ¿Y una cortesana?

—Vaya. Sir Thomas y yo misma deberíamos lavarnos la boca con jabón —masculló, más que disgustada al recordar la forma precipitada en la que el conde se había marchado, pretextando la visita de su primo, en lugar de reconocer que lo ocurrido entre ellos le había llevado a una huida de lo más cobarde—. Espero que la presencia de lord Lexter no sea perjudicial para ti.

—Pero milord dijo que me iba a convertir en un hombre. ¡Él ha estado en la guerra! ¡Boris dice que es un héroe! Y será mi tutor. Boris dice que…

—Me parece que ya he escuchado suficiente por hoy acerca del conde, Bastian. Es muy tarde y deberías estar en la cama.

—Todavía es de día.

El niño le hizo un puchero, pero ella lo ignoró cuando le limpió la boca con la servilleta.

—Vamos, a dormir. Si no, mañana no podrás levantarte a tiempo para saludar a tu héroe favorito.

Los ojos del niño se iluminaron.

—¿Milord va a venir?

—Seguro que sí.

Si el «malentendido», como él había calificado su fogoso encuentro, no se lo impedía, pensó ella sin asomo de arrepentimiento.

Si algo había comprendido de Ramsay McKnight, era que la cobardía no entraba dentro de sus muchos defectos. Todavía podía sentir la fuerza de su tacto en su cintura, mientras la dejaba en el borde de la mesa, con su enorme erección encajada firmemente entre sus piernas, demandando un lugar mucho más cálido, acogedor. Mucho más húmedo.

¡Señor de los cielos! Solo con recordarlo, aquel lugar en particular volvía a mojarse de una forma vergonzosa. Desconocida para ella.

Jamás había experimentado esas reacciones con Arthur. No. Con su marido, las únicas reacciones que la habían acometido tenían que ver con el miedo.

—¿Y podré pedirle que me enseñe a disparar?

—Seguro que le encantará enseñarte —admitió, mientras se llevaba al niño escaleras arriba hasta su cuarto.

—¿Podré pedirle que me enseñe a pescar? ¿O que me lleve de caza, como si fuera mi padre?

A Gabrielle el aire se le atascó en la garganta.

Su hijo se había comportado como un pequeño retraído durante su corta convivencia con Arthur. Nunca había preguntado por su padre porque, sencillamente, no recordaba haberlo tenido, pero la cruel huella del barón se había reflejado en una actitud que cambió de forma radical con su muerte. A partir de ese momento, su amor había conseguido que Bastian se transformara en el niño extrovertido, travieso y curioso que era.

Nunca había manifestado la necesidad de un progenitor varón.

Hasta que Ram había irrumpido en sus vidas.

El escocés no era lo bastante siniestro como para asustarla, pero sí lo bastante intrigante como para incentivar su curiosidad, su

comprensión, esa conexión que había sentido con él desde que se decidió a desvelarle una pequeña parte de su pasado, y no encontró otra cosa que confianza.

Bondad.

Porque si algo tenía claro después de verlo actuar con los hermanos de Jenny, era que poseía un corazón tan grande como su…

—Lord Lexter no es tu padre, cariño —murmuró, intentando sofocar el repentino calor de sus mejillas con un cambio radical de rumbo de sus pensamientos.

—¡Es muy grande! ¡Ganaría a todos, porque parece el más fuerte! ¡Y yo presumiría!

—¿Sabes que no es bueno que presumas delante de nadie, verdad?

—Sí, pero no sé por qué.

El niño se encaramó a la cama, después de que su madre le pusiera el camisón de dormir. A ella le encantaba hacerlo. Arthur le había prohibido esas muestras de cariño desde su nacimiento, alegando que podría afeminarlo, pero desde su muerte, ninguna parecía suficiente para resarcirlo. Para resarcirlos a ambos.

Lo llenó de besos y lo arropó.

—Un día, lo comprenderás. Y entonces, podrás decir que te has convertido en todo un caballero, cariño. Mi caballero —murmuró, antes de salir de la habitación.

Le quedaba una larga noche por delante para pensar en lo sucedido.

—No te mientas. Si hubiera aparecido de nuevo por aquí, le habrías soltado cualquier inconveniencia, mientras por dentro tu corazón estaría saltando de alegría —se recriminó, una vez en la intimidad de su alcoba.

«Porque eres incapaz de comportarte como una dama cuando él anda cerca. En cambio, decides ceder a tus instintos como una casquivana».

—¡Es que él los incita sin ningún remordimiento! —discutió con su propia conciencia, ya en la cama. A solas, después de rechazar la ayuda de la doncella para desvestirse. No se sentía con ánimo para

compartir ni un solo instante más con nadie, excepto con ella misma —. Y no sé de qué me extraño. Ha afirmado que no es un caballero.

«Ni se comporta como tal. A pesar de que posee un título por el que muchos matarían, y que le otorga privilegios casi únicos».

—Será su sangre escocesa.

«La misma que corre por tus venas, te recuerdo».

Gabrielle dio una enésima vuelta en la cama, incapaz de conciliar el sueño gracias a las verdades que su mente le echaba en cara.

Era cierto. Durante su infancia, había contemplado como algo normal las esporádicas visitas de su padre. Hasta que estas se convirtieron en rutinarias, a ojos de todo el mundo. Su madre le explicó que la esposa de su padre había fallecido, y que ellas se habían convertido en su nueva familia, pero jamás se casó con ella. De pronto, salieron de la oscuridad más absoluta para ser observadas, juzgadas y condenadas, por todo el que tenía ocasión de verlos juntos.

Su padre, junto con su tío Reggie, financiaron su educación en el colegio para señoritas. Y fue gracias a eso que Arthur se fijó en ella, con una propuesta de matrimonio imposible de rechazar.

De ese modo, se convirtió en baronesa.

—Menuda suerte… —murmuró a la nada, con los ojos tan abiertos como platos al retrotraerse a aquellos tiempos. Al infierno de su noche de bodas y de todas las noches que la sucedieron. Las palmas de las manos le sudaban mientras sujetaba el borde de la sábana con fuerza—. Si pudiera hablar con usted, padre…

«Él te diría que estás cometiendo el mayor de los errores al fiarte de un escocés ermitaño y desconocido, que parece querer convertirte en su pasatiempo favorito. Ahora te toma, ahora te deja, más tarde vuelve a tomarte…».

De pronto, se sentó en la cama, con el corazón acelerado.

¿Qué ocurriría cuando Ram descubriera sus orígenes?

Nada. Ramsay McKnight llevaba consigo demasiada oscuridad, aunque lo mismo podría decir de ella misma. Arthur la había dejado demasiado dañada como para que contemplara la posibilidad de sanar junto a otro hombre. Y sin embargo, con Ram todo había surgido de forma espontánea, natural. En sus manos no se había

sentido sucia, ni despreciada, ni humillada. A pesar de que era un hombre de pocas palabras, Gabrielle sabía que podría llegar a adorarla…

Un grito infantil, procedente del fondo del pasillo, le paralizó el corazón.

—Bastian…

En un segundo, corrió hacia el cuarto del niño, con el alma en vilo, seguida de cerca por Boris, que también había escuchado el chillido.

—*Milady*, yo me encargaré…

—¡No! ¡Es mi hijo!

Y tendría alguna pesadilla, se dijo mientras irrumpía en el cuarto con el mayor sigilo posible, dejando atrás al sirviente.

—Mi cielo, madre ya está aquí. Tesoro, ¿qué ha…?

Las palabras se le quedaron atoradas en la garganta, igual que el aire.

Paralizada, comprobó que la cama de Bastian estaba vacía. Cuando fue capaz de reaccionar y mirar a su alrededor, vio que la ventana se hallaba abierta de par en par.

—Cielo santo… —murmuró en un susurro ahogado, antes de asomarse.

Solo respiró cuando comprobó que el niño no se había caído al vacío.

Pero podía haberse escondido y, aprovechando que ella y Boris estaban en la ventana, irse a su cuarto para refugiarse allí. Quizá…

Corrió hacia sus dependencias. Sus ojos volaron de un rincón a otro con desesperación, esperando distinguir su silueta entre las sombras que la luz de la única lámpara encendida proyectaba, pero Bastian tampoco se hallaba allí.

El niño había desaparecido, pero un objeto sobre la mesilla de noche, junto a la lámpara, llamó su atención y la llenó de un miedo atroz, que fue aumentando conforme se acercó, con el sirviente guardándole las espaldas, hasta que se atrevió a cogerlo entre las manos.

Era una nota. Un simple trozo de papel con un par de frases garabateadas, que le detuvieron el corazón en cuanto distinguió sus

trazos y su forma de expresarse:

Mi precioso mirlo, después de tanto tiempo, al fin vuelvo a estar cerca de ti… Y de Bastian.
No te preocupes por él; está en las mejores manos. Pero he de advertirte que, lamentándolo mucho, tardará en regresar a las tuyas. A no ser que convenzas a ese administrador tuyo de que no meta su sucia nariz en asuntos que no le competen.
Siempre tuyo,
Arthur.

Aunque no hubiera estado firmada, ella habría sabido quién la escribía.

Solo Arthur la llamaba «su precioso mirlo», cuando pretendía humillarla en público exigiéndole que cantara, sabiendo perfectamente lo mal que lo hacía.

De pronto, todo comenzó a darle vueltas. El sudor que empezó a empaparle la cara le nubló la vista.

Su mente retrocedió a una época oscura, llena de dolor y sin una salida. Volvía a ser la joven insegura, alienada por un marido dominante que disfrutaba inventando nuevas maneras de demostrar su supremacía sobre ella.

Y ahora, contra todas las leyes de la naturaleza, ese hombre parecía haber regresado de entre los muertos para arrebatarle lo que más quería en el mundo.

—Bastian, mi niño… —Las lágrimas le ardieron en los ojos, pero no se dejó vencer. El sentido común le decía que aquello era imposible. Que nadie poseía la capacidad de resucitar.—. Oh, Señor de los cielos, alguien se ha llevado a mi hijo…

—*Milady*, tranquilícese. Organizaré ahora mismo una batida por los alrededores. Es posible que se haya asustado de algo y haya salido de la casa. Ya sabe que cuando quiere puede pasar desapercibido, y más a estas horas tan intempestivas.

Asintió, como inmersa en un trance. Apenas se cubrió con una bata para acompañar a los hombres que el mayordomo pudo reunir en un tiempo récord, esperando escuchar a su hijo en cada dependencia aledaña a la mansión. Pero Bastian no se hallaba en el

pajar, ni tampoco en los establos, y cuando se dedicaron a preguntar en las casas de los campesinos, se encontraron con una rotunda negativa.

Solo les quedaba el río.

Gabrielle no quiso ni pensar en que el pequeño pudiera haberse caído allí. Boris le había enseñado a nadar recientemente, por orden suya. Pero…

—Dos hombres están ya vadeándolo, *milady*. —La voz del mayordomo la ancló a la realidad—. No hay corriente. Si está ahí, lo encontraremos enseguida.

Pero no lo encontraron. Y cuando las últimas luces del atardecer todavía iluminaban su desesperación, se forzó a pensar en una alternativa.

—Prepárame un carruaje ahora mismo —ordenó.

DIECIOCHO

—¿Y bien? ¿Alguna novedad?

—Ninguna, milord. Salvo el pequeño detalle de que hay alguien más husmeando por aquí, aparte de los agentes de Bow Street. Y claro, en esas circunstancias no le garantizo la efectividad absoluta de mi trabajo…

Ram sacó un par de billetes, que puso en la mugrienta mano del hombre que tenía delante. Un ratero que días antes había contratado, pensando que siempre era mejor contar con alguien dentro que pudiera complementar el excelente trabajo realizado por Thomas.

—Recuérdame tu nombre —le dijo, sabiendo de antemano que probablemente le diera uno falso.

—Damien, milord. No lo tenía por un despistado.

—No lo soy. Sobre todo, cuando tengo delante a alguien dispuesto a sangrarme el máximo posible, aprovechándose de la urgencia de la misión que le he encomendado.

Damien exhibió una hilera de dientes demasiado blancos para pertenecer a un delincuente cuando le sonrió, al mismo tiempo que se guardaba el dinero a buen recaudo.

—Veo que ha comprendido a la perfección la importancia de lo que hago en general, y muy en particular para usted —afirmó, tocándose el extremo de su gorra raída—. No se preocupe. Su dinero será bien empleado para aflojar determinadas lenguas.

—No solo las que tengan que ver con la muerte de Reginald Ashworth, sino también con la de las dos prostitutas. Y, por supuesto, todo lo que puedas recabar acerca de las costumbres del difunto barón de Darkness.

—¿No le parece demasiado para tan poco pago?

—Serás miserable… —Pese a encontrarse amparados por la apestosa oscuridad de un callejón que solo ocupaban los dos, a Ram no le tembló la mano para sujetarlo de la pechera y estrellarlo contra la pared más cercana—. No intentes engañarme, porque solo conseguirás acabar muerto.

—Si es a manos de un héroe de guerra, podría sentirme incluso honrado, milord.

—Tan joven como imprudente… —Con un resoplido, lo soltó de golpe—. Puede que tú me conozcas, Damien no sé qué, pero yo puedo presumir de lo mismo con respecto a ti. No estás tan seguro como creías detrás de ese acento de los bajos fondos. Acabas de abandonarlo ahora, imagino que por el miedo que intentabas ocultarme, para dejar salir tu origen noble. Ah, vaya, he conseguido incomodarte, como mínimo —agregó, satisfecho al ver que el chico fruncía el ceño con contrariedad—. No te preocupes. Tu secreto está a salvo conmigo, sea el que sea… siempre y cuando cumplas con tu parte. ¿Trato hecho?

Con una sonrisa cínica, la que mejor se le daba desde hacía un tiempo, extendió una impoluta mano que el ratero no tardó en estrechar con fastidio.

—Aparentemente, las prostitutas no tenían relación entre sí. Mientras una vivía en una auténtica cloaca, la otra era una cortesana visitada por los aristócratas que se podían permitir el lujo de pagar sus favores. Sin embargo, hay quien dice que alguien con un tatuaje significativo visitaba a ambas —le soltó de corrido.

—¿Qué tipo de tatuaje?

—Una flor de lis o algo así. ¿Le resulta revelador?

—No olvidaré la información —respondió—. ¿Algo más que pueda usar para esclarecer la identidad del o los asesinos?

—No, por el momento, aunque le garantizo que nadie es anónimo por completo en este lugar. —Damien se encaminó a la salida del callejón, pero de pronto volvió sobre sus pasos—. ¡Se me olvidaba! Maggie, la cortesana, recibió la visita de un hombre antes de morir. Fue demasiado sonado como para pasar desapercibido. Al parecer, el padre del libertino se presentó allí poco después, amenazando a la

puta con acabar con ella si volvía a admitir a su hijo entre sus piernas.

—¿Tenemos nombre? ¿Apellido?

—Ambas cosas. El caballero se llama Robert Ashworth, hijo de Jacob Ashworth, un burgués en alza cuya fama entre las casas de alterne es tan grande como su puritanismo cuando sale de ellas.

A Ram el corazón se le subió a la garganta.

Se trataba del hermano y el sobrino de Reggie. En un par de ocasiones le había oído hablar de ellos, aunque no en muy buenos términos. Siempre le había resultado extraño que se refiriera a esa rama de la familia sin afecto, y que en cambio nunca le oyera mencionar a Gabrielle, su sobrina predilecta, a juzgar por el modo en que había intentado protegerla ante su muerte.

Gabrielle. Otra vez ella.

Habían dado con un pequeño hilo del que quizá pudieran tirar. No era el momento para ponerse a pensar en cierta hembra de curvas irresistibles, tormentosa mirada celeste, labios hechos para el pecado y sensualidad contenida que parecía estar hecha por y para él.

Podría hacer una visita a aquellos dos, con la excusa de la muerte de Reginald, para investigar por ese lado, mientras Thomas continuaba mezclándose con individuos de baja estofa, como el que en ese momento tenía delante.

—¿Sabes que serías un inmejorable agente de la ley, si decidieras salir del fango en el que vives? —le preguntó, revolviendo su espeso pelo negro.

—Usted lo ha dicho. Si yo lo decidiera. Pero por el momento, no es el caso. Me siento muy cómodo con el papel que juego aquí. ¡Y deje de tocarme la puñetera cabeza como si fuera mi padre! No nos llevamos tantos años, y su título no le da carta blanca en todo.

La sonrisa de Ram se torció con un tinte de cinismo, al recordar sus propios orígenes, antes de sacarse una reluciente moneda del bolsillo que lanzó a Damien.

—Eso por los últimos datos que me has dado. Volveremos a vernos. Mi mayordomo se pondrá en contacto contigo, como siempre.

Ram se olvidó de él en cuanto salió del callejón y subió al carruaje sin distintivo alguno que le esperaba, conducido por Willis.

—¿Todo bien, milord? —le preguntó cuando le abrió la portezuela.

—A decir verdad, mejor de lo esperado. No deberías hacer labores de cochero, Willis.

—Lo hago voluntariamente, señor. Sabe que no me importa relevar a James.

—Alguien podría identificarte.

—También a él, si me permite decirlo.

—Siempre tan agudo, Willis. Si no fuera porque soy conde, me reiría.

Pero la muerte de Reggie volvía a estar presente en sus pensamientos, y con ella, los monstruos que siempre le acompañaban, y que amenazaban con rugir de nuevo, arrebatándole la paz.

Ram se masajeó las sienes. La imagen de Gabrielle, con las mejillas arreboladas después de su apasionado escarceo, y los ojos brillantes de reproches hacia él, pero también hacia sí misma, adquirió tal fuerza que todo lo demás careció de importancia. Las pulsaciones que le latían en cada rincón del cuerpo comenzaron a tomar un ritmo más cadencioso, cuando apoyó la cabeza en el respaldo de su asiento y se recreó en todas las sensaciones que la muchacha le provocaba.

No podría pasar de ahí. Tener algo, con el nombre que fuera, con la baronesa, estaba prohibido para él. No solo por la relación legal que los unía, sino también por el propio bienestar de la baronesa viuda, y por la confianza depositada en él por Reggie, que no debería ser traicionada bajo ningún concepto.

Él era un hombre de palabra, de honor. Aunque a menudo los métodos empleados en determinadas circunstancias no eran los más apropiados para un noble…

Sonrió.

Los efectos de la sangre escocesa en él eran tan devastadores como en su pequeña mentirosa.

Su sonrisa se ensanchó.

Saber que Gabrielle y él compartían orígenes le unía más a ella. Y esa conexión no era buena, aunque, ¡qué demonios! En ese instante nadie se lo reprocharía.

—Tú mismo deberías reprochártelo. Te comportaste con ella como un maldito vividor al que no le importa nada más que su propia satisfacción —se recriminó en un siseo, incorporándose para mirar por la ventanilla.

El carruaje cruzaba por Covent Garden, que se hallaba a oscuras y en silencio. A la sombra de la iglesia de St. Paul, las casas de juego estaban haciendo buen negocio. Había jóvenes disolutos borrachos que iban y venían, pero en la plaza solo había prostitutas. Gran variedad de ellas. Desde novatas increíblemente jóvenes, a veteranas curtidas. Rubias y morenas, bajas y altas, delgadas y rollizas. Pintadas como flores, llamativas y venenosas.

Estuvo tentado de pedirle a Willis que lo dejara allí cuando sus ojos se quedaron clavados en ellas, calculando por cuánto tiempo más podría soportar esa abstinencia que se había autoimpuesto sin ninguna razón en particular… Al menos, hasta que cierta joven se había cruzado en su camino, fingiendo ser una valiente sirvienta.

¡Por todos los demonios, él era un hombre!

Una de aquellas mujeres le convendría. Sería lo único que aliviaría el mal que le afligía.

Pero no deseaba a ninguna.

Él solo deseaba a Gabrielle Basset Ashworth.

Por esa razón debía buscarle un marido. Cuanto antes.

En eso ocupó su mente el resto del trayecto, con tanto ahínco que, cuando descendió del carruaje y entró en su casa, una voz conocida tuvo que llamarle varias veces para que reaccionara.

—¡Bueno, al fin me miras! Es más de lo que hiciste la última vez que nos vimos, pero no te lo tendré en cuenta. Pienso tomarme esta fugaz muestra de interés como un saludo, a falta de otro más protocolario y digno de un aristócrata como tú.

Ram parpadeó varias veces ante la menuda figura que permanecía en el recibidor, todavía con su capa y sus guantes puestos. Era evidente que había llegado un minuto antes que él, aunque no parecía contrariada. Los rizos rubios asomaban por el

sombrero que llevaba atado con una cinta bajo la barbilla, y sus ojos castaños refulgían de alegría, a pesar de que pretendía mantener un gesto severo.

—¿Alice?

—No. Su fantasma. ¡Pues claro que Alice, hombre! —Con gesto enérgico, la pequeña mujer dejó su ropa de abrigo en manos de una sirvienta y se dirigió a la biblioteca, sin esperar a que Ram la siguiera —. Por fortuna, conozco esta casa como si fuera la mía. Porque si tuviera que esperar a que el anfitrión ejerciera como tal… ¿Es que Tom no te dijo que estaba preparando el viaje hacia aquí?

—Yo… —Ram sacudió la cabeza—. Me temo que tu marido es tan despistado como yo, aunque bastante más educado. Perdóname, prima. Y ven aquí, que voy a saludarte como sin duda mereces.

—¿De verdad no tienes ningún problema con mi visita? Tu cara es todo un poema…

—Porque acabo de darme cuenta de que tus cosas todavía están en el recibidor. Pero ahora mismo resolveremos el inconveniente. — Salió a dar un par de órdenes, antes de volver a entrar y abrir sus enormes brazos, con una sonrisa. Alice se la devolvió, y se precipitó en ellos—. ¿Ves? ¡No he perdido las buenas costumbres!

—Gracias a Dios. A lo mejor todavía hay esperanza para ti.

La joven le estampó un sonoro beso en cada mejilla, justo cuando Ram escuchó a Willis al otro lado de la puerta.

—¡*Milady*, espere al menos a que la anuncie! ¡Milord está ocupado con…!

A continuación, un jadeo femenino a su espalda lo dejó petrificado.

Apartó a Alice, pero ya era demasiado tarde.

Cuando se giró y vio la expresión desencajada de Gabrielle, supo lo que pensaba.

Y aunque le pareció la reacción más absurda del mundo, se sintió tan culpable como furioso consigo mismo por ello.

DIECINUEVE

Lugh estaba asqueado.

No solo había tenido que encargarse de que la preciosa Maggie desapareciera del mapa personalmente, sino que además debería asegurarse de que el mensaje que pretendía enviar a la baronesa, le llegara sin que hubiera lugar a dudas.

Aunque la hermandad bien valía ese tipo de sacrificios, no pudo dejar de repetirse que habría que subir el listón a la hora de admitir nuevos miembros. El último, Arthur Basset, no resultó conveniente en ningún sentido. Su crueldad manifiesta con animales y personas dejó de ser privada desde el momento en que la exhibió sin pudor en la última de sus reuniones, obligando a su mujer a cantar, sin que le importara que ella se sintiera humillada, como efectivamente ocurrió.

—Y ahora, en lugar de tener un problema, tenemos dos —refunfuñó cuando dejó su montura a una distancia prudencial de la mansión Darkness, y se envolvió en su capa, tan negra como sus intenciones, cruzando la breve campiña que lo separaba de las escasas luces que se reflejaban tras los ventanales que aún no estaban cubiertos con las espesas cortinas.

Se parapetó tras un árbol y observó los alrededores con atención. Conocía la rutina de Gabrielle, así como la de su hijo, al dedillo. Demasiado tiempo recibiendo información detallada, pensó. A veces, le daba la sensación de que se había convertido en Arthur Basset. Y eso le llevó a recordar el trozo de papel que guardaba entre sus ropas.

Ah, sí. La hermandad servía para muchas cosas. Proporcionaban placeres únicos a sus miembros más destacados, mientras se

introducían en las más altas esferas, con la intención de llegar hasta el mismísimo regente para controlar todas y cada una de sus decisiones políticas. Pero además, le otorgaba el poder de conocer. Hasta el punto de imitar algo tan nimio como un estilo de letra, mezclado con el detalle, mucho más complicado, de un modo de expresión único.

De esa forma esperaba minar la resistencia de la baronesa. Sería un plan alternativo perfecto, por si el hecho de buscarle un marido que se ganara el afecto de su improvisado administrador, no surtía el efecto deseado.

Esperó el tiempo necesario para estudiar la frecuencia con la que la puerta trasera, que daba a las cocinas, se abría y se cerraba, dejando que una sirvienta entrara y volviera a salir. Hasta que el trasiego disminuyó. Solo entonces Lugh supo que había llegado su momento.

Le bastó una simple ganzúa para que la cerradura cediera, y mucho menos para mezclarse con las sombras de la noche, una vez dentro de la casa. Se sorprendió de que apenas se cruzara con un par de criadas que, sin lugar a dudas, se dirigían a sus dependencias a descansar.

Pudo ascender hasta la primera planta sin problemas, en un absoluto silencio. Eso le permitió sacar una esponja que previamente había empapado en una mezcla de opio, mandrágora y beleño, envuelta en un pañuelo. En cuanto entrara en contacto con la nariz y la boca de Sebastian, su presa, el niño quedaría dormido en sus brazos.

No dudó a la hora de dirigirse a su cuarto. Sabía con exactitud dónde se encontraba. Entró en él sin un solo ruido, cerró la puerta y se dirigió a la cama, pero Bastian se agitó en cuanto notó su presencia, lo que le obligó a actuar con más rapidez de la prevista.

Aun así, no pudo evitar un grito del pequeño, que se debatió con furia ante su ataque, pero con nulo resultado. Lugh dirigió una breve mirada hacia la puerta cuando al fin el chico dejó de luchar, víctima de la esponja empapada, y lo arrastró con él al único ángulo de la habitación que le ofrecía oscuridad absoluta, después de abrir la ventana de par en par.

—Ah, ahí estás, mi querida Gabbie… —siseó, con Sebastian sobre su regazo, cuando la baronesa entró en el cuarto, seguida por Boris, y ambos corrieron hacia la ventana abierta.

Sin despegarse de la pared, se llevó al niño pasillo adelante y penetró en las dependencias de Gabrielle, el tiempo necesario para dejar la nota sobre su cama y salir por el mismo lugar por el que había entrado. Por fortuna, el resto del servicio permanecía descansando, lo que le otorgó una ventaja incuestionable para lo que se proponía hacer.

El crío pesaba menos que una pluma, de modo que no le impidió correr hacia su caballo. Pero una vez ahí, cambió de planes.

De pronto no vio a Sebastian, sino a sí mismo. Con aquella misma edad. Gritando a su padre para que no lo alejara de su madre. Los golpes lo inmovilizaron durante días, navegando entre el dolor y la inconsciencia… Hasta que despertó.

Su padre se hallaba a su lado, con un espejo en la mano para que pudiera ver su cuero cabelludo completamente al descubierto, marcado para siempre con el tatuaje de una flor de lis que quedaría oculta cuando el pelo creciera, pero que debería llevar a partir de entonces con orgullo. Como parte de una identidad que comenzó a forjarse en aquel momento.

—Puedo retorcerte el cuello aquí mismo. Incluso puedo llevarte al río y ahogarte en él. De cualquiera de las dos maneras, tu madre perdería el juicio. Eso la dejaría fuera, y con ella, al metomentodo de Lennox —murmuró, observando a su pequeña presa—. Pero el gran Lugh nunca se ha caracterizado por su simplicidad.

A partir de ahí, todo iría in crescendo, como la mejor composición musical. Hasta que Gabrielle y su recién adquirido paladín, comprendieran que deberían mantenerse al margen de todo, si querían conservar lo más preciado que tenían: la vida.

Pero para ello, necesitaba privacidad.

Fueron apenas quince minutos de intensa cabalgata, que los llevaron a su destino. Una vez en él, depositó al niño en el suelo lleno de paja con cuidado, y buscó los objetos que necesitaría sin perderlo de vista.

—Eres el hijo del barón de Darkness —le murmuró—. Durante mucho tiempo, odiarás al diablo que te dejó marcado de esta manera, pero después… Ah, estoy seguro de que después lo llevarás con el mismo orgullo que el resto, chico.

Y sin que le temblara el pulso, procedió a cumplir con su deber.

VEINTE

—No saques conclusiones precipitadas. En primer lugar, porque te has saltado todas las reglas de la discreción y los buenos modales. —Ram tomó el mando de la situación, a pesar de que, por el rabillo del ojo, vio cómo Alice contenía una carcajada al comprender el malentendido—. Y en segundo, porque estás demasiado pálida y desaliñada. ¿Te encuentras bien?

Gabrielle se tomó un tiempo en templar los nervios, que habían terminado de desatarse cuando vio a Ram abrazado a aquella mujer, que se tomaba la libertad de besarlo mientras él la sonreía.

—Lo que usted haga o deje de hacer con otras mujeres no me importa lo más mínimo, milord. No estoy aquí para juzgarlo, sino para… pedirle ayuda.

—¿Qué ocurre? —Advirtió las lágrimas que comenzaron a empaparle las mejillas cuando la llevó a la silla más cercana. Se arrodilló junto a ella. Maldición. Se sentía como si le estuvieran cercenando un brazo con una sierra, solo con contemplar su sufrimiento—. Gabrielle, por favor. Háblame.

—Es… —Ella inspiró hondo, buscando el modo de aceptar ese ramalazo de inesperada conexión que brotó entre ellos—. ¡Es Bastian! ¡Alguien se lo ha llevado! ¡Le oí gritar justo antes de dormirme! Pensé que tenía una pesadilla y acudí a su cuarto, ¡pero cuando entré no estaba! Corrí hacia la ventana abierta, pensando que… que a lo mejor se había caído, ¡pero por mucho que busqué, no hallé ni rastro de él!

—*Dhia…* Alice, querida, ¿podrías dejarnos solos un momento?

—Pero Ram, no es decoroso que…

—Ya habrá tiempo para todas esas tonterías —la interrumpió, sin apartar sus ojos de los de la baronesa—. Te lo ruego, Alice.

No se movió hasta que no escuchó la puerta abrirse y cerrarse.

—Bien. Ahora, tranquilízate —susurró, frotando con energía las manos femeninas—. Si no dejas de temblar, no podré ayudarte, *mo bhreugaire beag*. Y necesito que mantengas la cabeza lo más despejada posible.

—Milord…

—¿No crees que ya va siendo hora de que me llames por mi nombre?

Gabrielle se mordió el labio, indecisa, pero la gratitud que sintió la desbordó de tal manera, que se arrojó a su cuello, olvidándose por completo del decoro, la prudencia y la situación que la había recibido hacía tan solo unos momentos.

—Gracias, Ramsay —murmuró, dejándose mecer por los fuertes brazos.

La mano masculina comenzó a recorrer su columna vertebral, en un ritmo tan cadencioso como aquel ronco susurro que había empleado en la lengua de sus ancestros, que eran también los de ella.

«Mi pequeña mentirosa». Nunca un insulto le había parecido tan estimulante, ni tan reconfortante.

Poco a poco, su cuerpo fue respondiendo a todas las señales que sus sentidos percibieron. El aroma a menta que manaba del conde se infiltró por sus fosas nasales, al mismo tiempo que el tacto suave de su camisa le acariciaba la mejilla. Aceptó su contacto como un salvavidas al que aferrarse. Como una verdad establecida: Ramsay McKnight la ayudaría. Juntos encontrarían a Sebastian.

—Eso es, tesoro. Relájate hasta que puedas pensar con claridad. Y después, cuéntame todo lo que has visto con detalle. Háblame de los lugares favoritos de tu hijo. De cómo reacciona cuando algo le asusta. Cualquier detalle puede ser fundamental.

—Le encantan los establos, y el prado que hay junto al río, pero hemos buscado allí antes de venir a pedirle ayuda. También le encantan las cocinas. Las cocineras lo miman demasiado. No es un niño asustadizo, ni suele tener pesadillas, pero cuando eso sucede,

corre a mi cama y dormimos juntos. Nos consolamos mutuamente. Cuando inspeccioné su cuarto, pensé que se había escondido en el pasillo y que lo encontraría allí, pero regresé a mi habitación, y no estaba. ¡No estaba!

—Gabrielle, mírame. —Ram enmarcó su cara entre las manos y buscó sus ojos extraviados, hasta que consiguió su objetivo—. Vamos a buscarlo debajo de cada brizna de hierba, si es preciso. ¿Algo más que pueda servirnos?

—Si se lo digo, pensará que he perdido el juicio.

—Créeme, no soy el más indicado para juzgar ese tipo de cosas.

—Aun así…

—Gabrielle.

Con un suspiro de derrota, ella sacó la nota arrugada del bolsillo de su capa y se la entregó.

—Esto lo cambia todo —concluyó Ram, después de leerla—. ¿Tienes algún enemigo que pueda querer hacerte daño a través del pequeño? ¿Un pretendiente despechado, tal vez?

—No. Desde que supuestamente enviudé, me he mantenido al margen.

—¿Supuestamente? Yo pensaba que la muerte de tu marido era bien real.

—Y yo también… Hasta que encontré esa nota, sobre mi cama. —Sus ojos se desviaron hacia cualquier lugar que le ahorrara sufrir una humillación cuando se sincerase—. Esa es su letra. Su forma de expresarse. Mirlo. Así me llamaba de forma sarcástica, después de escucharme cantar, obligada por él, y sabiendo perfectamente que no sirvo para semejantes tareas propias de una dama de alta alcurnia.

—¿Y de ahí has concluido que no ha muerto?

—Le dije que iba a dudar de mi buen juicio.

—Tus nervios te están jugando una mala pasada. Estoy seguro de que no crees tus propias afirmaciones.

—¡No encuentro otra explicación! ¡Nadie aparte de nosotros conoce ese mote!

—¿Estás segura? —Ram volvió a demandar su atención sujetando su barbilla con los dedos para acercar su rostro al de él—. ¿No pudo

alguien del servicio presenciar ese trato vejatorio en algún momento? Alguien descontento con su patrón, que se haya marchado de tu casa después de la muerte de Darkness…

—Él… Él se aseguraba de que nadie fuera testigo de nuestras… desavenencias. Pero cuando me obligaba a cantar, siempre ocurría en reuniones y fiestas celebradas por nosotros.

—No voy a consentir que te avergüences; levanta la cabeza. —Su orden, suave pero contundente, no admitía réplica—. ¿Algún enemigo del barón?

—No lo sé. Yo… permanecía a la sombra. Casi siempre encerrada, salvo cuando me exhibía… —«Como si fuera su puta», estuvo a punto de añadir, antes de morderse la lengua—. De todas formas, su potencial enemigo debería ser alguien muy perspicaz para hacerse pasar por él con este grado de éxito.

—Te sorprendería hasta qué punto el odio puede aguzar el ingenio.

—¡Pero Arthur murió! ¡No tiene sentido que pretendan dañar a un muerto a través de su familia!

—Sí, si lo que pretenden es advertirnos. Y eso es precisamente lo que pretenden —afirmó Ram, señalando la nota de nuevo—. Gabrielle, te prometo que te aclararé los términos de la carta que Reggie me envió. Pero ahora, lo más importante es encontrar a Sebastian. Nos dirigiremos hasta tu casa, peinando cada brizna de paja por el camino. —Con un oscuro gruñido que evidenciaba tan solo una pequeña parte de esa necesidad de protegerla de todo mal, la apretó contra su pecho y apoyó su barbilla en la textura sedosa de sus rizos negros—. Thomas avisará a los agentes de Bow Street, y Willis…

Un grito abrumador, pero demasiado agudo para tratarse de un adulto, lo interrumpió.

Gabrielle corrió hacia la puerta.

—¡Sebastian! —exclamó con angustia, pero también con una esperanza que se vio recompensada cuando esa puerta se abrió, y Willis apareció con el niño en brazos—. ¡Santísimo Dios, mi niño!

El mayordomo dejó que su madre lo cargara, hasta que ambos terminaron en el suelo. Ella, cubriéndolo con su cuerpo tembloroso

entre llantos, pero llena de alegría, junto a su carita sucia. Sebastian, retorciéndose de dolor entre gemidos, mientras se sujetaba una muñeca con la mano contraria.

—Me duele mucho, madre. El señor malo me hizo daño… —barbotó cuando Gabrielle pudo ponerse de pie, con él entre los brazos.

—¿Quién, mi amor? ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Qué…? ¡Por Dios bendito, parece que una manada de caballos te haya pasado por encima!

—El niño está herido, *milady*. Si nos permite, milord y yo lo curaremos…

En cuanto fue capaz de levantar la cabeza y despegar los ojos de su pequeño, ella se encontró con dos formidables hombres a su lado, dispuestos a ayudar. Ya conocía la disposición de Willis y su eficiencia, pero Ram… El Ram que la observaba no se parecía en nada al dechado de petulancia y frialdad que ya había comenzado a conocer. Sus ojos grises brillaban con una mezcla de ira y conmoción que la cautivó. Bastó con una leve caricia en su mejilla para que supiera que Sebastian estaba en buenas manos. Después, se arrodilló junto al niño y, sin que pareciera importarle lo más mínimo su desastroso aspecto, le inspeccionó la muñeca.

Fue entonces cuando ella vio la horrible marca: una flor de lis que alguien con un alma emponzoñada le había grabado a fuego.

—Bastian, necesito que me expliques qué ha pasado mientras Willis va a por lo necesario para curarte esa herida. —El conde lo llevó junto al fuego, seguido por su madre—. ¿Te duele mucho?

—Sí…

—Pronto dejará de hacerlo. No dejes de mirarme mientras me hablas, porque lo que me digas será muy importante para que no vuelva a suceder. —El niño asintió. Parecía tan hechizado por la actitud del escocés que solo torció el gesto en una mueca cuando el mayordomo se sentó al otro lado y comenzó con las curas—. Muy bien. Eres muy valiente, ¿lo sabías?

—Sí…

—Claro. Y muy listo también. Por eso serás capaz de contármelo todo, sin dejarte nada en el tintero. ¿A que sí?

—Sí…

—Bastian, mi amor, si no puedes…

Ella le tomó la manita sana y se la llevó a los labios, pero para su sorpresa, el niño sacudió la cabeza.

—Soy valiente —dijo—. Alguien me puso una cosa pegajosa en la cara, y me dormí, milord.

—¿No recuerdas quién fue?

—No lo vi. Y era muy fuerte…

—¿Y cómo llegaste hasta aquí?

—No sé. Yo me desperté en la puerta. Y llamé. Y este señor de aquí me abrió. Y cuando pregunté por madre, porque me dolía mucho la muñeca, me dijo que estaba con usted…

Cuando Sebastian comenzó a hacer pucheros de nuevo, Ram lo envolvió en abrazo que amenazó con sacudir el corazón de Gabrielle.

—Tranquilo. Ya ha pasado todo —le murmuró, en un tono de voz tan hechizante que poco a poco, el pequeño dejó de temblar—. Tú y tu madre os quedaréis aquí a partir de esta noche, por tiempo indefinido. Está claro que vuestro hogar no es lo bastante seguro.

—No podemos. ¡Sería un auténtico escándalo! —exclamó, con los ojos abiertos de par en par.

—Alguien ha tenido acceso a tu casa, se ha llevado a tu hijo delante de las narices de todo el servicio, y de las tuyas, y le ha hecho un daño destinado a que sirva de mensaje. Por otro lado, has venido hasta mi casa completamente sola, sin contemplar siquiera la posibilidad de una carabina. Créeme. En estos momentos, las habladurías deberían ser las últimas de tus preocupaciones.

—La situación así lo exigía, como ha apuntado usted. Pero ahora, con esa mujer…

Ram posó el dedo índice sobre sus labios, indicándole silencio.

A ella las rodillas se le aflojaron. Por el leve pero cálido contacto, por esa expresión de completa comprensión que despedían los ojos grises cuando se clavaron en ella, pero sobre todo, por esas promesas implícitas que llevaban consigo, y que el conde no se molestó en disimular.

La deseaba. Era probable que tanto como ella lo deseaba a él. Pero respetaría su voluntad, fuera cual fuese esta.

A pesar de proclamar que no era ningún caballero, se comportaba como tal.

El corazón le dio un brinco en el pecho cuando, enmudecida y abrumada, contempló cómo su anfitrión se dirigía al mayordomo.

—Willis, ordena que preparen dos habitaciones para nuestros invitados, por favor.

—¡Milord, yo quiero dormir con madre! —Sebastián le tiró de la manga, con la misma familiaridad que había empleado desde que se conocieron—. ¿Puedo?

—Desconozco cuáles son vuestras costumbres, Gabrielle. Me ayudaría bastante que me orientaras al respecto, porque vuestra presencia aquí se extenderá tanto como sea necesario. Después de los últimos acontecimientos, pienso teneros más que vigilados.

—Por regla general dormimos cada uno en nuestras dependencias, pero las circunstancias no son las normales, y yo también quiero tenerlo cerca —casi rogó, cabizbaja.

—No tienes más que pedirlo. No tienes más que pedir aquello que desees, y se te concederá si está en mi mano.

—¿Incluida la explicación de la presencia de…?

—Eso también, pero no ahora. —Rozó la mejilla de la joven con los labios en un casto beso, y revolvió el pelo de Sebastian—. Espero que paséis buena noche. A partir de ahora, estáis a salvo.

VEINTIUNO

—¿Podrías explicarme qué es eso que acabo de ver?

—Claro. Cuando tú me expliques por qué has llegado a mi casa al atardecer, en lugar de hacerlo en un momento mucho más decente para una dama casada.

Alice se sirvió una copa de Oporto, con una sonrisa de desfachatez demasiado parecida a la que solía emplear a menudo su marido. Después, ofreció otra a Ram que este no rechazó.

—Sentémonos, querido primo. Me parece que esta conversación va a ser larga —le invitó, en el pequeño saloncito en el que lo había estado esperando—. Sé que esa joven que se saltó todas las normas protocolarias es la Baronesa Viuda de Darkness.

—Valiente deducción, aunque te advierto que no estoy para muchos rodeos. Debo hacer algunas investigaciones cuanto antes…

—Para eso tienes a mi marido, ¿verdad? Por esa razón no está con nosotros esta noche.

Ram se encogió de hombros.

—Las mejores averiguaciones se hacen con la luna en el cielo, Alice. Pero no temas.

—No temo por él, sino por ti. Habría que ser ciega, sorda y un poquito corta de entendederas, para no ver que la mujer te atrae de muchas maneras, y ninguna tiene que ver con vuestra relación legal. Entiéndeme, no solo no me parece mal, sino que lo celebro…

—Yo no. Conste que no recuerdo cuándo fue la última vez que tuve tantas consideraciones con una mujer. Pero esta me saca de mis casillas.

—Y al mismo tiempo despierta tu parte más tierna. Matarías a la persona que les ha hecho daño, si en este instante la tuvieras

delante. ¿Me equivoco?

—Tampoco recuerdo cuándo fue la última vez que te equivocaste conmigo, Al.

—¡Esto hay que celebrarlo! ¡El huraño Lexter, reconociendo sus debilidades!

Muy a su pesar, él soltó una carcajada que lo ayudó a aliviar la tensión. Tener a la mujer dueña de sus más oscuros deseos a solo unas escaleras de distancia, amenazada por un mal desconocido para todos, lo tenía desquiciado. Descontrolado. Y eso no le gustaba en absoluto.

—Al final voy a tener que agradecer que te hayas presentado aquí.

—Tom no sabe que estoy aquí. Quería darle una sorpresa, y ayudar. No me digas que no lo necesitas, porque acaba de presentarse otro problema añadido. Os he oído —añadió cuando Ram abrió la boca, dispuesto a soltar toda su artillería pesada en forma de inconvenientes—. Ese niño necesita tranquilidad.

—¿También has visto a Bastian?

—¿Quién no? Parecía que el pobre Willis se había tragado varios limones al mismo tiempo cuando lo encontró en la puerta. Estaba todavía más descompuesto que el pequeño. ¿Qué le ocurrió?

—Sé que no serviría de nada ocultártelo, igual que sé que cuento con tu discreción y fidelidad absolutas, así que te lo diré: alguien pretende hacer creer a Gabrielle que su esposo está vivo. Por si fuera poco, ese mismo alguien tomó al pequeño como advertencia para que yo deje de meter las narices en lo que sea que las estoy metiendo.

—El asesinato de Reggie. Tom me lo explicó.

—Tom está inmerso en sus pesquisas y yo en las mías, como siempre. Pero si algo tengo claro, es que cumpliré con el mandato de Reginald hasta sus últimas consecuencias.

—¿Por eso dejaste que ella pensara que somos algo más que parientes?

—Tendré que tirar esta casa abajo y reconstruirla con unos muros más gruesos. Eso, o ponerte tapones en los oídos —refunfuñó—. A ella le conviene creerlo así, y a mí también.

—No. —Los ojos de Alice se clavaron en él como los de un sabueso—. ¡No! —repitió, anonadada—. ¡Has tenido algo con ella!

—No digas tonterías…

—¡Te estás ruborizando! ¡Y hace demasiado tiempo que no te ruborizas!

—Alice…

Le dio la espalda, intentando que dejara de leer en él como si fuera un libro abierto, pero la mujer lo persiguió hasta volver a tenerlo de frente.

—¡No te escondas, ni disimules! Las dos cosas se te dan peor que mal. Pero sobre todo, ¡ni se te ocurra subestimar la intuición femenina, porque nunca falla! —Alice lanzó una exclamación triunfal y se arrojó a su cuello para estamparle dos sonoros besos—. ¡Oh, Dios! ¡Esta es la única noticia capaz de sacarme de la tristeza provocada por no poder tener hijos!

—Los tendrás. No seas melodramática.

—Y tú no te hagas el frío, que esa muchacha te hace sentir cualquier cosa menos eso. ¡Verás cuando Tom lo sepa!

—Tom no tiene por qué saber nada, o echaréis por tierra mis planes para ella.

—¿Tienes planes para ella? ¡Vaya, sí que vais rápido! Solo espero que mi querida amiga Victoria esté al tanto de ellos, porque ser duquesa, además de la cuñada de la baronesa, puede tener ventajas e inconvenientes.

Ram la miró boquiabierto.

—¿Conoces a los duques de Knox en persona? Eres una caja de sorpresas…

—No sabes hasta qué punto, querido.

Otra vez aquel tono de suficiencia, que encerraba demasiados enigmas como para que él intentara descifrarlos. No aquella noche, cuando su mente era un hervidero de ideas sangrientas, a la espera de ponerlas en práctica con la sabandija adecuada, en cuanto pudiera echarle el guante.

—Cumpliré con los deseos de Reggie al pie de la letra. Voy a buscarle un marido a la altura, no te hagas ilusiones —murmuró,

elevando los brazos al cielo, como si allí se encontrara la ayuda que necesitaba para poder lidiar con esa tozuda mujer.

—Si deseas administrar todos los aspectos de la vida de la baronesa legalmente, solo tienes que mirarte en el espejo para encontrar a ese marido.

—¡Por Dios, Alice! Estoy demasiado destrozado como para aspirar a formar una familia desde la normalidad. Yo… aprecio a Gabrielle. Y a Sebastian. Nunca los pondría en peligro deliberadamente.

—Y piensas que si te das una oportunidad, los pondrás. —Alice posó la mano sobre su hombro—. Ram, sabes que lo que ocurrió en aquella celebración…

—Podría repetirse. Con cualquiera; en cualquier lugar. Créeme. Esa pequeña familia estará mejor con cualquier otro antes que conmigo. Incluso sola. Ella podrá heredar la baronía en cuanto sea mayor de edad.

A su espalda, escuchó un profundo suspiro.

—Puede que no estés enamorado. Eso te lo concedo, aunque con reservas. Pero lo que está claro es que con ella obtienes la tranquilidad que llevas años buscando. En su compañía, el antiguo Ramsay McKnight se asoma al presente sin ningún miedo de que lo descubran. El brillo de la vida se aloja en tus ojos sin que te des cuenta, así que no te tomes la molestia de intentar negarlo, porque es evidente para todo el que quiera contemplarlo. Harás todo lo posible para mantenerla a tu lado, como esta noche.

—Para protegerla de una sanguijuela inmunda que acaba de destruir su pequeña burbuja de seguridad, construida tras la muerte del barón. ¡Darkness era un hombre despreciable que no los merecía! ¡Pero también para protegerla de mí!

Alice se limitó a alzar una ceja y sonreír.

—He de reconocer que tomarla bajo tu protección, en tu propia casa, a solo unos pasos de distancia de tus habitaciones, es una estrategia extraña para esto último —concluyó, la mar de tranquila —. Pero si piensas que es la adecuada, no seré yo quien…

Un grito procedente de la planta de arriba la interrumpió, y heló la sangre de Ram.

Era angustioso, desgarrador. Demasiado conocido como para proseguir con aquella conversación que le haría confesar cosas que no sentía.

—*Mo bhreugaire beag…*

Corrió escaleras arriba. Solo podía pensar en ella. En lo que había padecido desde que la conocía, y en esa sombra que se empeñaba en seguirla, con la única intención de dañarla para quebrar su voluntad.

Pues bien, si se había colado en su mansión, pronto comprobaría hasta dónde era capaz de llegar el coronel Ramsay McKnight, conde de Lexter, para proteger todo lo suyo. Porque le gustara o no, Gabrielle Ashworth y su pequeño Bastian ya eran suyos. Cada poro de su piel lo sentía así; no le importaría proclamarlo a los cuatro vientos, si con ello les libraba de todo mal.

Estaría dispuesto a abandonar la investigación del asesinato de Reggie, solo para tener una oportunidad con Gabrielle. Por encima de triquiñuelas legales, de deseos póstumos y de ese rígido sentido del honor que, hasta el momento, había actuado como una eficaz barrera entre ellos.

Tan dispuesto estaba a echar por tierra todas sus convicciones cuando abrió la puerta del dormitorio, preparado para luchar contra cualquier intruso, que se quedó clavado en mitad de la estancia cuando la vio.

VEINTIDOS

«Apestaba a alcohol.

Pero también a crueldad.

Un tipo de tortura que ella conocía muy bien. No en vano llevaba sufriéndola desde su aciaga noche de bodas, con el pequeño paréntesis de su embarazo y su posterior cuarentena, tras el nacimiento de Sebastian.

Pero de eso hacía ya un año. El barón de Darkness acababa de celebrar una fiesta por todo lo alto, cuyo motivo ella ya había olvidado, y llegaba a su dormitorio conyugal con la intención de terminarla… a su manera.

—¿Estás despierta? —Gabrielle se aferró más a la sábana y apretó los párpados, pero fue en vano. Arthur la conocía lo suficiente como para saber cuándo fingía. Después de todo, llevaba haciéndolo durante todo su matrimonio—. Oh, sí, estás despierta. Te tiemblan las manos. Me encanta cuando me muestras tu miedo. Siempre es mejor que cuando te empeñas en despreciarme, como ha ocurrido esta noche, delante de todos nuestros invitados.

—Yo no te he despreciado. Solo me he defendido cuando has intentado ponerme en ridículo…

—¡Lo sabía! —Su carcajada triunfal cuando la colocó boca arriba con un brusco movimiento, le revolvió el estómago—. ¿Es humillación pretender que tu esposa esté a la altura de la baronía que representas, y se comporte como una dama culta?

—Depende de si por cultura entiendes tocar bien ese trasto…

La primera bofetada le llegó sin avisar, solo para enmudecer.

—Ese trasto se llama pianoforte, y toda dama que se precie de serlo sabe tocarlo con suavidad, mientras acompaña la música con el

precioso sonido de su canto… ¡No con unos graznidos sin sentido, con el objetivo de escandalizar a todos los presentes!

En aquella ocasión, ella intentó librarse del golpe, pero la segunda bofetada fue tan fuerte que desvió su mano para impactar de lleno en su mejilla.

El dolor sordo la aturdió por momentos. A la tenue luz de la lámpara que siempre debía dejar encendida, por orden del barón, apenas pudo ver la silueta cruel de Arthur, mientras tiraba de ella hasta tenerla sentada sobre la cama, frente a él. Con aquellas manos, semejantes a garras, manteniéndola prisionera contra el colchón.

—Ah, mi precioso mirlo, sabes que cuando hay desobediencia, hay castigo —canturreó con perversión—. Y has sido muy, muy desobediente.

—Yo no…

—¡Silencio! —Con otro movimiento, la colocó boca abajo y la inmovilizó con su propio cuerpo. Le mordió el lóbulo de la oreja sin consideración, soltando una risilla cuando la escuchó gemir de dolor —. Te dije que debías formarte para llegar a mi altura. ¡Te lo he advertido durante cada día de este despropósito que es nuestro matrimonio! Pero me has ignorado.

—No te he ignorado. Por favor, Arthur…

A esas alturas, no le importó rogarle. Cualquier cosa antes de someterse a sus perversos deseos una vez más.

Cualquier cosa antes de que siguiera destrozándola.

Pero el barón no se sentía magnánimo, ni siquiera con su propia familia. El alcohol le hizo tambalearse cuando se apartó, lo justo para poder subirle la camisa de dormir hasta la cintura, al mismo tiempo que le abría las piernas y le colocaba su brazo derecho sobre el cuello, para evitar que intentara levantarse.

—Entonces es que solo eres una perra inútil, sin capacidad para aprender algo tan básico como cantar, tocar el arpa o bordar. Y como tal tendré que tratarte —le susurró al oído.

Lo que ocurrió a continuación no fue lo bastante rápido como para que Gabrielle pudiera soportarlo. Arthur usó su brazo libre para colocarla a cuatro patas, manteniéndola pegada a él a través de su

cintura. Ella quiso protestar, pero la mano de su marido le tapó la boca. También quiso resistirse, pero la fuerza masculina era tan apabullante que se vio reducida en un abrir y cerrar de ojos.

—Si gritas, Bastian se despertará. Y si se despierta y llora, tendré que castigarlo por interrumpir nuestro momento de intimidad…

Ella se mordió la lengua. Moriría antes de permitir que aquel degenerado le pusiera una sola mano encima a su pequeño. Cerró los ojos con fuerza, resignándose a su suerte, y apresó la sábana entre sus manos para sujetarse, cuando Arthur la penetró desde atrás y se sintió impulsada hacia delante. Soportó cada empujón sin una sola queja, a pesar de que quería pedir auxilio a todo aquel que pudiera proporcionárselo. Su mente se vació de todo lo que no fuera su hijo, solo para ayudarla a soportar aquel ataque a su cuerpo, pero también a su alma y a su corazón. Con cada humillante movimiento, Arthur se apropiaba de ellos un poquito más.

Y seguiría haciéndolo, hasta que ya no le quedara nada. Hasta que solo fuera un cuenco vacío, sin emociones, incapaz de gritarle al mundo su deseo de libertad. Sus ansias por librarse de aquella condena que, demasiado a menudo, se imponía a las mujeres de su clase…».

—¡Apártate de mí, malnacido! ¡No vuelvas a tocarme!

Gabrielle se incorporó manoteando con furia. Un sudor frío le empapaba la espalda cuando, a pesar de abrir los ojos, siguió inmersa en su pesadilla. Las manos masculinas seguían sujetándola con fuerza, mientras una voz queda, ronca, le susurraba palabras cuyo significado desconocía.

Arthur seguía allí, con ella. Su hedor a borracho se había adueñado de su nariz, de su mente. Por mucho que esta intentó ubicarse en los últimos acontecimientos, se había olvidado de que Sebastian dormía profundamente a su lado, lejos de su casa. Lejos del peligro.

—Na gabh dragh, a bhreugaire bhig. Tha mi an seo, còmhla riut. Cha tachair dad dona ri mo thaobh...[4]

¿Quién era? ¿Qué decía?

No importaba. De pronto, detectó un olor a menta que gradualmente, le inoculó la tranquilidad como si fuera el antídoto de un veneno mortal.

El único antídoto.

Su cabeza se trasladó a la mansión a la que había acudido tras la desaparición de Sebastian. Recordó con ahínco los arcos en dos niveles que separaban los cuatro lados del enorme salón central, de los pasillos que lo rodeaban. Dos de los corredores empezaban en el vestíbulo, lo bastante espacioso para alojar a una multitud. Desde la entrada, los del ala norte y sur atravesaban la mansión. El gran salón era el típico de los castillos antiguos, las mesas de caballete y abundantes sillas similares a tronos. La biblioteca, se hallaba justo al lado, aunque dada su urgencia, no le había dado tiempo a verla con más detalle. Al final del corredor había un par de puertas acristaladas, que conducían a un enorme invernadero, que tampoco había podido ver.

Todo componía un perfecto orden.

Como su dueño. El mismo hombre que no dejaba de repetir aquellas palabras, mientras la mecía entre sus brazos. Contra su cálido pecho.

Era la seguridad personificada. Era Ramsay McKnight. Y aquella era su casa.

—Dios… Oh, Dios… —balbuceó, con las mejillas empapadas por las lágrimas y el cuerpo temblando de pies a cabeza—. Dios mío, Sebastian…

—He encargado a Alice que se lo llevara en cuanto vi cómo te retorcías. Está a una pared de distancia, durmiendo plácidamente. No te preocupes por él.

Pero sí debía hacerlo por ella. Conforme los últimos hilos del miedo desaparecían con el sueño, y Arthur regresaba al mundo de los muertos, Gabrielle comenzó a darse cuenta de la situación en la que se encontraba.

Sola en una casa extraña. En una cama, para más señas. Vestida tan solo con su camisón, una prenda que podía resultar recatada, pero que en aquel momento, arremolinada alrededor de sus piernas,

con el escote abierto desparramándose por uno de sus hombros, no resultaba de mucha ayuda.

Y lo más inquietante de todo: con un hombre. Un escocés demasiado atractivo como para resultarle indiferente, cuya contundente presencia pretendía reconfortarla, pero que la turbaba a cada segundo que pasaba.

Debía tomar medidas. Ya.

—Yo… —Intentó apartarse de él, avergonzada, pero Ram no se lo permitió.

—Solo soñabas. Era una pesadilla.

—Era mucho más.

Si le hubiera quitado el camisón, no se habría sentido tan desnuda como en aquel momento, después de exponerse ante él con la parte más cruda de su vida. Con la mirada de aquellos ojos del color de la ceniza derrochando un miedo muy parecido al que aún la acometía a ella.

Señor de los cielos.

Ram sentía pánico… por ella.

Saberlo ralentizó los latidos de su corazón. Se dejó llevar y se tumbó a su lado, en la cama. Sin pensar en nada más. Sin permitirse el lujo de sentir otra cosa distinta de la paz que aquel hombre le transmitía. Aceptó el refugio de sus brazos como si fuera su hogar. Su destino.

La posibilidad de volver a conciliar el sueño era remota, y el recuerdo de los últimos años, agobiante. De hecho, casi todos habían sido repugnantes.

—Las reglas del decoro, y de la prudencia, exigen que me vaya.

—No quiero que lo haga.

—Solo intentaba reconfortarte, pero si accedo a quedarme, será bajo mis condiciones. —Cuando ella alzó la vista, vio la honestidad más pura brillando en los ojos del escocés—. ¿Vas a contarme exactamente qué es lo que te ha trastornado hasta el punto de hacer daño a tu propio hijo?

La joven abrió la boca, horrorizada.

—¿Qué le he hecho?

—Afortunadamente, te oí gritar cuando estaba aclarando ciertas cosas con Alice.

—Así que Alice.

Se apartó con la intención de alejarse de él, pero cuando vio su expresión pícara, tan alejada de ese tormento que parecía gobernarlo, no pudo por menos que volver a apoyarse en su pecho.

Aunque con el gesto, se fuera un poquito de su dignidad.

—¿Detecto celos, tesoro?

—Ni soy su tesoro, ni tengo celos. No creo estar autorizada a ninguna de las dos cosas, milord —respondió, intentando controlar las emociones contradictorias que ambas palabras le despertaban.

—Cuánta formalidad…

—Podríamos acercar posturas, si me explicara quién es esa Alice.

—De modo que estamos negociando. Interesante. —Contra su voluntad, ella se encontró mirándolo con escepticismo, a pesar de que se esmeró lo indecible en parecer ofendida—. No es muy habitual tener a toda una dama pegada a mí, en camisón, con su glorioso cabello rizado del color del ébano, desparramado por sus hombros, los ojos azules brillando de temeridad, y esa boca entreabierta, esperando quizá…

—Una respuesta. El resto, dadas las circunstancias y teniendo en cuenta su absoluta discreción, me importa bien poco.

Ram controló una carcajada. ¡Por todos los diablos, aquella mujer sabía cómo encenderlo, en todos los sentidos posibles! Todavía se encontraba intentando controlar a la bestia lujuriosa que despertaba con ese aroma avainillado que siempre la acompañaba, mientras se preguntaba cuándo había sido la última vez que había estado en esa situación con una mujer sin poseerla. Y de pronto, ella se lanzaba al abismo para comportarse como la mejor de las mujerzuelas, conservando al mismo tiempo la dignidad de una reina.

—De acuerdo —respondió, entrecerrando los párpados—. Acepto el reto. Pero primero, me contarás qué te ha ocurrido mientras dormías.

No había dicho «cuéntame tu pesadilla». El conde exigía, con aquella voz engañosamente suave, que le explicara qué le había ocurrido en esa pesadilla.

Nunca había hablado del tema con nadie excepto con Victoria, y ni siquiera a ella se lo había contado todo. Sin embargo, tumbada en la cama aquella noche, sintió una imperiosa necesidad de hablar.

Respiró hondo.

—He soñado con Arthur. Con que él había vuelto. No solo a mi vida, sino también a mi cama. He soñado… he revivido cómo me violaba —soltó a bocajarro—. Y aunque soy plenamente consciente de que la situación que ambos tenemos ahora mismo, además de poco habitual…

—... por decirlo con delicadeza, sí.

—... es desesperadamente arriesgada para los dos en muchos sentidos…

—No sabes hasta qué punto, muchacha.

—... sé, sin ningún género de dudas, que me respetará hasta más allá de sus propios deseos, mientras me confío a usted.

Ram apretó los dientes y se incorporó.

Su mirada se quedó clavada en el brillo lujurioso de los labios de Gabrielle, perceptible a pesar de la escasa luz del quinqué que él mismo había llevado a su cuarto cuando la oyó gritar. Dios, cómo deseaba besarla. Cómo se moría por conquistar su boca, al mismo tiempo que se introducía en su cuerpo para fundirse con ella, hasta formar un solo indivisible. Cómo ansiaba borrar todo rastro de miedo y sustituirlo por los signos inequívocos del placer más puro.

Cómo maldecía esos principios que le impedían hacerlo… por el momento.

—Puedes confiarme tu vida entera, sin miedo a perderla. Porque antes, yo perdería la mía con gusto —aseveró, procurando sonar convincente ante sí mismo—. No sucederá nada que tú no quieras que suceda. No escucharé aquello que tú no quieras contarme. Nunca te juzgaré, pero, por supuesto, te escucharé. De modo que háblame. Hasta que te quedes sin palabras, sin aliento, sin pensamientos. Háblame hasta que todo lo que te emponzoña desaparezca. Y después… después, decidiremos el siguiente paso a dar.

VEINTITRES

—Él… hacía algo más que menospreciarme. Me… forzaba. Cada noche. Sin tener en cuenta ninguna circunstancia, ni mi opinión al respecto. En cualquier situación. Y si por una casualidad intentaba resistirme, me reducía por la fuerza hasta obtener lo que quería. Sé que el deber de una esposa es proporcionarle placer a su marido de todas las formas que él desee, pero…

Su voz se apagó cuando tuvo que ahogar un sollozo.

Cuando los recuerdos se volvieron aún más vívidos que la pesadilla que acababa de sufrir, y la humillación sentida día tras día, demasiado real de nuevo.

Ram se tragó el acceso de furia ciega, y procuró centrarse en la deliciosa criatura que tenía a su lado, completamente asolada por un pasado demasiado presente para ella, gracias al degenerado que había secuestrado a Bastian, poniéndole a él en una horrible encrucijada.

—No puedo… seguir aquí, después de esto. ¡Ni siquiera podría tolerarme a mí misma, igual que ocurría cuando Arthur vivía! —murmuró, ocultando su cara entre las manos—. ¡No quiero ni pensar en lo que podría ocurrir si alguien supiera que los dos... que Sebastian y yo...!

—¿Vivís con el tutor del niño? yo no veo nada de malo. Y tú tampoco deberías. Sobre todo, teniendo en cuenta que has venido hasta aquí sin carabina.

—¡Las circunstancias no eran muy usuales, que digamos!

A pesar de su destrozo emocional, ella todavía era capaz de indignarse.

Oh, por Dios santo. Era una criatura tan fascinante que Ram la envolvió entre sus brazos con fuerza. No permitiría que lo rechazase. Que se escabullera. O que volviera a echarle en cara su comportamiento impulsivo.

Nada estaba mal cuando se trataba de ella.

—Tú tampoco tienes nada de usual, *m'ionmhas*[5], pero no temas. Es demasiado tarde para que cualquier aristócrata decente ande por ahí. Y si lo que temes es que los duques de Knox lo sepan, se enterarán. Yo me encargaré de ello. —Depositó un tierno beso en su coronilla e inhaló el aroma perenne que manaba de sus rizos desordenados. Por Dios, tenía el aspecto de un cervatillo asustado, pero desprendía la fortaleza inquebrantable de un titán, a través de su desconsuelo—. Gabrielle, mírame. Te lo ruego —insistió, cuando ella negó con la cabeza—. Si no lo haces, te obligaré por otros métodos. Mucho menos violentos, pero mucho más persuasivos.

—Un caballero no permanecería en la cama de una dama como tú estás haciendo. No es necesario que me recuerdes la naturaleza de esos… métodos —refunfuñó, elevando sus preciosos ojos celestes hacia él.

—Al menos te has enfurecido conmigo. —Ram paseó la yema de sus dedos por el contorno del rostro femenino con lentitud, como si fuera una fina figura de porcelana que pudiera romperse—. Creía que habíamos llegado a la conclusión de que, según los convencionalismos sociales, ni yo soy un caballero, ni tú una dama.

—Esos convencionalismos no me ayudaron en absoluto cuando Arthur me humillaba en público, con el maldito pianoforte y su empeño de que cantase melodiosamente —siseó ella, desviando nuevamente la mirada—. Para toda esa rancia aristocracia, él actuaba de forma correcta con la advenediza e ignorante de su esposa, llegada de la burguesía. Una eterna aspirante a algo que jamás conseguiría. Lo que no sabían era que jamás quise conseguir otra cosa que tranquilidad. Libertad… Justicia. Dejar de sentirme culpable…

—¡Ni tú ni Bastian sois culpables de nada! —Con un gruñido, Ram la atrajo hacia sí, hasta que sus lentos sollozos quedaron ahogados

por su propia corpulencia. Por su propio calor—. Esta noche, cuando gritaste…

—Simplemente estaba reviviendo uno de nuestros muchos encuentros, en un dormitorio muy parecido a este. ¡Dios mío, me siento tan avergonzada!

—Escúchame. —A pesar de que lo único que deseaba en ese momento era apagar su incertidumbre a base de besos, sin importar dónde les llevara, abarcó su cara con ambas manos hasta que sus frentes casi chocaron—. Nunca más te avergüences en mi presencia. Por muchas razones que te dé para que te apartes de mí, y te aseguro que te las daré, jamás te abandonaré…

—Mi hijo ha podido morir esta noche. Ahí fuera hay un maleante empeñado en hacerme perder el juicio, mientras se hace pasar por mi marido… suponiendo que sea un impostor y no el propio Arthur.

—Es un impostor. Nadie vuelve de entre los muertos, muchacha.

—Todo lo ocurrido forma parte de una advertencia hacia usted, cuyo significado aún desconozco. Por si fuera poco, pretende encontrarme un marido… ¿Y quiere que confíe en usted y en sus palabras?

—Sí. —No podía soportar la censura de esa mirada cristalina, así que la abrazó hasta apoyar la barbilla en su delicioso cabello rizado y desordenado, para aspirar a conciencia su aroma a vainilla. Que Dios lo ayudara, pensó, si necesitaba ese detalle para tranquilizar una conciencia que había decidido despertar, después de tanto tiempo. Gabrielle constituía un asalto a todos sus sentidos, sin excepción. No quedaba ninguno libre de su influencia. Si la miraba, veía un conjunto de cualidades dignas del ángel más puro… o de la mejor meretriz.

—Aún no. Aún quedan muchas cosas por aclarar. —Ella contuvo el aliento. Cada palmo de su cuerpo le rogaba que se entregara a él de todas las formas posibles. Que sellara esa comprensión que veía en sus ojos con un acto único que calmara su deseo incomprensible. Pero la coherencia ganó la batalla—. Usted…

—¿No te parece que va siendo hora de que me tutees?

—Usted se estaba besando con una mujer cuando llegué. Quizá mi tratamiento sea el adecuado, después de todo.

—No cuando ambos estamos compartiendo cama, pero como quieras. Te haré la primera corrección sin permitir que te separes de mí. No me estaba besando con una mujer. Ella me besó a mí, que es muy diferente.

—No hace falta que maquille lo que está claro a todas luces, ¿sabe? Le recuerdo que tengo un hijo. No soy una virgen asustadiza —le respondió en un tono remilgado—. Esa... amiga suya, no parece muy de fiar.

—Te aseguro que lo es. Por completo.

—Aun así, permítame advertirle. Dada su, digamos, ocupación, podría pillar una enfermedad.

—¡Gabrielle! —Ram se echó hacia atrás al comprender las conclusiones a las que ella había llegado—. No pienso discutir eso contigo.

—¿Por qué?

—Porque soy tu administrador legal, y tutor de Bastian.

—Ha habido un par de ocasiones en las que no pensaba lo mismo. —Ram entornó los ojos en señal de advertencia, pero no respondió a su atrevimiento. Maldito fuera—. A lo mejor ya tiene la sífilis. Debía de haber muchas prostitutas en la guerra, ¿no es así? Y parece que usted es aficionado a ellas.

—¡Demonios! ¡No tengo la sífilis! Para tu información, tomo precauciones.

Ella arqueó las cejas, disfrutando con su turbación.

—¿Solo se acuesta con vírgenes? Yo no lo soy en el sentido físico de la palabra, pero le aseguro que, dada mi pasividad forzosa en la cama, puedo parecerlo.

Ramsay se atragantó con su propia saliva.

¡La muy bruja estaba jugando con él!

¿Cómo se atrevía?

—No pienso seguir con esta conversación absurda —refunfuñó, más que turbado, pero incapaz de separarse de ella—. Alice es mi prima. Es decir, la esposa de mi primo Thomas. La estaba recibiendo cuando tú has llegado. Nada más, ¿me oyes? ¡Ya puedes abandonar esas teorías tuyas acerca de las prostitutas, la guerra o las mujeres con las que me acuesto!

—En ese caso, ya solo queda por aclarar el asunto de la muerte de mi tío.

Maldición, así era. Ahora, tendría que explicarle ciertas cosas que la confundirían aún más y…

¡No! Se negaba a pensar en ella como si fuera un pajarillo indefenso. La determinación que vio en sus ojos, a pesar de que el gesto parecía de lo más angelical, lo llevó hasta sus besos. Su entrega sin remilgos. ¿Sería igual de apasionada en el sexo? ¿Dejaría atrás todos los momentos que la marcaron sin remedio, para ser capaz de disfrutar con un hombre que se esmerara en conseguirlo? ¿Podría ser él ese hombre?

—Solo son conjeturas —explicó, apoyándose en el cabecero de la cama, de forma que pudiera desviar su atención a cualquier lugar de la habitación—. Pero pienso que tal vez, su asesinato no tuviera solo que ver con un simple atraco, y sí con algo más.

—¿Con qué?

—No tengo ni la menor idea, pero he venido dispuesto a averiguarlo… mientras ejerzo como tutor y administrador. Reggie me lo pidió. Se lo debo. Por eso Thomas vino conmigo. Es único mezclándose con la gente de los bajos fondos para obtener información privilegiada, mientras yo la complemento con mis propios métodos. Alice se presentó por sorpresa. No la esperaba, pero has de saber que nuestra relación es lo bastante estrecha como para mantenerla alejada de mis pesquisas. Igual que pienso hacer contigo y con Bastian.

—Es decir, que no va a hacer caso de la advertencia de la nota…

—Gabrielle, debes entender algo: no soy coronel del ejército por nada. Me han amenazado muchas veces, con mi propia vida o con la de mis seres queridos. Ahora mismo, Tom y Alice entran en esa categoría, pero tú y tu hijo también. Y nadie que se atreva a tocar lo que considero mío, puede presumir de salir con vida del intento —afirmó, tomándola por los hombros con la autoridad del macho de la manada dispuesto a defender su especie—. No voy a renunciar a lo que considero un deber, que es descubrir qué hay tras la muerte de tu tío. Por lo que veo, me estoy acercando lo bastante como para que su asesino se ponga nervioso.

—Eso supondrá ponernos en peligro.

—Eso supondrá aumentar las medidas de seguridad, hasta la obsesión si es necesario. —Con un gesto de determinación absoluta, se recostó en la cama, completamente vestido, y la arrastró consigo sin miramientos, hasta que casi quedó sobre su pecho, y sus bocas a un suspiro de distancia—. Si tengo que convertirme en vuestra sombra, lo haré. Si tengo que pegarme a ti día y noche, no me importará hacerlo. ¡Y al diablo con los malditos convencionalismos sociales! Sé lo que sucede cuando se pierde el control. Y tú lo perdiste en mitad de tu pesadilla. O mucho antes, cuando comprobaste que alguien se había llevado a tu pequeño. Pero te aseguro que siempre te mantendré a salvo.

Necesitaba sellar sus contundentes afirmaciones con algo igual de contundente, así que sujetó la nuca de la muchacha y l eofreció un beso furioso que terminó de decirlo todo.

Ella no se resistió. Aquello suponía el desenlace natural a la cercanía de sus cuerpos y sus mentes. Cerró los ojos en medio de un jadeo, dispuesta a saborear la calidez de su boca contra la de ella. El martilleo de los latidos de su corazón contra sus pechos. No lo abrazó, ni se acercó más de lo que ya lo estaba, pero notó el estremecimiento que recorrió a Ramsay. Escuchó cómo contenía la respiración.

Cuando la joven abrió los labios y deslizó la lengua en su interior, su gemido lo llenó todo.

Pero con la misma brusquedad con la que empezó, el delicioso asalto a sus sentidos terminó.

Ram se apartó de ella con el deseo dilatándole las pupilas, y otras partes de su cuerpo que no se molestó en disimular. Con la respiración irregular y espesa, y su mano todavía abarcando la nuca de la mujer, como el último signo de posesión.

—No podemos. Yo no puedo hacerte esto —murmuró entre dientes—. Debo marcharme…

—Quédate. Te lo ruego. No nos tocaremos si no quieres. Ni siquiera nos miraremos. Pero… tengo miedo de mis propias pesadillas.

Ram se quedó sentado en el borde de la cama, mirándola de soslayo, sin saber qué hacer.

Sobrecogido al contemplar su estampa de mujer indefensa, que contrastaba con la dureza de su relato, con su entereza al contarle el infierno por el que el barón la había hecho pasar.

Era una contradicción andante. Igual que él.

Y al fin le había tuteado.

Razón suficiente como para atender hasta el último de sus requerimientos.

—Puedo traerte a Sebastian de nuevo —probó a decir, sin ninguna convicción.

—Sebastian está bien. Aquí está seguro.

Cuando sus ojos recorrieron la cascada de rizos negros que se desperdigaba por sus hombros y espalda, las mejillas arreboladas, los ojos brillantes y los labios entreabiertos aún después de otro increíble beso, a Ram se le secó la boca y se le acabaron las ideas brillantes.

—Si me quedo, no te garantizo caballerosidad —le advirtió.

—Ya lo sé, milord. después de todo, no es un caballero, ¿verdad?

Su negra ceja se alzó y torció los labios, en una mueca de ironía que le hizo sonreír.

Maldita mujer…

—De acuerdo. Me quedaré.

Aunque tuviera que recurrir a toda su capacidad de autocontrol para no tomarla allí mismo, una y otra vez, hasta que el alba los sorprendiera juntos, desnudos y, al fin, saciados.

VEINTICUATRO

Fue Gabrielle quien no pudo conciliar el sueño.

Tener a semejante hombre tan cerca de ella, durmiendo como un bendito, la trastornaba y la exaltaba como nunca antes le había ocurrido. Claro que con Ram estaba experimentando cosas que eran tan nuevas para ella como para una inocente debutante. Con la diferencia de que ella conocía los misterios de la relación entre un hombre y una mujer. Para ser exactos, la parte más oscura de esos misterios, aunque, ¿habría una parte placentera? ¿Inolvidable, tal y como le decía Victoria a menudo? ¿Sería ese cosquilleo en su bajo vientre, esa pequeña opresión en el pecho o esa sensación de necesidad que se aposentaba en sus manos, un ejemplo de ello?

No lo sabía. A esas horas, y después de haberse sincerado con el conde, lo único que sabía era que lo tenía al lado, durmiendo apaciblemente, ajeno a sus pensamientos. Que aquello bastaba para enardecer sus sentidos, hasta el punto de atreverse a alargar la mano para tocar ese rebelde pelo castaño que ahora le ocultaba una parte de la mejilla.

Solo una leve caricia, se dijo mientras se incorporaba para observarlo mejor. No se enteraría. Y de ese modo, estaría segura de que no volvería a sucumbir a su atractivo, a esos besos robados que al final acababan siendo compartidos.

Si al menos pudiera tocar su cara áspera, en la seguridad de que él seguiría durmiendo…

Se acercó más, sin apartar sus ojos de él. Se moriría de la vergüenza si se despertara en ese instante. Y lo que era peor, no podría detener lo que ocurriera entre los dos a partir de ese momento. Pero la tentación era tan fuerte…

Se apoyó sobre su brazo libre y llevó la otra mano hacia su objetivo, pero justo antes de alcanzarlo, Ramsay abrió los ojos.

Un instante después, sin saber cómo, él se hallaba sobre ella, empujándola contra el colchón, aplastándola bajo su cuerpo. Con esa expresión salvaje en sus ojos.

Gabrielle no pudo moverse. De nuevo contemplaba el lado más oscuro de aquel hombre. El más sanguinario.

Como si no la conociera, le sujetó las muñecas por encima de la cabeza, la agarró del cuello y empezó a estrangularla.

—¡Milord, soy yo! ¡Deténgase, por favor! —Se retorció en busca de aire, pero aquellas garras que parecían de hierro no aflojaron su presión—. Por… favor… Ramsay…

Cuando Ram escuchó aquel susurro ahogado, supo que había vuelto a suceder.

Como un demonio surgido de las peores tinieblas, parpadeó hasta que su vista se aclaró. Y cuando vio lo que tenía entre las manos, se apartó, horrorizado.

Asqueado.

Desconcertado. Sintiendo un pavor que no experimentaba desde hacía tiempo, mezclado con la vergüenza. Saltó hacia atrás y bajó la mirada, incapaz de seguir contemplando su gesto de terror. Su incomprensión absoluta mientras se arrastraba hasta el otro lado de la cama, frotándose el cuello.

—Dhia… A Dhia ghràdhaich, thoir maitheanas dhomh. Is e an rud mu dheireadh a tha mi ag iarraidh do ghoirteachadh…[6]

—No entiendo…

—Perdóname, por favor. No sé… No… —Los últimos retazos de su pesadilla permanecían frescos en su mente. Miró sus manos. Sus dedos curvados como si fueran garras capaces de arrancar la vida de cuajo. Cerró los ojos, tratando de ahuyentar las imágenes en las que él se encontraba en medio del campo de batalla, luchando contra un enorme francés con esas mismas manos que habían estado a punto de…

—¡Dios! —exclamó, saltando de la cama en cuanto sus fuerzas se lo permitieron—. ¡Debo marcharme de aquí cuanto antes!

—¡No!

—¿Qué?

Ram se volvió. Ella lo observaba aún con el miedo dilatando sus pupilas, pero con más determinación si cabía. Con el pelo revuelto, el ceño fruncido, el camisón abierto, dejando ver sus hombros y el nacimiento de sus deliciosos pechos, y los labios apretados en una fina línea, parecía una extraña mezcla de provocación y valentía que le alcanzó en el centro del corazón.

—Que no se irá antes de contarme qué es lo que acaba de ocurrir —insistió ella, tozuda.

—¡No estás en tus cabales, muchacha! ¿Es que acaso no has visto lo que acabo de hacerte?

—No solo lo he visto, sino que lo he padecido. Pero también he visto su expresión, milord. No era la suya. No era usted. Era la bestia que acabó con los ladrones en aquel cerro, antes de que, de alguna extraña manera, volviera en… sí.

—Gabrielle, no sabes lo que estás diciendo. —Y él no pensaba explicárselo. Se encaminó hacia la salida, pero ella se interpuso en su camino—. Déjame pasar.

—No.

—Gabrielle…

—¡He pasado por alto todas las normas del decoro, quedándome aquí, en su casa! ¡En sus habitaciones! ¡En su cama… con usted! ¡Me he arrastrado, suplicándole que no me dejara sola, cuando comprobó los estragos de mis propias pesadillas! ¡Le he confiado mi secreto más vergonzoso, y he aceptado su consuelo! ¡Nos hemos… besado de nuevo, rechazando eso que surge entre nosotros, para poder dormir juntos como si fuéramos dos personas vírgenes! —siguió recitando, con las mejillas arreboladas por la indignación. Era evidente que le costaba horrores hablar con esa claridad, pero estaba desesperada. Necesitaba que se quedara, aunque ignoraba para o por qué—. ¡Juró protegerme!

—¡Y eso pretendo hacer! ¿No te das cuenta? —Ram la tomó por los hombros con furia contenida—. Hay muchos peligros que os acechan, a ti y a Sebastian. Desconocidos, por el momento. Pero

ninguno tan peligroso como yo. Es de mí de quien estoy dispuesto a protegerte, a costa de lo que sea.

—¿Incluso si yo misma quiero aceptar el peligro que puede suponer para mí?

—No quieres.

—Sí quiero.

—¡No debes adentrarte en mi oscuridad!

—Debo hacerlo si pretendo ayudarlo. Y lo pretendo. Con todas mis fuerzas.

—Nadie puede ayudarme. Ni siquiera la mujer que ahora mismo, es dueña de mis más apasionados pensamientos.

No le importó confesárselo, pero tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no responder a su sorpresa con hechos. En lugar de eso, la apartó de él como quien aparta una fruta podrida, y le dio la espalda. Con los hombros caídos y los puños apretados, luchaba consigo mismo entre la conveniencia de desaparecer en ese mismo instante, y los deseos de quedarse con ella para explicarle con todo lujo de detalles, el monstruo en el que a veces se transformaba.

Sería la única manera de alejarla de él. Aunque fuera lo último que deseaba. Aunque su cuerpo y su mente aullaran de necesidad por poseerla.

Pero ella ya había presenciado su barbarie, en el cerro. La acababa de sufrir, en su cama. Y en ambos casos, no solo no había huido, sino que insistía en hacerle frente.

Aunque él no estaba preparado para ello, cuando se atrevió a enfrentarla, la expresión de rechazo con la que se encontró fue peor que un dardo envenenado.

«Haremos lo que tú quieras. Seguiremos el ritmo que tú decidas. Pero por favor, no me mires como si me odiaras».

—Comprendo. Vuelve a acercarme con una mano, mientras me rechaza con la otra. No sé de qué me extraño, la verdad. Es lo que lleva haciendo desde que nos conocimos. Milord, es posible que dadas las circunstancias, no tenga otra opción que permanecer en sus dominios, pero a partir de ahora, mantendremos las distancias. Las que marca la decencia, y las que marcaremos nosotros.

Cuando se hizo a un lado, las manos de Ram rogaban por tocarla. Sus labios, suspiraban por besarla hasta la extenuación, para arrojar al rincón del olvido sus propios fantasmas… con ella.

Pero hubiera sido injusto. Egoísta. Y tan condenadamente placentero, que estuvo a punto de domesticarla a su manera.

—Estamos de acuerdo —afirmó sin embargo, adoptando esa frialdad que tan buenos resultados le había dado en el pasado, y que no logró enfriarle la sangre—. A partir de mañana, comenzaré a recibir a los candidatos a convertirse en tu esposo. Y ahora, si me disculpas…

Gabrielle abrió la boca, estupefacta.

¡No lo disculpaba! ¡No quería disculparlo, sino obligarlo a que se confiara a ella! Pero lo que había comenzado como un intento de conversación pacífica, se había convertido en un campo de batalla, en el que dos personas con demasiado orgullo no estaban dispuestas a prescindir de él.

En un momento, se encontró completamente sola en la habitación. Con esa sensación de abandono que tantos años le había costado superar, de nuevo presente.

Y con una puerta cerrada como único obstáculo para acabar con ella.

—No quiero hacerlo así. No de esta manera —se dijo, dispuesta a no darse por vencida, cuando regresó a la cama y se tapó hasta la barbilla. Inspiró hondo. El aroma a menta del conde parecía impregnar cada rincón, infiltrándose por sus sentidos. Ella lo aceptó con una sonrisa de triunfo, a medida que comenzaba a pensar en una alternativa—. Se abrirá a mí, Ramsay McKnight. Y cuando lo haga… Cuando lo haga, veremos.

Aunque debería darse prisa.

Porque el escocés era un hombre de palabra. Y había asegurado que trabajaría denodadamente para encontrarle un esposo.

Algo a lo que no estaba dispuesta. Por mucho que un peligro desconocido los acechara. Por mucho que su tío hubiera sido asesinado con otros motivos distintos a los de un robo.

Pero sobre todo, por mucho que el conde de Lexter le gustara, le atrajera y la volviera del revés tan solo con su imponente presencia.

VEINTICINCO

Pasar por alto lo que había ocurrido, mientras aceptaba a duras penas su reacción, tuvo nefastas consecuencias.

Gabrielle no volvió a dormir en lo que quedó de noche, intentando analizarse a sí misma y a sus reacciones. Cualquier mujer en sus cabales hubiera huido despavorida después de ver el salvajismo más absoluto, reflejado en los ojos del hombre que intentaba estrangularla.

Pero ella no era cualquier mujer. Ram insistía en demostrárselo de múltiples maneras. A cada cual más intrigante, deliciosa y excitante.

Lo conocía. Así lo había sentido. De ese modo se habían expresado sus instintos cuando, después de que la soltara, pudo ver la expresión más desoladora en el enorme cuerpo que se empeñaba en mantenerse apartado del suyo.

Ramsay McKnight era un hombre aún más solitario de lo que ella había imaginado siempre. Una soledad autoimpuesta por un motivo que él se empeñaba en esconder al mundo… Aunque no a su sagacidad. Ella había padecido los tormentos del infierno el tiempo suficiente como para distinguirlos en otro ser humano.

Y Ramsay vivía en su infierno particular, pretendiendo mantener alejado de él al resto del mundo.

—Pues bien, yo estoy dispuesta a lo contrario —se dijo cuando, poco después del amanecer, decidió salir de su cama antes de que ninguna sirvienta acudiera a despertarla—. Si pretende entregarme al mejor postor solo para librarse de mí, le demostraré cuán equivocado puede estar, lord Lexter.

Se vistió con la misma ropa con la que había llegado a la mansión la noche anterior, dispuesta a ir en busca de Sebastian. Le parecía

extraño que el niño no hubiera ido a su cuarto en cuanto despertara, allá donde lo hubieran dejado, pero no lo encontró en ninguna dependencia. Ni a él, ni al conde, ni a esa Alice de quien había visto bien poco. Sin embargo, cuando preguntó a un lacayo con librea que encontró en el pequeño salón de la mañana, este se limitó a señalar todo el muestrario gastronómico que había desplegado sobre la mesa a modo de desayuno.

—Milord insistió en que no se la molestara, pero también quiso que la mesa estuviera preparada para cuando despertara usted, *milady* —subrayó.

—Aquí hay comida para un elefante. Si voy a compartirla con todos los demás, me encantaría hacerlo con mi hijo en primer lugar…

—Ah, pero *lady* Alice ya desayunó hace tiempo, igual que milord. Les gusta madrugar —añadió el lacayo, muy ufano.

—Muy bien. —Gabrielle empezaba a perder la paciencia—. Pues yo no lo hago con tanto gusto. Y no tengo apetito. Por favor, ¿me podrías decir dónde está milord y mi hijo, o tendré que averiguarlo yo misma?

—Están… Bueno, en la parte trasera de la casa, junto a otros dos mozalbetes. Milord los está instruyendo, *milady*.

—¿En qué, si puede saberse?

El muchacho miró a ambos lados, como si temiera que alguien más le escuchara, y después se acercó a ella.

—En el noble arte de cortar leña, *milady* —informó en tono confidencial.

Eso tenía que verlo.

Le dio las gracias y tomó un bollo azucarado que fue comiendo por el camino.

No tuvo problemas en encontrarlos. La voz de barítono de Ram, suave pero firme al mismo tiempo, contrastaba con la jovial de Sebastian, y con otras dos que reconoció de inmediato.

Eran los hermanos de Jenny. Y parecían todos tan bien avenidos como los encontró, en la parte trasera de un enorme cobertizo, como si la humedad de la leve niebla que todavía no había levantado, no los afectase en absoluto.

Parapetada tras la pared más cercana, decidió no anunciar su presencia tan pronto. La estampa que se le presentaba era demasiado bella como para estropearla antes de haberla disfrutado. Y desde luego, pretendía darse un festín visual a sus anchas.

El último trozo de bollo se le quedó atascado en la garganta cuando apreció el torso completamente desnudo del conde, con cada músculo remarcado por el esfuerzo de levantar el hacha, dejarla caer sobre el trozo de madera colocado en el tocón, antes de repetir la operación, ante los admirados ojos de los niños.

—Un hombre que se precie de serlo debe servir para muchas tareas, no solo para el campo de batalla —les indicó mientras Aaron y Ezekiel colocaban los trozos de madera contra una de las paredes del cobertizo—. Manejar un hacha debe ser tan importante para él como manejar una espada, o una pistola. Incluso debe dominar el arte de la danza, del cortejo y de la desenvoltura entre sus pares, para considerarse todo un caballero.

—Pero nosotros no lo somos —indicó Ezekiel—. Y nunca lo seremos.

—Con esfuerzo, perseverancia y disciplina, seréis lo que deseéis sin que nadie pueda impedirlo. ¿Verdad, Bastian?

—¡Sí, milord! ¡Por eso estoy aprendiendo!

—¿Aunque te duela la muñeca?

—¡Aunque me duela la muñeca!

A Gabrielle se le escapó una sonrisa de orgullo y alivio, al ver a su pequeño aparentemente repuesto de todo lo que había tenido que vivir la noche pasada. Parecía tan obnubilado por la presencia del conde como el resto.

Ella incluida.

Aunque sus razones eran bien distintas a las de los niños.

Si se demoraba un poco más en cada depresión dibujada en aquella espalda perfecta, la garganta se le secaba y las rodillas le flaqueaban. Si dirigía su exhaustiva inspección a la estrecha cintura, solo podía pensar en que el trasero del escocés, remarcado por aquellos pantalones oscuros que llevaba en lugar del *kilt*, era digno del mejor de los dioses.

Y si se decidía a apreciar el conjunto, las palmas de las manos le sudaban, la imaginación se le desbocaba y los recuerdos generaban una desconocida presión en su bajo vientre en la que se deleitaba.

Dios, Ramsay McKnight era un portento de la naturaleza, con una voluntad de hierro y una mente intrincada que ella estaba dispuesta a desentrañar.

Y empezaría ya mismo.

—¿Es usted el mismo que no tenía idea de cómo lidiar con niños? —preguntó cuando salió de su escondite, perfectamente repuesta del impacto que le había supuesto verlo desnudo de cintura para arriba.

Ram se irguió como el militar que era, adoptó su habitual pose distante y se apresuró en cubrirse con la camisa.

—Aprendo rápido de las mejores —respondió—. Buenos días, *milady*. Espero que hayas descansado bien.

—Perfectam…

—¡Hola, madre! ¡Milord nos está enseñando cosas útiles! ¡Y yo ya estoy bien, la muñeca no me duele nada! ¡Y además estoy con más niños! ¡Y…!

—Muchacho, es de muy mala educación intervenir en conversaciones ajenas sin ser invitado. Mucho más si la interrumpes.

Así que esa era la actitud que iba a tener con ella. Fingir que no había ocurrido nada mientras amonestaba a Sebastian y la miraba con esa expresión fría.

Pues bien, ella también tenía sus armas.

—Cariño, el conde tiene razón. Pero me alegro muchísimo de que estés mejor y que te hayas olvidado de todo lo ocurrido. En eso, quizá, el conde también pueda instruirte con garantías de éxito —replicó, con su gesto más inocente cuando Ram apretó los labios—. Milord, le agradezco que se haya encargado de mi hijo y de los demás.

—Dije que lo haría. Me limito a cumplir mi promesa.

—¿Pretende hacer lo mismo con el resto de promesas?

Casi saltó de alegría cuando lo vio entornar los ojos, confundido, pero también cauto.

—Si te explicaras mejor, sabría a cuáles te refieres exactamente —optó por responder.

—Oh, claro, qué tonta soy… Me refiero a que anoche nos aseguró que nos protegería. Y en cuanto me he levantado, he visto que hace un día precioso para salir a cabalgar. Así de paso, conoceré los límites entre los que nos moveremos a partir de ahora.

—¿Así vestida?

Vaya. Primera excusa que solventaría sin esfuerzo.

—Lamentablemente anoche vine con lo puesto. De momento, no tengo otro traje.

—Algo que se solucionará en breve. He enviado a Willis a por tu equipaje. Lo tendrás aquí en unas cuantas horas, aunque me temo que mi servicio no lo podrá desempaquetar todo con la suficiente celeridad como para aprovechar esta mañana tan… nublada, húmeda y fría. En resumen, tan espléndida para ti.

—Ah, qué caballeroso por su parte. Me encantará contar con todas mis cosas y las de Bastian aquí a la mayor brevedad posible, pero mientras tanto, no me importará cabalgar con este vestido. Estoy acostumbrada a ciertas incomodidades, no se preocupe.

Segundo escollo superado. Gabrielle contuvo una sonrisa triunfal cuando el ceño del conde se arrugó.

—Los niños estaban siendo instruidos… —objetó a la desesperada.

—Por lo que he tenido oportunidad de ver, se los ha ganado en un tiempo demasiado corto, incluso para mí. Lo felicito, milord. Es precisamente por esa desenvoltura de la que he sido testigo, por lo que estoy segura de que estos jovencitos podrán sobrevivir sin usted durante un par de horas, ¿verdad, chicos? —Para su completo deleite, los tres asintieron al mismo tiempo—. ¿Lo ve? Hágame caso. Las mañanas como estas son ideales para sellar acuerdos. Las mentes suelen estar mucho más lúcidas que con el calor.

—No sabía que teníamos un acuerdo que sellar —siseó Ram, tomándola del brazo para apartarla un poco de los niños, mientras se las arreglaba para fingir una sonrisa dirigida a ellos.

—Tenemos que hacer mucho más, pero no me importa empezar por eso.

Los dos se desafiaron con una mirada cargada de veneno, que ella rompió cuando recuperó su brazo. Con la desenvoltura de la señora de la casa, se acercó a los establos, sabiendo en todo momento que Ram la seguía de cerca, y eligió una preciosa yegua blanca que el mozo ensilló para ella.

—¡Alto ahí! No vas a montarla hasta que no me digas qué pretendes.

—Demasiado tarde, milord —canturreó ella, ya sobre el lomo del animal—. Voy a dar ese paseo con o sin usted. Si no viene, podrá vigilar de cerca a Sebastian, pero me perderá de vista a mí. A no ser que pueda elegir un acompañante. Humm… ¿Sabe una cosa? ¡Es una magnífica idea! —Con absoluta desvergüenza al montar a horcajadas, dirigió a la yegua lejos de él, fingiendo que buscaba a alguien—. ¡Ya está! Ese joven fornido de allí, el que carga con un fardo de paja sin esfuerzo. Seguro que si le pido que me acompañe, estará encantado de hacerlo. Así usted podrá dedicarse a la parte de mi familia con quien más ansía estar.

—Me parece que ya he aguantado suficiente… Espérame aquí. ¡No te muevas!

Con sonrisa triunfal, lo observó dirigirse hacia el muchacho en cuestión, para ordenarle algo con gesto enérgico, antes de adentrarse en el establo. Al poco, salió a lomos de un espléndido semental negro que detuvo junto a ella, con una expresión tan tormentosa como la de las nubes que encapotaban el cielo.

—Tú lo has querido, *mo bhreugaire beag.* Si me quieres como compañero de paseo, me tendrás.

—¿Sin carabina? —preguntó ella, fingiendo escandalizarse—. Pensaba que su querida prima Alice nos acompañaría.

—Dudo mucho que el detalle te ofenda lo suficiente como para cambiar de opinión. Alice se encuentra visitando a cierta amiga, de rancio abolengo, para ponerse al día después de mucho tiempo sin verse, y antes de que su marido regrese. Pero tranquila, que cuando nosotros volvamos, ella ya estará aquí, junto con cierta sorpresa.

—Entonces pasearemos solos, dejando de lado los convencionalismos sociales y arriesgándonos a ser descubiertos —concluyó, nada convencida de pronto.

—¿Qué ocurre? Después de provocarme hasta conseguir lo que querías, ¿ahora te echas atrás? Pensé que sabías a qué tipo le estabas haciendo esas proposiciones.

—Y lo sé. —Ignoró los avisos que le enviaba su prudencia, y levantó la barbilla con altanería—. ¿Hablaremos?

—Claro… Pero lo haremos los dos. —Su expresión diabólica hizo que Gabrielle temblara—. Tal vez te arrepientas antes de que regresemos. Porque regresaremos pronto. Tengo demasiados asuntos que atender como para perder el tiempo en los míos.

VEINTISEIS

—Para haberme obligado a acompañarte, estás muy callada.

—Dudo que alguien consiga obligarle a algo que usted no quiera hacer, pero para su información, estoy pensando —respondió Gabrielle con una sonrisa torcida.

—¿En el error que supone que estemos solos?

—Sí, aunque no del modo que usted supone. —Recordar lo que había supuesto para ella que ambos compartieran cama sin más contacto sexual que un beso, aún la superaba—. Buena parte de sus sirvientes nos han visto marcharnos juntos. Creí que invitaría también a su prima Alice…

—Se ha ausentado por una buena causa. Su intención es contener el escándalo que se armará cuando todo el mundo sepa que estáis en mi casa.

—Es mi administrador. No debería ser algo extraño.

—Me trae sin cuidado si lo es, mientras a ti tampoco te importe. Pero el canalla que secuestró a Sebastián también se enterará.

Dios, no había pensado en eso.

Ni en ninguna otra cosa que no fuera desentrañar el misterio que suponía el hombre que cabalgaba a su lado.

Ya había tenido una muestra escalofriante de la bestia insensible en quien podía transformarse, sin darse cuenta. Pero cada vez le importaba menos.

A cada momento era más consciente de la figura alta y esbelta que cabalgaba a su lado. De su fuerza serena y del aura de poder que llevaba con tanta sencillez. Como si hubiera nacido para ello.

Cuando estaba con él su pasado quedaba relegado a un segundo plano. Todo se volvía difuso, porque cada fibra de su ser se sentía en

conexión con él y solo con él. Poseía un magnetismo inconfundible pese a su aspecto desaliñado, con la camisa abierta, por fuera de los pantalones, y el cabello despeinado, como si acabara de bajar de la cubierta de un barco.

Lo encontró mucho más que apuesto. Le resultó irresistible, peligroso, como siempre. Con la diferencia de que, en aquella ocasión, una sensación desenfrenada comenzó a correr por sus venas.

En contraste con la dureza de su aspecto, su voz profunda y dulce se parecía demasiado a una caricia que turbaba sus sentidos. Y su mente. Hasta el punto de sentirse tentada a abandonar su pedestal de seguridad, para aventurarse a todo lo que él parecía representar.

—Anoche me aseguraste que nada malo nos ocurriría —murmuró —. Quiero suponer que incluía el riesgo de que nuestro asaltante se enterara de la nueva situación.

—Tenlo por seguro. Solo hemos salido a hablar. Era lo que querías, así que ahora que al fin te has decidido a tutearme, hablemos.

—¿De todo lo que ocurrió anoche? ¿Sin tapujos?

—Siempre que haya reciprocidad. Si tú preguntas y yo respondo, yo podré hacer otro tanto y tú estarás obligada a lo mismo. ¿Trato hecho? —Ram extendió una mano, pero cuando Gabrielle la estrechó, tiró de ella hasta que sus narices casi se tocaron—. Bien, porque me encantará ahondar en ciertos aspectos de nuestra nueva convivencia, para que esta sea mucho más llevadera. Como por ejemplo, el extraño hecho de que no podamos permanecer solos sin tocarnos, aunque sea con una mirada. O excitándonos con algún vibrante intercambio verbal. Pero claro está, ese tema tendrá que esperar en beneficio de otros más importantes, ¿verdad? —A esas alturas, su febril imaginación ya había hecho estragos en su voluntad. Con un tenue suspiro de anhelo, asintió—. Perfecto. Por lo pronto, y gracias a lo ocurrido anoche, ya sé qué es lo que se oculta tras tu miedo a dejarte llevar.

—¿Ah, sí?

—La misma soledad que me acomete a mí. Aunque en tu caso, deriva de tu viudez.

—Mi viudez me dio más ventajas que inconvenientes. Tengo mucho en lo que ocuparme, y poco tiempo para pensar en esa bendita soledad.

—Pero el trabajo no debería ocupar todas las horas del día. Eso me dice la experiencia.

—Cierto. A veces tengo por costumbre dormir.

—¿Solo a veces?

Gabrielle le dirigió una mirada de reojo.

Se refería a la vulnerabilidad que ambos habían demostrado con el otro la noche pasada, pero en sus sensuales labios flotaba una sonrisa juguetona que la contagió.

—Digamos que los primeros meses, tras la muerte de mi marido, me costaba conciliar el sueño, cuando debería haber ocurrido al revés —afirmó, encogiéndose de hombros—. Después de todo, el motivo de mi desdicha ya no existía.

—Comprendo. ¿Y ahora?

—Cada vez duermo mejor, porque pienso que no va a volver. Pero siempre existen excepciones. Como la que supongo que te acometió a ti. Porque no se me ocurre otra explicación al hecho de que intentaras asesinarme.

—¿Te gusta este lugar? Porque a mí me parece perfecto para continuar a pie.

Él eludía el tema, y ella no insistió, al menos de momento. Sabía que recibiría su respuesta; Ram solo estaba intentando encontrar la adecuada.

Desde luego, aquel paraje era ideal. Una alfombra verde junto al cauce de un río. Sombrío, entre árboles. Solitario, pero tan oscuro como la expresión de su dueño cuando se apeó del semental y continuó el camino a pie, sin ayudarla a desmontar. Ella no se lo tuvo en cuenta.

—Jamás haría algo así conscientemente —murmuró él, al cabo de un rato de tirante silencio entre los dos—. Deberías saber que…

—¿Eres franco? Es evidente. Y demasiado honesto en ocasiones. Algo que no casa para nada con la imagen de dureza e insensibilidad

que te empeñas en demostrarme.

—Porque es lo que más nos conviene. A los dos. —Después de un largo suspiro, Ram se atrevió a mirarla de frente—. ¿Nunca has pensado en buscar un compañero más agradable para ti que tu marido?

—Creí haber dejado claro que no deseo volver a casarme, aunque tú te empeñes en lo contrario.

—*Milady*, no me refería a eso.

Su expresión ardiente cuando la tomó por los hombros habló por él.

Gabrielle se quedó estupefacta.

Oh, Dios…

—Tampoco tengo intención de tomar un amante, milord —afirmó.

—Es una lástima.

—No creo ni por un segundo que te arrepientas de tu insinuación, McKnight —le dijo—. Te brillan los ojos demasiado. ¿Tienes idea de lo provocador que eso resulta?

—No, pero me encantaría que me lo explicaras con más detalle.

Ram se sentó sobre la hierba. Ella lo acompañó, siguiendo el impulso que la transformaba de recatada a osada. De cobarde a valiente. El conde flirteaba con ella. Le respondería, sin así conseguía llegar a donde pretendía.

—Si supiera que nadie nos iba a interrumpir, ya te habría ofrecido esa explicación —coqueteó, sabiendo que él la respetaría en todo momento.

—Vaya. Se me ha acabado la suerte.

Cuando ella rio, Ramsay la contempló, maravillado de que un gesto tan anodino pudiera provocar en alguien una transformación tan asombrosa.

—No te molestes, escocés. No voy a morder el anzuelo —le advirtió, con los ojos brillantes de diversión—. Puedo presumir de tener la cabeza bastante bien sujeta sobre los hombros.

—Cada vez lo hago peor... Tendré que esforzarme más.

—A mí me parece que ya lo has intentado con suficiente ahínco. Solo me falta saber a dónde quieres llegar, para comenzar con mi propio cargamento de preguntas.

—Así que todo se reduce a una estrategia… De acuerdo, pues pongamos las cartas sobre la mesa. —El conde se puso en pie frente a ella, con aquella mirada incisiva que lograba mucho más que ponerla nerviosa—. Recapitularé. Me encuentro ante toda una dama de noble cuna…

—Por matrimonio, no te olvides.

—… por matrimonio con un sinvergüenza que le hizo la vida imposible y que sigue marcándola. Por eso responde con pasión a los besos de otros hombres, al mismo tiempo que se contiene. El miedo a volver a sufrir, a ser señalada, es lo que hasta ahora la ha dominado, pero poco a poco, sus defensas caen para dejar salir su verdadera naturaleza —enumeró Ram—. ¿Voy bien?

—Podrías ir mejor, pero lo daré por bueno.

—La muchacha que era antes de casarse, y que ahora asoma con timidez, posee carácter afable, es risueña y bondadosa. Chispeante, ríe con facilidad y le gustaría disfrutar de las pequeñas cosas de la vida que le fueron negadas. Esa criatura hermosa, sensual y vibrante, con una aguda inteligencia que utiliza casi sin esfuerzo, sabe además… —Se encogió de hombros—. A partir de aquí necesito que me ayudes con mi análisis. Me parece que todavía me queda bastante para completarlo.

«Mucho menos de lo que me queda a mí con el tuyo», pensó Gabrielle. Pero, a través de ese pequeño juego, podría llegar hasta el mismo centro de las reservas del conde.

Esperó hasta que ambos estuvieron de regreso a Cover Hill, para continuar.

—Mi padre me enseñó a destacar en el tiro con arco y las armas de fuego —afirmó.

—Cualidades muy óptimas para una dama, sin duda alguna.

—No sé manejar la aguja, y detesto cantar o tocar cualquier instrumento musical, en especial el pianoforte. Pero desde una buena distancia, soy muy diestra con el rifle Ferguson que padre me regaló antes de morir en aquel maldito viaje.

—¿Cómo murió?

—En un naufragio. Viajábamos a Escocia. El barco se hundió. Mis padres murieron, pero yo sobreviví, aunque solo fuera para

maldecirme día sí y día también.

—¿Tú?

—Mi padre accedió a mi petición de volver a Escocia, donde me había criado con mi madre, una corista de la que él se enamoró. —Acababa de insinuarle que sus orígenes eran ilegítimos. Levantó la vista, pero no vio censura alguna en Ram, sino comprensión y un respetuoso silencio, instándola a continuar—. Durante años, mi madre soportó las habladurías. Se conformó con las sobras de un suculento plato que mi padre comía cuando le venía en gana, hasta que su esposa falleció y salimos a la luz pública. Ni siquiera así se casó con ella. Y aunque a mí me reconoció, todo ha contribuido a que piense que los hombres carecen de corazón.

Él la miró fijamente.

—Es normal que lo pienses, cuando ni siquiera tu esposo lo tenía.

—Él, menos que nadie.

—*Dhia*! Perdóname... no pretendía ser indiscreto en este momento.

—No importa. —Ella tragó saliva para espantar los nervios y le devolvió la mirada directa—. Nuestro matrimonio fue acordado por mi padre porque servía a sus propósitos. Nadie me preguntó al respecto.

—Lo entiendo.

—¿De veras?

—Sí. ¿Qué edad tenías?

—Yo, quince años. Arthur, cuarenta.

—Desde luego no es una combinación ideal, aunque con buena voluntad por ambas partes, hubiera terminado por funcionar. Es algo relativamente común.

—Puede ser, pero yo lo desconozco.

Por el rabillo del ojo, pudo ver cómo Ram apretaba los dientes. Su furia contenida la alcanzó de lleno, pero ella no la rechazó. Ni tampoco el brillo compasivo de sus ojos al mirarla.

—Lo lamento, Gabrielle.

—Yo también lo lamenté. —Sus palabras estaban teñidas de amargura, pero enseguida sonrió—. No hablemos de cosas

desagradables. Después de todo, esto es una especie de sondeo. Mutuo, si mal no recuerdo.

—Pregunta. Estaré dispuesto a responder.

VEINTISIETE

Ella se había mostrado tan cercana, tan encantadoramente fuerte al contarle lo ocurrido con sus padres, dejando caer su origen ilegítimo, tan entera cuando ahondó un poco más en su relación infernal con el barón de Darkness, que se sentía impulsado hacia ella sin poder evitarlo.

No podía dejar de mirar embelesado los rizos negros que habían escapado de su peinado, y que se mecían con el viento. O el brillo malicioso de sus ojos mientras hablaban. O la redondez de sus pechos plenos, que se adivinaba bajo la capa con la que se cubría.

¿Qué hombre, viéndola reír, no desearía tenerla perpetuamente en ese estado de despreocupada alegría? ¿Qué hombre podía negarse a disfrutar de su espíritu y su ingenio?

Nunca se aburría en su presencia. De hecho, cuanto más tiempo pasaba con ella, más quería pasar.

Era estimulante. en todos los sentidos imaginables.

Y él solo pensaba en tenerla. A pesar de haber sufrido la noche anterior, un rechazo más que buscado.

—¿Qué te ocurrió anoche, milord?

—Una pregunta que encierra todas las respuestas que buscas. Vaya, muy inteligente por tu parte, muchacha —apreció, con una sonrisa de reconocimiento—. ¡En fin! No tengo más remedio que rendirme ante tu habilidad. Soñaba que estaba en el campo de batalla, luchando contra un francés. Al parecer tú me tocaste, y yo estaba tan metido en mi sueño que estuve a punto de confundirte con el enemigo.

—Por fortuna, te detuve a tiempo.

—Pronunciando mi nombre. Suena único en tus labios, ¿sabes? Solo espero que tu futuro esposo sepa apreciar ese tipo de cosas. Entonces, y solo entonces, consideraré que está a tu altura. A no ser que prefieras que tu cuñado elija por mí. O incluso el mismísimo regente…

Hablaba completamente en serio, aunque algo dentro de él se desgarrara al hacerlo, pero Gabrielle volvió a reírse.

¡Por todos los demonios del infierno! ¿Qué clase de marido había sido el barón, para masacrar de ese modo tan cruel a una mujer tan maravillosa? La mayoría de los hombres darían su brazo derecho por tener por esposa a semejante joya.

—Entonces tu nombre en mis labios aplacó a la bestia que llevas dentro —prosiguió la baronesa con naturalidad—. Porque llevas una, escocés. Ya la he visto en dos ocasiones. Me pregunto si volveré a verla.

No era una duda. Era un deseo.

Ram captó el mensaje, con un estremecimiento que lo recorrió de arriba abajo.

—Gabrielle, escúchame con atención —susurró, deteniendo ambas monturas para sujetar aquella preciosa barbilla con los dedos —. No conoces nada de mí para provocarme de esa manera.

—No sabía que te provocara.

—Lo haces cuando juegas con algo tan peligroso como… yo mismo. Anoche me llevé mi desdicha conmigo, con la única intención de mantenerte a salvo de mí. Ya te lo dije.

Lo que no le había dicho era que el corazón le había palpitado con fuerza por la aterradora pesadilla. Que, llevado por la desesperación, solo había podido luchar por vaciar de nuevo su mente y aplastar los recuerdos inconexos, rebuscado alguna palabra que pudiera convertir en su nuevo credo, pero solo encontró una: Gabrielle.

Incapaz de seguir sincerándose, posó sus ojos en ella una vez más. Y se quedó sin aliento.

Nunca nadie lo había mirado de ese modo. Con esa ternura, mostrando tanta confianza en él.

Como si fuese el héroe de la historia, y no el villano.

—Lo que ocurrió anoche no volverá a suceder —afirmó, echándose atrás, como si su solo contacto le quemara—. En breve, tendrás quien te consuele en la cama cuando sufras una pesadilla. Un hombre digno de ti que te dispensará todos los besos que pareces encantada de recibir. Será en… unas semanas.

—¿Qué sucederá entonces?

—Que daré un baile para celebrar que me he establecido, al menos por el momento, en Cover Hill. Así te complaceré a ti, y también a mí.

Ella palideció.

—Así que sigues empeñado en venderme al mejor postor, como hizo mi padre en su momento —afirmó con desaliento.

—No tengo otra salida…

—Oh, ya lo creo que la tienes. Dicen de ti que eres un ermitaño. No sé si lograrás que esa fiesta se convierta en un éxito para tus aspiraciones con tan poco tiempo de margen.

—Ah, pero de eso te encargarás tú, claro. Las mujeres tenéis un agudo sentido de la organización.

—Los militares también, según tengo entendido. Seguro que no te costará lidiar con los preparativos. Te deseo mucha suerte, milord.

Y dicho esto, inició un corto galope que la llevó de nuevo a los establos de Cover Hill primero, y a su cuarto después, sin reparar siquiera en que los baúles con sus pertenencias ya estaban dentro.

Sabía que Ram no la seguiría, del mismo modo que sabía que, si debía casarse, solo aceptaría la proposición de un candidato. El mismo que le estaba vedado. Aquel que apenas había empezado a mostrarle lo profundo de su oscuridad, antes de dañarla solo para alejarla.

Lágrimas de impotencia le nublaron la vista. Se sentía frustrada. Encerrada en una jaula de oro. Incapaz de escapar de ella.

Se sentó en la cama, frotándose los ojos, cuando sintió ruido de voces en la planta de abajo. Una de ellas era femenina, así que supuso que se trataría de Alice, la mujer que nadie le había presentado. Sin embargo, las otras le resultaban desconocidas.

Al parecer, había pasado un buen rato rumiando su desesperación, pero ya era hora de moverse.

Debía hablar con Victoria. Con Cliff. Antes que entregarse de buen grado a un desconocido que solo la usaría como yegua de cría, aceptaría la oferta de los duques. Al menos con ellos preservaría su orgullo y su libertad.

—¡Y al diablo contigo, Ramsay McKnight!

Llamó a la primera doncella que se encontró en el pasillo, que acudió enseguida.

—¡Qué casualidad! Milord acaba de asignarme como su doncella particular, si no tiene usted inconveniente, *milady* —exclamó—. Me llamo Rossie, a su servicio.

—Encantada de conocerte. Soy *lady* Basset, Baronesa Viuda de Darkness, y te necesito ahora mismo.

Con una sonrisa de oreja a oreja, Rossie la ayudó a asearse y a elegir un vestido a la altura de las circunstancias. Gabrielle se decantó por uno de color amarillo pálido, que resaltaba el color de sus rizos negros, con un escote tan profundo que dejaba muy poco a la imaginación. Formaba parte de la repulsiva colección que Arthur le había regalado cuando la requería para él, en absoluta intimidad, con la intención de someterla, pero no sintió la aprensión que solía obligarla a dejarlo en el fondo del baúl. Porque ahora, su intención era mortificar a Ram con él, antes de que el tiempo se le acabara.

—¿Milord tiene visita? —preguntó cuando estuvo lista.

—Sí, baronesa. Un comerciante y su hijo.

—Entonces, estaré encantada de acompañarlos. Entretanto, te ruego que desempaquetéis mis cosas y las de mi hijo en esta misma habitación.

—Pero milord recalcó anoche que el niño dormiría en las habitaciones contiguas…

—Me importa un bledo lo que recalcara, Rossie. Sebastian es mi hijo, yo decido sobre él antes que cualquier tutor. Ahora, ¿serías tan amable de ir a buscarlo? No tardaré en reunirme con él.

Salió por la puerta meneando sus caderas, con despreocupación y una sonrisa ladina en la cara, por primera vez en años.

Si el conde de Lexter quería guerra, iba a empezar a saber lo que sería tenerla.

VEINTIOCHO

Él no era generoso, ni condescendiente.

Codiciaba aquello que no le estaba permitido, y lo hacía con más fuerza al verse rechazado por Gabrielle.

Era una verdad evidente que una presa ganada con facilidad no era ni la mitad de valorada que la obtenida a costa de grandes dificultades. Y para Ram, la tentación hecha carne acababa de presentarse en su despacho, con aquel vestido hecho para el pecado más sublime, atrayendo la atención de todos los presentes.

—Querida baronesa, qué alegría tenerla aquí —saludó, con formalidad y una sonrisa rígida, cuando lo que de verdad deseaba era cubrirla con lo que tuviera a mano, para evitar que los dos hombres que se pusieron en pie, disfrutaran del dudoso espectáculo que ofrecía—. Me ha leído el pensamiento. En este instante, iba a mandarla llamar.

—En ese caso, le he ahorrado el trabajo. ¿Sabe usted dónde puedo encontrar a mi hijo, milord?

Lucía un gesto resplandeciente y una sonrisa que destilaba inocencia, pero a él no lo engañaba. Porque la mirada sesgada de sus ojos era un claro desafío que aceptó.

—El niño se encuentra bien, pierda cuidado —informó, antes de señalar a los visitantes—. El cambio de residencia le ha beneficiado.

—Lástima que las circunstancias que nos han empujado aquí no lo hagan. Y bien, milord, ¿no va a presentarme a sus invitados?

«Juro que voy a matarla».

—Pensé que siendo familia, no sería necesario, pero veo que no los reconoce —respondió a la pulla—. Le presento a Jacob Ashworth

y a su hijo Robert. Su primogénito. Ambos habían solicitado ser recibidos por mí… para pedir su mano.

La vio palidecer. Pero a continuación, para su desconcierto, les obsequió con una reverencia que le revolvió las tripas.

—¿Rob? ¿Mi primo? —Gabrielle extendió su mano hacia el aludido. Ram tragó saliva—. Lo cierto es que… no. No los recuerdo. Ni a usted, ni a usted, tío Jacob.

—No te preocupes, sobrina. La última vez que te vi apenas levantabas un palmo del suelo. —Cuando Jacob la tomó por los hombros, Ram estuvo a punto de saltar sobre él, recordando lo que Damien le había contado acerca de esos dos—. ¡Ah, pero ya estás hecha toda una mujer! ¡Cuando Melora y mis hijas te vean, no se lo van a creer!

—¿Quién es…?

—¿Melora? Mi madrastra, baronesa. —Robert tomó el relevo de su padre—. Estoy deseoso de que la conozca, igual que a mis encantadoras hermanastras. Todo ello si lord Lexter da su consentimiento, por supuesto.

—Por supuesto —refunfuñó este. No lograba imaginarse a ese mequetrefe tonteando con ella, pero tenía que seguir fingiendo—. En mi papel de administrador de la baronía y tutor del futuro barón, he hecho mis averiguaciones con respecto a las personas que podrían rodear a la baronesa.

—¿Quiere decir que ya los conocía, milord?

A pesar del tono cálido de la pregunta, ella lo apuñalaba con aquellos angelicales ojos.

Su labio inferior temblaba ligeramente.

Por su culpa.

«Aún estás a tiempo de arreglarlo. No aceptes la petición de cortejo por parte de Robert. En el fondo, sabes que ambos están podridos…».

«Pero también es una oportunidad única de averiguar la relación entre ellos y la muerte de Reggie. Podrás echarte atrás antes de que sea demasiado tarde, cuando descubras esa relación».

¡Ni siquiera su propia conciencia se ponía de acuerdo!

—*Milady*, no debería sulfurarse —afirmó, ignorando su ataque de silenciosa ira—. ¿Recuerda que le dije que comenzaría la búsqueda de un prometido adecuado para usted?

—Perfectamente. Pero había olvidado lo diligente que puede resultar usted, cuando el propósito a cumplir es tan… loable.

¿Por qué Gabrielle había recuperado el color, junto con la entereza, con tanta rapidez?

Era como si de pronto hubiera descubierto algo que él desconocía.

—Lo bastante diligente como para reconocer una buena oportunidad ahí donde la hay —se obligó a responder—. Estoy seguro de que Robert Ashworth será un hombre lo bastante perseverante como para llegar a la meta que se propone.

—Siempre que esa meta en concreto me acepte, milord. No se olvide de que, para mí, la opinión de Gabbie es muy importante. ¿Me permites que te llame así, prima? Recuerdo que, cuando éramos niños, acostumbrábamos a utilizar nuestros respectivos diminutivos.

—Sería en contadas ocasiones… Rob —respondió Gabrielle, tan zalamera que Ram tuvo ganas de zarandearla—. Mi madre no era una persona bienvenida en el círculo familiar. ¿No es así, tío?

—Ah, traer al presente rencillas del pasado solo terminará generando problemas sin solución, que ninguno quiere ahora mismo. Quédate con nuestra intención de izar la bandera blanca, muchacha. Después de todo, ya sois personas adultas que saben lo que quieren y, sobre todo, lo que les conviene. ¿Firmamos la paz?

—Por supuesto, tío. Lo último que desearía es resultar un estorbo para lord Lexter. Sé que su función como administrador ha sido impuesta por Reggie. Solo su alto sentido del honor le impide rechazarla, ¿no es cierto, milord?

—En otra ocasión charlaremos acerca de las razones que me han llevado a aceptar semejante responsabilidad, querida —replicó, esforzándose por sonar natural—. Ahora, solo nos queda fijar la próxima fecha de vuestro encuentro. Robert está impaciente.

—No tanto como yo, Rob, te lo aseguro. Según tengo entendido, dentro de unas semanas el conde celebrará una fiesta aquí mismo. ¿Qué te parece si la empleamos en… conocernos mejor?

—Perfecto, Gabbie.

Apretar los labios hasta casi hacerlos sangrar no le pareció a Ram suficiente para permanecer en silencio. Claro que eso no fue nada en comparación con la actitud victoriosa de Gabrielle cuando despidió a sus parientes y se quedaron a solas.

—Estás celoso —le escupió, con un despreocupado encogimiento de hombros—. Y muy enfadado por esos celos. Aunque no logro entenderlo, puesto que tú mismo has propiciado esta situación, no quiero explicaciones al respecto. Como acabas de afirmar, Robert me agrada mucho.

Se dio la vuelta dispuesta a dejarlo allí plantado, pero Ram aún no había jugado su última baza.

—Tal vez no quieras explicaciones, ¡pero te aseguro que tendrás un buen puñado de órdenes que atender! —exclamó, sacando el militar que llevaba dentro—. Y la primera está a tres puertas y un corredor de distancia.

VEINTINUEVE

—Acompáñame.

La orden de Ram no admitía réplica, pero no sería la baronesa de Darkness si no se la ofreciera a pesar de todo.

Aunque solo fuera en compensación por el esfuerzo que había tenido que hacer, no solo para aparentar indiferencia, sino también conformidad con Rob, e incluso alegría.

—Quiero saber dónde está Sebastian —replicó—. Si tan seguro se encuentra aquí…

—Se encuentra seguro.

A continuación, y prescindiendo del servicio que lo hiciera por él, abrió la puerta y se hizo a un lado, para que ella pudiera ver a dos mujeres en una pequeña salita cuyos enormes ventanales dejaban penetrar la luz del día a raudales.

Aunque Bastian se hallaba con ellas, corrió a su lado en cuanto la vio.

—¡Madre, madre! ¡La tía Victoria ha venido con Alice, la prima de lord Lexter! ¡Dice que son buenas amigas, y que como el marido de *lady* Alice no está, tiene que entretenerla con algo antes de que tú seas su entretenimiento *muntuo*!

—Se dice mutuo, cariño.

—¡Yo me he comido un montón de esos pastelillos! Quería ir a buscarte, pero una criada que se llama Rossie me dijo que estabas con unos señores y con el conde, y que viniera con la tía Victoria.

—Está claro que este niño no va a dejar que hablemos, a no ser que lo interrumpamos. —La duquesa se puso en pie, seguida por Alice, para dar a su cuñada un par de besos de bienvenida—. Me

parece que Al y tú no os habéis conocido en las mejores circunstancias, según tengo entendido…

Un grave carraspeo detrás de Gabrielle la interrumpió.

—Me temo que eso es culpa mía, Su Excelencia —intervino Ram —. La baronesa se presentó aquí tan desesperada por lo sucedido con Bastian, que me olvidé de las formas en aras de la efectividad. Alice, te presento a *lady* Gabrielle, Baronesa Viuda de Darkness…

—Por el momento —puntualizó ella, satisfecha al ver cómo el conde apretaba los labios—. Milord ya me informó de que es usted su prima. Discúlpeme por mi comportamiento, pero como él ha afirmado, me hallaba desesperada.

—No se preocupe, querida. Me hice cargo de inmediato. —Aquella mujer era todo sonrisas cuando la saludó—. Demuestra ser una mujer valiente, trasladándose aquí sin tener en cuenta las consecuencias para usted. Ram es un protector excelente.

—A la vista está. Los dos se encuentran sanos y salvos. —Vic prescindió de las formalidades y la abrazó—. Cariño, ya estoy al corriente de todo. Cliff lo ignora, pero en cuanto se lo haga saber, removerá cielo y tierra para encontrar al desgraciado que secuestró a mi sobrino.

—No será necesario involucrar al duque y el buen nombre de Knox. Le aseguro que tengo todo bajo control —dijo Ram, con una silenciosa mirada de advertencia para que no lo contradijera. Algo que, por un milagro del destino, ella decidió hacer—. Además, cuento con la ayuda inestimable de este caballerete, que me ha prometido que protegerá a su madre como si fuera yo mismo. ¿No es cierto, Bastian?

—¡Sí!

—¿Se puede saber cuándo te has tomado tantas confianzas con el conde, Sebastian? —preguntó Gabrielle.

—Mientras te lamías las heridas en tu cuarto, y justo antes de que tu primo y tu tío solicitaran verme —respondió Ram, encogiéndose de hombros—. ¿Qué? Alice ya estaba al tanto de la llegada de los Ashworth, y considero que *lady* Victoria debe estarlo, ya que se encuentra aquí con un propósito: ayudarme contigo.

—¡Esto es… inconcebible! Hemos salido a pasear con la intención de aclarar posturas, y con el resultado contrario. Después, voy en busca de mi hijo, y me encuentro con un pretendiente, tan entusiasta como indigno de mi confianza…

—No me pareció eso cuando le hacías ojitos.

—¡Yo no he hecho eso a nadie en mi vida! Y por si eso fuera poco —continuó, sintiendo cómo su rostro se congestionaba por la ira—, ¿ahora resulta que soy ingobernable?

—No, querida. Estás perdida, y necesitas de otra mujer para encontrarte. De dos, para ser exactos. Así, podrás hacerte cargo de la fiesta a la que asistirás como la baronesa que eres, en lugar de seguir presentándote con los jirones de un pasado que quieres dejar atrás, sin conseguirlo.

—¡Eso que acabas de decir es ruin, y mezquino, y… y…!

Solo cuando Bastian tiró de su vestido, se dio cuenta de que estaban en compañía de un niño, y dos mujeres que pasaban su mirada de uno a otro, la mar de entretenidas.

—¿Qué ocurre, cariño? —preguntó a su hijo, sin apartar su furibunda mirada de McKnight.

—Quiero ir a jugar con mis amigos. ¿Puedo?

—Claro que puedes, muchachote —concedió Ram, con sus ojos clavados en los de ella.

—¡Es mi hijo! Yo seré quien decida. Siempre. Claro que puedes, mi vida.

—Sí, será mejor que quedarse a presenciar un combate de boxeo —murmuró Alice, alzando una divertida ceja en dirección a ambos, en cuanto el niño desapareció trotando—. Ahora que por fin estamos solos, dime, primo: ¿para qué te has tomado la molestia de citar aquí a la duquesa?

—Quiero quemar todos los vestidos de la baronesa. Y sustituirlos por un nuevo guardarropa. En dos semanas. ¿Podría ser?

Gabrielle se quedó de pie en mitad de la sala, estupefacta por lo que acababa de oír, y sometiéndose al intenso escrutinio de las dos mujeres, que se dedicaron a observarla antes de emitir un veredicto.

Sin embargo, la compasión que desprendían mientras la miraban era más de lo que ella pudo soportar.

Se sentía de nuevo como una niña necesitada de caridad, después de haber sido casada por conveniencia con un monstruo. Aquella vulnerabilidad siempre le había parecido horrible, pero a aquellas alturas, ya no le quedaba ni un ápice de fanfarronería.

Mantuvo la cabeza gacha y rogó en silencio.

No podría soportar la humillación delante de Ramsay, así que dijo lo primero que se le pasó por la cabeza.

—Debo seguir vistiendo de forma sobria —siseó—. Mi tío…

—¡Señor, qué obsesión! Ya sé que lo ideal por la muerte de un tío es un luto de tres meses, pero seguro que él te perdonaría que lo terminaras antes. Y con respecto a las habladurías, tus orígenes han ayudado mucho a desviar la atención de otros miembros de la familia.

—¿Mis orígenes? ¡No sé qué tendrán que ver con…!

—Todo. Incluso el motivo por el que debes dejar de comportarte como una mojigata con el vestuario, cuando te presentas aquí, tan… —Ram la señaló con fuego en los ojos—. Tan insinuante, esa es la verdad. Así vestida, solo puedo pensar que estás deseando aprovechar la oportunidad de… mostrarte tal y como… sin duda eres.

—Lo cierto, querido, es que me gustaría saber lo que ella tiene que decir al respecto —apreció Alice, mordisqueando un pequeño pastelillo de crema.

Gabrielle alzó la cabeza de golpe.

—No quiero ser una carga, ya que he obrado mal con usted desde un principio. Solo por eso, es justo que haga lo que lord McKnight considere oportuno —murmuró.

Las dos mujeres cruzaron una mirada pícara entre ellas.

—¿Tú qué dices, Alice? —preguntó la duquesa—. ¿Aceptamos el desafío?

—Por mi parte nada que objetar. ¡Brindemos por usted, querida mía! Lexter tendrá trabajo para conseguir que un acontecimiento tan precipitado no despierte las sospechas de más de uno.

Una sonrisa se abrió paso en los labios de Gabrielle. Embargada por una alegría que trataba de contener, lanzó una mirada a Ramsay.

—De acuerdo. Se contemplará la opinión de la dama como si fuera la mía —decretó él.

—Es más que evidente —apostilló Alice con una sonrisa cómplice —. Como te conozco, me he permitido la libertad de proponer una especie de... alternativa, antes de que tú nos propusieras la tuya.

—Mujeres…

—Qué sería de ustedes los hombres sin nosotras, ¿verdad?

Con un chasquido de dedos de Victoria, una criada apareció con una prenda que a Gabrielle solo pudo parecerle celestial.

—Un vestido de cena. Lo he hecho traer suponiendo lo que un hombre como usted esperaría de unas pobres mujeres como nosotras —anunció la duquesa, como si fuera una niña entusiasmada—. Sí, ya sé que las mangas son demasiado cortas, pero el satén azul marino realzará el color de tus ojos y hará que tu piel brille como nata fresca esa noche, querida. Con tu pelo negro, destacarás de una forma exótica entre todas esas urracas envidiosas que te mirarán con recelo, como poco.

—Pero... —Una idea comenzó a tomar forma en su cabeza—. No has podido encargarlo en estos días.

—Muy perspicaz por tu parte.

—Lo has guardado a saber desde cuándo, esperando el momento idóneo para…

—... regalártelo y que lo luzcas como solo tú sabrás hacerlo. Es el primero de muchos, ¿verdad, lord Lexter?

—Eso espero. Porque no pienso consentir que lleve nada que pueda recordar que, un día, estuvo casada con Darkness.

El corazón de Gabrielle latió desbocado. Cuando giró la cabeza para mirarlo, se encontró con el atractivo perfil del conde, inmutable. Sin mostrar el más mínimo atisbo de emoción… si exceptuaba la pronunciada nuez de Adán, que subió y bajó un par de veces, como si le costara tragar saliva.

Entonces lo comprendió todo.

Él había orquestado aquella puesta en escena antes incluso de que ella acudiera a su puerta a pedirle ayuda.

La información que había recibido acerca de Arthur había resultado suficiente para emitir un veredicto, completándolo con la

entrevista a su primo.

—Señoras, acepto con gusto su ayuda. Me pongo en sus manos y en la de sus modistas cuando deseen —concedió, atisbando por el rabillo del ojo cómo Ram torcía el gesto, en lo más cercano a una sonrisa complaciente, antes de despedirse de ellas con una cortés inclinación de cabeza.

TREINTA

—¿Qué he hecho esta vez, padre?

—Di mejor qué no has hecho. ¿Es que acaso esa puta con la que te veías acabó con toda tu hombría, muchacho? —Robert prefirió tomar asiento, lo más alejado posible de Jacob, en lugar de enfrentarlo. Estaba demasiado cansado de salir perdedor. Y no conseguiría la información que, de ese otro modo, su padre le brindaría de mil amores—. Por una vez, y sin que sirva de precedente, quiero que hables para contarme cómo van tus avances con Gabrielle. El tiempo corre. Urge que te la ganes cuanto antes, ya que el conde nos ha invitado a todos a su fiesta.

—¿No puede esperar hasta entonces para comprobar lo bien que Gabbie y yo nos llevamos?

No mentía. La había visitado a diario. Al principio, obligado por las circunstancias, se había dedicado a dejar que el tiempo entre los dos pasara. Pero enseguida comprobó que tanto su prima como Bastian, eran personas encantadoras que no se merecían convertirse en las víctimas de la codicia desmedida de su padre.

—¡Por supuesto que no puedo esperar! —bramó Jacob, dando un puñetazo sobre la mesa de su despacho—. ¡Con paseos inofensivos no se consiguen matrimonios ventajosos!

—Pero sí bien avenidos. Y yo pretendo que el mío lo sea. Gabrielle es una mujer muy inteligente. Acepta mi presencia, me presta atención como amiga, y en alguna ocasión me observa pensativa, pero nada más. Su hijo siempre nos acompaña, en el mejor de los casos. En el peor, Rossie, su doncella personal, se une a los paseos.

—¿Qué ha ocurrido con la que tenía en vida del barón? Porque imagino que tendría alguna.

—Según he escuchado, se marchó después de que la baronesa no pudiera pagar sus honorarios, igual que un buen puñado de sirvientes y doncellas…

—Y no se le ocurre otra cosa que mudarse a Cover Hill con su mocoso. ¡Son la comidilla de medio Londres! Si no haces algo pronto para administrar la riqueza de la baronía, ¡te llevarás al altar a una mujer marcada por el escándalo, con un hijo que no es tuyo!

—¿Qué se supone que debo hacer? No puedo empujarla a algo que, evidentemente, no desea hacer, al menos por el momento.

Jacob torció la boca en una mueca de desagrado.

—Hay formas de llevar adelante estos asuntos, chico. Si no puedes emparejarte con ella de otra forma, tómala por la fuerza. Pronto lo pasará tan bien que no tendrás que preocuparte por cómo lo hiciste la primera vez. El tiempo vuela. Si no haces algo para llevarte de calle a esa zorra, algún otro la montará en menos de lo que canta un gallo.

—Es usted repugnante…

—Y tú un puñetero pazguato, incapaz de comportarte como la familia espera de ti. ¿Es que has perdido tu virilidad con la muerte de tu amada? —Robert se aferró a los brazos de la silla para no saltarle encima. No permitiría que una provocación semejante le hiciera perder los nervios—. Al menos reconoce que la baronesa es mil veces más mujer, en todos los sentidos, que esa furcia con la que te lo pasabas bien. Si le añadimos el pequeño detalle de su patrimonio, tu negocio, y el nuestro, saldrá redondo.

—Sebastian me ha aceptado de pleno. Solo he tenido que salir a cabalgar con él un par de veces, con la complacencia del conde, e intervenir en su adiestramiento con las armas —siseó, fingiendo indiferencia.

—¿Un mocoso como él maneja las armas?

—Esa es la intención de lord Lexter, por su puesto. El niño es aún muy pequeño para decir que sea diestro en ese arte en concreto. Pero tiene a su tutor en un pedestal. No deja de repetir que le encantaría tener un padre como él.

—Apostaría lo que fuera a que al maldito escocés también le encantaría ocupar ese lugar —murmuró Jacob, pensativo—. Cuando logramos entrevistarnos con él, no pudo ocultar su interés por la baronesa, a pesar de que se esforzó mucho.

—¿Está insinuando que lord Lexter y Gabrielle…?

—Aún no. Pero si le dejas el camino libre, te ganará.

—Si eso fuera cierto, no habría aceptado mi petición de cortejo —afirmó Robert, frunciendo el ceño—. Por otro lado, si tanto interés tiene en neutralizar a cualquier otro candidato al puesto, incluido McKnight, ¿por qué no intenta ganarse a mi prima a través de madre? Tanto ella como Charlotte y Mathilda pueden hacerle una visita de cortesía antes de la fiesta del conde.

—Será esa misma noche. Tanto Gabrielle como el conde se verán obligados a cumplir con lo que se espera de ellos. Y ya que tú ni siquiera has considerado la posibilidad de ganarte a la sufrida madre a través del chiquillo, tendrás que concentrar todas tus energías en esa fiesta. Tu madrastra, tus hermanastras y yo te dejaremos vía libre a la menor oportunidad. —Los ojos oscuros de Jacob adquirieron un brillo cruel que le provocó un escalofrío—. Será el momento ideal.

—¿Para qué?

—Para hacerte con tu trofeo sin paliativos. Utilizando eso —afirmó, señalando la frente de Robert—, y después eso —continuó, dirigiendo el dedo a su entrepierna—. Consigue que Lexter te encuentre en una situación comprometedora con la chica, y no tendrá más remedio que precipitar el matrimonio.

—Corren rumores de que está arruinada, padre. Si son ciertos, no entiendo qué ganaríamos…

—A veces, querido hijo, hay razones que van mucho más allá del mero interés económico. Esta, sin duda alguna, es una de ellas. —Con su habitual frialdad, se inclinó hacia delante, hasta que sus frentes casi se tocaron—. No importa el sacrificio, cuando el fin a alcanzar es mucho mayor. Tú eres el sacrificio. Compórtate como se espera de ti, y obtendrás tu recompensa.

A pesar de que su interior temblaba por rebelarse, Rob asintió.

«Desde luego, padre. Haré todo lo posible para obtenerla. Y cuando la tenga en mi poder, descubriré en qué consiste».

◆ ◆ ◆

Lugh observaba a los dos muchachos acogidos por Lexter, escondido tras las sombras de un edificio medio derruido.

En otras circunstancias, se los hubiera llevado sin levantar sospechas. Portaban con ellos infinitas señales que decían que eran carne de cañón, destinados a complacer las oscuras perversiones de algún aristócrata cercano al príncipe. De hecho, le otorgarían unos beneficios inigualables, pero ahora era el momento de recoger los frutos de todo aquello que con tanto esmero había sembrado.

Gabrielle había entrado en pánico al leer la nota que él mismo le había dejado en su cuarto, hasta el punto de correr a refugiarse bajo el ala del todopoderoso Lexter, sin pensar en las consecuencias. Pero las habría, pensó con una sonrisa ladina, mientras se acercaba a los dos muchachos, que en aquel momento se hallaban hablando con el primo del escocés, según sus informaciones. El primer paso ya estaba dado. La advertencia en forma de flor de lis, permanecería para siempre en la muñeca del futuro barón de Darkness.

Sería uno de los suyos en cuanto Robert consiguiera la esquiva mano de la baronesa. En ese momento, todos los integrantes de la Hermandad escalarían un puesto más en su escalafón particular, empezando por él.

Contaba los días para ser llamado a la Corte por el regente. Entonces, se ganaría la confianza del grupo de consejeros que gozaban de sus favores, con niños como aquellos.

O con mujeres como Gabrielle.

—Milord se enfadará mucho si descubre que estáis aquí —los estaba regañando el caballero, ignorando que Lugh, apostado en una esquina, los observaba y escuchaba.

—¿Y usted por qué está aquí, señor? —se atrevió a replicarle el más mayor.

—Estoy trabajando para milord. ¿Puedes decir tú lo mismo, chico?

—Pues… no. Solo estábamos dando una vuelta, porque Bastian no puede jugar con nosotros. *Lady* Gabrielle dice que tiene que aprender modales.

—Convencionalismos, convencionalismos, convencionalismos… —Thomas señaló el carruaje que los esperaba, un poco más allá—. Yo me callaré, si a cambio vosotros colaboráis en todo lo que sea necesario, como por ejemplo…

Comenzó a enumerar sus tareas mientras se alejaban, pero el más pequeño se cansó pronto de prestarle atención y se quedó rezagado.

Aquella era la oportunidad que había estado esperando.

Le chistó un par de veces, amparado en su escondite. Cuando el pequeño se giró, él le hizo un gesto para que se acercara.

—Es un tipo aburrido, ¿verdad? —murmuró, refiriéndose al escocés, que ya casi había alcanzado el carruaje, acompañado por el muchacho más mayor.

—Un poco.

—Pero me temo que a tu hermano y a ti no os queda más remedio que obedecerle. Os he escuchado. Al parecer, tenéis que trabajar.

—Lord Lexter nos está enseñando muchas cosas.

—Me parece perfecto, porque tengo esto para ti. —Lugh sacó una moneda y se la mostró, satisfecho al comprobar cómo los ojos infantiles se agrandaban por la sorpresa—. Pero tienes que hacer algo para ganártela. ¿Estás dispuesto?

—¡Sí!

—Excelente. Entonces, escucha bien lo que voy a decirte. No te olvides de ninguna de las instrucciones que voy a darte, porque serán de suma importancia…

Se inclinó al oído del pequeño y comenzó a susurrarle, seguro de que había encontrado al aliado perfecto. A continuación, le entregó algo envuelto en un paño, y señaló el carruaje al que su hermano mayor estaba a punto de subir.

—No se han dado cuenta de tu ausencia. ¡Ve antes de que se enteren y te ganes un castigo! ¡Corre! Y recuerda: ¡cuando hayas cumplido con tu cometido, yo estaré esperándote aquí mismo!

Lo observó alejarse, sin un mínimo de remordimiento.

La inocencia de un niño siempre podía ser un arma letal, si se sabía cómo manejar, concluyó mientras seguía su propio camino como si nada hubiera pasado, con las manos en los bolsillos y silbando una alegre tonadilla.

TREINTA Y UNO

—¿Estoy guapo?

—Estás precioso, cariño. ¿Verdad que sí, Rossie?

—Va usted a levantar más de un suspiro femenino en su primera fiesta, señorito —lo aduló la doncella—. Lástima que tenga una hora determinada para irse a la cama.

—¡Pero yo quiero quedarme con usted y con milord, madre! Por favor…

—De eso nada, jovencito. Agradece que te permita estar durante la cena. No es algo habitual, y va a desatar todo tipo de habladurías. —Más de las que ya habían provocado su huida de la baronía a Cover Hill, viviendo con un aristócrata que no dejaba de ser un hombre soltero—. ¿Sabes que todo el mundo va a estar pendiente de ti y de tu comportamiento?

—Sí…

—¿Y sabes que milord confía en que ese comportamiento sea intachable?

—Sí… ¡Pero va a venir Robert! ¡Y me prometió que me presentaría a sus hermanas para que pudiera bailar con ellas!

—Rob te hubiera prometido la luna solo para que dejaras de atosigarlo.

Su primo se había mostrado con ella mucho más cercano que su administrador durante aquellos días. Ram apenas se había interesado por sus progresos con su nuevo guardarropa. No era que a ella le importara lo más mínimo. Había pasado tanto tiempo relacionando los vestidos bonitos con las humillaciones, que le costó horrores disfrutar con la elección de telas y las pruebas a las que

dos modistas, nada más y nada menos, la sometieron para que pudiera lucir como una baronesa aquella noche.

¡Cuánto hubiera dado porque el maldito escocés se hubiera ofrecido a acompañarlos, junto con Robert, en sus muchos paseos, a pie o a caballo! ¡Y en lugar de eso, se había limitado a redoblar la guardia!

—Temo que el lunático desconocido vuelva a aparecer, aprovechando la afluencia de aristócratas y algún que otro burgués con futuro, al que hemos invitado —fue su sucinta explicación cuando ella se armó de valor y le preguntó.

Aquella fue la única frase larga que le dirigió. Y a pesar de que demasiado a menudo, sentía sobre ella el peso de la intensa mirada del conde, nunca fue más allá.

¡Maldito fuera! Le hacía sentirse una desconocida cuando anhelaba el acercamiento que habían compartido en contadas ocasiones, y una desvergonzada cuando su cuerpo reaccionaba a ese anhelo con cada fibra de su ser. Sus intentos por mantener unas distancias que él mismo había impuesto, comenzaban a constituir todo un desafío.

Gabrielle sonrió cuando comprobó lo atractiva que estaba con el vestido que Victoria le había regalado para la ocasión. Peinada con un moño alto que dejaba varios rizos sueltos como al descuido, con un simple collar de perlas y unos pendientes a juego por todo adorno, era la viva imagen de la elegancia, que contrastaba con el brillo de sus ojos o el ligero carmín que se había aplicado en los labios. Por primera vez en toda su vida, era consciente de la inmensa sensualidad que emanaba, sin que le importase exhibirla. Porque el conde de Lexter estaba celoso. Y ella se proponía aprovechar la circunstancia al máximo.

—*Milady*, milord está esperando abajo —le informó Rossie.

Con una sonrisa enigmática en la boca, tomó de la mano a Bastian y juntos comenzaron a descender las escaleras. Sin embargo, se quedó parada a mitad de trayecto, en cuanto apreció la imponente figura masculina que la observaba a su vez desde abajo, completamente arrobado.

Si existía una definición exacta de pecado, se llamaba Ramsay McKnight.

Su rostro, perfectamente rasurado, se elevaba hacia ella con una admiración genuina en sus ojos grises. La chaqueta militar le sentaba como un guante, igual que el *kilt* que lo acompañaba, y que le otorgaba ese punto salvaje que tanto había llegado a gustarle, muy a su pesar. Con su cabello castaño perfectamente peinado, poseía una elegancia mundana. Una refinada experiencia que hacían de él el mejor tutor que una mujer pudiera desear... para ser instruida en los maravillosos placeres que podían descubrirse con un hombre.

Prácticamente rezumaba sexo.

Una razón más que poderosa para recuperar el control de la situación, antes de caer rendida a sus brazos sin remedio.

—¿Nos buscaba, milord? —preguntó cuando llegó a su altura.

Ramsay la devoró con la mirada mientras se llevaba su mano a los labios.

—¿Regresan las formalidades, *mo bhreugaire beag?* —le murmuró al oído, en un ronco susurro que la hizo estremecer—. Creí que ya habíamos superado ese pequeño escollo.

—Yo también. Pero su actitud de los últimos días me ha demostrado lo contrario. Solo trato de corresponder… como merece.

—Me parece bien. —El cálido e inesperado gesto se evaporó cuando él se apartó para atender a Bastian—. Estás hecho todo un caballero, chico. Sé que te comportarás como se espera de ti. Ya hemos repasado hasta la saciedad lo que has de hacer, ¿verdad?

—¡Verdad!

—No debes demostrar tus dotes con las armas, a no ser que alguien ofenda el honor de tu dama. Es decir, de tu madre. ¿Lo recuerdas?

—¡Lo recuerdo!

—Perfecto. Así, ella estará segura. Esta noche, habrá muchas personas aquí, pendientes de lo que hace, pero también de lo que dice y lo que calla.

Gabrielle se quedó sin habla.

No quería ni imaginar qué sería de su reputación, ya dañada de por sí, si todo el mundo supiera lo ocurrido entre ella y Ram. Era espantoso saber que él podría usar esos momentos para manipularla si así lo deseaba.

Y reconfortante estar segura de que jamás haría algo así.

—Deberías dejar los secretos en su lugar, primo. Es donde más seguros se hallarán. —Los dos se giraron hacia Alice, que había hecho su aparición con un elegante vestido color champán, que añadía vistosidad y brillo a su mirada cuando la clavó en Ram—. Vaya… Hacía tiempo que no te veía tan atractivo. Desde luego, hay ciertas compañías que te benefician, y que ahora mismo lucen como estrellas en mitad de la noche, gracias a tu generosidad. ¿Qué te parece Gabrielle?

—Es… Está… Preciosa, sí.

El adusto Lexter se había quedado sin palabras en lo que a su aspecto se refería, pensó ella con regocijo. Pues bien, comprobaría hasta dónde llegaba su recién estrenado poder… con él.

—No logro asimilar tanta locuacidad, milord —se regodeó—. ¿Es esto lo que me espera esta noche? ¿O quizá Bastian consiga arrancarle alguna muestra más de… emoción?

—Solo estaba esperando a que yo apareciera en el momento adecuado. —En efecto, el rostro de Ram cambió cuando Thomas entró por la puerta principal, impecablemente vestido, pero con un gesto de gravedad que no disminuyó, a pesar de una sonrisa que se ensanchó cuando tomó en sus brazos a su esposa, ignorando las normas de comportamiento más elementales—. Decidme que llego a tiempo, y que esta criatura hermosa, como salida de un sueño, y el niño que la acompaña, son tan reales como la mujer de mi vida.

—Lo son, zalamero —respondió Alice, toda sonrojos, propinándole un golpecito en el pecho—. Gabrielle al fin ha decidido salir de su penoso arcoíris de colores lúgubres, y Bastian está empeñado en acompañarla, al menos por esta noche, ¿verdad, muchachito?

—¡Sí! ¡El conde me ha ordenado que no me separe de ella!

—Pues me alegro, porque me temo que voy a privaros de la compañía del conde durante unos minutos. —Con un carraspeo que

pretendía quitar hierro al asunto, Thomas se dirigió a su primo y le susurró al oído—: Tengo noticias acerca de la muerte de Reggie.

La muchacha contempló la transformación del escocés. Del deseo contenido, pasó a la más absoluta sorpresa.

—Alice, te pido por favor que me sustituyas con los invitados, si comienzan a llegar antes de que yo pueda atenderlos junto a la baronesa.

—¡Un momento! —El grito de Gabrielle dejó a Ram clavado en el sitio, cuando se disponía a seguir a su primo hasta su despacho para hablar con más tranquilidad. Tenía el ceño fruncido, las manos en las caderas y esa expresión de desafío que tanto le calentaba la sangre —. ¿Piensas marcharte así?

—Más tarde, te lo prometo.

—¡No puedes hacer eso! ¡Eres el anfitrión de la fiesta!

—¡Más tarde, por el amor de Dios! —Solo cuando vio que el niño lo miraba con extrañeza, se dio cuenta de lo brusco que había sido. De dos zancadas se encontró frente a ella, con sus enormes manos posadas sobre esos hombros que aparentaban fragilidad, pero que demostraban fortaleza—. Te prometo que cuando vuelva te explicaré todo. Ahora… Ahora te pido que te comportes como la perfecta baronesa. Hasta que yo vuelva.

—¿Y qué ocurrirá cuando vuelvas?

—Que disfrutaremos de la velada, ahuyentaremos rumores y estableceremos realidades —respondió, antes de rozar con sus labios su intrincado peinado y dejarla con Sebastian y Alice.

TREINTA Y DOS

—Han detenido a alguien por el asesinato de Reggie. Se encuentra en la celda del juzgado, pero dice que tiene una coartada, y no sé cuánto tiempo podrán mantenerlo encerrado.

Ram miró a Thomas atónito.

—¿Lo tienen antes que nosotros? —casi exclamó.

—Bueno, yo no cuento con sus medios, y tú tampoco. Digamos que nuestros métodos son más prácticos en algunas ocasiones, y más inocuos en otras.

—Está bien, no importa. —Mientras pensaba que enviaría a Willis a concertar una nueva reunión con Damien, le pidió a un lacayo su capa y se envolvió en ella, como si fuera un sombra siniestra—. He cambiado de planes con respecto a ti. Te quedarás con las mujeres.

—¿No te fías de sus dotes para dirigir una fiesta que, finalmente, ellas mismas han preparado?

El conde contuvo una sonrisa amarga al recordar lo difícil que le había resultado mantenerse alejado de Gabrielle, mientras ella accedía a todas las peticiones de Alice y Victoria por un lado, y era cortejada por Robert Ashworth por otro.

¡Ese petimetre solo sabía adularla, mientras intentaba ganarse sus favores a través de Sebastian! ¡*Dhia*, había sentido ganas de golpearle hasta dejarlo sin sentido, solo para alejarlo de ellos! ¡Pero los mantendría bajo una vigilancia más que estricta, con tal de evitar que ella cometiera una estupidez!

—Ah, que no te fías de ti mismo cuando regreses y la veas danzando en los brazos de ese caballerete que la pretende. —La afirmación de Thomas lo puso de peor humor aún—. Si lo que te preocupa es que pueda propasarse…

—¿Propasarse? Creo que se lo haría encima solo de pensar en las consecuencias de tocarla, con intenciones que no fueran honorables —refunfuñó—. En estos días, lo único que ha hecho ha sido inhalar rapé, intentando emular a los caballeros de alta cuna con los que cree que Gabrielle se codea. ¡Ni siquiera ver su sonrisa condescendiente le ha disuadido de hacer semejante ridículo! Como mucho, contiene las ganas de estornudar para mantener un mínimo de dignidad más que cuestionable…

—Si lo tienes en tan baja estima, ¿por qué permites que la corteje?

—Porque… —Ram sopesó solo un segundo la posibilidad de mostrarse brutalmente sincero con su primo—. Sospecho que sus intenciones tienen algo que ver con Reggie. No se hablaban desde hace años.

—¿Y aun así la echas a los leones? Creía que le habías tomado afecto. A ella y al niño.

—Demasiado afecto, para ser exactos.

—Al final, Alice va a tener razón. ¡Estás enamorado hasta las trancas! —exclamó Thomas, con una risa que lo enfureció.

—Eso nunca podrá ocurrir. Con ninguna mujer en general, y con la baronesa muy en particular.

Pero era incapaz de alejarse lo bastante como para no verla en días. Sus pensamientos solo convergían en ella. En cada detalle de su anatomía, en su forma de ser. En su olor, su apariencia, su sabor, el sonido de su voz e incluso sus gemidos contenidos en la poca intimidad que habían compartido.

Cuando la había visto bajando las escaleras, había tenido que cerrar los ojos ante el recuerdo de la ardiente pasión con la que había correspondido a sus atenciones, arqueándose debajo de él, con sus suaves brazos rodeándole el cuello con fuerza.

Todavía podía notar su sabor en la lengua, pero se negó a escuchar la voz de su instinto, diciéndole que ella le pertenecía.

No era así. Ni siquiera aunque le hubiera salvado la vida.

No importaba lo que ella sintiera por él.

Había jurado que la protegería, incluso de la bestia que él llevaba dentro.

Gabrielle no estaba a su alcance, y nunca lo estaría.

Las emociones que estaban naciendo en su interior, como brotes tiernos en una tierra helada, debían marchitarse.

Él no podía amar. Ni tampoco utilizarla para saciar sus instintos más básicos. Había sufrido demasiado como para herirla de esa manera.

—Te pido encarecidamente que seas mis ojos y mis oídos aquí mientras yo no estoy —dijo, con toda la templanza de que fue capaz. Tom asintió sin pensárselo—. Gracias, primo. Te prometo que te mantendré informado.

—Y yo a ti, milord… Y yo a ti.

◆ ◆ ◆

Cuando Ram llegó al lugar donde tenían retenido al presunto asesino de Reggie, el alma se le cayó a los pies.

Pese a que había acudido en un coche de alquiler para no levantar sospechas, sus ropas de calidad llamaron rápidamente la atención del detenido.

—He tenido suerte… Viene a visitarme un señoritingo. Debo de haber hecho algo muy bien —masculló, mostrando una hilera de dientes podridos con una sonrisa.

—O muy mal, estúpido. —El agente de Bow Street que vigilaba la reunión le dio una colleja en respuesta a su insolencia—. ¿Tengo que recordarte que también ha venido un sacerdote?

—¡Ese no cuenta! Es mi hermano.

El conde ni siquiera tomó asiento mientras contemplaba el ácido intercambio de comentarios entre ellos.

—No voy a perder el tiempo con semejante rata callejera, de modo que contesta a las preguntas que tengo para ti, y te dejaré tranquilo —dijo—. ¿Has oído hablar de Reginald Ashworth?

—¿Y quién no? Se lo cargaron no lejos de aquí. Todos lo saben, pero yo no lo hice. El cura que ha venido a verme… Es mi hermano. Y me sacará de aquí.

—Ya he escuchado suficiente.

Ram lo puso en pie tirando de su camisa raída y lo empotró contra la pared, pero el agente lo detuvo a tiempo de evitar que le dejara la cara marcada de por vida.

—¡Déjelo, milord! Él… dice la verdad. El sacerdote es su hermano. Y jura y perjura que la noche del asesinato del señor Ashworth, Ben, aquí presente, se hallaba con él en su casa. Al parecer, es el miembro díscolo de una familia muy trabajadora y humilde, que vive en este mismo barrio, no lejos de donde residía el señor Ashworth.

—Es posible. Pero antes…

Sin previo aviso, Ram rasgó la camisa del tal Ben de arriba abajo.

—¿Qué está haciendo? —preguntó el agente.

—Buscando algo. Un tatuaje de una flor de lis, para ser más exactos. —Dado que nadie dudaría de la palabra de un hombre de Dios, encontrarla en aquel cuerpo flacucho y mugriento era su última posibilidad. Pero al cabo de un minuto completo, desistió—. Maldición…

—No podremos retenerlo aquí más tiempo, milord. De hecho, ya tendría que estar de regreso en el hogar del sacerdote. Ben es más joven de lo que parece, y él se encarga de su custodia.

—Con escaso resultado, por lo que puedo comprobar. —Se alisó el traje y le lanzó una mirada torva—. Deberías hacer más caso a tu hermano, muchacho. De lo contrario, un día de estos no podrá salvarte el pellejo y acabarás en Newgate.

Estaba demasiado cansado para lidiar con lo que le esperaba en Cover Hill cuando volvió al coche de alquiler para abandonar la tristeza que imperaba en aquel barrio de mala muerte. La gente vivía allí sumida en una constante penumbra, debido a la proximidad de los edificios. Las ventanas rotas representaban las vidas de todos aquellos que, sencillamente, se habían rendido.

Como él con Gabrielle.

El coronel condecorado por su bravura en el campo de batalla, vencido por una moza desafiante que lo mantenía en un constante estado de alerta.

Con demasiados frentes abiertos que tenían que ver con ella.

—Eres un miserable, Ramsay McKnight —se insultó a sí mismo con amargura—. Solo reza para que puedas unirte a tu estúpida fiesta sin hacer un ridículo que la perjudicaría todavía más que tú.

Para cuando llegó a casa y entregó capa y guantes al lacayo, el coro armonioso de risas, voces de todo tipo y música, combinado con las luces que iluminaban cada rincón, ayudó a tranquilizarlo.

Gabrielle. Ese era ahora su objetivo. Sobre todo, cuando vio cómo Rossie se llevaba a Sebastian a la planta de arriba, en medio de todo tipo de protestas que crecieron en cuanto el niño lo vio.

—¡Milord, no quiero irme a la cama! —casi suplicó entre lágrimas —. ¡Pero madre me lo ha ordenado!

—Si tu madre te lo ha ordenado, debes obedecer, jovencito. — Con una sonrisilla, llegó hasta donde Rossie seguía batallando con el niño—. No te preocupes. Yo te relevaré de ahora en adelante en lo que respecta a su vigilancia, ¿de acuerdo?

—¡Pero Robert está bailando con ella! ¡Y quería bailar yo!

—Aún eres muy joven para eso. Cuando te conviertas en un hombre, serán tan ducho en el arte de la danza como con las armas. Yo me encargaré.

Aquellas palabras parecieron calmarlo, al menos lo suficiente como para que recorriera el resto del camino con relativa docilidad. Pero en cuanto lo perdió de vista, el gesto afable de Ram se convirtió en uno que avecinaba la peor de las tormentas.

Se había perdido la cena. Las parejas danzaban al son de la música, ocupando prácticamente todo el salón. Divisó a Jacob, que bailaba con la que suponía, era su esposa Melora. Un poco más allá, dos muchachitas algo retraídas, y bastante vulgares, que dedujo serían sus hijas por el parecido físico, los observaban con envidia.

No obstante, solo una mujer consiguió hacerle contener el aliento.

En sus oídos resonaba el retumbar de su corazón cuando la vio, bailando con Robert.

Deseaba interrumpir aquel estúpido baile. Sentir su piel sedosa bajo las yemas de los dedos. Explorar su voluptuoso y joven cuerpo con las manos, con los labios. Conseguir que el pulso se le desbocara.

Por un momento se justificó pensando que no existía un solo hombre capaz de contemplarla sin que despertase su deseo, pero había algo más, algo extraño para él. Una necesidad más profunda…

Cuando los pasos del baile la llevaron a girarse, con el brazo extendido y la mano, cubierta por un largo guante, unida a la de su pareja, Ram reparó en su expresión preocupada, abatida y ausente.

Y supo que había llegado el momento de intervenir.

TREINTA Y TRES

McKnight no había llegado aún.

Y tanto Thomas como Alice se hallaban enfrascados en una conversación de lo más entretenida con Victoria y Cliff, ajenos a su desazón.

Ya le había parecido una eternidad la dichosa cena, teniendo que fingir complacencia cuando Melora llegó del brazo de su tío Jacob, seguidos por Charlotte y Mathilda, sus primas.

—Tres urracas envidiosas, eso es lo que son —farfulló para sí.

Por desgracia, el fino oído de Rob pareció captar algo, puesto que se giró hacia ella, con la copa de champán en la mano y el ceño fruncido.

—¿Decías algo?

—Oh… sí. Que este pequeño que tengo al lado hace rato que está bostezando —se apresuró a añadir, agachándose junto a él para estamparle un sonoro beso en la mejilla—. Cielo, te has portado como un campeón, pero me temo que ya es demasiado tarde para ti.

—¡Pero me he comido todo lo que me pusieron en el plato, como tú me pediste! —se quejó el niño—. ¡Y milord todavía no ha vuelto!

—De eso nos hemos dado cuenta todos, chico.

—Robert, eso suena a reproche sin fundamento. Lord Lexter tuvo que salir urgentemente, ya lo explicamos al inicio de la fiesta. Pero estará aquí antes de que esta termine.

—¿Cómo puedes asegurarlo con tanta confianza?

—En el tiempo que Bastian y yo llevamos viviendo aquí, nunca ha faltado a sus promesas.

—¿Te prometió acaso que cumpliría con su función de administrador de la baronía? Porque es de dominio público que la servidumbre está tan perdida desde que os marchasteis, como los campesinos y el resto del personal.

Gabrielle apretó los puños.

—La situación de la baronía ya era precaria mucho antes de que apareciera el conde. Incluso antes de que mi esposo muriera. Mi administrador ha efectuado acciones diligentes, encaminadas a que, poco a poco, recupere su antiguo esplendor —aclaró, enfatizando la última palabra con la más candorosa de sus sonrisas—. Pensaba que aspirabas a mi mano por mí y por mi hijo… solamente.

Ella aceptó el encogimiento de hombros de Rob por toda respuesta. Lo cierto era que el amor no tenía nada que ver con aquel cortejo, pero le parecía un buen hombre, dominado por su padre y Melora, como si estos fueran tiburones y él, un pobre pececillo.

Había despertado su compasión. Su simpatía, incluso, cuando conoció al resto de la familia. Pero no cedería al matrimonio.

—¿Estoy viendo niños por aquí a estas horas? —Los tres se giraron cuando escucharon a Tom, que revolvió el pelo de Bastian con su sempiterna sonrisa—. Jovencito, me parece que deberías estar ya en la cama.

—Pfff… dice lo mismo que madre.

—Tu madre tiene que atender a los invitados hasta que milord vuelva, y no podrá desenvolverse bien contigo pegado a sus faldas, muchacho. Por cierto, Ashworth, creo que su padre le estaba buscando… por allí.

La joven contuvo la risa cuando vio cómo el rostro apuesto de Rob se crispaba, mientras miraba hacia donde Tom le indicaba.

—No lo veo —masculló.

—Quizá haya salido fuera a tomar el aire mientras se encuentran. Iba con su madrastra, puesto que sus hermanas están acompañadas por mi Alice. ¿Las ve a ellas?

—Sí. A ellas sí.

—Entonces, debería moverse un poco más si pretende divisar al resto, y no enfurecer a Jacob. —A regañadientes, Rob terminó

desapareciendo casi al mismo tiempo que Bastian, arrastrado por la criada, después de despedirse de su madre—. ¡Oh, por todos los Santos! ¡Pensé que nunca te librarías de él!

—¿Y por qué querría hacer algo así? Tu primo lo ha elegido para mí —replicó, tuteándole. Había pasado tiempo suficiente con Alice como para llegar a ese tipo de confianzas con su marido. Un hombre tan cercano como huraño se mostraba el conde.

—Últimamente, mi primo no sabe lo que le conviene. Tu pretendiente no tardará en volver, aunque espero haber aprovechado mi tiempo para entonces. —Le guiñó un ojo y tomó dos copas de la bandeja que un criado, vestido con librea, llevaba entre los invitados. Cuando le dio una a ella, las hizo chocar en un brindis —. Por las decisiones equivocadas, y los hombres atormentados.

—¿Intuyo que ambos defectos pertenecen a la misma persona?

—A esa que, ahora mismo, se encuentra intentando dilucidar si el ratero al que han apresado en el barrio de tu tío Reggie, es su asesino. —Gabrielle abrió la boca, al mismo tiempo que sentía cómo palidecía—. Sí, querida. Sin duda, una razón de peso para dejaros solos.

—No estamos solos. Os tenemos a vosotros. Y a los duques de Knox.

—Para Ram, cualquier otra alternativa que no lo incluya a él es soledad. —Tom bebió un pequeño sorbo con aire aparentemente distraído—. En realidad, vengo a romper una lanza en su favor. Podría haber delegado en mí, pero considera la muerte de Reggie como algo personal. No hubiera tolerado que yo tomara decisiones en ese aspecto por él.

—Él y tú sois uña y carne, no me sorprende.

—Pues debería. No suelo hacer esto con ninguna de sus conquistas. Y eso que ya no recuerdo cuándo me presentó a la última. Cualquiera que sea amiga de Alice, es amiga mía. Y mi esposa te ha acogido bajo su seno en cuestión de horas.

—Que se lleve bien con mi cuñada ha ayudado, la verdad.

—Lo cierto es que me caíste bien desde aquella primera noche, cuando mi primo te curó la mano.

—¡¿Estabas allí?!

—Calla, insensata. O todos se enterarán. —Tom la llevó hasta un rincón, libre de miradas demasiado indiscretas—. Te vi, sí. Una muchacha con agallas, que resultó ser mucho más de lo que aparentaba. ¿Cómo no ibas a volver loco al adusto conde de Lexter? A partir de ese día, mi primo no ha dado ni una a derechas. Y el colofón ha sido su comportamiento de las últimas semanas.

—¿También estás al tanto de eso?

—*Chèrie*, Alice es discreta con todos... excepto conmigo. Y me alegro, porque eso me ha permitido un trato cercano contigo, que pienso aprovechar. Si, aquí mismo. Si nos marchamos, puedes estar segura de que daríamos mucho más que hablar. Ram se enfurecería.

—Últimamente, Ram se enfurece por todo.

—Puede que parezca un hombre duro e inflexible, pero te aseguro que es todo corazón... Y yo vi cómo ese corazón se partía en la guerra. Vi cómo después se refugiaba de su dolor en la apatía, como si fuera el capitán de una banda de mercenarios. Intenté que no perdiera su lado humano, su fina capa de civilización. Intenté razonar con él, pero se ofendió. Para él era más fácil cumplir su cometido si se volvía insensible a todo. Y se le daba bien. Por Dios, se le sigue dando bien. Ha nacido para ello, ¿sabes? Es valiente, pero también malo como el mismísimo demonio. Sobre todo, cuando la confusión gana la batalla en su cabeza.

—¿Confusión en su cabeza? ¿De qué estás hablando?

—Su mente quedó dañada tras la guerra. Sufre de episodios esporádicos de, digamos, ausencia. Cuando algo lo desencadena, y sin previo aviso, pierde la noción de la realidad, o la confunde con sus vivencias.

Gabrielle asintió muy lentamente, recordando la colina donde acabó con los asaltantes. El modo en que la atacó aquella noche, como si en realidad no la reconociera…

—Cielo santo, no me reconocía —murmuró, abrumada.

—¿Él no te ha hablado de nada de esto? ¿Ni siquiera te lo ha insinuado? —Thomas parecía tan atónito como ella cuando la vio negar con la cabeza—. Bueno, entonces no puedo decir que me arrepienta de habértelo desvelado. Está claro que no le resultas

indiferente, pero deberías saber a qué atenerte. Aunque tenga que escapar de él cuando quiera arrancarme la lengua.

—No importa… —Se sentía adormilada. Incapaz de reaccionar como se esperaría de la correcta baronesa que aquella noche ejercía de anfitriona—. Thomas… ¿Y qué ocurre cuando pierde esa batalla de la que me has hablado antes?

—En esas raras ocasiones, es porque la congoja ocupa su lugar, *chèrie*. En ese caso, Ram siempre se ha consolado con mi presencia y la de Alice. Pero desde que está aquí, otra persona parece ser el objeto de su tranquilidad. —La miró de un modo tan elocuente que ella se ruborizó—. Aun así, los episodios violentos siguen produciéndose.

—He tenido oportunidad de comprobarlo.

—Lo que ocurrió en la guerra lo marcó. En la batalla, yo fui herido en una pierna. Eso provocó mi retirada, pero Ram se quedó. Por eso me siento culpable. Él empeoró después de que yo me marchara. Durante un tiempo, no nos hablamos. Convendrás conmigo en que se le da bien excluir a las personas. Sobre todo, a las que le quieren.

—No puedo estar más de acuerdo.

Ni ella, ni su corazón. Ese que había comenzado a galopar ante la naturaleza de esas revelaciones.

Bebió el resto de la copa de un trago, y miró a Thomas.

—Es un hombre demasiado sumido en su oscuridad. Una oscuridad que ahora empiezo a comprender, gracias a ti —afirmó, con la voz estrangulada por la emoción—. Todas las veces que lo he considerado una bestia salvaje…

—Lo es. No te confundas, ni te confíes. Pero como tal, está dispuesto a llegar a donde haga falta para proteger a los suyos. Y tanto tú como tu hijo ostentáis ese dudoso privilegio.

No era dudoso. Era real. Le llenaba el pecho de un inexplicable orgullo. Lograba que la sangre le corriera a más velocidad por las venas. Que la respiración se le acelerara y los dedos le hormigueaban por la necesidad de tocarlo. De abrazarlo. De besarlo.

En ese mismo instante.

—Thomas, él…

—Puede llevar su protección demasiado lejos, si no se le ponen límites. Unos que vengan de una mujer con sus propias cicatrices. Que comprenda, pero a la que la vida la haya endurecido lo bastante como para manejarse con un hombre como él.

—Una mujer como yo.

Thomas asintió, con los ojos brillantes por la emoción.

—Tú eres una luchadora, Gabrielle —le dijo con expresión grave —. Lucha por traer a mi primo de vuelta con nosotros. Olvídate de la virtud, del refinamiento, incluso de los términos de vuestra convivencia, sean los que sean. En esta batalla, tu coraje es lo único que medirá tu valía.

La estaba empujando sin miramientos hacia el conde.

Le estaba rogando, exigiendo, que diera rienda suelta a lo que sentía por Ram, a pesar de esas dos semanas de silencio infernal por parte de él. Pero ahora…

—No he conseguido encontrar a mi padre, y me encanta esta pieza. ¿Me harías el honor de bailarla conmigo, Gabbie?

La voz melosa de Rob, y su mano sosteniendo la de ella, la sacaron de su sopor. Con un ligero asentimiento, lo acompañó al centro de la pista de baile, pero sus ojos no se apartaron de los de Tom, con un mensaje implícito en ellos:

«Prometo que no lo dejaré solo».

TREINTA Y CUATRO

Gabrielle lucía esa expresión preocupada por él.

Ram se abrió paso entre los invitados, deteniéndose lo justo para saludar y responder a las indiscretas preguntas con cortesía. Prefirió fingir que no veía a Alice, conversando alegremente con Victoria, mientras el duque de Knox hacía lo propio con Tom y un grupo selecto de nobles.

En ese momento, su único objetivo era ella que danzaba con suavidad por la pista, llevada magistralmente por su pretendiente.

—Baronesa, ha hecho un trabajo espléndido como anfitriona. No he dejado de recibir alabanzas hacia usted en mi camino hasta aquí. Ashworth —saludó, cuando llegó hasta ellos y la pieza musical terminó.

—Milord, me alegra verlo al fin. Pensábamos que le había ocurrido algo grave —respondió Robert, con un respeto que, para su desgracia, parecía genuino.

—Ahora mismo, muy pocas cosas serían tan graves como para mantenerme alejado de mis… responsabilidades.

Al escuchar la voz de Ram a su espalda, una sensación de alivio inmediato invadió a Gabrielle. Sintió su presencia tras ella, y la tensión de su cuerpo. Listo para pelear. Pero antes de que pudiera preocuparse por un posible altercado en mitad del baile, el conde cambió de táctica.

Se acercó hasta que sus cuerpos se tocaron, y después se inclinó sobre ella en actitud protectora, con una mano en su cintura y los dedos de la otra, entrelazados con los de ella. Acariciándole la sien con la boca, como su más devoto amante, sostuvo la mirada de Robert con los ojos entornados y una expresión peligrosa.

—Una dama joven, o viuda, no puede bailar tres veces con el mismo caballero en una sola noche —murmuró—. ¿Puedo suponer que ya habéis alcanzado esa cifra?

—Lo cierto es que no. He estado demasiado ocupada atendiendo a los invitados en su nombre, y conversando con los miembros de su familia, como para bailar tanto tiempo seguido. Pero no se preocupe por mí, milord. Es mi pretendiente y estamos a la vista de todo el mundo. Mi reputación está a salvo.

—La mía no. —Con una levísima sonrisa, se inclinó hacia ella en una reverencia—. ¿Me concede este baile? Seguro que a Robert no le importará compartirla conmigo durante unos minutos.

Ram personificaba el peligro en estado puro. Sobre todo para el pobre Robert, que contemplaba la escena, mucho más confundido que ella.

—De acuerdo —asintió, extendiendo una mano que el escocés se apresuró a atrapar entre las suyas, antes de mezclarse con las demás parejas—. Quizá así me expliques por qué me has ocultado el motivo de tu ausencia, la razón por la que cierta noche casi me estrangulas, o simplemente eso que te ha llevado de aprobar todo lo que hace Rob para conquistarme, a rechazarlo como si fueras un ciervo en celo. Comienzo a cansarme de tutearnos en la intimidad, mientras guardamos las formas en público.

—Yo también. —Ella se estremeció al sentir el cosquilleo del aliento masculino cerca de su oreja, al mismo tiempo que la música comenzaba a sonar de nuevo, y ellos, a bailar a su son—. No voy a rasgarme las vestiduras por todo lo que acabas de arrojarme a la cara con tanto descaro, *mo bhreugaire beag.* Te prometí explicaciones, y estoy dispuesto a dártelas. Pero antes… ¿Ha sido Thomas?

—No te enfades con él. Lo hizo con la mejor intención, pensando que tú ya te habías sincerado conmigo.

—He cometido un error. Lo reconozco —siseó de mala gana ante el rostro angelical y sereno que lo contemplaba—. Pero solo yo tengo derecho a hablar de mi vida.

—¿Y hacerme vieja esperando a que te decidas? No, gracias, milord. Últimamente he descubierto que no es mala idea aprovechar

cada segundo en otros menesteres mucho más entretenidos.

El conde parpadeó confuso.

¿Dónde se había escondido la fierecilla que había esperado encontrar a su vuelta? ¿Estaba flirteando con él, después de bailar con el pretendiente que él mismo había aprobado para ella?

Dhia! No podía apartar los ojos de aquellos dos zafiros que lo observaban sin perder detalle. El aroma tan característico de Gabrielle invadió sus sentidos, y las curvas voluptuosas de su cuerpo parecieron apretarse más contra él. Todo su ser reaccionó al mismo tiempo al estímulo de forma abrumadora. Irresistible. Casi imparable.

De repente, solo tenía ganas de sacarla de allí y consumar aquello que comenzaron sobre la mesa del despacho del barón.

En cambio, inspiró hondo y exhibió una sonrisa convincente.

—Si Thomas ha sido sincero, a estas alturas conocerás la razón que me llevó lejos de aquí —comenzó, haciéndola girar vertiginosamente.

—Reggie.

—Una falsa alarma. O eso ha parecido. El detenido tenía una coartada lo bastante sólida como para descartarlo… por el momento. Respecto a lo otro, quizá deberíamos hablarlo en un entorno más íntimo.

—¿Te refieres a ese trastorno que te lleva a atacar a quien tienes al lado, ignorando que lo estás haciendo?

—A eso mismo. —Ram sintió cómo palidecía. Intentó tirar de ella fuera de la pista de baile, pero Gabrielle continuó con la danza como si nada—. Por favor, este no es lugar…

—Es un lugar tan bueno como cualquier otro, Thomas me lo contó aquí. ¿Por qué tú no? Estate tranquilo, escocés. No voy a seguir compartiendo techo con un hombre que me oculta algo así adrede.

Parecía un remanso de paz. Pero bajo sus manos, él pudo notar cómo todo su cuerpo se ponía en tensión.

—No te lo oculté adrede —murmuró con un suspiro de derrota—. Pero ya que pareces conocer los detalles, convendrás conmigo en que no es algo que sea fácil de abordar.

—Y menos delante de una mujer que ha pasado lo suyo, que no es una inocente debutante. Por la que te sientes atraído, pero obligado a proteger, y cuya reacción temes más que a una tormenta. Pues bien, milord, ya ves que no he montado ninguna escena en público, ni pienso hacerlo en privado. No es necesario que me entregues en sacrificio a un joven al que he llegado a apreciar de verdad, para después lanzarte a su cuello como si estuvieras… celoso.

Era la segunda vez que lo acusaba de lo mismo.

Pero en aquella ocasión, hablaba con tristeza. Casi con amargura.

—¿Es Robert el causante de tu desazón? —Las palabras salieron por su boca sin que pudiera detenerlas, haciéndolo parecer un completo desquiciado… por ella—. La respuesta es sí.

—¿A qué pregunta, aparte de la impertinencia que acabas de soltar?

—A la que te estás haciendo en silencio. No me gusta nada verlo revolotear a tu alrededor como un moscón, por mucho que yo lo haya permitido. Dime, ¿ha estado tan cerca de ti como lo estoy yo ahora? —le susurró al oído.

—Supongo que sí.

—¿Quería besarte?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? —Se detuvo en mitad de la pista, con su brazo rodeando la cintura femenina y una mirada exigente—. ¿Y tú? ¿Querías besarlo? Aunque a lo mejor tampoco lo sabes. —Él sí que quería besarla, pensó con tristeza—. ¿Sabes una cosa? Puedo preguntárselo. Sí, eso haré.

—¡No, espera! ¡No puedes hacer eso!

—¿Por qué? Es tu pretendiente y yo le he dado el visto bueno. A no ser... —Oh, bien. La baronesa acababa de perder los nervios, y él… solo alzó una ceja, victorioso—. A no ser que vuelvas a repetir mi nombre como aquella noche. En ese caso, me olvidaré de todo…

En ese momento, aprovechando que la pieza de música había terminado, alguien descorchó una botella de champán.

El tapón saltó, emitiendo un sonido similar al de un disparo.

Gabrielle vio cómo Ram se quedaba paralizado y se daba la vuelta en mitad del baile, escudriñando a la multitud. Se rozaba el costado con la mano, como si quisiera empuñar una espada que, por fortuna, no llevaba encima.

—¿Milord? —exclamó ella con inquietud, por encima de la música que volvía a sonar.

Cuando Ram se giró de nuevo hacia ella, estaba pálido, con una expresión severa y una mirada que se hallaba a millas de allí. Era la misma mirada salvaje que ella había visto en sus ojos la noche que había estado a punto de ahogarla.

Y en ese momento, comprendió que nada de lo que Thomas le había contado la había preparado para lo que estaba viendo.

El baile prosiguió, pero se volvió caótico con el conde allí parado, tan cerca de ella y a la vez tan lejos, como si estuviera perdido. A unos pasos de distancia, Thomas y Alice lo observaban con el ceño fruncido.

Pero solo ella estaba en disposición de hacer algo al respecto.

Sintió la impotencia martilleando en sus oídos. La gente comenzaba a mirarlo. Si no hacía algo pronto, saldría humillado.

—¡Ay! —exclamó, llevándose la mano al tobillo. Su grito desplazó la atención de los asistentes de Ram a ella—. ¡Me he torcido el tobillo! ¡Soy una torpe!

«Por Dios, que dé resultado. Que él comprenda…».

Él se giró en redondo, con la mirada perdida. Hasta que la clavó en ella.

Y entonces, pareció regresar el hombre que había empezado a conocer. Ese que pretendía conservar a su lado. El que se proponía rescatar de su propia oscuridad, a costa de lo que fuera.

Por el rabillo del ojo, vio que Robert se acercaba solícito, pero Thomas lo interceptó, seguramente con alguna triquiñuela de las suyas, para evitar interferencias.

Con una leve inclinación de cabeza para agradecérselo, fingió cojear hasta que pudo colgarse del cuello de Ram con absoluta desvergüenza.

—Muchacha, no deberías comportarte así —le advirtió él con voz ronca.

—Hace mucho tiempo que no hago lo que debería, escocés —le respondió ella en el mismo tono—. ¡Ay, milord, necesito de su ayuda! ¿Va a negármela? —exclamó, lo bastante alto como para captar de nuevo la atención de los invitados que les rodeaban.

—Por supuesto que no… *milady*.

A regañadientes, la cogió en brazos y la sacó de allí, deshaciéndose en excusas por el camino. Ella pensó que se detendría en el pequeño sillón ubicado en un rincón del recibidor, pero para su absoluta sorpresa, la llevó escaleras arriba.

—¿A dónde vamos?

—Me contentaré con dejarte en tu cuarto, para avisar a Willis. Él podrá atenderte ese tobillo, bajo la supervisión de la duquesa de Knox, a quien pienso avisar para evitar destrozar tu reputación, mucho más de lo que tú misma has intentado hacer, vete a saber por qué.

—En cuanto me dejes en el suelo, lo sabrás.

Ram así lo hizo, ya en sus dependencias. Entornó la puerta y se apoyó en ella, con los brazos cruzados, guardando las distancias.

—¿Y bien? —aventuró.

—He visto lo que te ha ocurrido cuando el tapón de la botella saltó por los aires. La misma transformación de aquella noche, en la colina, o aquí mismo —explicó Gabrielle, señalando su cama—. De alguna manera, ese sonido fue el detonante para que tu mente se ausentara del lugar que ocupaba tu cuerpo. De un momento a otro, ya no estabas allí, con nosotros. Conmigo. Recordé lo que me dijo Tom acerca del tema, e hice lo primero que se me ocurrió para rescatarte del lugar en el que te encontrabas…

—¿Quieres decir que no te has torcido el tobillo?

—Tengo unos tobillos bastante fuertes.

Él soltó un bufido exasperado y se paseó de un lado a otro, conteniéndose, hasta que finalmente, dejó caer los hombros.

—Podría dedicar las siguientes horas a explicarte que acabas de añadir un poco más de fango a tu ya controvertida reputación. Podría incluso ponerte sobre mis rodillas y darte una azotaina. Pero no voy a hacerlo… de momento. —Un destello intenso iluminó su

mirada profunda cuando la clavó en ella, hasta hacerla temblar de pies a cabeza—. En cambio… voy a darte las gracias.

—De nada. Estoy aquí por ti. Todo saldrá bien.

—Te equivocas —respondió él, pasándose la mano por el pelo—. Me estoy volviendo loco, por si no te has dado cuenta.

Ella chascó la lengua, pero comenzó a acariciarle el antebrazo con persuasión y ternura, hasta que sintió bajo sus dedos cómo la tensión comenzaba a ceder.

—No permitiré que pierdas el juicio.

Ignoraba si fueron sus palabras, la situación de parcial intimidad de la que, de pronto, se encontraban disfrutando, o el miedo a perder el control, pero el conde se apartó de ella como si le hubiera aplicado un hierro al rojo vivo.

—¡Para de una maldita vez! —exclamó, lívido—. ¡Deja de tocarme!

—Yo solo…

—¡Intentas seducirme! ¡Constantemente! ¡Aunque lo hagas sin darte cuenta! Y a mí… ¡A mí me resulta cada vez más difícil resistirme! —Respiraba entrecortadamente cuando cambió su expresión fiera por otra de absoluta angustia—. Acepta a Robert. O a cualquier otro, si él no te complace. Aún estás a tiempo de alejarte de mí. Ahora, voy a avisar a *lady* Victoria. Es la única que puede remendar el pequeño desaguisado que acabamos de protagonizar.

Se dirigió a la puerta arrastrando los pies, como si fuera un condenado a punto de subir al patíbulo, pero Gabrielle no estaba dispuesta a dejarse amedrentar.

A dejarlo marchar de esa manera.

—Por favor, no avises a Victoria todavía… Ramsay.

El sonido de su nombre pareció suficiente para detenerlo, aunque seguía dándole la espalda.

—Dame una buena razón —murmuró.

—Pienso rechazar a todos esos pretendientes, así tenga una lista infinita de ellos. —Poco a poco, él se giró hacia ella, con el ceño fruncido y la respiración contenida—. Solo quiero que me concedas un minuto de tu tiempo. Después, podrás acusarme de lo que te plazca.

—¿Por qué tengo la inquietante sensación de que cometeré la mayor estupidez de mi vida si te escucho?

—Quizá porque tú eres una parte casi imprescindible de lo que vas a escuchar. —Se llenó el pecho de aire, y levantó la barbilla con valentía—. Ramsay McKnight, conde de Lexter, yo ya he elegido al candidato idóneo. El único que me interesa eres tú. Quiero que te cases conmigo.

TREINTA Y CINCO

—Si lo piensas fríamente, el trato podría beneficiarnos a los dos.

Él se había quedado mudo de asombro, como si el aire le faltase.

En otras circunstancias, incluso se habría reído de lo absurdo de la situación.

Pero no era el caso. El caso era, sencillamente, que aquella mujer estaba muy lejos de bromear con lo que acababa de pedir.

—Un matrimonio solo de apariencia —aclaró ella, en vista de que él continuaba callado—. Que me permitiría conservar mi libertad, y a ti la tuya.

—Un sacrificio muy noble por parte de ambos, desde luego —murmuró cuando consiguió recuperar el habla.

—No pretendo ser una víctima.

—Me alegro, porque ese papel no te pega en absoluto.

—¡Oh, por el amor de Dios! ¡Estoy hablando en serio!

—Y yo.

—En realidad, no lo has considerado desde mi punto de vista.

Gabrielle se mordió el labio inferior, indecisa, y Ram sintió un tirón en su entrepierna que casaba muy poco con ese trato que ella pretendía establecer.

Absurdo. Ridículo. Sin ninguna razón de ser.

Y, sin embargo, no lograba hallar en su cabeza un argumento de suficiente peso como para negarse en redondo, como a esas alturas ya debería haber hecho.

—Sé que nuestra relación siempre ha distado mucho de mantener las formas, pero ambos hemos logrado contener nuestros… —siguió

explicando ella, eludiendo su mirada para pasearse de un lado a otro de la estancia.

—... instintos sexuales, muchacha. Si vamos a tratar este tema sin tapujos, será mejor que comencemos llamando a las cosas por su nombre.

—De acuerdo. Lo acepto. Pero si lo piensas bien, ambos salimos ganando. Yo, la seguridad que me estás ofreciendo, bajo el paraguas de la respetabilidad que el matrimonio me otorgaría a mí y a Bastian, además de un respiro económico que, por supuesto, te devolvería en cuanto tuviera oportunidad.

—¿Y yo? —Estaba tan pasmado por lo que escuchaba, que solo pudo sujetarla con firmeza por los hombros—. Mírame. No voy a consentir que intentes llevarme a tu terreno sin ni siquiera mirarme. Así está mejor —concedió cuando ella decidió obedecerlo—. ¿Qué gano yo, además de una frustración constante por esa barrera del matrimonio de conveniencia, que tú acabas de imponer sin contar conmigo?

—Una… compañera. Una mujer que ha pasado su propio infierno, que tiene sus propios demonios alojados en su mente. Una persona que ha entendido lo que te ocurre desde el principio, que no se ha escandalizado y que está dispuesta a ayudarte.

—Nadie puede ayudarme.

—No si tú no lo permites. —Durante un minuto completo, ambos permanecieron en una silenciosa guerra de voluntades, embelesados por la mirada del otro. A punto de enviar a paseo cualquier clase de cordura y prudencia, para llevar a cabo aquel mero trámite que les permitiera dar rienda suelta a sus respectivos deseos sin ataduras. Pero Gabrielle pareció recobrar un mínimo de sentido común—. Deberías considerarlo, si no desde mi punto de vista, sí desde otro completamente objetivo.

—¿Y ese es…?

—La naturaleza humana, milord. ¿Cuál es la fuente de nuestro problema común? Las habladurías de la sociedad, que no han cesado desde que ambos hemos hecho nuestra reaparición en ella. ¿Y qué es lo que ansían los chismosos? Un drama. Pues démosles

uno. Te aseguro que se sentirán tan intrigados que se olvidarán de todo lo que nos precede.

—¿Y cómo, según tú, vamos a hacer tal cosa?

—Cambiando la historia de escándalos que tienen preconcebida, por un romance.

Si Ram pensaba que ya no podía sorprenderlo más, acababa de darse cuenta de lo equivocado que estaba.

Del pánico que sentía.

De la sensación de vértigo que le provocaba aquel sudor frío, aquella confusión.

Incapaz de gobernar los dictados de su cuerpo, pensó en una única salida para disuadirla de sus propósitos: el dolor.

—Nunca estaría bien visto un enlace entre nosotros. Provenimos de mundos muy diferentes —comenzó diciendo, a pesar de que cada palabra le abrasaba en la garganta—. Mi título proviene de herencia de sangre. El tuyo, de un matrimonio con un aristócrata. De no haberse dado tal circunstancia, seguirías siendo bastarda.

Se sintió el ser más miserable sobre la faz de la tierra cuando comprobó los estragos de su ataque en el precioso rostro femenino. Ella dio un paso atrás, incrédula, sin dejar de mirarlo. Pero en contra de lo que él esperó, no lo echó con cajas destempladas, ni se deshizo en lágrimas o en insultos hacia su persona. Decidió comportarse como la baronesa que sin duda era. Levantó la cabeza con un ramalazo de orgullo, reflejado en sus ojos celestes, y sacudió la cabeza.

—No lo vas a conseguir —aseguró con convicción—. No vas a alejarme de tu lado con esas patrañas crueles.

—Fuiste concebida fuera del matrimonio. Y por si eso fuera poco, mi rango actual de conde, y miembro de la Cámara de los lores, es superior al tuyo, una simple… baronesa.

—Mentira. Mentira. Mentira. —Conforme iba repitiendo la infame palabra, Gabrielle fue avanzando y él, retrocediendo, hasta chocar con la puerta entreabierta—. Mentira, mentira, mentira…

—¡Calla, mujer!

—¿Te ofende la verdad? ¿O es que no eres tan hombre como otros piensan, y prefieres verme en brazos de cualquiera antes que

en los tuyos? ¿Tan perverso te crees, escocés?

—Entre tú y yo nunca ha habido amor —siseó, en un último intento por alejarla de él. Ya habría tiempo de lamerse las heridas—. Solo deseo, *mo bhreugaire beag.* Pasión insatisfecha, que nunca podrá ser saciada.

—¿Por qué?

—¡Porque no tienes ni la menor idea de lo que me estás pidiendo!

Un rugido demoledor se adueñó de la estancia. Gabrielle retrocedió, al mismo tiempo que él la acorralaba contra la pared más cercana. Sus ojos grises habían adquirido un turbio color negro, como dos simas sin final, portadoras del salvajismo más primitivo. Otra en su lugar hubiera huido despavorida ante el hombre enloquecido que acercaba su rostro al de ella. Con las facciones desencajadas, los dientes apretados a la vista, parecía una bestia salida del Averno… De no ser por la angustia que le transmitió con una simple y contundente mirada, mientras la mantenía pegada a la pared, con aquellas enormes manos clavadas en sus sensibles hombros.

—Te destrozaría para siempre —le advirtió con voz ronca—. Lo que has pasado junto a tu marido muerto sería una minucia en comparación a lo que padecerías conmigo.

—Pienso correr el riesgo.

—Nunca te entregaría mi corazón, ni mi alma. Solo verías de mí lo que yo querría mostrarte. Sería cruel, incluso inmoral —prosiguió, acercando más la boca a la de ella, hasta que solo los separó medio suspiro—. Sería implacable. No tendría misericordia de ti, en ninguna circunstancia.

—Pienso… correr el riesgo.

—¡Maldición! —El golpe del puño contra la pared, junto a su oreja, le provocó un respingo—. No vas a desistir ante nada, ¿verdad?

—Al fin lo has comprendido.

Ram la presionó más contra la pared, pero ella no se asustó. Cada poro de su piel reaccionó a esa actitud agresiva como si no solo aceptara el desafío, sino que lo superara. En un arrebato, elevó su mano hasta abarcar con ella la mejilla masculina.

Los ojos grises se abrieron por la sorpresa, pero él no se apartó.

Solo permaneció allí, con los párpados entrecerrados. Disfrutando del contacto. Dejando que sus efectos demoledores penetraran hasta cada rincón de su ser. Inspiró hondo, hasta que la fragancia única de aquella maldita mujer se le incrustó en la mente, en el corazón y el alma. Y después, se abalanzó sobre aquellos labios entreabiertos, aceptando su invitación, y los absorbió en un beso intenso, profundo, que no admitía otra respuesta distinta de la rendición total.

Gabrielle le correspondió con un gemido que lo decía todo. Se colgó de su cuello y adelantó el cuerpo hasta que prácticamente se fundió con el del conde. ¡Dios de los cielos, cuánto había anhelado aquellas atenciones incendiarias! ¡Cuánto había echado de menos esos asaltos sin paliativos que la hacían arder por dentro!

—*Dhia*… ¿Es que acaso no me temes?

—Debería.

—Ya lo creo que deberías.

—Muéstrame la razón. Porque ahora mismo, solo siento curiosidad.

—¿Con respecto a qué?

Gabrielle se humedeció los labios.

Nunca en su vida se había sentido tan poderosa. Tan segura. Tan sabedora de que conseguiría un propósito que, hasta hacía bien poco, le parecía poco menos que absurdo.

Pero el gran conde de Lexter la miraba como si fuera la única mujer sobre la faz de la tierra. Y cuando la apretó más contra la pared y tiró de su cabeza hacia atrás, para acceder con más facilidad a la piel de alabastro que se le ofrecía, ella lo aceptó sin reservas. Se mordió el labio ahogando un gemido cuando la boca masculina recorrió la línea de su cuello, como si fuera el camino al Paraíso, para terminar atrapando el lóbulo de su oreja entre los dientes.

—Eres tan deliciosa que no creo que tenga suficiente de ti… jamás —le susurró al oído, al tiempo que desplazaba sus manos por los costados de la joven, hasta atrapar uno de sus exuberantes pechos—. Señor de los cielos, esto no debería estar pasando…

—Pero los dos queremos que pase…

—No. Lo único que quiero es demostrarte a qué te vas a enfrentar. Lo que me estás pidiendo es algo que nunca has experimentado con el barón. Pero tampoco lo experimentarás conmigo, después de este momento.

—No voy a consentir que insinúes lo que…

Incapaz de seguir hablando, levantó la mano, dispuesta a abofetearlo, pero él la interceptó a medio camino. Por un segundo, ambos forcejearon, hasta que Ram consiguió pegarle la muñeca a la pared. Sus ojos eran dos brasas encendidas cuando la repasó con lentitud, como si fuera una mariposa atrapada en una tela de araña, y él el depredador dispuesto a devorarla.

—Antes de golpearme, te daré motivos.

Volvió a besarla como castigo. La obligó a abrir la boca, a recibir su lengua, a juguetear con ella en una danza casi mortal que terminó por arrancarle un jadeo de perverso placer. Y cuando dejó de retorcerse para liberarse, terminó rendida al torbellino de emociones que aquella nueva intrusión le servía en bandeja de plata.

Sus huesos, sus músculos, su sangre, se derritieron ante el poder de Ram. Con sus besos, con sus caricias audaces, se sentía como una persona que, tras languidecer durante años en un lugar oscuro, saliese de pronto a dejarse acariciar por la luz del sol.

No pensaba renunciar a aquello. Costara lo que costase.

Ram inspiró hondo, pero fue incapaz de detenerse. Ni el hecho de saber dónde se encontraban, ni la situación, hubiera podido detenerlo. Si los encontraban, tendría la mejor excusa para aceptar su proposición de matrimonio. Pero mientras ocurría, le demostraría que no estaba dispuesto a aceptar ninguna de sus ridículas condiciones acerca de ese supuesto enlace.

Ella ya estaba unida a él. Lo refrendó adelantando las caderas, hasta encajar su enorme y palpitante erección entre sus muslos, por encima de la tela de su vestido. Lo alentó con aquellas pequeñas manos rebuscando por debajo de su chaqueta, hasta desabotonar la camisa para posarse en la piel ardiente de su pecho duro como el mármol.

—No estás tratando con una virgen inexperta, escocés —dejó caer en su oído, frotándose contra él con total desvergüenza.

—¿Alguna vez disfrutaste del sexo con tu marido, Gabrielle?

La muchacha se detuvo de inmediato.

—Yo…

—Suficiente. —Elevó su barbilla con los dedos, hasta que sus ojos volvieron a encontrarse—. Para mí, eres una virgen inexperta.

Mientras le sostenía la mirada, un único y ardiente pensamiento le ocupó la mente, el cuerpo y el alma, para susurrarle en silencio: «Eres mía».

No podía pensar en nada más mientras seguía devorándole la boca, y una de sus manos le levantaba la falda para ascender a través de sus cremosos muslos, en busca del centro de su sexualidad.

Necesitaba encontrar alivio a una afinidad que no había buscado, pero que estaba ahí, aunque despertara en él todos los recelos del mundo.

Porque ella seguía siendo para él un peligroso enigma. Y mientras olisqueaba el aroma almizclado que manaba de entre sus piernas, en forma de deliciosa humedad que le empapaba los dedos, solo podía pensar en el temor que anidaba en él desde que había regresado de la guerra, y que se había molestado en enterrar en lo más profundo de su ser: no ser digno de ser amado.

—Ram… Oh, Dios, Ram…

Gabrielle estaba fuera de sí. Enormes remolinos se formaban en su vientre, buscando una liberación para la que ella no tenía un nombre, cuando el conde tomó una de sus piernas y la enroscó alrededor de su cintura. Para sostenerse, tuvo que dejar de acariciarlo y pasar a entrelazar sus dedos en el robusto cuello.

Sentía mareo cuando notó los de él hurgando entre los pliegues empapados de su sexo. Vértigo, deseos de que nunca se detuviera. De que la llevara directa a un final desconocido para ella.

Con movimientos torpes, se las arregló para colar una mano entre ambos, hasta alcanzar su verga hinchada por encima de los pantalones, pero Ram la detuvo con un firme movimiento.

—No.

—Pero…

—No. —Él comenzó a frotarse contra ella, sin dejar de estimularla. Cada caricia suponía un delicioso ataque a su resistencia. Gabrielle sentía aquellos expertos dedos jugando, buscando, impregnándose. Encontrando—. Podría dedicar media vida a demostrarte que no hay nada frío, ni distante, ni formal en mí. No soy un caballero; soy un hombre consumido por el deseo de hacerte sentir una mujer. Por Dios que emplearía el resto de la noche en conseguirlo. Te haría alcanzar el clímax de tantas maneras distintas que terminarías aturdida, preguntándote quién es la persona que ahora mismo te acaricia con las manos y con el corazón. Pero por lo pronto, me conformaré con hacerte vislumbrar el cielo… o el infierno.

Con un inesperado movimiento, Ram la giró, de modo que su pecho quedó pegado a la pared. Sus piernas apenas la sostenían cuando la falda del vestido volvió a su sitio, pero antes de que pudiera preguntar qué era lo que se proponía, lo sintió a su espalda.

Grande, poderoso, viril… Y tierno.

Gabrielle estuvo a punto de desmayarse cuando las puntas de sus dedos se adentraron en la hendidura de su trasero e hicieron presión más abajo, presionando la muselina de su vestido contra la zona situada entre sus muslos.

No pudo contener la humedad que brotó justo ahí.

A continuación, Ram la masturbó hasta que ella despegó la boca de la suya y emitió un gemido salvaje, amortiguado por la mano masculina cubriendo su boca.

—Este es tan solo un esbozo de la bestia que querías ver, *mo bhreugaire beag* —susurró, antes de mordisquearle la oreja—. Te aseguré que te complacería, y a mí también, pero he decidido olvidarme de la segunda parte, en aras de conseguir lo que me había propuesto.

Darle una lección.

Aunque todo su cuerpo estuviera palpitando de deseo por ella. Rugiendo de pasión no consumada.

Haciendo un esfuerzo titánico, se separó de ella aunque la sangre le volaba por las venas. Quería tomarla en aquel mismo momento,

allí. Poseerla completamente, pero por encima de todo, quería su renuncia. Y se esmeró en conseguirla.

—La espero abajo, *milady*. Le daré tiempo para que recomponga su aspecto, no vaya a parecer una mujerzuela ávida de experiencias nuevas. ¡Ah! Y no se olvide de cojear. Recuerde que, para todos, se ha torcido el tobillo —fue su cruel despedida, antes de desaparecer, dejándola sumida en una mezcla peligrosa de confusión, decepción y furia.

TREINTA Y SEIS

—¿Cómo va el tobillo de Gabrielle?

Ram bebió de un trago la copa de champán que interceptó de la bandeja de uno de los lacayos, antes de responder a Victoria.

—Parecía más de lo que realmente ha sido, su Excelencia —respondió, con una cortés reverencia.

—Eso espero. Su pretendiente está muy nervioso —intervino Cliff, lanzando una significativa mirada a Robert, que pululaba junto a su padre, sin dejar de buscar entre la multitud—. Voy a pasar por alto el hecho de que me haya ignorado a la hora de aceptar a Ashworth como posible esposo para mi cuñada, milord. Doy por hecho que las circunstancias le han obligado a saltarse un paso tan importante, además de ignorar la evidente diferencia en cuanto a clase social.

Maldición. Aún tenía su aroma íntimo impregnando sus dedos. Todavía sentía las palpitaciones de necesidad de su verga, una descomunal excitación que apenas había logrado disimular. Y el conde le echaba en cara su falta de consideración, mientras la sangre volvía a hervirle de indignación y celos al divisar a Robert.

—Lo lamento, Excelencia —se disculpó a regañadientes—, pero he tenido que prescindir de ciertos… formalismos, en aras de la seguridad de Gabrielle y Sebastian.

—Recuerde que son nuestra familia, Lexter.

«También la mía».

No podía dejarlos solos. No solo por ese sentido exacerbado de protección, sino también por otro sentimiento, mucho más fuerte, que pretendía abrirse camino a través de su parte racional, y que aplastó en cuanto se molestó en recordar el tamaño de sus propios demonios. La imagen que había ofrecido a Gabrielle demasiado a

menudo. El monstruo en el que se convirtió aquella noche, cuando estuvo a punto de matarla, en lugar de adorarla como solo ella se merecía.

Él y sus sombras conformaban un todo indivisible.

Nunca podría desprenderse de ellas. Ni entregar un corazón que estaba corrompido.

—No podría olvidar lo importantes que son para ella ni aunque quisiera —respondió al duque, mientras sus ojos no perdían detalle de Robert, que a esas alturas se había acercado a Tom con cara de desesperado—. *Diabhal bochd...*[Z] Oh, discúlpenme. A veces me olvido de que no estoy en Escocia.

—Obvio. De seguro que allí no era objeto de tanta atención.

—Mi primo odia la popularidad. —Tom acudió a echarle una mano con los hombres que, a aquellas alturas, se habían congregado a su alrededor—. Comprendan que no está acostumbrado a las multitudes.

—A un héroe de guerra se le puede perdonar casi todo —exclamó el rubicundo marqués de… Maldición. A Ram se le había olvidado su nombre—. Por fortuna, ha decidido regresar a la civilización por todo lo alto, milord. No solo se ha convertido en el protector de la pobre baronesa de Darkness y su pequeño, sino que ha decidido buscarle un pretendiente digno de su alcurnia.

—Vaya… Las noticias vuelan.

—El propio Jacob Ashworth se ha encargado de ponernos al corriente. —El marqués elevó una copa de vino tinto en su dirección —. No todos los días tiene uno la posibilidad de ascender en el escalafón social gracias a la bondad de un conde, por mucho que este sea escocés.

Ram alzó una ceja.

Estaba a punto de preguntarle qué había querido decir con eso, cuando los murmullos a su alrededor comenzaron a subir de volumen.

Tanto el duque como él, y todos los que los acompañaban, centraron su atención en el pequeño que apareció en camisón en mitad de la estancia.

Los ojos de Sebastian mostraban somnolencia, pero también miedo, cuando extendió su pequeña manita hacia el escocés y dejó caer una nota arrugada, junto a un objeto que escapó de un paño mugriento.

—¡Sebastian, cariño! ¿Qué…?

Victoria corrió hacia él, pero no llegó a tiempo de evitar que el niño se orinara encima.

—Padre me ha dejado esto sobre mi cama —murmuró, antes de abalanzarse sobre las piernas de Ram, llorando desconsoladamente.

—¿Pero qué…? —En ese instante, decidió que el niño era lo más importante. Él era el conde de Lexter, héroe de guerra. Debía controlar la situación antes de que esta lo controlara a él. Se agachó y cogió el objeto con una mano, y la nota con la otra. Pero antes de leerla, se centró en lo primero, con una mueca de asco al comprender de qué se trataba—. Por todos los santos, esto es…

—Algo que no debería estar en poder de un niño bajo ningún concepto.

Cliff se lo quitó de las manos para ocultarlo, pero todos en la sala lo habían identificado.

Era un pene metálico. Y la nota aclaró su propósito:

Mi precioso mirlo, ¿recuerdas los buenos ratos que pasamos gracias a este artefacto? Muchos dicen que es un invento del diablo; yo, por el contrario, siempre lo consideré algo celestial.

Dentro de muy poco, podremos volver a disfrutarlo… juntos.

Siempre tuyo,

Arthur.

Rubricando aquel infame nombre, aparecía el dibujo casi perfecto de una flor de lis.

—Me temo, señoras y señores, que la diversión tiene que terminar antes de lo previsto. —Se dirigió a todos los presentes con una sonrisa forzada, mientras la sangre corría por sus venas a toda velocidad, intentando salvar su cuestionable reputación, y al mismo tiempo proteger a Sebastian, que temblaba agarrado a sus piernas,

como si fuera un bote salvavidas—. Como han podido comprobar, esta noche ha sido un poco… accidentada. La baronesa se encuentra reponiéndose de un desafortunado accidente en la pista de baile, y ahora el pequeño barón necesita que alguien lo consuele de la pesadilla que lo ha traído hasta aquí. Willis, escolta a nuestros invitados hasta la salida, por favor.

Un murmullo disconforme precedió a los invitados que, en mayor o menor medida, comenzaron a seguir sus instrucciones. Robert Ashworth se detuvo a su lado justo cuando Ram tomaba a Bastian en brazos para apretarlo contra su pecho.

—¿Gabrielle se encuentra bien, milord? —preguntó, con una preocupación que parecía genuina.

—No se preocupe, muchacho. Podrá volver a visitarla… en cuanto ella lo consienta. —No pensó más en él. Cuando se hallaron solos, señaló la biblioteca con un gesto de cabeza—. Si su Excelencia es tan amable de seguirme, hablaremos mucho mejor en un ambiente más tranquilo. *Lady* Victoria, ¿le importaría encargarse de Bastian mientras aclaro algunas cosas con su esposo? ¡Ah! Y, por favor, procure que la baronesa se mantenga ignorante de todo esto el mayor tiempo posible.

—Sabe que al final se enterará.

—Pero hasta entonces, solo le pido un poco de margen para tratar los problemas de uno en uno.

—Vic, yo te ayudaré —se ofreció Alice. En cuanto extendió los brazos, Bastian se fue hacia ellos—. Eso es, cariño. Ahora, la tía Vic y yo te llevaremos a tu cuarto, te asearemos y te contaremos un cuento para que puedas dormir tranquilo, ¿de acuerdo? Nada de criadas ni lacayos. Solo nosotros tres. ¿Te apetece?

Lo último que Ram vio del niño, fue su cabecita asintiendo sin mucha convicción, antes de quedarse a solas con un furioso Cliff y un expectante, pero silencioso, Tom.

—Le presento a mi primo Thomas —indicó, a modo de saludo, intentando rebajar la tensión reinante en el ambiente—. Podemos hablar con libertad delante de él. Conoce todos los pormenores que rodean la situación de Gabrielle y Bastian en mi casa.

—Me alegro, porque mañana todo Londres hablará de esa situación. —Ram le ofreció una copa de coñac, pero Cliff la rehusó—. Como comprenderá, después de presenciar lo que he presenciado y leer lo que he leído, no me encuentro en la mejor disposición de aceptar sus desesperadas muestras de hospitalidad. Estoy furioso. Y no voy a disimularlo.

—No pretendo que lo haga, pero sí que comprenda mi situación. Acogí a su cuñada y su sobrino con la intención de protegerlos, pero eso que hay sobre la mesa delata que el malnacido que desea su desgracia se ha colado ya no solo en mis tierras, sino también en mi propia casa. ¡En mi propia fiesta!

—De lo cual puedo concluir que no ha cumplido con su promesa.

—Lord Knox, le ruego que no juzgue a mi primo con tanta dureza —intervino Tom—. Le aseguro que Gabrielle y el pequeño han sido su prioridad absoluta desde el primer momento. Además, se ha encargado de las tierras de la baronía para intentar reflotarlas…

—No necesito defensores, Tom, pero gracias —lo interrumpió Ram, con una creciente sensación de desazón en el cuerpo—. Me pondré al tanto de la totalidad de sus finanzas en poco tiempo. El deseo póstumo de uno de mis mejores amigos fue que me convirtiera en administrador de ese patrimonio, y no pienso defraudarlo.

—Lo hace si es incapaz de descubrir quién está detrás de esto. —Cliff sacudió la nota delante de sus narices—. Es evidente que la vigilancia que ha decretado no supone un escollo significativo para la persona que ha hecho esto.

—O bien se ha valido de alguien desde dentro para llevar a cabo sus planes. ¿No se ha parado a pensarlo, milord?

El conde y el duque se quedaron mirando a Tom, ceñudos.

Ninguno de los dos lo había pensado, pero fue el duque quien tomó de nuevo la palabra.

—Si es así, más vale que inicie las investigaciones pertinentes. Dejar esto en la habitación de un niño inocente mientras este duerme, cuando en realidad va dirigido a una madre igual de inocente, es cuanto menos, escandaloso. Por si fuera poco, pretende hacerse pasar por su esposo muerto…

—Esa persona es un impostor.

—¡Mi cuñada no se merece más sufrimiento!

—En eso estamos completamente de acuerdo.

—Entonces, convendrá conmigo en que tendré que echar mano de mis influencias para protegerla yo mismo, consiguiendo al mismo tiempo que acepte esa protección.

Muy a su pesar, Ram exhibió una sonrisa torcida mientras apuraba la copa de coñac.

—Según tengo entendido y he podido comprobar, la dama es terca en cuanto a ese tema se refiere. Ha rechazado todas las posibilidades que han venido de usted y su esposa, a pesar de que los adora. ¿Cómo piensa conseguir que cambie de opinión?

—Con una invitación a Carlton House, la residencia privada del Regente en Londres, emplazada en Pall Mall. —Los ojos de Cliff relampaguearon de pura satisfacción—. Siempre está llena de aduladores y cortesanos de Prinny, pero dentro de unas semanas, celebrará el aniversario de su regencia por todo lo alto.

—Celebración a la que, supongo, usted estará invitado.

—Y usted. Y, por supuesto, su familia y la mía, lord Lexter. Le estoy dando un plazo más que considerable para que termine con este caos. Para entonces, la situación tendrá que estar controlada, al menos para encontrar un pretendiente a la altura de mi cuñada en esa fiesta. Todos los asistentes serán dignos de su mano, se lo aseguro. Mucho mejores que ese patético Robert, cuya familia se ha desentendido de Gabrielle prácticamente desde el mismo día de su nacimiento.

¡No podía consentir que el duque borrara a los Ashworth de un plumazo! ¡Menos aún cuando el atacante de Bastian se había colado en sus propias dependencias!

—Lo ocurrido es algo ultrajante para mí, Excelencia —comenzó, controlando su furia—. No puedo, ni quiero, oponerme a esos planes, pues me parecen los más sensatos teniendo en cuenta la situación, pero le ruego que incluya a los Ashworth en ellos. Me parece justo que, en última instancia, sea la propia Gabrielle quien elija a su esposo.

El duque pareció considerarlo durante un tiempo que se le antojó eterno, hasta que finalmente asintió con reservas.

—Lo haré por ella y por mi esposa. No soportaría a dos mujeres que me suplicaran lo mismo que usted —murmuró, con la primera sonrisa cómplice de aquella noche infernal—. Pero mi cuñada tendrá la última palabra. La respetaremos, sea quien sea el elegido. ¿Estamos de acuerdo?

—Completamente.

—Además, guardará eso en un lugar seguro para evitar que ella lo vea. Sebastian le contará algo, pero le supongo con la capacidad de inventiva suficiente como para desdecir las afirmaciones de un niño que creyó ver algo, cuando en realidad solo fue presa de una de sus pesadillas.

—Por supuesto.

—Sellaremos el acuerdo. En beneficio de Gabrielle y su futura elección.

Cliff extendió su mano, y Ram se apresuró a estrecharla.

«Ya ha hecho esa elección», le advirtió su conciencia. «Eres tú, aunque con tu comportamiento de hoy… esperemos que haya cambiado de opinión».

Él era, y siempre sería, una criatura diabólica, nacida en el campo de batalla; sedienta de sangre y hecha para la muerte y la destrucción. No para amar a la mujer que corría el riesgo de convertirse en indispensable para él.

TREINTA Y SIETE

—Creo que deberías elegir un color alegre, aunque sin resultar demasiado escandaloso. No te conviene llamar la atención en exceso. Sobre todo, ahora que Robert y tú parecéis haber llegado a un punto en común que puede llevaros a otro, y así sucesivamente, hasta que los cerdos vuelen y lluevan ranas del cielo…

Solo cuando escuchó la última parte, Gabrielle pareció salir de sus pensamientos para prestar atención a una benevolente Victoria, que esperaba, acompañada por Alice, algún tipo de reacción por su parte, junto con la modista de turno.

—¡Al fin has regresado de donde quiera que hayas estado! —exclamó Alice—. ¡Por Dios, Gabbie, la pobre Catherine estaba empezando a perder la fe en su trabajo! No suele ser normal que sus ideas no susciten ningún tipo de reacción en sus clientas, ¿verdad, Cathy?

—Está usted en lo cierto —admitió la atribulada modista, con una sonrisa muy insegura—. ¿Le gusta, baronesa?

—Yo… Esto… Me encanta, por supuesto.

—¿Tanto como cierto personaje insufrible que se esfuerza en permanecer alejado de ti sin conseguirlo? ¿O más?

Sería imposible que le gustase más que Ram, pensó ella con disgusto. Sobre todo, después de lo ocurrido en la fiesta.

Lo conocía. Sabía la finalidad de aquel apasionado escarceo en el que ella había alcanzado un placer tan absoluto como breve y peligroso. Pero también sabía que él no había salido bien parado.

Poseía la experiencia suficiente como para distinguir la excitación máxima en un hombre, y Ram la había sufrido. La había controlado, y finalmente, la había vencido.

Maldito hombre… ¿Es que no se daba cuenta de que aquello no lograría disuadirla de su propósito, sino todo lo contrario? ¿Es que era tan necio que pensaba que manteniéndose en la distancia, lograría pulverizar esa conexión que persistía entre los dos?

Y todo a pesar de que ella no volvió a la maldita fiesta, sino que se metió en su cama. Estaba tan confundida, tan agotada, que se quedó dormida. Por eso no supo del incidente con Bastian hasta que, al día siguiente, descubrió que lo ocurrido con el niño era la comidilla del servicio al completo.

Cuando abordó a su hijo, él se lo explicó con pelos y señales, pero la versión de su administrador fue muy distinta cuando prácticamente se la exigió.

—En realidad, no fue tan escandaloso como parece —le dijo a la mañana siguiente, desviando su atención del periódico que leía mientras desayunaba, para centrarla en ella. Con tanta indiferencia y frialdad, que Gabrielle tuvo que contenerse para no arrojarle la taza de café a su apuesto rostro recién afeitado—. Sebastian se presentó en mitad del salón, farfullando algo acerca de su padre. Después, se hizo pis.

—¿Y pensabas ocultarme algo así?

—A la vista está que hubiera hecho lo correcto, dada tu agitación —añadió, señalándola—. Pero si te quedas más tranquila, te diré que *lady* Victoria y *lady* Alice se encargaron personalmente de él hasta que volvió a dormirse. Fin del asunto.

—¿Fin del asunto? ¿Así es como tú terminas tus problemas? —gritó, exasperada, sin tener en cuenta la presencia de dos sirvientas y dos lacayos en la estancia, que contemplaban la escena sin inmutarse—. ¡Bastian afirma que su padre…!

—Ya es suficiente. —Ram salvó la distancia que los separaba de un par de zancadas y presionó sus hombros—. Ambos sabemos que su padre está muerto. Creí que ese aspecto ya había quedado claro.

—Entonces, ¿es que el desalmado que se lo llevó está aquí? ¡Dime, escocés! ¿Acaso no has podido protegernos como prometiste que harías?

«¿Es que no te atreves a afrontar las consecuencias de tus actos delante de mí, y te escudas en los delirios de un niño medio

dormido?», estuvo a punto de recriminarle, antes de que la cordura se impusiera a su pulso alterado. A ese calor repentino que brotaba de cada poro de su piel al rememorar sus audaces caricias. El modo en que había controlado la situación, a ella, para que lo ocurrido no saliera de la habitación en la que la había seducido de una manera tan implacable. Tan deliciosa. Tan brutalmente sensual.

Ram alzó una ceja por toda respuesta.

—Bastian tuvo una pesadilla que lo llevó al salón, pensando que allí te encontraría. Sin embargo, me encontró a mí. Abría y cerraba sus manitas, como si llevara algo en ellas, pero estaban vacías. Puedes preguntar a cualquiera del servicio, y te dirá lo mismo —siseó muy despacio.

—¿Por qué tengo la sensación de que ese servicio diría cualquier cosa que tú les ordenases?

—Porque lo harían. No busques fantasmas donde no los hay. Deja que yo me encargue de todo de ahora en adelante.

Fue su única muestra de afabilidad. Después, vino la invitación a la fiesta del regente, que se celebraría tres semanas después, y a la que tanto ellos como sus parientes más cercanos, estaban invitados. Por mucho que intentó establecer algún tipo de comunicación con su administrador, a partir de ese momento, este se volvió tan escurridizo como una serpiente. Las raras ocasiones en las que lo había visto, iba acompañado por Thomas. Ambos hombres tan herméticos como exasperantes.

¡Si incluso había descuidado todas las responsabilidades adquiridas, ya no solo con Bastian, sino también con Ezekiel y Aaron! Los tres niños le echaban en falta, pero él actuaba como…

—Un maldito insensible, querida. —La mano de Alice sobre la suya volvió a arrancarla de sus cavilaciones, cuando abandonaron el establecimiento de la modista—. Eso es lo que nos parece a todos. Pero solo lo parece. Tú le viste en su peor momento. Y lo sacaste de él.

—Con una treta absurda —casi sollozó—. Que, al parecer, lo alejó de todos más que acercarlo.

—¿Pretendías acercarlo a ti? —Victoria entrecerró los ojos cuando las tres subieron al carruaje y este emprendió el camino a Cover Hill

—. No temas, cariño. A nosotras puedes decírnoslo.

—¡Nunca me rebajaría hasta el punto de suplicar a un hombre!

—Que Dios nos libre de insinuarlo siquiera. —Pero Alice cruzó con la duquesa una mirada cómplice que le provocó un escalofrío de inquietud—. Solo decimos que, a lo mejor, él te interesa lo mínimo para velar por su seguridad, de la misma manera que él vela por la tuya.

—¿Poniéndome nerviosa con su sola presencia? ¿Enfureciéndome con ese silencio con el que me obsequia cada vez que nos cruzamos? ¡Solo es amable y risueño con Bastian, y últimamente ni eso! —Las lágrimas se agolpaban en sus ojos pugnando por salir, pero las retuvo con estoicismo, mientras miraba a través de la ventana—. El estómago me da un vuelco si pienso en lo que tiene planeado hacer conmigo en la fiesta del Regente. O solo con imaginarme el recibimiento que nos dispensará en cuanto pongamos un pie en el vestíbulo de esa casa, tan enorme como fría.

—Ah, cielo. Si piensas que estarán en ella como buenos chicos, te equivocas de cabo a rabo —añadió Victoria, con una sonrisa jovial que la tranquilizó—. Seguro que estarán en Tatt's[8]. A Cliff le encantan los caballos.

—O en Angelo's para practicar esgrima —añadió Alice—. Thomas no puede estarse quieto demasiado tiempo.

—Ojalá —murmuró Gabrielle, con el corazón palpitándole en el pecho—. Porque de lo contrario, dudo que pueda aguantar mucho más bajo el mismo techo que él.

La situación se le antojaba insostenible.

Sin embargo, no fue nada en comparación con lo que se encontró nada más bajar del carruaje, mientras el servicio se encargaba de sus múltiples compras.

—¡Madre, madre! ¡Aaron está llorando en los establos!

Su hijo corría hacia ella como si el mismísimo diablo lo persiguiera. Había pasado casi una semana desde el incidente de la fiesta de Ram, y el niño no parecía especialmente afectado. Sin embargo, cuando se agarró a sus faldas sin ninguna ceremonia, llevaba la cara sucia surcada por lágrimas que no dejaba de verter.

—Cariño, si está llorando la mitad que tú, tendremos que ponernos a cubierto, o nos inundaréis —bromeó Victoria, sin mucho éxito.

—¡Dice que el señor grande lo obligó! ¡Que él no quería, y que tiene miedo! ¡Que el señor grande le dijo que era un trabajo, pero que él no quería asustarme!

Gabrielle frunció el ceño. Un negro presentimiento comenzó a cernirse sobre ella.

Sebastian tenía un don especial para memorizar todo lo que se le decía y repetirlo casi al pie de la letra. Sin duda, Aaron le había transmitido ese mensaje, palabra por palabra.

—Vamos a buscarlo.

Corrió hasta donde los dos hermanos les aguardaban, con la palabra «culpable» escrita en sus frentes cuando la vieron.

—¡Lo siento mucho, *milady*! —gimoteó el más pequeño, aferrándose a su hermano mayor—. ¡El señor me dijo que milord estaría orgulloso de mí! ¡Que era un trabajo y que me pagaría! Pero Bastian se puso triste cuando lo descubrió. ¡Y se lo hizo encima!

—Aaron, no sé de qué estás hablando. Si te explicaras mejor…

—¡De lo que Bastian encontró en su cama el día de la fiesta, porque yo se lo dejé allí!

El presentimiento se hizo más grande, más opresivo. Más oscuro, cuando recordó su breve y tirante conversación con Ram acerca de lo sucedido en la fiesta.

—Cielo, ¿a qué se refiere Aaron? —preguntó a su hijo.

—A lo que llevaba en la mano, madre. Me lo encontré en mi cama cuando me desperté. Se lo di a milord. Y él se lo dio al tío Cliff.

Oh, Señor. También Cliff estaba metido en todo aquello…

—Bastian tiene razón, *milady*. Yo vi dónde lo guardaban.

Era Ezekiel quien hablaba.

—¿Me dirás dónde? —El niño asintió, se acercó a su oído y se lo susurró—. De acuerdo. Entrad los tres en casa y esperadme con *lady* Alice y *lady* Victoria. Aclararemos todo esto.

Las piernas le temblaban demasiado mientras penetraba en la biblioteca de Ram, seguida de cerca por los niños, que se quedaron

con el servicio mientras ella cerraba la puerta a su espalda y abría uno a uno los cajones del escritorio.

No estaban cerrados con llave. Las prisas le hicieron ser descuidada. Revolvió su contenido sin tener en cuenta que él averiguaría que había estado hurgando en su intimidad, pero a esas alturas, le traía sin cuidado lo que pudiera ocurrirle. Nada sería peor que su cruel indiferencia. El modo frío y calculador en el que la había utilizado…

O eso pensaba. Hasta que encontró lo que buscaba. Y mientras lo sostenía entre sus manos, después de leer el contenido de la carta, espantada, aterrada y desconcertada, supo que el mal se había incrustado en sus vidas, entre sus huesos, como la mala hierba.

—Arthur… —murmuró, justo antes de que todo comenzara a darle vueltas, las voces a su espalda se le antojaran demasiado lejanas, y las piernas no la sostuvieran lo suficiente como para evitar que se desvaneciera.

TREINTA Y OCHO

El conde de Lexter había acudido a su cita acompañado, para variar, por alguien llamado Thomas. Un hombre de su entera confianza, según dedujo Damien por la manera en que lo trataba.

También por el lugar elegido para la reunión.

En aquella ocasión, entraron en una humilde panadería y, tras depositar en la mano del panadero una guinea, el equivalente a quince días de duro trabajo, pudieron acceder a la parte trasera, asegurándose el silencio del hombre.

Lexter se limitó a contar el fiasco que había supuesto la detención de Ben, un ratero de poca monta conocido por todos, incluido Damien.

—Quiero conocer cada uno de sus movimientos, Damien —le ordenó—. y tú, Thomas, quiero que investigues la relación entre una flor de lis, y las casas de prostitución.

—Eso es lo que llevo haciendo desde que llegamos, primo.

—Pues pon más empeño. Poned más empeño. Los dos —concluyó, señalándolos inflexible—. Muchacho, como siempre, sabrás de mí por medio de Willis. Y para la próxima reunión, espero tener información que pueda serme de utilidad. Estamos en un callejón sin salida que no solo nos está perjudicando a nosotros, sino también a nuestros seres queridos.

A continuación, se marchó con su acompañante sin dejar rastro. No era que a él le importara demasiado, pero con aquel aristócrata tozudo siempre tenía la sensación de dejar las cosas a medias. Algo que no le gustaba en absoluto. Le hacía sentirse inferior, vulnerable. Como si alguien lo siguiera y no pudiese hacer nada para evitarlo…

Justo lo que sucedía en ese preciso momento, pensó Damien, apretando el paso cuando salió de la reunión, para esconderse en uno de los desvencijados portales que se le presentaban.

Le seguían. Pero contaba con la ventaja de conocer la zona como la palma de su mano. Se sabía de memoria cada recoveco. Le habían servido de escapatoria tantas veces que no podría contarlas con los dedos de todo su cuerpo. Apoyado contra la pared de ladrillo y con la respiración contenida, vio la sombra alargada del hombre que iba tras él. No le había dado esquinazo. Sus pasos eran mucho más medidos, más seguros que los suyos. Como si también supiera el terreno que pisaba.

El corazón de Damien dio un vuelco. ¿Y si lo sabía? Podría tratarse de alguno de sus muchos enemigos en aquel barrio dejado de la mano de Dios.

O bien alguien que hubiera sido testigo de su reunión.

Damien apreció la punta de un par de zapatos brillantes asomando por la esquina que él acababa de doblar.

El conde escocés había estado en lo cierto. Sus orígenes no se encontraban allí, aunque sus malas decisiones le hubieran llevado a aquella cloaca. Rechazado por su familia, desechado por haberlo perdido todo por culpa del juego y la bebida, estaba seguro de que terminaría sus días olvidado por el resto del mundo.

Un fin que podría estar más cerca de lo que había pensado en un principio.

Conforme se acercaba, el desconocido ralentizó la marcha, hasta detenerse justo a su lado. Si afinaba el oído, Damien podía escuchar su respiración acompasada.

Sabía que acababa de acorralarlo, pero él también tenía sus métodos. Sacó un cuchillo de la parte trasera de sus pantalones y salió a su encuentro, pero se encontró con el cañón de una pistola presionándole la frente antes de que pudiera utilizarlo. Su atacante aprovechó que la luz del día se proyectaba sobre su espalda para permanecer con su rostro entre sombras, pero Damien no tuvo ninguna duda de que apretaría el gatillo si se movía.

—Buen chico —le dijo con un sonido ronco indeterminado—. Veo que tienes en buena estima tu vida. Ahora, sin levantar sospechas,

retrocede y abre la puerta de esta… cuadra maloliente. Tú y yo tendremos una pequeña conversación.

Si le daba la espalda, todo acabaría antes de tiempo. Pero si lograba mantener la cabeza fría, podría salir indemne y con información, pensó Damien mientras obedecía.

La penumbra del lugar, junto con el hedor a podrido que salía solo Dios sabía de dónde, le revolvieron el estómago y le hicieron trastabillar. Cayó al suelo, pero el desconocido, del que solo pudo ver el puño de una camisa de excelente confección, tiró de su mugriento chaleco para ponerlo en pie, y luego lo empujó hacia una silla, situada no lejos de él, sobre la que incidía un solitario rayo de sol, que se filtraba a través de las muchas aberturas del techo.

—Así puedo ver tu cara mientras respondes a unas simples preguntas de las que, seguro, conoces las respuestas —le dijo, mostrándole de nuevo el cañón del arma.

—Qué pena que yo no pueda decir lo mismo de usted.

El precio por su insolencia fue un puñetazo en plena mandíbula que lo derribó al suelo de nuevo y le rompió el labio.

—Vamos, levántate y siéntate. No voy a perder más tiempo en niñerías propias de un malcriado. Creía que estaba tratando con un hombre de mundo.

—De mi mundo, al menos —siseó Damien.

—Por el tiempo que tú decidas, también será el mío.

—¿Y luego?

—No pensemos en el futuro, Damien. Solo el presente. El aquí, el ahora.

—¿Conoce mi nombre?

—Y tú conocerás mucho más de mí. —El hombre se inclinó hacia él, de modo que solo pudiera ver sus ojos. Oscuros, pero relampagueantes de una maldad más antigua que el mismo mundo, que le hizo estremecerse de pies a cabeza—. Estás ante toda una deidad. Me llamo Lugh, y pertenezco a una hermandad que no se encuentra al alcance de tus limitados conocimientos. —Entonces, se arremangó la camisa para que pudiera ver el tatuaje de una flor de lis—. Sí, es lo que estás pensando. La misma marca de las dos furcias a las que tuve que dar muerte, aunque puedo presumir de

que esta es mucho más noble que la que tuve que grabarles a fuego antes de acabar con sus miserables vidas. También estoy al corriente de tu relación con el escocés. De hecho, sé más cosas de ti que tú mismo.

Damien tragó saliva.

Había pasado por las suficientes penurias como para saber que si alguien le ofrecía ese tipo de detalles sin ni siquiera maniatarlo, era porque no esperaba dejarlo escapar.

Debía echar mano a su ingenio rápido, esperando pulverizar todas las ventajas con las que su atacante contaba.

—No me impresiona. cualquiera que se pase por aquí y pregunte por mí, podrá obtener ese tipo de información. Tampoco es que me oculte del mundo —se pavoneó.

—Valiente aun en las peores circunstancias… Veamos hasta dónde llega tu arrojo.

Entonces comenzó el interrogatorio. Todo tenía conexión con ese desgraciado que respondía a su silencio con un golpe tras otro. Con la marca que dejaba a la vista cada vez que intentaba quebrar su voluntad a base de sangre. Con esa hermandad que solo había nombrado por encima, pero que amenazaba con ser tan oscura como el alma de aquella alimaña, que no paró hasta convertir su rostro en una masa sanguinolenta, casi irreconocible, y su voluntad, en un pobre intento de escapar, cuando el dolor lo cubrió todo.

Se arrastró como pudo, pero Lugh lo perseguía con paciencia. Sin que su pulso se alterara lo más mínimo. La espalda de Damien chocó de pronto contra la fría pared; él parpadeó para quitarse de encima la mezcla de sudor y sangre que le impedía ver a su atacante, pero sus reflejos se habían enlentecido. Le costaba recordar qué había ocurrido. Por qué aquel hombre insistía en golpearlo.

—¿No quieres hablar? Nos hemos encontrado con un chico duro, ¿eh? Bueno… Yo soy famoso por mi paciencia, casi tanto como por mi crueldad. Veamos lo que puedes aguantar.

Ahí tenía su respuesta, aunque no conseguía recordar la pregunta, pensó Damien, un instante antes de que Lugh estrellara su cabeza contra el suelo para dejarlo inconsciente.

—Me sirves mucho más vivo que muerto —le dijo, con su característica sonrisa victoriosa, a pesar de que su víctima ya no lo escuchaba—. Tu cuerpo no ha soportado gran cosa, pero tu mente… Ah, esa servirá a mis propósitos durante el tiempo que haga falta.

A continuación, cargó con él sin dificultad, y se escabulló por la parte trasera del desvencijado local, de la misma manera que había aparecido: como una sombra oscura, siniestra, que había empleado horas en observar, para finalmente conseguir su objetivo más inmediato.

Un paso más en su idea de acercarse a McKnight y su protegida.

◆ ◆ ◆

Robert odiaba que su padre enviara al mayordomo en su busca como si fuera un niño.

Pero aquel día, semanas después de la fiesta del conde de Lexter, acudió la mar de tranquilo.

Las visitas que había reanudado a Gabrielle le habían confirmado varias cosas: que nunca podría enamorarse de alguien a quien había llegado a considerar una buena amiga, que la quería lo bastante como para comprender sus reticencias con respecto a su familia… Y sobre todo, que la ayudaría en su empresa de mantener su independencia, al menos hasta que el hombre elegido por ella aceptara ser su esposo.

Ramsay McKnight. La propia Gabbie se lo había confesado cuando él, solícito, le había preguntado por el estado de su tobillo. La joven baronesa no había entrado en detalles acerca del motivo de su pantomima, pero le había confirmado que no había sido más que eso.

Y por lo pronto, a Robert le bastaba para protegerse con la coraza más gruesa de su vida, ante los ataques de sus padres y la indiferencia de sus medio hermanas.

Acudió presto a las dependencias privadas de su padre, a primera hora de la mañana, listo para recibir cualquier reproche con la

indiferencia que se merecía, pero no esperó ver a Jacob vestido tan solo con sus pantalones de montar, dejando todo el torso al aire.

—No recuerdo haberlo visto nunca medio desnudo, padre. Si es otra de sus retorcidas formas de tortura, esperando que yo dé mi brazo a torcer…

—Un «buenos días» hubiera estado mucho mejor como saludo, pero me contentaré con eso. No pienso dejar que me amargues el día apenas comenzado. Ni siquiera con las noticias que, sin duda, me traerás. —Con un gesto de la mano, despidió al lacayo que le estaba ayudando con su aseo matinal y se giró hacia Robert—. Supongo que tus avances con la baronesa de Darkness serán escasos, y eso siendo generosos.

—Depende de lo que entienda usted por «avances».

—Ah, que hoy estamos de buen humor…

—No va a ser el único.

Robert se permitió incluso el lujo de sonreír de forma socarrona, cuando su padre le extendió una invitación que él se apresuró en leer.

—Vamos ascendiendo en el escalafón social. Ahora, incluso el Regente cuenta con alguien tan insignificante como nosotros, para asistir a su fiesta —murmuró, sorprendido—. Imagino que querrá aprovechar la oportunidad para que yo me gane al fin los favores de Gabbie.

—¡O para que se los arrebates por la fuerza! A estas alturas, ¿qué más da? ¡Lo único que importa es que iremos, y que si para entonces no has logrado el sí de esa tozuda mujer por las buenas, lo lograrás allí mismo por las malas!

—¿Es un ultimátum?

—¡No contamos con más tiempo! ¡Nuestra situación es… delicada!

Desesperada más bien, pensó Robert con sorna. Su padre era un negociante nato. Sabía que las finanzas de la baronía habían mejorado considerablemente desde que Ramsay se había hecho cargo de ellas. No quería dejar pasar una oportunidad de salvar las suyas a través de ese enlace.

Pero los planes de Rob eran bien distintos. Se habían gestado a través del dolor por la pérdida de la mujer de su vida. Y se vieron afianzados cuando Jacob le arrebató la invitación con furia.

Fue en ese momento cuando reparó en la mancha de tinta negra casi a la altura de la muñeca, en la parte interna del antebrazo.

A Robert no le extrañó no haberla visto antes. Su padre rara vez se arremangaba, y cuando lo hacía en su presencia, solo dejaba a la vista la parte exterior de sus brazos.

En cuanto reconoció el dibujo que representaba, entendió el por qué.

Un sudor frío le empapó la espalda. Su cuerpo entero pareció sacudido por un escalofrío que procuró controlar para seguir aparentando indolencia, pero su sonrisa desapareció de un plumazo. Casi pudo sentir cómo palidecía, mientras sus ojos seguían clavados en la diminuta flor de lis, antes de que consiguiera apartarlos… demasiado tarde.

Jacob le observaba con la mirada del halcón a punto de lanzarse en picado sobre su presa.

Se había dado cuenta de su descubrimiento, pero aguardaba su reacción para despellejarlo vivo.

Pues bien, no se la ofrecería. Si esa maldita marca, la misma que había aparecido en el cuerpo de la primera prostituta muerta y de Maggie, era indicativo de que él había tenido algo que ver en esas muertes, le haría pagar cada segundo de agónico dolor.

Se lo juró a sí mismo mientras volvía a sonreír y el color regresaba a su cara.

—No me gustaría retrasar sus abluciones, padre —afirmó con tono despreocupado—. ¿Me había mandado llamar para informarme de la fiesta del Regente?

—Era imperativo que hablásemos antes de reunirnos con Melora y tus hermanas. No creo que les gustase los términos en los que ambos nos referimos a tu futura esposa, hijo.

—Habla del modo en el que no deja de insinuarme que debería forzarla hasta conseguir su total mansedumbre…

—A eso mismo, sí. —Jacob no tenía escrúpulos. Pero pronto comprobaría cómo toda esa maldad se volvía contra él. Rob solo

debía mantener la cabeza fría—. Veo que ya no te escandalizas…

—Será que, por fin, he comprendido cuál es mi lugar en esta familia, padre. Mi función.

—Conseguir que el escocés, con unos orígenes tan dudosos como los tuyos, deje de tener poder sobre la que será tu esposa. —Poco a poco, Jacob se fue acercando a él, hasta que escuchó su voz sibilina muy cerca, como si proviniera del mismísimo Belcebú—. ¿No te sorprendes de lo que acabo de decirte?

—A estas alturas, pocas cosas me sorprenden de usted.

—En ese caso, escucha el resto antes del desayuno, muchacho.

Rob escuchó. Con sus cinco sentidos. Y mientras lo hacía, una idea se afianzó en su cabeza, casi al mismo tiempo que aquella diabólica flor de lis que su padre había ocultado bajo la camisa que acababa de ponerse, sin su ayudante de cámara, para variar: libraría a Gabbie del yugo que supondría quedar ligada a él para siempre con los votos del matrimonio.

Pero, ante todo, vengaría la muerte de Maggie.

TREINTA Y NUEVE

—¡Date prisa, primo! ¡Está muy pálida!

Ram y Thomas se encontraron con Alice en la puerta de entrada, hecha un manojo de nervios y balbuceando algo acerca de un desmayo de Gabrielle.

—¡Milord! —Sebastian se limpió las lágrimas cuando lo vio—. ¡Madre está malita! ¡Se puso así cuando Aaron le contó que había sido él quien dejó esas cosas encima de mi cama, el día de la fiesta!

—*Mo bhreugaire beag,* despierta —murmuró, con el pecho encogido cuando ella comenzó a reaccionar a los pequeños golpecitos que le dispensó en las mejillas—. Bastian, enséñame eso que encontró tu madre, por favor. —El niño tardó un minuto en atender su demanda—. *Dhia…* ¿Y dices que Aaron fue quien…?

—Pero lo hizo sin querer, milord. ¡Lo juro!

—No eres tú quien tiene que jurarlo, sino él.

—Gabbie no reaccionaba a las sales, ni a ningún otro estímulo, cuando la encontramos en mitad de la biblioteca… con eso en la… mano —murmuró Victoria, señalando el objeto que él sostenía.

—Supongo que sería ridículo esconderlo. Ahora mismo, ya estarán al tanto del contenido de la nota, y de… lo demás. Huelga decir que me gustaría discreción por su parte. A vosotras no os la pido; os la exijo —añadió, dirigiéndose a las sirvientas, que se apresuraron a asentir justo cuando Sebastian regresaba, llevando a Aaron prácticamente de una oreja—. Vaya, vaya. Así que aquí tenemos al artífice de todo este escándalo…

—Lo siento mucho, milord. Yo no quería, pero el hombre me dijo que me ganaría una moneda… —Los atribulados ojos del chiquillo pasaron de él a Gabrielle, que comenzaba a abrir los suyos y a

moverse, para alivio de todos los presentes—. *Milady* no va a morirse, ¿verdad?

—No, pero nosotros vamos a tener una conversación de hombres. Vamos.

Lo cogió de la mano y, con un gesto dirigido a Thomas, los tres se encaminaron a la biblioteca.

—Bueno, ya estamos solos —dijo cuando cerró la puerta tras ellos —. No tengas miedo, chico. No voy a ponerte la mano encima, aunque te merezcas una buena zurra.

—Desde luego —apoyó Thomas con un asentimiento—. Me has comprometido también a mí, Aaron. En ausencia de milord, yo he sido responsable de vosotros en todo momento. No recuerdo que ningún otro «señor» se haya acercado estando yo presente.

—Fue el día de la fiesta, cuando Ezekiel y yo… nos escapamos.

—¿Que os escapasteis? Maldita sea, Tom. ¿No eres capaz de controlar a tres mocosos?

—En realidad fueron dos. Bastian no estaba con ellos. Y técnicamente no fue una fuga. Al menos, no una completa. Los localicé antes de que se metieran en problemas, porque te aseguro que donde se hallaban había unos pocos.

—¿Dónde?

—Bethnal Green…

—¡Maldición! —La ira le corrió por las venas a tal velocidad que tuvo que apartarse de ellos para no cometer una locura—. No tiene sentido que entremos en una discusión en este momento. Ahora, debemos atar cabos.

—No puedo estar más de acuerdo contigo.

—No hablaba de ti, sino de él —añadió con sequedad, dirigiéndose a Aaron, que lo observaba con los ojos muy abiertos—. Cuéntame todo y no te dejes nada, ¿de acuerdo? Cualquier detalle puede ser crucial. ¡Quiero la verdad!

Durante la siguiente media hora, tanto él como Thomas escucharon el relato de Aaron. Solo lo interrumpieron en un par de ocasiones para hacerle unas cuantas preguntas, pero cuando terminó, los dos hombres habían llegado a la misma conclusión.

—¿Estás seguro de que viste esa flor, Aaron?

—Sí, milord. Se parecía mucho a la que tiene Bastian. Y era un señor como usted. Con ropa bonita…

—La persona que buscamos es un aristócrata que ha averiguado ciertos comportamientos del barón de Darkness en vida —afirmó Ram, pensativo.

—Hasta el punto de usarlas con la intención de lograr que Gabrielle pierda el juicio —añadió Tom—. Alguien para quien la maldita flor de lis tiene un significado más que especial, si tenemos en cuenta que se la grabó a Bastian a sangre y fuego como un mensaje dirigido a ti.

—El mismo que mató a las prostitutas, y probablemente también a Reggie. Maldita sea, necesitamos encontrar esa pieza que falta. El duque terminará por entregar la al mejor postor si no hacemos algo al respecto —concluyó, con un incómodo nudo en el estómago.

—Ese es tu trabajo, primo. —Tom le palmeó la espalda justo cuando la puerta se abría de par en par, y una enfurecida Gabrielle entraba como un torbellino, prescindiendo de las más elementales normas de cortesía—. Y me parece que deberás empezar ya mismo… Vámonos, Aaron. Tendrás que esperar junto a tu hermano la decisión del conde respecto a tu castigo.

—¡¿Vas a castigarlo?! —chilló ella en cuanto se quedaron solos. Ram solo podía admirar el violento rubor que se había adueñado de sus mejillas, sustituyendo esa palidez mortecina que tanto lo había alertado. Sus ojos parecían dos puñales azules dirigidos a él. Estaba preparada para la guerra, pero él solo pudo sonreír—. ¡No te atrevas a hacerlo, y mucho menos a sonreír de ese modo!

—¿Qué manera es esa que te ofende tanto?

—¡Como si…! ¡Como si…!

—¿... me alegrara de verte en perfecto estado de salud, dispuesta a destrozarme?

—¡Exacto! ¡Ese pobre niño solo se dejó engañar por una alimaña sin escrúpulos, pensando que haría bien! Pero tú… ¡Tú eres el único culpable! —Con lágrimas en los ojos, le arrojó el objeto metálico y la nota—. ¿Cómo pudiste ocultarme algo así? ¿Cómo has podido comportarte conmigo como el más cariñoso de los amantes en un momento, para tratarme con tanta indiferencia al siguiente? ¡¿Cómo

demonios has sido capaz de guardar todo esto, conociendo la naturaleza de mi relación con el monstruo que se convirtió en mi marido?! —gritó con todas sus fuerzas, antes de caer de rodillas, presa de unos sollozos tan violentos que desgarraron el alma de Ram—. Eres despreciable, ruin…

—Sí. Y también un estúpido que ha entrado en pánico cuando te ha visto tirada en esa cama, tan pálida como la misma muerte. Un canalla sin escrúpulos. Incluso un mentiroso impenitente. Pero nunca tan miserable como para humillarte. Me cortaría la cabeza yo mismo antes de permitir que lo pienses siquiera.

—¿Y entonces? ¿Por qué lo has ocultado? ¿Por qué me has mentido en lo relativo a Sebastian? ¡Él decía la verdad!

Ram se arrodilló frente a ella y la sujetó por los hombros, en un burdo intento por silenciar los desgarradores sollozos que le estaban destrozando por dentro.

Pero Gabrielle lo rechazó.

Había tanta dignidad en sus ojos cuando se puso en pie, que lo hizo sentirse casi insignificante a su lado. Una burda copia del caballero que debería haber sido, y que permanecía escondido en algún rincón de sí mismo.

—No me toques —siseó ella muy despacio, señalándolo con el dedo—. No vuelvas a tocarme, a no ser que tus intenciones sean mucho más honorables que las que te han movido hasta ahora.

—Gabrielle, te lo ruego, escúchame.

—No me interesan tus explicaciones. Confié ciegamente en ti. Incluso cuando encontré esas monstruosidades en el cajón, pensé que tus intenciones eran loables…

—Nunca me he conducido con otras intenciones en lo concerniente a ti o a Sebastian. Nunca quise dañarte, sino evitarte un dolor innecesario. ¿Es que no entiendes que esa sanguijuela se ha colado en el corazón de nuestras vidas, resuelto a destrozaros? ¡Debo averiguar su identidad antes de que lo consiga!

—Es un poco difícil creerte, cuando me encuentro uno de los muchos instrumentos de tortura de mi marido, junto con una… ¿cómo decirlo? ¡Sí, ya sé! Una nota aclaratoria, para evitar equívocos.

—¿Desde cuándo eres tan sarcástica?

—Desde que tengo un administrador muy eficiente del que aprender. —Sus labios formaron una fina línea, pero no derramó una sola lágrima más—. No temas, que tus planes para mí seguirán adelante. Asistiremos a la fiesta del regente, y continuaré viéndome con Robert. De hecho, cada vez me gusta más y me siento mejor a su lado, pero no voy a cerrar la puerta a otros posibles candidatos, que sin duda encontraré allí. Después de todo, ese es uno de los motivos por los que vas a exhibirme en ella, ¿no?

Giró sobre sus talones y salió con el mismo ímpetu con el que había entrado.

Ram quiso ir tras ella. Todo en él así se lo gritaba.

Para pedirle perdón. Para demostrarle lo equivocada que estaba.

Para abrazarla, besarla y buscar consuelo, al mismo tiempo que se lo ofrecía, de infinitas maneras, hasta que ambos quedaran saciados, satisfechos y…

No. Se negó a aceptar la siguiente palabra que le vino a la mente.

—El amor no está hecho para mí, *mo bhreugaire beag* —le dijo a la puerta cerrada—. Pero te garantizo que, cuando te entregue a un hombre digno de ti, lo haré sin ningún peligro que ensombrezca tu felicidad. Aunque destroce la mía.

A continuación, llamó a Tom.

—Aaron y Ezekiel están en su cuarto, esperándote —le informó.

—Ahora mismo iré. Antes, quiero hablar contigo. —Su mente seguía llena de la silueta de Gabrielle. De su aroma único. De la voluptuosidad de su cuerpo. De todos los reproches que sus ojos llenos de dolor le lanzaron, y de aquellos que brotaron por su preciosa boca—. Debemos redoblar la vigilancia. Contrata a todos los hombres que sean necesarios y dignos de tu confianza. Y después… después, tendremos que hacer lo propio con Damien y tus respectivos contactos. No voy a consentir que trabajen solos… Ni voy a ponérselo fácil al malnacido que contactó con Aaron delante de tus narices, nada menos. —Cuando se giró hacia Tom, este contuvo un escalofrío. Sus ojos reflejaban el infierno en toda su extensión—. Ayer recibí una nota del director del Barings Bank[9],

nada menos. Quiere tratar conmigo un asunto urgente, relativo a Reggie.

—¿Cómo no me lo has dicho antes?

—Sencillamente, me olvidé. —Su capacidad mental estaba al servicio de aquella mujer testaruda al completo, añadió para sí mismo—. Pero eso significa que tendré que ausentarme por otro imprevisto más. Hay que redoblar la guardia. Contrata a todo aquel que goce de tu confianza, y que no le tiemble la mano a la hora de usar un arma contra cualquier intruso.

—¿Te refieres a emplear métodos más violentos?

—Persuasivos, primo. Poniendo nuestra atención en un aristócrata, o incluso burgués, que tenga una flor de lis grabada en algún lugar, y que haya conocido al barón de Darkness, hasta el punto de dejar esa aberración en la cama de su único heredero. Tenemos de plazo hasta la celebración del regente.

—¿Y después?

—Después… Gabrielle saldrá de allí con un prometido y una fecha para su boda —sentenció.

CUARENTA

De todos era sabido que Jorge IV gustaba de todo tipo de celebraciones.

Y si no coincidían con alguna efeméride, sencillamente, la adelantaba o la atrasaba para cumplir con sus extravagantes gustos.

Aquella era una de esas ocasiones en las que, además, se añadía la celebración de las fiestas navideñas que estaban próximas.

Gabrielle, junto al resto de su familia, entre los que debía contar a Ram, se habían instalado en las innumerables habitaciones para invitados de Carlton House el día anterior, con toda la pompa y extravagancia propia de Jorge.

Desde ese momento, no había vuelto a ver al escocés.

—Está de un humor de perros, pero asistirá a la fiesta —le dijo Alice cuando ambas mujeres, espléndidamente engalanadas para la ocasión, descendían las escaleras de la mansión del regente, mezclándose con el resto de asistentes que comenzaban a pulular aquí y allá—. Si te sirve de consuelo, que esté tan furioso es mucho mejor que nada. Y si lo que te preocupa es Bastian…

—Sé que estará bien atendido. No hay nada que me tenga en vilo, pierde cuidado —mintió, tocándose distraída el pequeño collar de perlas que llevaba, como único adorno, junto con unos pendientes a juego—. Sé que aparecerá, seguramente acompañado por Thomas y Cliff, en lugar de hacerlo conmigo.

—Es demasiado tozudo. Pero cambiará de opinión en cuanto te vea. Estás radiante, prima.

—¿Prima? —La joven sonrió. Sabía que el vestido azul celeste de talle alto y escote pronunciado, le sentaba como un guante y realzaba el tono cremoso de su piel y el brillo de sus ojos. Su sencillo

peinado le añadía elegancia, y el carmín de sus labios resaltaba junto con su rubor natural—. Creo que no soy merecedora de semejante apelativo, Al.

—Lo serás. Más temprano que tarde. —La joven le guiñó un ojo con complicidad, antes de señalar a los hombres que las estaban esperando—. ¿Lo ves? Tiene un código de honor tan estricto, que preferiría arder en el infierno antes que faltar a él. No te dejará sola, cielo. Ninguno lo haremos.

—Dos luces más que añadir a la excelente decoración del palacio, señoras —murmuró Thomas a modo de saludo cuando llegaron a su altura—. Estáis espectaculares.

—Vosotros tampoco estáis mal, ¿no es cierto, Gabbie?

Ella tardó en reaccionar. Sus ojos parecían dos flechas clavadas en la imponente estampa que le mostraba su administrador. A pesar de que las sombras oscuras bajo sus ojos delataban cansancio y algo más, la boca se le secó cuando lo recorrió entero, sin disimulo. Desde su perfecto *kilt*, que dejaba al descubierto buena parte de sus poderosas piernas, hasta la chaqueta que ocultaba una camisa blanca con chorreras, era la viva imagen del pecado más codicioso. Del más sublime… Y, por el momento, del más inaccesible.

Antes de desplazarse hasta la residencia real, Ram había pasado mucho tiempo fuera de su casa, en compañía de Tom. Según este último, poniendo especial empeño en colaborar con los agentes de Bow Street para esclarecer la muerte de su tío Reggie lo antes posible, pero le ocultaba algo. Y estaba dispuesta a averiguarlo.

—Parecen dos perfectos caballeros —afirmó, lanzando a Ram una mirada desafiante que no pareció afectarlo en absoluto.

—Lástima que no lo seamos del todo, ¿no es cierto, Tom? —respondió este, al tiempo que se acercaba a ella con un brillo apreciativo en sus ojos como único signo de emoción—. Tu familia ya está ocupando su lugar en la mesa de la cena. ¿Vamos?

—Cómo no.

Tocar su brazo fue como hacerlo con una roca expuesta al sol durante horas. Duro y ardiente. Sin embargo, Gabrielle se las ingenió para ignorar los efectos devastadores que provocaban en ella aquel

simple contacto, y ambas parejas se dirigieron hacia el comedor central.

La cena transcurrió para ella con extrema lentitud. Tener que lidiar con Ram y su penetrante mirada, al mismo tiempo que atendía los amables comentarios de los comensales, Robert incluido, fue una dura prueba. De su tío Jacob y su esposa Melora, así como de sus hijas, apenas tuvo conciencia. Solo podía pensar en los monosílabos con los que Ram respondía a sus compañeros de cena. Por fortuna, llegó el postre, y con él el pequeño discurso del regente, al que Gabrielle apenas prestó atención.

—¡Gabbie, querida, al fin podemos pasar un rato juntas! —Era Melora quien le hablaba, una vez todos abandonaron el salón—. Dejemos que los hombres se dediquen a sus cosas entre el humo del tabaco y el olor a alcohol, y acompáñanos, por favor. Tus primas tienen ganas de charlar contigo. Charlotte, Mathilda, presentad vuestros respetos a la baronesa de Darkness.

—Encantada de contar con su presencia de nuevo, *milady* —saludó la primera, haciendo una reverencia—. Estoy deseando conocer en persona a su administrador para saludarlo como sin duda se merece.

El brillo de sus ojos dejaba claro a qué merecimientos se refería.

¡Cielo santo! ¿Es que además tendría que espantar de su lado a las molestas moscas que pretendían hacerse con el conde como trofeo?

—Es un honor para nosotras, *milady* —añadió la segunda, en idénticas circunstancias.

—Queridas, sus cuñados son nada más y nada menos que los duques de Knox. —Como si no lo supieran ya…—. Tiene que contarnos con todo detalle esa vida tan azarosa que lleva, antes de que empiece el baile y mi hijastro siga con su encantador cortejo…

—¿Azarosa? —Se detuvo en seco, dirigiendo a su interlocutora una mirada de lo más inocente—. No sé a qué se refiere, *lady* Melora…

—Oh, por favor, llámeme solo por mi nombre. O tía Melora, si así le parece mejor. Después de todo, ya somos familia. —La desagradable mujer le guiñó un ojo al tiempo que palmeaba su

brazo, con una complicidad que ella no estaba dispuesta a otorgarle —. El tiempo y las circunstancias familiares impidieron que nos conociéramos antes, ¡pero ahora todo parece remar a nuestro favor!

—Prima, ¿has visto la decoración de la residencia del regente? — Charlotte tiró de ella, pero Mathilda se interpuso en su camino y se apropió de su otro brazo.

—¡Todas las repisas de las chimeneas están adornadas con ramas de hoja perenne, piñas y manojos de bayas de acebo, atados con lazos dorados! ¡Y nosotras hemos contribuido con nuestro trabajo! —casi le chilló en el oído. Gabrielle estuvo a punto de explicar a aquella niña consentida lo que era trabajar, pero se mordió la lengua cuando le señaló el resto de los adornos—. ¡Hemos colgado coronas en las puertas y hemos puesto muérdago!

Cuando quiso darse cuenta, se hallaba rodeada por tres cacatúas que no paraban de hablar a la vez, fingiendo una relación normal donde nunca la habría, mientras ella trataba de buscar ayuda lanzando miradas por encima de sus cabezas.

Tenía tantas réplicas mordaces en la punta de la lengua, dispuestas a salir como balas de cañón, que elevó una silenciosa plegaria de agradecimiento cuando comenzaron a escucharse los primeros acordes del baile, y sintió una mano masculina posada en su hombro.

«Ram…».

—No veía el momento de poder bailar contigo, prima.

«Robert».

Ella escondió su decepción cuando asintió. Sin embargo, sus ojos no dejaban de pasearse con disimulo por todos los invitados… Hasta que lo vio.

En el otro extremo de la enorme sala de baile, el conde hablaba tranquilamente con el regente, aunque su mirada seguía clavada en ella. Impenetrable. Intensa. Portadora de tantos secretos que Gabrielle contuvo un escalofrío.

Después, Charlotte lo abordó con tan poca discreción que incluso desde donde estaba, pudo notar el desagrado del conde. Se inclinó hacia ella, susurrándole algo que provocó en la muchacha un gesto de estupefacción, y desapareció entre el gentío.

Su primer impulso fue ir tras él, pero Robert la llevó galantemente a la pista de baile y comenzaron a danzar al son de la música, mezclados con otras tantas parejas que se proponían disfrutar de todas las posibilidades que el regente les ofrecía.

—Podría pisarte un pie, que ni siquiera te darías cuenta —comentó Rob al cabo de un rato de agradable silencio entre ellos—. Si estás preocupada por Charlotte, pierde cuidado. Melora las ha educado para no escatimar oportunidades de matrimonio, olvidándose de los fracasos para intentar beber de la fuente de otros… éxitos.

—El conde de Lexter no es un hombre fácil —atinó a decir, cuando el nudo de su garganta se lo permitió—. Quizá suponía un objetivo demasiado complicado para ella.

—Las dos acaban de ser presentadas en sociedad hace unos meses, así que Lord Lexter es bastante más mayor que ellas. Ese hombre aspira a algo más que unirse en matrimonio a las simples hijas de un burgués en alza, por mucho que me haya concedido la posibilidad de cortejarte. —El joven levantó una ceja y sonrió ante la expresión confusa de su prima—. Vamos, Gabbie, no finjamos más entre nosotros. Ambos sabemos que nunca seremos marido y mujer.

—¿Ah… lo sabemos?

—De la misma manera que sabemos que solo nos une un cariño fraternal.

—¿Ah… lo sabemos?

—Sigue bailando —susurró cuando ella se detuvo—. Aunque he de decir que, para estar al corriente de tus sentimientos hacia él, se está comportando como un hipócrita.

—¿Estar al corriente? ¿De mis sentimientos? —No daba crédito a lo que oía—. Puede que el maldito esté al corriente de mis intenciones. De mis reacciones físicas, también. A ti puedo decírtelo sin tapujos. Pero ¿de mis sentimientos? ¡Ese bruto no tiene ni idea de lo que siento!

—Seguro que si te oyera, se le aclararían todas las dudas. —Rob contuvo una carcajada—. A lo mejor estás perdiendo un tiempo precioso conmigo, en lugar de convencerlo a él. Y eso que, a pesar

de que ahora mismo ambos ostentáis sendos títulos nobiliarios, resulta que también procedéis del mismo dudoso lugar…

—¿Qué insinúas?

—No insinúo; afirmo. Verás, he hecho mis averiguaciones. Que han resultado ser de dominio casi público, teniendo en cuenta el hermetismo que siempre le ha rodeado. Es un feroz defensor de su vida privada, ¿sabes?

—Tengo una ligera idea, sí —respondió ella con ironía.

—El caso es que… su madre tenía un montón de amantes. Su verdadero padre era el conde de Lexter, pero murió sin dejar descendencia legítima. Por eso, el Parlamento nombró a tu administrador, lord Lexter. Su padre era muy poderoso. Después de su muerte, varios amigos del Parlamento se reunieron para otorgar a Ramsay el título, y que así la línea de sangre no se perdiera.

Gabrielle no podía articular palabra, pero su mente iba a toda velocidad.

Aquel malnacido le había partido el corazón aludiendo a sus orígenes ilegítimos, ¡y resultaba que él también era un bastardo!

—Creo que necesito algo fuerte para digerir lo que me estás contando —murmuró, haciéndose con la primera copa de champán que pudo tomar de una de las bandejas que los lacayos llevaban entre los asistentes, cuando el baile terminó. Se la bebió de un trago, y la sustituyó por otra a toda velocidad—. Dios mío, me parece que no voy a tener bastante en mucho tiempo…

—Deberías mantenerte serena, prima. De lo contrario, él podría sacar partido de tus facultades, mermadas con el alcohol…

—Ese petimetre con inflas no tiene ni idea de lo que es eso. Y tú tampoco. —A la segunda le siguió una tercera. Y una cuarta—. La mitad de mi sangre es escocesa. Sé lo que me hago.

—¿Eso quiere decir que me darás calabazas? Porque estoy deseando que aclares lo que sea que te traes con él, de una vez por todas.

—Lo haría si supiera dónde se ha metido, el muy cobarde. Aunque no me importará buscarlo hasta debajo de las piedras…

Su frase quedó en suspenso cuando un coro de murmullos cada vez más alto, los llevó a ambos a los balcones, que comenzaban a

atestarse de aristócratas ávidos de más placeres.

—¡Oh, fantástico! ¡Van a empezar los fuegos artificiales!

Todo el cuerpo de Gabrielle se tensó al mismo tiempo.

Recordó el incidente con la botella de champán.

Ram…

«En esta batalla, tu coraje es lo único que medirá tu valía».

Eso le había dicho Thomas, después de desvelarle el mal que lo aquejaba.

De pronto, su aparente huida adquirió todo el sentido del mundo para ella.

Previendo lo que le podría ocurrir, se había escabullido para evitar problemas que podrían perjudicarlos a todos.

—Rob, querido, me temo que tengo que buscar al conde antes de que ocurra una desgracia —murmuró.

—¿Es que acaso corre peligro? —bromeó su primo.

—El mayor peligro proviene de sí mismo.

Y sin más, retrocedió hacia la salida con discreción, antes de enfilar las escaleras que la llevarían a la boca del mismísimo infierno.

Porque si él se encontraba en su habitación y ella entraba allí, no solo pondría su vida en manos de Ramsay, sino también su corazón.

Sin posibilidad de dar marcha atrás.

CUARENTA Y UNO

Ram tomó la jofaina que permanecía a los pies de la cama, y la arrojó contra un pequeño espejo incorporado que se hizo añicos.

Apenas se le aceleró el pulso.

En ese momento no se hallaba en la residencia del regente, sino en la guerra contra Napoleón. En mitad de un montón de cadáveres que le acusaban de su ineptitud. De su impotencia a la hora de mantenerlos a todos a salvo.

Siguió por la mesilla de noche y la mesita auxiliar, pero solo podía arrojarlas lejos de él. A diferencia de sus hombres, una vez aterrizaban en el suelo permanecían intactas. Sin una sola magulladura.

Como la piel inmaculada y cremosa de Gabrielle.

La mujer a la que había dejado sola, como un auténtico cobarde, en cuanto supo cómo terminaría aquella fiesta.

Dhia! Ni siquiera lograba recordar la excusa que le había dado al regente para desaparecer. O cómo había despachado a aquella muchachita, que pretendía llamar su atención con fines matrimoniales, sin duda. No obstante, conservaba en su mente cada detalle del aspecto de la muchacha que llevaba grabada a fuego en su conciencia. Cada arista de su personalidad. Cada uno de sus gestos, de sus colores, de sus aromas.

Gabrielle…

Ram inspiró hondo y se masajeó las sienes, intentando aferrarse a la realidad que aquel nombre le ofrecía. Ella era dulzura, pasión desenfrenada, sinceridad absoluta, lealtad…

—¡No! —gritó, sujetándose la cabeza con las manos—. Debo mantenerme alejado…

Ninguna mujer en su sano juicio aceptaría el calvario que atravesaba en ese instante. Ni entendería sus vagas explicaciones.

«Gabrielle, sí. Ella te ha comprendido desde el principio».

—¡Basta!

Golpeó la pared con el puño; aparte de lastimarse, no consiguió gran cosa más.

¡Ah, si tuviera un hacha! Pero no. No podía permitírselo. Había escondido todo ese tipo de objetos desde lo ocurrido con Alice…

Con un rugido casi animal, destrozó una silla estrellándola contra la pared, con una fuerza descomunal. Eso lo calmó por un momento, pero luego volvieron a asaltarle los fantasmas del pasado: pájaros picoteando las entrañas de un soldado al que apenas le había salido la barba. Los lamentos agonizantes de los hombres de su regimiento que habían caído en batalla…

La cabeza le daba vueltas cada vez más rápido…

Existía un ángulo desde el que una bola de cañón, apuntada correctamente, podía decapitar a una línea entera de soldados de infantería. Era una de las pocas cosas de la guerra que podían hacerle vomitar.

Se acercó a la ventana y calculó la distancia que lo separaba del suelo.

Nadie se percataría de que caía hasta que no fuera demasiado tarde.

Todo podía acabar rápidamente. El dolor, las pesadillas, la culpa. Si no tenía valor para arrojarse al vacío, podría romper el cristal, coger un trozo de vidrio y rebanarse el cuello con él.

«Hazlo», le susurró la serpiente que habitaba en su cerebro, con una fuerza terrible.

Pero entonces, ¿quién cuidaría de Gabrielle y de Sebastian? ¿Ese petimetre que aspiraba a la posición social que le reportaría un matrimonio con ella, sin merecerla? ¿La sabandija avariciosa de Jacob Ashworth?

¿O quizá…?

—¡Ram! Ram, sé que estás ahí. Por favor, respóndeme…

En un principio, pensó que los leves golpes de la puerta eran producto de su imaginación, pero la voz de la baronesa era bien

real.

Su mente dañada se esforzó en regresar justo donde se encontraba. Arrastrando los pies, logró pegarse al otro lado de la hoja de madera.

—¡Vete! —exclamó—. Vuelve con tu pretendiente. Si no te gusta, no tienes más que comunicárselo al regente. Él ya está al corriente de mis intenciones contigo, que son las mismas que las de tu cuñado, o las del propio regente, ya puestos.

—Me importa un comino mi pretendiente, amorosamente hablando. Más o menos lo mismo que me importa el regente, mi cuñado, nuestras riñas estúpidas, y todo lo que no tenga que ver con lo que te está pasando ahora mismo. Ábreme, McKnight. —Ram apretó los dientes y apoyó la frente en la puerta—. Solo quiero ayudarte…

—Te destrozaría.

—Asumo el riesgo.

—¡Pero yo no! ¿Es que acaso no lo oyes? ¡El estruendo es horrible!

—Solo son fuegos artificiales. Si me dejaras entrar, lo entenderías.

Ah. Eran los fuegos artificiales.

Ram dejó escapar el aire que había estado reteniendo muy poco a poco.

—No quiero entenderlo. No quiero salir. No quiero dejarte entrar. Vete.

Durante un minuto completo, el silencio fue la única respuesta, hasta que escuchó sus pasos apresurados que se alejaban.

Lo dejaba solo.

Indefenso ante la magnitud que aquella noche habían adquirido sus demonios.

Tal y como él había buscado.

Cerró los ojos, pero su realidad seguía moviéndose entre el pasado y el presente, como postigos sacudidos por un vendaval. Cada cicatriz le abrasaba como la marca de un hierro candente. La armadura de insensibilidad se estaba deshaciendo mientras permanecía en su habitación, asfixiándose con las lágrimas que se estaba obligando a contener.

—Corre, Cenicienta —susurró con voz desquiciada—. Te aseguro que no habrá príncipe azul que se quede con tu zapato de cristal.

Gabrielle se apartó lo justo para recuperar el aliento y ordenar sus pensamientos.

Santo Dios.

Ahora comprendía. El motivo por el que Ram se negaba a amarla, era aquella aflicción.

Y precisamente ese conocimiento la impulsaba a luchar por él con uñas y dientes. Con todas las armas con las que podía contar, que eran muchas si se paraba a pensarlo.

Empezando por las horquillas que le sujetaban el cabello.

Se quitó una y la observó un instante. No tenía mucha idea de cómo se utilizaban para abrir puertas, pero que servían, servían.

Se inclinó junto a la cerradura e introdujo uno de los extremos en ella. La movió con cautela a un lado y a otro, pendiente de cualquier reacción que proviniera del otro lado. Pero solo escuchaba un silencio absoluto, quebrado por los fuegos artificiales que seguían adornando el cielo.

Finalmente, la cerradura cedió.

Ella abrió la puerta. Parpadeó hasta que la vista se le acostumbró a la penumbra.

Entonces, lo vio.

Una enorme sombra oscura que se abalanzó sobre ella antes de que pudiera reaccionar, para empujarla dentro de la habitación y cerrar la puerta a su espalda.

Sentía su fuerza contenida, como la de un animal a punto de atacar a su presa. Inmóvil entre sus brazos de hierro, rogó para que pudiera hacerlo regresar de donde quiera que estuviera.

—Ramsay… —murmuró, en la esperanza de que su nombre tuviera sobre él los efectos apaciguadores que siempre había conseguido.

Pero aquella noche, él estaba demasiado lejos. Lleno de una violencia desconocida hasta el momento. En lugar de soltarla, emitió un rugido ensordecedor en su cara. Ella cerró los ojos, aterrada, pero se mantuvo firme.

—Deberías haberme hecho caso. —Él apoyó las manos en la pared, a ambos lados de su cabeza, y se inclinó hasta que sus caras casi se rozaron—. Ahora, ¿qué voy a hacer contigo?

—No… tienes que hacer nada. He venido a ayudarte. —De pronto, un negro presentimiento cruzó por su mente—. ¿Tienes armas en algún lugar de este cuarto?

—Todavía tengo estas —afirmó, mostrándole las manos.

—Oh, Dios, Ramsay…—Gabrielle se las besó hasta que su mirada fue abandonando poco a poco la dureza—. No eres cruel, ni sanguinario, como crees. Eres dulce. Tierno con los niños, cariñoso con los animales, caballeroso con las mujeres y paciente con los estúpidos. No eres un asesino, sino un oficial del ejército condecorado.

—Te he dejado a tu suerte entre todas esas alimañas aristocráticas que se rifaban tu compañía. Otra en tu lugar ya habría huido de mí lo más lejos posible.

—Yo no soy cualquier mujer.

—¡Eres más estúpida que el resto si permaneces aquí! ¡Me fui porque sabía que esto podía pasarme!

—¿Y pretendías sufrirlo tú solo?

—¡Así ha sido siempre! ¿Qué demonios quieres de mí?

—Lo único que quiero —respondió ella, posando una mano en su torso para acariciarlo lentamente—, es calmar tu dolor. ¿Cómo te sientes?

—Furioso. —Ram ladeó la cabeza, incapaz de rechazarla—. Triste. Pero no hay tiempo para lamentarse. Hay muchas cosas que hacer antes. Muertos que enterrar, órdenes que cumplir. Provisiones y material que recoger y guardar. Heridos que trasladar, desertores a los que castigar... No se acaba nunca. Nunca…

—¿Y cómo reaccionas ante todo eso?

—Con alivio. Prefiero trabajar que sentir dolor...

Él aspiró bruscamente. Gabrielle notó cómo se negaba a profundizar en sus recuerdos, aunque quisiera librarse de ellos.

En algún rincón de su mente, el Ram que ella conocía luchaba contra esos monstruos que le impedían ser él mismo.

Pero ella lo rescataría. Haría hasta lo imposible.

Empeñaría incluso su alma para salvar la suya.

Mientras el miedo retrocedía en favor de una seguridad apabullante, alargó una mano y cubrió su mejilla húmeda.

—La única forma de superar el dolor es a través de él —afirmó—. Véncelo… Conmigo.

CUARENTA Y DOS

Estaba dispuesto a dejar que entrara en su oscuridad.

Y ella pensaba aprovechar hasta la última de las migajas que él le ofrecía para conseguirlo.

—Cuéntamelo —lo instó cuando logró que ambos se apartaran de la puerta, y sintió su respiración, un poco más acompasada, al mismo tiempo que su penetrante mirada clavada en ella—. Es la única forma de librarte de ello.

—Mi padre renegó de mí desde el principio, aunque no me afectó demasiado. No lo conocí hasta que no me llamó a su lecho de muerte, para decirme que era su único heredero. ¿Te lo puedes creer? ¡Mi madre, una simple criada a la que él engatusó hasta dejarla encinta, me había dado todo lo que necesitaba… menos un padre en quien poder confiar! Y justo cuando ya no lo necesitaba, apareció…

»Para entonces, ya había comenzado mi carrera militar. El único lugar donde encontré la fidelidad, el honor y la palabra que nunca tuve. Incluso llegué a tener un caballo al que quise muchísimo, ¿sabes? Era un fiel amigo, pero en Toulouse… Toulouse fue el infierno. Una ratonera de sangre y fuego para mi regimiento, y también para él. Un cañonazo le cercenó las patas delanteras. Cayó, y yo caí con él.

»Pude ponerme en pie. Saqué mi sable y acabé con la vida de dos muchachos franceses, que apenas sobrepasarían la veintena, antes de buscarlo. Se hallaba a pocos pasos de mí, desangrándose… —Ram se mesó el pelo con desesperación cuando ambos se sentaron en el borde de la cama—. Entonces me miró. Con esos dos ojos enormes, brillantes. Sabía que llegaba su final. Y me imploraba

que lo ayudase a llegar a él. Me lo rogaba. Yo me acerqué, apunté su sien con el cañón de mi pistola y… disparé.

—Acortaste su sufrimiento. No deberías sentirte culpable por eso.

—Le quité de en medio. Tomé el camino más corto. A veces… A veces pienso que sería mejor que yo también me rematase. Estoy cansado de sufrir. —La miró como un hombre a punto de ahogarse —. Dios, Gabrielle, hay tanto dolor... Haz que desaparezca…

—Lo haré. Te lo prometo.

Ella se puso en pie muy despacio, asegurándose de que era seguida por los ojos grises en todo momento, y comenzó a deshacerse de su sencillo vestido de noche. Escuchó un jadeo contenido proveniente de Ram, pero no se detuvo.

La Gabrielle temerosa de la vida había dado paso a la mujer sabia que conocía el placer que un hombre podía proporcionarle. A la codiciosa, que ambicionaba todo del noble que permanecía inmóvil, observándola. Con tanta tensión que casi podía tocarla en el ambiente.

—*Mo bhreugaire beag…*

—Nunca he sido una mentirosa, escocés. —La muselina emitió un suave susurro cuando cayó a sus pies. Con manos seguras, comenzó a desprenderse de las enaguas—. No mentía cuando te propuse matrimonio, ni tampoco cuando aventuré ciertos términos con los que tú no estuviste muy de acuerdo… —Se encontró ante él solo con el corsé y la camisola interior. Ni siquiera los pantaloncitos aguantaron mucho tiempo en su sitio—. Pero ahora sí. Ahora me muestro ante ti tal y como soy. Tal y como me ves. Porque no hay más, Ramsay. Solo una mujer que quiere sacarte del pozo en el que te encuentras. Las veces que sean necesarias. Hasta que comprendas que esto no es una ofrenda, ni un pago. Solo es un acto de deseo.

Lo siguiente que escuchó fue un rugido oscuro y penetrante, antes de verse proyectada contra la pared más cercana. Contuvo un quejido cuando su espalda impactó contra el muro, pero no hizo nada para evitar que él la sujetara con fuerza. Ni para que la mirase como si estuviera dispuesto a devorarla.

Al fin aquel turbio gris parecía concentrado en algo: en ella. En su cuerpo y todas las posibilidades que se les presentaban.

—Si querías traerme de vuelta, lo has conseguido. —Acercó la nariz a su cuello. Ella esperó un ataque sin paliativos, pero solo lo escuchó olfateando—. *Dhia*, hueles a excitación. A sexo. Estoy deseando averiguar si sabes a lo mismo.

Tan hermoso como un ángel guerrero, Ram sacó uno de sus senos de la opresión del corsé. Después lo besó, tomando su pezón dentro de la boca caliente y húmeda. Ella echó la cabeza atrás, conteniendo la respiración cuando él le masajeó el trasero con sus manos grandes. Fuertes. Letales.

Pero en lugar de sentir miedo, pensar en el peligro que irradiaba aumentó su excitación.

—Oh, Señor… —balbució cuando él se arrodilló, colocando una de sus piernas sobre un hombro, y hundió su cabeza entre ellas.

En ese instante todo dejó de tener sentido. De existir. Para la mente enfebrecida de Gabrielle, solo contaba la boca masculina chupando su sexo. Lamiéndolo con delicadeza, al mismo tiempo que la penetraba con dos dedos y comenzaba la lenta danza del apareamiento.

—Estás empapada, pequeña… Ahora mismo, podría llegar al clímax solo con contemplarte de esta manera. Ah, Gabrielle, mi Gabrielle…

No lo escuchaba. Con aquellas osadas caricias, él había elevado sus sentidos mucho más allá de su conocimiento. La había convertido en una amalgama de sabores, aromas y tactos irresistibles, que tembló cuando los dedos profundizaron más, la lengua recorrió sus pliegues con más ahínco, y los dientes atraparon el pequeño botón escondido entre ellos.

Sin embargo, cuando creía que alcanzaría el cielo de nuevo, Ram se incorporó.

—Mírame —le susurró sin dejar de mover los dedos en su interior.

Ella abrió los ojos. Jadeante. Febril. Desesperada por conservar aquel placer cada vez más intenso.

Al mismo tiempo que perdía el control, permitió que esos dos ojos grises penetraran hasta su alma mientras se abandonaba a sus

caricias. Tembló su cuerpo, pero también su alma. Con tanta fuerza que se vio catapultada hacia delante, con la única barrera del sólido pecho del conde.

Su mente regresó de la magia del deseo, al mismo tiempo que sus sentidos volvían a la normalidad, pero antes de que pudiera reaccionar, él atrapó su boca en un beso furioso, exigente, incendiario.

—Maldición… —murmuró entre jadeos, con la evidencia de su deseo insatisfecho presionando el suave vientre femenino—. Sigo preguntándome lo mismo: ¿qué voy a hacer contigo?

—Quedarte a mi lado —murmuró—. Vacía tu mente de todo lo que no sean mis manos, mis labios. Cómo te toco.

No se sintió avergonzada, ni miserable, ni cohibida, cuando le abrió la camisa para posar sus manos en aquella cordillera de músculos duros como el acero. Sus piernas apenas la sostenían, pero elevó la barbilla hasta que sus miradas colisionaron, y vio cómo Ram apretaba los dientes al sentir la tibia caricia de sus dedos, jugueteando con sus pezones.

—Si sigues por ahí, te encontrarás una sorpresa… —le advirtió con voz ronca y su frente apoyada en la de ella.

—Comienza a faltarte el aliento, escocés —canturreó, imitándolo cuando atrapó entre sus dientes uno de esos pezones—. Pero pienso ser implacable.

—Dios… —Él echó la cabeza atrás, y siseó algo que no pudo entender cuando ella, en un alarde de valentía, coló una mano por debajo del *kilt* para atrapar de lleno aquella enorme y palpitante erección—. ¡Gabrielle!

No era un grito, sino una súplica que ella entendió a la perfección.

Sin dejar de besar cada palmo de aquel espléndido pecho semidesnudo, comenzó a mover la mano arriba y abajo, en una sutil pero constante cadencia que le arrancó una serie de sensuales gemidos.

—¿Sigues aquí, conmigo? —se las arregló para preguntar, a pesar de que su sangre volvía a entrar en ebullición y la humedad entre sus muslos regresaba con más fuerza.

—Sí —respondió él con la voz áspera.

—¿Me estás prestando toda tu atención?

—Yo... ¡Dios!

Lo complació. Disfrutó del placer que le proporcionaba, con una ternura voraz, sin apartar su atención de él. Y cuando sintió que su cuerpo comenzaba a temblar, se detuvo.

—Ven conmigo, Ramsay —le ordenó con voz aterciopelada, caminando hacia la cama como una diosa prometiendo el Paraíso en la tierra—. Vamos.

Estaba demasiado excitado, demasiado débil, como para poner objeciones, de modo que se tumbó boca arriba, después de desprenderse del *kilt* con un par de toscos tirones.

Gabrielle le ofreció la más malévola de sus sonrisas, justo antes de encaramarse a la cama.

—No tienes por qué hacerlo…

—Quiero hacerlo, Ram. Lo deseo, lo necesito. Te ruego que me lo permitas.

Poco a poco, se introdujo la erección en la boca. No le extrañó no sentir la repugnancia que tantas veces le había acometido con Arthur, cuando este le había obligado a hacer aquello. Él le había demostrado que todo acto podía pasar de abyecto a apasionado, siempre que fuera tierno y consentido. Pero sí se sorprendió de su propia respuesta. Conforme los labios húmedos subían y bajaban a lo largo del grueso tronco, y sus manos acariciaban la base con ternura, su respiración se aceleró, al mismo ritmo que los latidos de su corazón.

—Tesoro mío, tienes que parar o me vaciaré dentro de ti…

La joven no le hizo caso y le presionó las nalgas contra su boca para evitar que se apartara. Estaba tan excitada como él, pero no iba a quedar satisfecha hasta no haberlo saciado.

Lo llevó al límite. Y él no pudo evitar estallar en su boca.

Ella parecía arder entre llamas. Espasmos de placer atravesaban su ser mientras bebía de él con cada potente palpitación. Se sacudió entera en medio de hondos gemidos de satisfacción, por segunda vez, mientras él gritaba su nombre y se tensaba como la cuerda de un arco.

Después, soltó su miembro y apoyó la frente contra el liso abdomen de Ram. Él la sujetó por los hombros y se inclinó sobre ella, temblando. Depositó un beso en su cabeza y la rodeó con los brazos, permitiendo que pegara su adorable cara a su cuerpo.

—Dios mío, Ram… has regresado —murmuró, tomando su cara entre las manos hasta que la mirada de él se centró en la suya—. No hay oscuridad en ti…

—Pero volverá.

—Estaremos preparados para luchar contra ella. Juntos. —No se cansaría de admirar ese gesto de paz interior que le mostraba. Esa intensidad con la que la miraba, como si quisiera expresar de ese modo todo lo que en ese instante bullía en su interior—. No voy a dejarte, McKnight. Digas lo que digas y hagas lo que hagas, no voy a abandonarte a tu suerte.

—¿En serio? —Una sonrisa cínica asomó a sus labios cuando se apartó—. Me gustaría oírtelo decir cuando conozcas toda la verdad.

CUARENTA Y TRES

Ram no podía consentir que ese sentimiento que experimentaba hacia ella, y que cada vez se hacía más fuerte, lo dominara hasta el punto de ceder. Por el bien de ella, pero también en aras de su propia cordura.

—Tienes razón en una cosa: me has rescatado. Al menos por ahora, ya que ni siquiera puedo decir que por esta noche —afirmó, tumbado boca arriba y con la mirada perdida en el techo de la habitación—. Solo hemos aprovechado los fuegos artificiales para crear los nuestros propios, entre estas cuatro paredes.

—Pero los de fuera siguen sonando, y ahora ya no te afectan.

—Estoy demasiado asombrado por tu apasionada iniciativa, por la seguridad que has demostrado y por esa destreza que me ha hecho añicos, como para reparar en ellos. Pero debemos tener los pies en la tierra. Lo que ocurrió la primera noche que pasamos juntos, puede volver a suceder.

—Ahora que sé el motivo, podemos atajarlo. —Gabrielle se sentó frente a él después de encender un quinqué. La leve luz ayudó a alumbrar el cuerpo de la muchacha hasta convertirlo en lo más parecido a una diablesa que él hubiera contemplado jamás—. Thomas estaba en lo cierto. Hay que ser muy valiente para afrontar tus reacciones cuando tu mente no está con tu cuerpo, pero yo lo he hecho.

—Con un éxito tan claro como efímero.

—Yo decidiré eso después de escucharte. —Cruzó los brazos sobre el corsé que todavía llevaba puesto—. ¡No me mires con esa incredulidad! ¡Te he demostrado de lo que soy capaz! ¡No voy a romperme por un relato escabroso!

—Tú lo has querido. —Él se encogió de hombros con indiferencia, aunque su interior temblaba ante la mera idea de que ella lo rechazara después de lo que iba a contarle—. La primera vez que me ocurrió fue hace poco más de un año, en un baile para comenzar la temporada de caza, en la residencia de un duque escocés cuyo nombre no recuerdo.

—Así que un duque. Intuyo que habría despilfarro.

—De todo tipo. Incluidas unas salvas en su nombre. En ese momento sucedió. Thomas y yo habíamos acudido con nuestras mejores galas. Y eso a pesar de que mis orígenes son tan ilegítimos como los tuyos, como ya sabes. Aunque yo preferí fingir que era un secreto. Sobre todo, cuando regresé de la guerra, tan… dañado. —Con un suspiro de derrota, se señaló la frente—. Ese desperfecto se manifestó aquella noche por primera vez, fuera de las pesadillas que me acometían tras mi vuelta. Como iba diciendo, acudí con mi primo y nuestras galas de militares a aquella fiesta que transcurrió sin incidentes.

»Incluso yo me sorprendí de la facilidad con la que me integraba en la alta sociedad, después de tanto tiempo aislado del mundanal ruido. Alice estaba tan orgullosa de mí que me concedió nada menos que dos bailes… Hasta que decidieron disparar al aire para homenajear al anfitrión.

»Algo saltó dentro de mí. Creí que estaba otra vez en el campo de batalla. No me preguntes por qué, no lo recuerdo. Solo sé que cuando volví en mí, tenía un cuchillo en una mano y una pistola cargada en la otra, apuntando con ambas a Alice. Jamás olvidaré la expresión de terror descarnado con la que me miró. Me sentí miserable. Un completo fraude. Un peligro para mis seres queridos. Arrojé las armas lejos, pero el daño ya estaba hecho. ¿Te das cuenta de que podría haberla matado?

Su voz se quebró por la angustia. Ella se adelantó para posar una mano sobre su hombro, pero él la rechazó con dureza.

—No. No quiero tu compasión. Nunca la he querido. Y respecto a lo demás… Ambos estamos satisfechos. Ya no tengo nada más que contarte. Ahora, vete.

—No. Quiero ayudarte.

—Yo no quiero tu ayuda.

—Tampoco yo quería la tuya en un principio, pero la acepté. Déjame abrazarte.

—No te acerques a mí —susurró él.

—¡Deja de apartarme de ti de una maldita vez!

Saltó de la cama y comenzó a vestirse atropelladamente. No quería mirarlo. Ni siquiera quería sentirlo a su espalda. Pero no podía evitar sentir el impacto de la crueldad que aquel hombre había soportado durante los últimos años.

No podía evitar amarlo.

—¡Es así como deberían ser las cosas! ¡Ambos apartados para evitar dañarnos! ¿Es que no te das cuenta? —escuchó, con tanta pena que ella se giró, para ver a un hombre derrotado—. ¡Esto no es una pulmonía provocada por una zambullida en agua helada! Si insistes, ¡solo conseguirás que te hunda conmigo! ¡Yo no puedo curarme! ¡Lo he probado todo!

—¿Has probado a dejar que alguien que te quiera cuide de ti?

—No necesito que me quieran, ni que cuiden de mí. Nunca lo he necesitado.

Gabrielle se lo quedó mirando, estupefacta.

No podía creer lo que estaba escuchando, después de todo lo que acababa de ocurrir entre ellos.

—¡Ah, aquí tenemos al arrogante Lexter! —exclamó, airada—. ¡Eres como un león con una espina clavada en la zarpa, que muerde a quien intenta ayudarlo!

—¿Morderte? Podría romperte tu precioso cuello… Ya has tenido una prueba de ello.

—También he conocido tu ternura infinita. Tu entrega total a la hora de darme placer y de recibirlo. No me asustas. —Cuando consiguió recolocarse el cabello, le dirigió una mirada dura—. No eres el único que se ha enfrentado a la muerte, Ramsay McKnight. Perdí a mis padres, a mi tío, incluso a un marido cruel que solo me usaba para satisfacer toda clase de deseos repulsivos. ¡Pero juro por Dios que no pienso perderte a ti! Tienes que luchar contra esto... conmigo. Si de verdad hubieras perdido el juicio, mi tío no te hubiera nombrado mi administrador, ni tutor de Bastian.

—¡Él no lo sabía! En realidad, exceptuando a Alice y Thomas, tú eres la única que ha contemplado mi lado más macabro sin adornos.

—Es decir, que soy la única que puede ayudarte. Porque vas a necesitar un buen montón de razones más fuertes para echarme de tu lado.

Vio un destello de duda en los ojos grises, antes de que él se pusiera en pie. Una enorme y perfecta escultura de bronce, lleno de salvaje sensualidad, que avanzó hacia ella hasta que tomó su delicada barbilla entre los dedos.

—Te lo repetiré: ahora mismo, estás por debajo de mí en el escalafón social.

—Buscas alejarme haciéndome daño —murmuró, entre furiosa y decepcionada—. Pero te olvidas de que eres un maldito bastardo, igual que yo. La única diferencia entre nosotros radica en nuestra respectiva aceptación por la alta sociedad. Mientras que a ti el Parlamento te otorgó el título de conde, yo me vi obligada a aceptar a un depravado como marido que se hacía llamar barón.

—Solo pretendo que seas razonable. Nuestra pasión mutua no debería estar relacionada con nuestra situación real… *Dhia*! —Ram la sujetó por los hombros, conteniéndose para no zarandearla como si fuera una muñeca de trapo—. ¿Es que no entiendes que estas palabras suponen mi último recurso? ¿Que el único camino para preservarte de mí es herirte? ¿Que debes marcharte, sin volver la vista atrás?

Ella se mantuvo callada, escrutando su rostro.

Luego apartó la vista.

—Tienes toda la razón —afirmó, con la voz entrecortada, pero firme—. Es algo que no puede negarse. Como una ladrona que se interna en un huerto ajeno, he intentado coger la fruta prohibida que colgaba muy alta sobre mi cabeza, y se ha caído al suelo por mi insensatez.

—*Mo bhreugaire beag…*

—Me has puesto en mi lugar real de nuevo, después de permitir que soñara imposibles. Solo soy la viuda de un barón repulsivo. La cuñada de una duquesa. Una mujer arruinada. No volveré a olvidarlo. Perdóneme, lord Lexter. No lo molestaré más.

Recompuesta por fuera, pero destrozada por dentro, se encaminó hacia la puerta.

Ram se quedó allí parado, observando cómo la perdía.

Incapaz de sentir nada, cuando el dolor lo inundaba todo.

Por mucho que lo intentaba, no podía arrepentirse de nada de lo compartido con aquella hermosa mujer. Ya se había imaginado que iba a disfrutar, pero nada le había preparado para aquella experiencia que le había conmovido hasta el alma.

Una pequeña parte de él, que todavía conservaba un poco de sangre fría, habría sido más juicioso no permitir que comenzara aquella intimidad, pero no era capaz de lamentarlo. Estar con ella significaba incrementar el deseo e inflamar hasta el último de sus sentidos. Aun cuando no se encontraba en su presencia, su recuerdo lo acompañaba siempre, brillante y vívido. Ocupándolo todo. La deseaba como no había deseado a otra mujer desde hacía demasiado tiempo. Quería soltarle el pelo de nuevo y volver a quitarle la ropa prenda a prenda, hasta que terminara desnuda ante él. Quería unirse a ella y hacerle el amor toda la noche, hasta que ese fuego que sentía por dentro los consumiera a ambos.

Sin embargo, no fue la necesidad física lo que lo postró de rodillas, sino algo mucho más fuerte que se abrió paso en su aturullado cerebro.

Ella era mucho más que un cuerpo hermoso y complaciente. Iba mucho más allá de una mujer hecha para ser adorada. Se había mantenido firme, acercándose a él y ofreciéndole su mano cada vez que él la rechazaba.

Lo había domado con su paciencia, como si fuera un caballo salvaje.

Y él estaba a punto de renunciar a ella para siempre.

Maldición…

—Hace mucho tiempo que he dejado de esperar que alguien se preocupe de lo que pueda pasarme —comenzó a explicar. Con la voz queda, las manos apoyadas en el suelo y pocas esperanzas de redimirse—. A pesar de que siempre he tenido quien lo hiciera, ahora sé que lo que de verdad me importa es que tú formes parte de ese reducido círculo. En este instante soy incapaz de imaginarme

retomando mi vida anterior. Volviendo a esa fría existencia cargada de oscuridad y soledad infinita. Hasta ahora he ignorado la profundidad de mi deseo con éxito, gracias a mi compromiso con el deber, pero hoy… Hoy has ganado. Me has ganado. Soy tuyo. Por completo. Por favor, perdóname. Por favor, no te vayas. Por favor, no me dejes solo. Por favor… Ayúdame.

CUARENTA Y CUATRO

Cuando Gabrielle se dio la vuelta, solo vio a un hombre destrozado… que lloraba.

Los ojos de Ram vertían lágrimas sin control mientras la miraba. Sus mejillas se hallaban empapadas. Extendía sus manos hacia ella, como si así pudiera compartir una mínima parte del horror que seguía acompañándolo.

Agonizaba, pero no solo por él, sino también por ella.

Era la primera vez que veía al auténtico Ramsay. Sin corazas. Sin subterfugios. Con el pecho abierto y las emociones descubiertas. Y se sintió tan sobrecogida que terminó de rodillas frente a él. Abrazándolo como si el único mundo existente fuera el que habían construido en aquella habitación. Sin importar la fiesta, el regente, la familia o las habladurías.

—Ram, ni siquiera yo conozco ahora mismo la magnitud de esto que siento por ti… —murmuró, dejándose envolver por la fuerza de unos brazos que, por un angustioso momento, había creído perdidos —. Pero sé que te amo. No me preguntes cómo ha ocurrido, o cuándo. O por qué, pero es así. Con tus virtudes, con tus muchísimos defectos. Con tus luces, tus innumerables sombras y el peligro que estas representan. Con la perfección de tu cuerpo y las muchas imperfecciones de tu carácter. No me importan, ¿sabes? Solo quiero que… me aceptes.

—*Mo bhreugaire beag,* te acepté cuando me defendiste de los asaltantes, demostrando más valor que muchos soldados. —Con la voz rota, él acogió entre sus manos aquel rostro tan bello surcado por las lágrimas, y unió sus frentes, solo para tomar el resuello que, de pronto, le faltaba—. Nunca más voy a permitir que te apartes de

mi lado. Ni siquiera cuando veas la oscuridad que me acecha, y quieras escapar de mí.

—Eso no va a ocurrir…

—Ocurrirá. Y ese día, te recordaré los términos en los que has tomado tu decisión. Pero, hasta entonces, yo tomaré la mía. —Los ojos le brillaban como nubes cargadas de tormenta, iluminadas por un inesperado rayo de sol, cuando se puso en pie y extendió su mano hacia ella—. No sé si te habrás dado cuenta, pero montaremos un lío monumental cuando ambos salgamos de mi dormitorio.

—Se imaginarán justo lo que es. No me preocupa.

—A mí, sí. Ponte de pie, baronesa de Darkness. Jamás he permitido que una mujer se arrodille ante mí. —Gabrielle tomó la mano firme que se le ofrecía, y se internó en la inmensidad profunda de su mirada, con la garganta completamente seca y el corazón palpitando desaforado—. Creo que ambos somos lo bastante adultos como para aceptar las consecuencias de nuestros actos.

—¿Lo vamos a hacer… juntos?

—No. —A ella el alma se le cayó a los pies—. Vamos a hacerlo como prometidos. *Milady*, soy un hombre chapado a la antigua. Su petición de mano, además de poco ortodoxa, no es válida para mí, de modo que he decidido invertir las tornas. ¿Me haría el honor de aceptarme como su más fiel esposo? ¿Como el único hombre en su cama, en su casa y en su vida? ¿Como alguien para quien usted es, y será, lo más importante?

—¿Por encima de qué, escocés?

—Por encima de todo y de todos, inglesa. Lo juro ante Dios y todos los santos. Y sobre todo, lo juro ante ti.

—Yo…

Ram no podía soportar esa pequeña sombra de duda que empañaba los enormes ojos azules, así que la aprisionó contra su pecho, que aún permanecía semicubierto por su camisa blanca arrugada, hasta que sintió su aliento bañando la porción de piel que había estado expuesta a sus incendiarias caricias. Una porción muy pequeña, aunque se juró que la ampliaría en cuanto le fuera posible.

—Durante mucho tiempo, me había convencido de que amar significaba convertirse en un ser vulnerable. Arriesgarse a padecer dolores más fuertes que cualquier herida. Por eso lo he temido siempre. En lugar de enfrentarme a mis temores, abandoné a quienes más me necesitaban, permitiendo que otros cargasen con mis responsabilidades. Eso fue exactamente lo que me pasó contigo. Ahora, solo aspiro a escuchar una palabra de tus labios. Para alcanzar mi felicidad, pero también para condenar la tuya.

Llegar a esa conclusión y expresarla en voz alta, fue como tener una bala clavada en las entrañas. ¿Había llegado el momento de que se perdonara a sí mismo?

Era probable. Pero si pretendía ser digno de ese perdón, tendría que ganárselo.

—Soy muy egoísta —prosiguió, depositando un tierno beso en su coronilla—. Solo quiero tu consentimiento a este matrimonio… y tu perdón.

—Tienes ambos, escocés. Siempre los has tenido.

—¿Eso es un sí?

—¿Acaso lo dudabas?

A él le costó un inmenso esfuerzo no ponerse a saltar de alegría, justo antes de llevársela a la cama para hacerla suya, de todas las formas que había imaginado durante demasiado tiempo. En cambio, se apropió de su boca hasta que no les quedó aliento que compartir.

—En ese caso, solo nos queda un trámite por cumplir —afirmó—. Vamos a anunciar nuestro compromiso por todo lo alto en una de las residencias del regente, con el propio regente de testigo.

—Oh, Dios… —De pronto, las piernas comenzaron a fallarle—. Todos piensan que me casaré con Robert. Lo dejaré en ridículo…

—Yo me encargaré de que no sea así.

—Victoria y Cliff van a matarme. Eso por no hablar de lo que Alice y Thomas harán contigo…

—He sobrevivido a lo que ha sucedido aquí esta noche. Contigo. Gracias a ti. Por ti y para ti. No me dan miedo. ¿Me acompañas?

Gabrielle observó de nuevo la mano de Ram.

Pensó en la vulnerabilidad de aquel hombre. En su encantadora rudeza. En los intentos desesperados por apartarse de ella. Casi lo

había conseguido.

Casi.

Porque en aquel momento, no se le ocurrió un lugar mejor para pasar el resto de su vida que el que él eligiese, a su lado.

—Vamos —dijo, entrelazando sus dedos con los de él, para salir del cuarto con paso firme, la cabeza alta y la total convicción de que, al fin, sabía lo que era el amor verdadero.

◆ ◆ ◆

—¡Esto es inaudito!

Lugh lanzó el periódico que mostraba los ecos de sociedad más recientes, lejos de él y de su acompañante, que observó el gesto furioso con su habitual indiferencia.

—Ya no —le respondió, tomando un sorbo de su taza de té. Ambos se habían citado en un lugar lo bastante público y concurrido en aquellas fechas, como para pasar desapercibidos—. McKinght solicitó la mano de la baronesa viuda de Darkness al mismísimo Regente.

—¿Qué hay de nuestro Robert?

—No solo no se sintió ofendido, sino que libró al conde de una explicación poco convincente, echándose las culpas sobre la ruptura de su compromiso. Para todos, él engañó a la baronesa antes de formalizar su situación. En una palabra, bendijo su unión con el escocés.

—¡Tenía que ser él quien ocupara el puesto! ¡A estas alturas, ya debería tenerla en la cama, preñándola con futuros descendientes fieles a la causa!

—Calma, Lugh. Te estás poniendo en evidencia. Algo muy perjudicial para esa causa, desde luego. Robert ha fracasado. El tiempo pasado junto a nuestra Gabbie solo le sirvió para que le tomara cariño. Justo lo contrario de lo que pretendíamos.

—Y gracias a eso, ahora el crío está más lejos de nosotros de lo que nunca lo estuvo su padre, la baronesa se casará con su protector, y ese maldito escocés convertirá la celebración y su

residencia habitual en una fortaleza inexpugnable —siseó Lugh, con todos sus sentidos pendientes de los alrededores. Si en algo tenía razón la sabandija que lo acompañaba, era en la necesidad de discreción. Entonces, detectó movimiento no lejos de ellos. Una pareja, conocida por él, salía del mismo establecimiento en el que se encontraban. Su mente comenzó a fabricar una alternativa casi al instante—. Sir Thomas, el primo de ese conde de pacotilla, y su preciosa mujercita, acaban de pasar por delante de nosotros. ¿No te dice nada eso?

—¿Que están haciendo sus compras para el enlace, que se celebrará después de las navidades?

—En febrero, según ese panfleto —refunfuñó, señalando el periódico con desprecio—. ¿Nada más que tu despierto ingenio no haya intuido ya?

—Mi despierto ingenio no está para adivinanzas últimamente. Después de lo de Robert y de que mi Charlotte intentara comprometer al conde de Lexter en la fiesta del regente, sin resultado alguno por su parte, francamente, me encuentro en un callejón sin salida.

—He aquí una de las miles de razones por las que yo estoy, y siempre estaré, por encima de ti en el escalafón de la hermandad. —Lugh se permitió un instante de petulancia antes de inclinarse sobre la mesa, en pos de la atención de su acompañante—. He hecho mis averiguaciones.

—El conde también. Ya sabe que existen varias personas marcadas con una flor de lis. Es cuestión de tiempo que ate cabos…

—Para entonces será demasiado tarde. —Su mirada calculadora se quedó clavada en la puerta que la pareja acababa de franquear—. Según mis informaciones, Thomas y su esposa son la única familia de Lexter. Los únicos que han permanecido al pie del cañón después de que él regresara de la guerra, digamos, un poco tocado —concluyó, señalando su frente—. Y todos sabemos que el amor vuelve vulnerables a las personas, ¿verdad?

—Supongo. Nunca he tenido la desgracia de padecer de semejante mal.

—¿Ni siquiera por tus hijos? Qué ser sin sentimientos tengo delante, por el amor de Dios… —bromeó, sin pizca de gracia.

—En todo caso, alguien que te ha sido de mucha ayuda, y que aún seguirá siéndolo. Si estás insinuando que lord Lexter está sinceramente enamorado de su futura esposa, eso la pondrá en nuestro punto de mira, tanto a ella como a Sebastian.

—Los dos han estado siempre en nuestro punto de mira. Y en el suyo, dado que ha reforzado tanto la vigilancia. Sabe que su enlace no deshace el peligro en el que siguen inmersos, pero ignora a qué o quién se enfrenta. Y esa será nuestra mejor baza.

Aquello captó de inmediato el interés de la otra persona. Con el ceño fruncido, se inclinó también sobre la mesa, hasta que sus caras estuvieron a medio palmo de distancia.

—Podría decir que tu expresión me da miedo, pero como tampoco conozco ese sentimiento, me centraré en la curiosidad —murmuró—. ¿Qué tramas?

—Una guerra a la que asistirá un héroe.

—No hay…

—Napoleón ha escapado de Elba y se dirige a su patria. Créeme, la habrá. Nuestro rey no se quedará de brazos cruzados cuando ocurra. Enviará a sus mejores hombres, entre los que se encontrará nuestro querido conde escocés. El limbo en el que vive, y que le impide estar al corriente de noticias tan importantes como esta, desaparecerá de un plumazo —informó, recreándose en cada palabra—. Permaneceremos en las sombras mientras tanto. Conseguiremos que relaje la guardia, hasta que no tenga más remedio que acudir a la llamada de su rey… Para no regresar vivo.

—¿Y si tus cálculos fallan?

—En ese caso… una preciosa mujer desaparecerá del hogar familiar, para pasar a engrosar las filas de prostitutas destinadas a satisfacer al círculo más cercano del Regente. Es decir, a nosotros y todas nuestras aspiraciones políticas —concluyó Lugh con satisfacción—. La sangre de ese maldito es tan sucia como la de Gabrielle. Debemos limpiar las altas esferas de bastardos como ellos. Será nuestro pequeño triunfo. Un escollo insignificante que desaparecerá, para seguir avanzando hacia la victoria final.

No sintió ni un mísero remordimiento al respecto.

Tampoco habló de la baza adicional con la que contaba, y que tenía un nombre: Damien, el hombre que mantenía oculto para toda la hermandad al completo, y que acababa de convertirse en imprescindible para la consecución de sus fines.

CUARENTA Y CINCO

Se casaron en la pequeña capilla de Cover Hill, aunque el número de invitados sobrepasó con mucho la capacidad del lugar.

Por fortuna para ellos, después de que el regente anunciara su enlace en la fiesta a bombo y platillo, no pareció estar interesado en darle un alcance que eclipsara su figura y sus festejos desmedidos, por lo que Gabrielle, ayudada por unas entusiastas Alice y Victoria, se encargó de elegir el menú, la decoración de ese día, las invitaciones y, por supuesto, su vestido de novia, así como el atuendo de Bastian.

—Te veo preocupada. Si es porque dudas de lo que el conde siente por ti, te aseguro que no he visto hombre más enamorado desde mi propia boda, cariño. —Victoria, elegantemente engalanada para la ocasión, la giró hacia ella para ofrecerle una sonrisa reconfortante que le transmitió tranquilidad cuando observó su imagen en el espejo, con el ceño fruncido—. Voy a hacerte una confidencia, aprovechando que Alice también está aquí, con nosotras: ambas nos hemos asegurado de que así sea.

—¿Que las dos habéis hecho qué…?

—Guiar a mi primo hacia su felicidad, querida. —Alice enarcó una ceja—. Te concedo que dudes de mis capacidades, pero no de las de tu cuñada. ¿Es que no conoces su testarudez?

—Por fortuna, la conozco.

—Pues únela con mi entusiasmo, y obtendrás… esto —añadió, señalando su aspecto—. Tesoro, pareces una estrella brillando en un firmamento oscuro. Siempre lo has parecido, incluso en los peores momentos. Ese resplandor ha rescatado a mi primo de su propio infierno. Yo lo vi desde el principio. Y cuando Victoria me escribió

contándome la conexión que parecía existir entre vosotros, y su plan para ayudaros a ver la realidad…

—Así que un plan. —Ella paseó su mirada por aquellas dos intrigantes, decidiendo si enfurecerse con ellas, o agradecerles el gesto de por vida—. Tenéis suerte: hoy es el día de mi boda y estoy de buen humor.

—¡Yo también! —gritó Sebastian, que estaba con ellas, dando palmas de alegría—. Tengo un padre. Se ha pasado muchos días enseñándome muchas cosas, para que parezca un *querrubín*.

—Se dice querubín, cariño. Y sí, milord te considera su hijo, así que tú puedes pensar en él como en el padre que nunca tuviste.

—Mejor que muchos que conozco —terció Victoria—. Se ha encargado personalmente de enseñarle los primeros pasos de baile. ¿Os lo podéis creer?

—¡Claro que me lo creo! Mi primo es un gran bailarín —terció Alice entre carcajadas—. Y un hombre muy inseguro, además. En este preciso instante, debe estar más que nervioso, ya esperándote.

—Eso por no hablar de Cliff, que va a llevarte al altar. —Sin más ceremonia, Victoria casi la empujó hacia la puerta—. Vamos, o terminarás con la parte masculina de la familia antes de formar la tuya propia… esta vez, por amor.

Aquella simple frase logró que Gabrielle se olvidara de todo lo que le zumbaba en el oído, como un funesto recordatorio de que no se subiera a ninguna nube de dicha, so pena de ser expulsada de ella en el momento menos esperado. Decidió olvidarse de las señales de cansancio que ensombrecían el rostro sonriente de Thomas, colocado junto a Ram, cuando Cliff la llevó por el pasillo central de la capilla. Incluso decidió ignorar las sombras oscuras que aparecían bajo los ojos de su futuro esposo, porque todo lo demás en él resplandecía.

Vestido con el traje escocés al completo, parecía más que nunca un guerrero de otro tiempo, con su habitual y fina capa de civilización acompañando a ese brutal atractivo al que ella nunca había permanecido inmune.

Su corazón se detuvo al contemplarlo.

Estaba cansado. No en vano apenas se habían visto en las últimas semanas. Ramsay apenas había pasado tiempo en su propia casa, y cuando había decidido preguntar a Thomas, este se había desecho del aprieto con evasivas.

Sin embargo, aquel hombre extraordinario, impecablemente vestido, lograba acelerarle el pulso con tan solo una de sus profundas e indescriptibles miradas.

—Llegas tarde —le recriminó en un dulce susurro, mientras tomaba su mano.

—Es tradición en la novia, ¿no? —respondió ella con una sonrisa.

Un ligero fruncimiento de cejas fue la única respuesta, antes de que comenzara la ceremonia que a Gabrielle se le antojó eterna. Hasta que se encontró besando a su flamante marido entre las salvas de todos los asistentes y los gritos de júbilo de Bastian cuando, con un rugido, Ram lo cogió en volandas y lo lanzó al aire para volver a cogerlo.

Fue el principio de una celebración que duró hasta altas horas de la madrugada. Comieron, bebieron, bailaron, se congratularon con los mismos que un día les habían marcado como no aptos para la alta sociedad… Y cuando llegó el momento de retirarse a sus habitaciones, entre un coro de pitidos, palmas y comentarios soeces que no les molestaron, Ram la tomó en brazos para no soltarla hasta que no cerró la puerta de su cuarto de un puntapié.

—¡Al fin! —exclamó, aflojándose el nudo del pañuelo que había permanecido en torno a su cuello todo el maldito día—. Creí que nunca llegaría este momento.

—Cualquiera que te oiga, pensará que acabas de pasar por el peor trance de tu vida, en lugar de por el día de tu boda. —Con ademán juguetón, ella lo ayudó a desanudarlo y comenzó a desabotonarle la camisa con movimientos sensualmente estudiados —. ¿Qué ocurre, señor conde? ¿Ya se arrepiente de haberse dejado cazar?

—¿Por semejante Afrodita? ¡Eso nunca! Además, si lo hiciera, decepcionaría a un niño muy especial para mí. ¿Te has dado cuenta de las veces que me ha llamado «padre»?

—Está tan orgulloso de ti… como yo.

—Y mucho menos impaciente que yo por tenerte en exclusiva, te lo aseguro. Estas semanas se me han hecho meses…

—Los meses, años, y así sucesivamente. Lo he notado —apuntó Gabrielle con un guiño cómplice—. Creo que no te has relajado hasta ahora mismo.

—Pequeña, hemos dado la campanada en la alta sociedad, en más de un sentido. —Ram la tomó por los hombros con gravedad—. No hemos conseguido averiguar quién se llevó a Bastian, o quién se puso en contacto con Aaron para que este dejara aquella aberración sobre la cama del niño. No podemos bajar la guardia.

—¿Ni siquiera hoy? —Melosa, tiró hacia atrás de la camisa, hasta que esta acabó en el suelo. A continuación, maniobró con el *kilt* para que tuviera el mismo destino—. Mi hermoso, hermoso marido… ¿Sabes que nunca te he visto completamente desnudo? Al menos, no con la luz suficiente. La noche en la fiesta del Regente no cuenta, así que ahora mismo pienso darme un festín para los sentidos.

—No serás la única en disfrutar, te lo aseguro. Si supieras las veces que me he contenido para no hacerte mía antes de la boda.. La fuerza de voluntad a la que he tenido que apelar para comportarme como un caballero respetando a su prometida…

—¿No habíamos quedado en que no pertenecías a esa clase, al igual que yo tampoco soy una dama al uso?

Los ojos grises relampaguearon.

—¿Qué tienes en mente? —le preguntó él, con la voz oscurecida por el deseo.

—Facilitar las cosas. Solo eso.

Sin despegar sus miradas, y con la seguridad adquirida gracias a él, comenzó a desprenderse de sus prendas con deliberada lentitud. Cada movimiento llevaba una intención, un propósito. El fin último de excitarlo hasta llevarlo al límite, sin ni siquiera tocarla.

Cuando solo le quedaban los pantaloncitos y la camisola, Ram alargó una mano con un gruñido ahogado, pero ella lo detuvo y chascó la lengua.

—Mal, muy mal. —Indicó con un dedo que la siguiera cuando se dirigió a la cama, contoneando las caderas como la mejor de las cortesanas—. Quiero que dejes que tus sentidos tomen el mando.

Quiero que huelas, que paladees, que notes el tacto bajo tus yemas. Que mires hasta hartarte y que escuches todos los sonidos propios de la lujuria… Pero no tocarás, hasta que yo te lo permita.

—Yo estoy sin ropa. En cambio, tú…

—Yo estoy jugando. ¿Aceptas el desafío?

—Sí, pero no va a resultarme sencillo. Con solo mirarte me reafirmo en la existencia de Dios, *mo bhreugaire beag.*

—No puede haber alguien más lejos de la divinidad que yo —afirmó ella, lanzándole los pantaloncitos a la cara.

Ram los arrojó al suelo, con mirada de depredador, y dio un firme paso hacia Gabrielle.

—Te equivocas. Eres demasiado exquisita para existir por pura casualidad—murmuró. Sentía las palmas de las manos húmedas y la garganta demasiado seca, cuando su encantadora mujercita decidió sacarse de encima la camisola, para quedarse ante él en toda su gloriosa y provocativa desnudez—. *Dhia*, eres tan exquisita… Me muero por tocar esa piel tan cremosa. Por besarla, por chuparla y paladearla, como se merece. Quiero tomarme mi tiempo, pero mira cómo me tienes. No sé si podré resistirlo…

—Lo harás. Pero antes, yo también quiero darme un festín… sin tocarte.

El cuerpo del conde era la perfección en sí misma para ella. No podía encontrar un defecto en él, ni siquiera por las numerosas cicatrices que detectó. Era la primera vez que se veían desnudos, y pretendía alargar el momento todo lo que pudiera.

Aunque para ella también supusiera una tortura.

Excepto en el pecho, donde crecía una pequeña mata de vello, y la fina línea que descendía desde su estómago liso hasta la masa más oscura de su entrepierna, el cuerpo desnudo de Ram parecía brillar con el lustre del bronce a la luz oscilante de la lámpara.

Gabrielle tragó saliva, y se obligó a permanecer inmóvil, a esa misma distancia.

Justo la que, en el pasado, la había protegido de la crueldad que el único hombre que había conocido íntimamente, le había dispensado a lo largo de demasiados años.

No estaba acostumbrada a la experiencia de tener la carne de gallina y sentir las rodillas flaquear por placer. Tampoco sabía que fuera posible experimentar tales sensaciones exquisitas con solo mirar el cuerpo de un hombre, pero la mera idea de apretujarse contra él las acrecentó hasta límites prohibidos para la decencia.

Conocía la ferocidad de su esposo, pero también su ternura. Y quería ambas para ella.

Con pasos medidos, se acercó a él, hasta que cada poro de su piel se impregnó del vibrante calor que manaba de la piel masculina. Solo se atrevió a recorrer con la punta de los dedos aquel conjunto perturbador de músculos, desde la cintura hasta el poderoso cuello, donde los tendones se marcaban como consecuencia de la enorme contención que él ejercía.

—Si sigues por ese camino no podré mantenerme quieto…

—Te quiero quieto, pero también moviéndote… dentro de mí. Te quiero sereno, pero también atormentado por esas pesadillas que todavía aparecen, porque forman parte de tus debilidades. Te quiero dispuesto a todo por mí, pero también con esa parcela de intimidad que todavía eres reacio a compartir conmigo. En definitiva, te amo, Ramsay McKnight. Con todo lo que llevas contigo.

Y tras posar su mano en la mejilla de Ram, cerró los ojos y lo besó con dulzura.

Ram se estremeció. Le faltaba el aliento por la caricia de aquellos labios aterciopelados que lo curaban, lo seducían. Lo redimían.

Le hacían perder el poco juicio que todavía poseía. La atrapó por la cintura para profundizar en el beso, pero ella lo apartó de nuevo y se encaramó a la cama.

—Aún no —murmuró como el canto de una sirena—. Todavía tengo algo más que hacer.

—No es necesario que…

—Lo es. —Ram enmudeció. Los ojos color celeste parecían dos lagos cristalinos, a través de los cuales pudo apreciar la transformación de aquella extraordinaria mujer. El orgullo que un malnacido le robó, completamente recuperado. Su dignidad, como si nunca la hubiera perdido—. Una vez, alguien me denigró a través de acciones como estas. Donde solo debía reinar el placer, la

complicidad y el respeto, se instaló el miedo, la humillación y el dolor más profundos. Nunca pensé que fuera capaz de erradicarlos. Y no lo hice… sola. Contigo he renacido como mujer y como persona, McKnight. Contigo, he aprendido que puedo obtener placer y darlo al mismo tiempo. Y eso es lo que me propongo.

CUARENTA Y SEIS

Ram no hubiera averiguado ni en un millón de años a qué se refería.

Incluso cuando lo vio, le costó creérselo.

Contempló boquiabierto cómo Gabrielle se tumbaba de espaldas en la cama, mirándolo fijamente, y dejaba que su mano se deslizara por el profundo valle entre sus espléndidos pechos, descendiendo en un recorrido ardiente que terminó entre sus piernas.

—Dios mío…

Su preciosa esposa, la mujer que le había robado incluso la peor versión de sí mismo, abrió sus muslos para que pudiera contemplar cómo se acariciaba ella misma.

Él se quedó inmóvil. Incapaz de hacer nada más que observar la viva imagen de la decadencia más sensual. Las curvas femeninas parecían acentuarse conforme se daba placer con su propia mano. No había vergüenza, ni indecisión en sus actos. Eran los de una consumada meretriz, mientras en sus ojos se instalaba una mirada voraz, contundente, que le decía que sabía lo que estaba provocando en él, y que pretendía seguir hasta sus últimas consecuencias.

Un rayo de lava ardiente lo inundó entero cuando sus ojos se quedaron clavados en esos dedos finos, semienterrados entre los pliegues empapados, hasta que le escocieron. Toda su contención saltó por los aires cuando percibió el olor almizclado de la excitación, penetrando por su nariz para atacar directamente su cerebro. Las yemas de sus dedos comenzaron a hormiguearle, y el calor comenzó a manar de sus poros como si fueran miles de fuentes.

La explosión de los sentidos acababa de convertirlo en un alfeñique al servicio de aquella diosa, que gemía como consecuencia de sus propias caricias.

—No voy a consentirlo —atinó a decir, antes de colocarse entre sus piernas.

Ella lo miró expectante. Echando mano de toda su fuerza de voluntad, él tomó uno de sus tobillos y comenzó a besarlo. Lentamente. Hundiendo sus dedos en las largas piernas femeninas, solo para empaparse de aquella textura cremosa que durante tanto tiempo había ansiado disfrutar.

—Pienso ir despacio —murmuraba, mientras dejaba una riada de besos desde su tobillo hasta la parte interna de sus muslos—. Voy a adorarte entera. Tal y como te mereces.

Ella nunca pensó que cumplir con su palabra supusiera un tormento tan delicioso. Las manos de su esposo exploraban, se llenaban de su carne tierna y ardiente. Sus labios absorbían su energía, sus temblores. La lengua dejaba un recorrido de fuego que siguió ascendiendo por su ombligo, hasta atrapar uno de sus pezones con la boca. Sintió que se abrasaba por dentro. Que todo su ser se licuaba en una dulce rendición. Se arqueó contra el cuerpo masculino, pero su esposo no pensaba quedarse ahí. Con una sonrisa malvada, rodeó su hermoso cuello con una mano para incorporarla, y con la otra comenzó a desprenderla de todas las horquillas, hasta que sus preciosos rizos azabache le cubrieron los hombros y parte de sus pechos.

—Así está mucho mejor. Pareces una auténtica Afrodita sobre mi cama.

Contemplar aquella visión, con los largos mechones rizados enmarcando una cara enrojecida por la pasión, fue más de lo que pudo soportar. Ram se abrió paso entre sus piernas con su latente erección y la penetró muy poco a poco.

Gabrielle gimió y se retorció contra él. Deseaba participar del calor que desprendía. De la humedad que manaba de sus poros. De la dureza de cada músculo. Del aroma almizclado que comenzó a embotar sus sentidos.

Él era pura contención. Se propuso disfrutar de la sensación de introducirse en su interior hasta el final. Y cuando este llegó, se mantuvo quieto, con sus pupilas dilatadas y sus manos enmarcando el rostro de la joven.

—Eres deliciosa, *mo bhreugaire beag* —dijo él en voz baja, con su musculoso torso, húmedo y caliente, contra el de ella—. Estar dentro de ti es como vivir en el Paraíso. —Gabrielle notaba que el firme control que él ejercía comenzaba a disminuir, pero Ram hizo un último esfuerzo, solo para dejar que ella disfrutara de él—. Mírame a los ojos cuando te dejes llevar. Quiero notarlo contigo. Quiero ver cómo alcanzas el clímax. Eso es, mi amor. Solo deja que ocurra.

Se apropió de su boca e inició un cadente movimiento de caderas al mismo ritmo que sus lenguas entrelazadas.

A medida que Ram sentía desvanecerse su control, vislumbró sus sueños de futuro. Su fogosa mujer le daría una nueva vida llena de color, risas, música y calidez. En ese momento todo pensamiento se disolvió, al tiempo que una profunda emoción llenaba su pecho. La aferró contra él, abandonado a sus besos, y mientras ella gritaba su clímax, él se derramó dentro de su cuerpo, convirtiéndola en parte de él de forma irrevocable.

◆ ◆ ◆

Cuando Ram escuchó unos pequeños toques en la puerta, pensó que estaba soñando.

Después, al despertar por completo, que Sebastian podría estar buscando a su madre. Lo cual lo llevó a sentarse de golpe sobre la cama, con el corazón en un puño al pensar que el intruso podía haber burlado la vigilancia a lo largo de la noche.

Lanzó una mirada angustiosa a Gabrielle, que dormía plácidamente a su lado, después de haberse pasado horas disfrutando el uno del otro sin restricciones de ningún tipo, y a continuación salió de la cama con sigilo, sin pensar que abría la puerta completamente desnudo.

Hasta que Thomas, al otro lado, lo miró de arriba abajo con las cejas arqueadas.

—Caray, primo, ya no recordaba lo bien dotado que estás —bromeó en un susurro.

—Es el estado natural de un hombre que disfruta de su noche de bodas. Espero que tengas una razón muy importante para interrumpir la mía, o de lo contrario, el que dejará de estar bien dotado serás tú.

—Te aseguro que lo es.

Siseando por lo bajo, Ram se cubrió con una bata y salió del dormitorio.

—Esto es lo más lejos que voy a estar de mi esposa hoy. Habla —exigió, pegado a la puerta cerrada.

—Como verás, yo todavía no me he ido a la cama con mi mujercita, a pesar de las horas tan indecentes a las que he vuelto de tu… encargo.

—Tengo ojos en la cara. Estás vestido de etiqueta. Espero que no hayas ido a Bethnal Green así, porque serías como un faro en mitad de una tormenta.

—Me cubrí con una capa mucho más modesta que mi traje. En un coche de alquiler. Y apenas puse un pie en el barrio, supe lo que ha ocurrido. ¿Estás seguro de que quieres permanecer aquí, de pie, mientras te lo digo?

—¿Crees que dejaría sola a Gabrielle tal y como están las cosas?

—Supongo que no. En fin… —El sempiterno tono socarrón de su primo se volatilizó, igual que su expresión desenfadada, cuando lo atravesó con una mirada que le puso todo el vello de punta—. Ram, Damien ha desaparecido.

—¡¿Cómo que ha…?! —Enseguida se dio cuenta de que estaba gritando, pero era tal su furia que arrastró a Tom por el brazo hasta la sala contigua a su propio dormitorio—. ¿Cómo que ha desaparecido?

—Y no en muy buenas circunstancias. Me bastaron un par de preguntas aquí y allá para saber que, después de nuestra reunión, tu confidente fue interceptado por alguien con porte elegante, que prácticamente se lo llevó a rastras hasta un local abandonado, no

lejos de Bethnal Green. Mi informante no está muy seguro de lo que vio, pero sí de que, cuando entró en el local, mucho tiempo después, este estaba desierto. Ni rastro de ninguno de los dos. Como si se los hubiera tragado la tierra.

—Eso es imposible… Alguien más tuvo que verlos salir.

—Al parecer, el local dispone de una puerta trasera. Imagino que el atacante de Damien logró reducirlo y se lo llevó por allí, aunque solo son conjeturas. Mi información termina ahí. No he conseguido avanzar más.

—Al menos no ha huido por propia voluntad. Pobre consuelo, teniendo en cuenta que quien lo tenga en su poder, conocer la relación que nos une y pretende que Damien hable —concluyó, frotándose la cara con las manos.

—He pensado lo mismo. De lo contrario, habría acabado con él sin más complicaciones.

—Las complicaciones las tenemos nosotros. —Apretó los dientes para no descargar el puño contra cualquier objeto. El estruendo podría despertar a Gabrielle, y lo último que quería era alertarla—. Ahora, no solo seguimos a ciegas, sino que además hemos perdido a uno de nuestros mejores aliados. Ese Damien es honesto, Tom. Pero ignoro si también será lo bastante valiente como para soportar los golpes de un interrogatorio…

—Nos encontramos en un callejón sin salida, excepto por la flor de lis. La misma persona que me contó lo ocurrido con Damien, afirmó que se rumoreaba algo acerca de una especie de organización, cuyos miembros exhiben ese tatuaje, y marcan con la misma figura a quien pretenden reclutar.

Ram palideció.

—Bastian —murmuró, con un repentino sudor frío corriéndole por la columna vertebral—. Y también las prostitutas encontradas muertas. Ignoro qué relación pueden tener, pero lo descubriré. Aunque para ello, tenga que infiltrarme yo mismo en cada burdel de esa condenada ciudad.

◆ ◆ ◆

Lugh acudió a la celda acompañado de una simple vela.

Necesitaba desahogar su frustración con alguien, pero sabía que Damien no era la persona adecuada para recibir su furia. Si cometía ese error, destruiría sus posibilidades con él.

Y en ese instante, gracias al golpe que él mismo le había propinado en la cabeza, eran muchas.

—Buenas noches. Porque es de noche, aunque desde aquí no lo aprecies —saludó, forzando una sonrisa amable, cuando colocó el soporte de la vela sobre una pequeña mesa, y se sentó en la única silla disponible—. Vaya… Tu aspecto ha mejorado. ¿Puedo suponer que ha ocurrido lo mismo con tu mente?

El hombre parpadeó, confundido, y se incorporó de su catre con dificultad. Lugh había procurado curar sus heridas en cuanto comprobó que había perdido la memoria. Se había preocupado en alimentarlo, proporcionarle un aseo y ropa limpia. En cuanto comprendió que su cabeza era un cascarón vacío, dispuesto para llenarlo con la información que él estimara conveniente, y que el malnacido no fingía. Realmente, había olvidado quién era.

—Yo… Apenas recuerdo cómo se usa una cuchara para comer —le respondió, cabizbajo.

—¿John no te ha ayudado? —insistió con suavidad, refiriéndose a uno de los miembros de la Hermandad. Un vizconde entrado en años cuya ambición era incluso mayor que la del propio Lugh. Había logrado infiltrarse en el grupo de consejeros más selecto del regente, pero no tenía suficiente. Sobre todo ahora que le había informado del tesoro que tenía escondido, esperando a ser adoctrinado como era debido—. Tengo entendido que eres un alumno aventajado.

—Solo ha venido dos días… creo.

—¿Lo ves? Un alumno aventajado. Ya comienzas a tener noción exacta del tiempo. Si confías en nosotros, pronto podrás salir a plena luz del día sin miedo…

A pesar de que todo en él le repugnaba, se acercó y le palmeó la barbuda mejilla, que aún se estaba curando de las heridas que él mismo le había provocado. Detecto un destello de desconfianza en esos ojos claros, pero aquello no sería un problema.

No, después de que se hubieran aprovechado de su falta de memoria. Él se había mantenido a la expectativa cuando Damien volvió en sí. Envuelto en penumbras, había indagado en cuanto vio su extraño comportamiento. Pasó un día completo siendo examinado sin que aquel despojo humano fuera consciente de ello, hasta que concluyó que realmente los daños de su paliza habían traspasado el ámbito de lo físico.

Entonces, se dejó ver… como su salvador.

Damien pareció creerse a pies juntillas su relato, acerca de cómo le había encontrado moribundo, en un callejón infecto, como consecuencia de una paliza propinada por dos hombres muy bien vestidos, de origen escocés, según unos testigos que también se inventó. Por supuesto, no le había dado su nombre verdadero. También el de John era falso.

Lo único cierto era que la mente vacía de Damien había aceptado a ambos como sus salvadores. Que comenzaba a confiar en ellos, básicamente porque se hallaba aislado del mundo exterior. Tan confuso, tan desprotegido, que necesitaba un punto de referencia.

Y él se lo había proporcionado con sumo gusto. Conocía bien la sensación que convertía a un hombre corpulento y valiente como Damien, en un ser pusilánime sin voluntad propia. Era la misma que había experimentado con su padre siendo un niño.

«Tu serás mi hijo de momento, estimado Damien», pensó con satisfacción. «Yo te moldearé, hasta convertirte en un arma implacable, fiel a nuestros intereses».

A continuación, ofreció a su prisionero la bandeja, con las mejores viandas de las que podía disfrutar por el momento, y que permanecían junto a la vela.

—Debes alimentarte como es debido. Sé que ahora mismo tu mente es una niebla espesa a través de la que no logras moverte. Que, incluso después del tiempo pasado con nosotros, sigues pensando que deberías disfrutar de tu libertad si realmente somos tus salvadores. Lo somos —afirmó—. Pronto lo comprobarás. Pero aún es pronto para que salgas ahí fuera. Tu atacante es un hombre muy influyente, ¿sabes? Ni John ni yo podríamos salvarte de él si volviera a alcanzarte.

—¿De quién se trata?

—Del conde de Lexter, y todos los que comulgan con él —murmuró Lugh con convicción—. Pero nosotros somos prudentes, amigo mío. Cuando recuperes tu libertad, nos aseguraremos de que ellos hayan perdido la suya.

CUARENTA Y SIETE

Gabrielle nunca pensó que estar casada fuera tan gratificante.

Desde el día de su enlace, las pesadillas de Ram se habían espaciado en el tiempo. Aquella mañana de primavera, aprovechando que Bastian estaba comenzando sus clases con un profesor designado por ambos, decidieron salir a cabalgar, sintiendo la brisa en la cara, el sol en la piel, y la naturaleza que les rodeaba cuando ambos se apearon de sus monturas para tomar asiento junto al río.

—¿Tienes una idea de lo que Bastian insistió para acompañarnos? ¡Por Dios, ahora mismo mi propio hijo se moriría de la pena si te pasara algo!

—Voy a permitirme el lujo de sentirme orgulloso por eso que acabas de decir. Yo también he llegado a quererlo mucho. De hecho, no me queda nada mal el papel de padre, ¿verdad?

—Nada mal. Ni con él, ni con los otros dos diablillos.

—Yo no tuve una mala infancia, dadas las circunstancias. Me comprometí a sacarlos del atolladero. Son muy inteligentes. Llegarán a ser hombres de provecho.

—¿Como tú?

—¡Caray! ¿Por quién me tomas? ¡Mucho mejores que yo! Y ahora, no te muevas —le dijo Ram, una vez se tumbaron sobre la hierba fresca.

—Es un poco complicado obedecerte si me besas.

—Entonces, incorpórate.

Cuando lo hizo, él tiró del lazo que le sujetaba el moño.

—¿Qué estás haciendo, escocés?

—Algo que siempre he deseado hacer, inglesa. —Lentamente, comenzó a deshacerle el peinado, conteniendo su intento de protesta con una mano sobre su hombro, cuando ella abrió la boca —. No te muevas, por favor —repitió.

Siguió zambullendo sus manos en la interminable cascada de cabello, hasta rozarle con ella los hombros y la espalda. El contacto le provocó un escalofrío que nada tenía que ver, ni con el frío, ni con el miedo.

Cuando el resto del recogido se deshizo, Ram permitió que sus largos cabellos se desparramaran sobre sus manos antes de dejarlos caer a su espalda como un manto oscuro y peligroso.

—Así está mejor —afirmó con una sonrisa muy masculina, aunque Gabrielle lo mirara con fastidio.

—Mejor para ti, pero no para mí. ¿Cómo voy a recogérmelo ahora?

—No lo hagas.

—¿Cómo?

—Que no lo hagas.

—Pero, Ram, no puedo llevarlo suelto. No es decente, y alguien podría verlo.

—¿Dónde? —Él miró alrededor con expresión inocente—. No hay nadie más que yo.

—Sí, pero…

—Además, soy tu esposo, así que no puede ser indecente.

—No estoy segura de que eso sea así, la verdad —replicó, arrugando su nariz en un mohín que le valió otro beso.

—Es que no lo es necesariamente.

Ella miró a su alrededor. Finalmente, se relajó un poco. Era impropio de una mujer casada llevar el pelo suelto, pero al mismo tiempo resultaba liberador. A Arthur le habría dado un ataque.

Hacía tanto tiempo que no pensaba en él que se sorprendió de que acudiera a su memoria, pero se le escapó una sonrisa cínica.

Por eso estaba allí, junto a un arroyo con el pelo suelto. Intentó contener esa sonrisa, pero no consiguió evitarla. Incluso rio cuando se abrazó las rodillas.

—Me encanta verte tan feliz, *mo bhreugaire beag*, pero me gustaría mucho más conocer la razón.

—Solo estaba imaginándome la cara que se le habría quedado a Arthur si me hubiera visto así.

—Es la primera vez que hablas de él en voz alta desde que estamos casados. Con esa despreocupación. Al fin has vencido su memoria. Al fin lo has superado.

—Lo hemos vencido. Ha pasado a formar parte del pasado, igual que tus demonios. Ambos los hemos mirado de frente, y han huido. —Ensimismada, le apartó un mechón castaño de la frente, tomó su cara entre las manos y lo recompensó con un beso largo y profundo —. Olvida esa preocupación que siempre te persigue como una sombra. Contigo, ni Bastian ni yo tenemos nada que temer.

Ram se mordió el labio.

Llevaba demasiado tiempo posponiendo el tema de lo que el director del banco le había desvelado, en cuanto se enteró de que era el administrador de los bienes de la baronía, pero Gabrielle le acababa de ofrecer la ocasión en bandeja de plata.

—De eso debemos hablar, tesoro. Tom y yo hemos averiguado algo acerca de… la marca que Bastian tiene en la muñeca. —Decidió empezar por ahí. De ese modo, el resto resultaría menos sorprendente—. Pensamos que es una especie de signo distintivo de una organización, cuyo objetivo aún desconocemos. Pero dado que también lo tenían los cadáveres de las prostitutas que hallaron, y algunos de los mejores clientes que las frecuentaban, me preguntaba si tú… Bueno, si en alguna ocasión viste algo parecido en el cuerpo de… del barón de Darkness.

¡Ya lo había soltado! Aunque la expresión de Gabrielle era tan hermética que se apresuró a intentar arreglar el error que creyó que había cometido.

—No tienes por qué responder si no quieres, de verdad —añadió, aprisionándola contra su pecho en un fuerte abrazo—. Lo último que quería era sacar el tema, pero lo cierto es que tengo esa información desde hace tiempo. He pensado que, ahora que por fin te has librado de su nefasta influencia, podrías aportar algo de luz al

asunto… *Dhia*! Intento hacer las cosas bien, pero solo estoy empeorándolas, me temo.

—Nunca podrías empeorarlas. —Ella lo miraba con tanta comprensión que se le quedó la garganta seca y el corazón encogido —. Pero lamento decirte que no puedo ayudarte.

—Mírame. —Él alzó su barbilla cuando la vio inclinar la cabeza, con las mejillas rojas por una humillación que creía tan pasada como olvidada—. No voy a consentir que vuelvas a culparte por un comportamiento del que solo él fue culpable, ¿de acuerdo?

—No es eso. Es que… Para mí es muy difícil reconocer que… Bueno, que cuando él y yo… En fin, que siempre era en la penumbra, y jamás lo vi desnudo.

—¿Nunca?

—No como… a ti. Y en todo caso, no apreciando los detalles… Como aprecio los tuyos. Arthur siempre decía que mi cometido era solo uno, y que para lograrlo no hacía falta ver mi… fealdad absoluta. Para él, yo solo era un medio para concebir un heredero. Decía que mis curvas eran demasiado voluptuosas para el gusto de cualquier hombre. Que se había casado conmigo para salvarme de la soltería más humillante, ya que nadie accedería a tomarme como esposa si me miraba… más de dos veces…

De pronto, comenzó a llorar. Ram volvió a acogerla entre sus brazos. Dejó que soltara toda la ponzoña que aquel malnacido le había inoculado a lo largo de los años. La sujetó cuando los sollozos fueron más violentos, más enrabietados. Su mano vagó a lo largo de su columna vertebral acariciando, reconfortando, diciendo lo que no podía expresar con palabras. Hasta que poco a poco, Gabrielle terminó mirándolo con aquellos dos lagos azules inmensos.

—Tu marido no te dejó más que deudas y sufrimiento, pero tu tío palió en gran medida la primera parte.

—¿Qué estás tratando de decirme?

—He descubierto que depositó una suma considerable de dinero en un fondo de inversión privado a tu nombre, con él como administrador.

—De modo que soy propietaria de una… ¿De cuánto estamos hablando?

—De cuarenta mil libras, de las que puedo disponer, ahora en calidad de tu esposo. —Con el ceño fruncido, él la sujetó por los hombros—. Quizá, solo quizá, la persona que acabó con Reggie conocía esa circunstancia. Por eso lo mató. Y por eso…

—... Está intentando por todos los medios que pierda el juicio. Cielo santo, Ram. Debe tratarse de alguien que conocía muy bien a mi tío si estaba al corriente de esa información. —Su cabeza comenzó a trabajar a pleno rendimiento, hasta llegar a su difunto marido—. Arthur lo ignoraba. De lo contrario, lo hubiera despilfarrado, mientras seguía enterrándome en vida y…

—No voy a permitirlo, ¿de acuerdo? No voy a dejar que vuelvas a hundir todo ese esplendor con el que me has conquistado, por culpa de su mero recuerdo. El barón estaba ciego. No supo o no quiso ver toda la belleza que yo estoy contemplando ahora mismo. Y precisamente por eso, fue incapaz de disfrutarla. Pero yo no cometeré el mismo error. Yo pienso aprovechar cada instante contigo. Pienso sacar partido a cada porción de piel, a cada poro. A cada sinuosa curva, a todos los aromas que desprendes, a todos tus fluidos, pero también a la cremosidad de tu tacto, al sonido refrescante de tu voz. A esa mujer que me has mostrado desde el primer momento en que te vi. Valiente, decidida, alegre, desinhibida, con una asombrosa capacidad de superación. Esa pequeña bruja que me ha conquistado por completo, y de la que no pienso deshacerme jamás.

—¿Quieres decir que aceptas que me convierta en tu sombra?

Ram limpió sus lágrimas con el dedo, mientras su corazón volvía a latir al ver una trémula sonrisa en aquellos labios tan hermosos.

—Quiero decir que te pediré que sigas haciéndolo, aunque tú no quieras. Porque vendrán tiempos mucho peores, y…

—¡Coronel! ¡Coronel McKnight! ¡Milord!

Ambos se giraron al escuchar los gritos de un soldado que descendía la colina para llegar hasta ellos, sin resuello. Vestía el uniforme del ejército inglés, y agitaba una carta que entregó a Ram.

—En Cover Hill me dijeron que lo encontraría aquí. Siento la… interrupción. *Milady* —saludó, inclinando la cabeza hacia Gabrielle—. Tengo órdenes de esperar respuesta, señor.

A él se le fue el color de la cara cuando abrió el sobre y leyó su contenido.

—Capitán… Smith, si no me equivoco. George Smith, ¿verdad? —logró articular cuando recobró el control de la situación.

—Sí, señor. Combatí con usted en Toulouse —afirmó el joven con orgullo.

—Pues según este comunicado, es posible que vuelva a hacerlo. —Con los ojos velados por el miedo, se dirigió a su esposa—. Inglaterra solicita mi presencia en el frente.

CUARENTA Y OCHO

—¿Que Inglaterra te solicita? ¿Y qué hay de tu familia? ¡Nosotros también te solicitamos! ¡A ser posible, entero y en condiciones de salud óptimas!

Gabrielle no se había molestado en guardar las formas una vez regresaron a casa, envueltos en un gélido silencio que se acababa de romper en la biblioteca. Los únicos testigos de su primera riña como marido y mujer, fueron Bastian y Thomas. Ambos sentados en el pequeño sofá. Pero mientras el primero permanecía mudo, el segundo sostenía la carta que llamaba a Ram a filas, con el ceño fruncido y expresión pensativa.

—¿Es que no lo entiendes? ¡Mientras tú y yo hacíamos planes de futuro, Napoleón escapó de Elba y llegó a París, de nuevo como emperador! ¡Pretende atacar a la coalición formada por numerosos países, para volver a hacerse con el poder absoluto! El ejército de Wellington y el prusiano de Blücher ya se encuentran en Bruselas, esperando los refuerzos por parte de Austria y Rusia. Esta vez, estaremos preparados.

—¡Que luchen ellos! ¡Tú… tú has tardado demasiado en dar un sentido a la tuya, maldito seas! ¿Cómo vas a explicar a nuestro hijo que acudes a que te maten de manera voluntaria? ¡Adelante! ¡Ahí lo tienes! —exclamó ella señalando a Bastian—. ¡Cuéntaselo de forma convincente! ¡Cuéntanoslo a todos!

—No lo uses para convencerme. Eso es mezquino, incluso para alguien como tú —siseó, con su cara a medio palmo de la de ella—. ¡Sé lo que he sufrido por culpa de esta maldita guerra! ¡No necesito que nadie me lo recuerde, porque todavía lo padezco! ¡Y tal vez nunca me libre de ello! Pero si no acudo a detener a ese enajenado,

si me quedo de brazos cruzados y Napoleón gana, ¡no me lo perdonaré nunca!. No te pido que lo entiendas. Pero sí te ruego que me respetes, porque no puedo darte otra razón aparte de la que acabas de escuchar.

—¡Dijiste que éramos lo más importante para ti! ¡Que yo estaba por encima de todo lo demás!

—¡Y así es!

—Padre, ¿se va a la guerra?

Con un rugido de impotencia, se dirigió a Bastian

—Hijo, cuando seas adulto, comprenderás que un hombre de honor debe hacer valer sus principios en determinadas ocasiones, aunque eso suponga un riesgo para su propia vida.

—¿Por eso se va a marchar?

Cuando lo vio llorar, no pudo soportarlo más y lo cogió en brazos para estrujarlo contra su pecho. Cerró los ojos, aspirando el aroma a limpio que manaba de los rizos infantiles. Controlando la oleada de emoción, de ternura infinita, de inexplicable añoranza, que lo invadió entero.

¡Maldita fuera la guerra! ¡Maldito Napoleón! Pero no podía ver cómo los suyos morían, sin hacer algo para evitarlo.

—Los dos conocéis lo ocurrido en Toulouse —añadió, incluyendo a Thomas, que hasta ese momento seguía sin hablar—. No hay día, ni noche, que no los tenga en mi pensamiento. No hay momento en el que no me arrepienta de las decisiones que tomé. Sí, ya sé que es posible que los resultados hubieran sido los mismos de haber tomado otras, pero ocurrió lo que ocurrió. Y me marcó para siempre. Dejadme que al menos intente resarcirme.

—No. —Gabrielle dio un paso adelante, interponiéndose entre él y Tom—. No voy a permitirlo. El único lugar donde tienes posibilidades de sanar por completo es aquí, con tu familia. Todos lo sabemos; tú también. No puedo obligarte a que te quedes, pero sí expresar mi opinión. Aquí, delante de una buena parte de los afectados. Si me abandonas por tu repugnante guerra, no te lo perdonaré nunca. Si usas un solo penique de la herencia que me dejó mi tío para equipar a tu regimiento, no te lo perdonaré nunca.

—Basta. —Ram se quedó rígido—. La decisión está tomada. Deberías pensar que ya no es tu dinero, esposa mía. Lo gastaré como me plazca.

Al segundo siguiente, se arrepintió, pero ya estaba dicho.

La grieta entre ellos ya estaba abierta.

Con un hondo suspiro, y una fugaz mirada dirigida a Bastian y a Thomas, sacudió la cabeza y abandonó la biblioteca.

Ella se quedó mirando la puerta cerrada, sin saber qué decir. Escuchó de lejos cómo Thomas llamaba a Rossie para que se llevara a Bastian y luego regresaba a su lado, pero tampoco pudo agradecérselo.

Apenas podía moverse, mientras en su mente repiqueteaba la misma pregunta una y otra vez.

¿Por qué Ram no la amaba lo bastante como para quedarse?

Se sintió como si ya no se reconociera a sí misma. En su vida se había sentido tan deprimida. Tan desesperada.

Pero esa misma desesperación la obligó a actuar.

Cuando al fin se limpió las lágrimas, se encontró con Thomas frente a ella, con una copa de vino que ella no rechazó.

—El señor conde opinaría que es muy pronto para beber, pero dadas las circunstancias, supongo que podemos hacer una excepción. *Chèrie*, quiero que sepas que cuentas con todo mi apoyo, sea lo que sea eso que te ronda por la cabeza.

—Iré con él a la guerra —afirmó sin un solo titubeo—. ¿No dices nada?

—«¿Bravo?» «¿Te acompañaría si no fuera porque alguien tiene que quedarse a seguir con las pesquisas y a proteger a Bastian?» «¿No tienes más que pedir ayuda, y te ofreceré la que esté en mi mano?» No sé, elige la opción que más te guste…

—Todas. Cielo santo, tengo tanto miedo…

—Es comprensible. Pero si te dejas guiar por mí, contarás con todo lo necesario para acompañarlo. Después, solo tendrás que demostrar agallas para impedir que te encierre en una habitación. Y cuando lo consigas, tendrás que demostrarlas para separarte de tu hijo, a saber durante cuánto tiempo…

Gabrielle tragó saliva.

Su felicidad, su amor, su estabilidad familiar y la de Bastian, dependían de su fortaleza.

Apartó sus temores a un lado, y miró a Thomas con toda la serenidad que pudo reunir.

—De acuerdo. Te escucho —dijo.

◆ ◆ ◆

Tardó una semana en tenerlo todo preparado.

Siguiendo las indicaciones de Tom, y aprovechando su enfado con Ram, se había comprado un par de pistolas de duelo para protegerse, había contratado a una criada que había seguido al ejército antes de ser sirvienta, llamada Abby, y se había despedido en privado de Alice y Victoria.

Sebastian era otra cosa.

Lo abordó la noche antes, ya en la cama, y le habló de cómo protegería a su padre cuando se fuera con él a la guerra. Que él se quedaría con Thomas y Alice, y con sus amigos, esperándola. Le prometió que volverían los dos sanos y salvos, mientras rogaba a Dios que la perdonara por afirmar algo que no sabía si podría cumplir.

Lloró lágrimas de sangre, y después se fue a su propio lecho.

Al amanecer, con Ram aún durmiendo, preparó todos sus enseres, ordenó a Abby que la esperara en los establos y se encaminó hacia allí antes que él.

Su esposo no tardó en llegar, al parecer, preocupado por no encontrarla junto a él en la cama.

—Estabas aquí —susurró, con un destello de alegría contenida en su mirada—. Gabrielle, no me gusta que estemos enfrentados. Si has venido a despedirte de mí…

—He venido porque voy a acompañarte.

Él sacudió la cabeza con una sonrisa condescendiente.

—Mi regimiento me espera para partir hacia Bruselas. —La ignoró para montar su caballo, pero ella se interpuso en su camino con tozudez—. No quiero que nos despidamos de una manera fría…

—Lo que yo quiero es ir contigo, y voy a hacerlo. Ahora. —Montó su propia yegua, ya preparada, y se colocó a su altura, desafiándolo —. Si me encierras, saldré y te seguiré hasta dar contigo. Por mis venas corre la misma sangre escocesa que por las tuyas. No doblegarás mi voluntad.

—Realmente has perdido el juicio…

—Nunca he estado más cuerda. Si lo piensas bien, incluso te facilitaré la tarea. No tendrás que preocuparte por mi seguridad.

—¿Y Sebastian? —preguntó. más estupefacto a cada minuto que pasaba—. ¿Piensas dejarlo solo, sin una explicación? ¿Sin una despedida?

—Ha tenido todas las explicaciones y despedidas necesarias antes de ahora, pero ha sabido callar mientras yo hacía los preparativos para el viaje.

—Esto es inaudito. —Con una maldición dicha en gaélico, él descendió del caballo y comenzó a pasearse a un lado y a otro, conteniendo su desconcierto y su furia—. No has podido llevar a cabo todo esto sola.

—Tienes razón. Abby me acompañará. —Con una sonrisa victoriosa, señaló a una sirvienta que apareció junto a ella—. Es una mujer que ya ha pisado un campo de batalla. Estaré bien con ella, mientras tú te juegas tu miserable vida con el resto de tus soldados. Abby, querida, puedes montar ya. Milord no te lo impedirá.

—Gracias, *milady*.

Ram apretó los puños.

Todo en él lo empujaba a bajar de la yegua a aquella muchacha testaruda, que lo había castigado con su silencio y su indiferencia durante toda una semana, y ponerla sobre sus rodillas para darle una lección que no olvidaría.

Pero jamás había golpeado a una mujer. Y jamás lo haría con aquella a la que amaba más que su propia vida. Por mucho que ella se empeñara en arriesgar la suya de una manera tan estúpida.

—No tengo tiempo para discusiones. Quédate en casa, por favor —le rogó con una voz oscura que ella ignoró por completo.

—No me quedaré aunque me lo ordenes. Te amo, Ramsay McKnight. Soy tu esposa, para lo bueno y para lo malo. Nos

dirigiremos al infierno, juntos, puesto que tú lo has elegido así y yo también.

¡No podía consentirlo! Pero sabía que ninguna razón obraría el milagro, y que la fuerza bruta no serviría de nada.

Siseó otra maldición, impotente, y finalmente montó en su caballo.

—Acabas de declararme la guerra, *mo bhreugaire beag* —murmuró, espoleando al animal con rabia—. Pronto, muy pronto averiguarás quién saldrá vencedor.

Aunque cuando la vio por el rabillo del ojo, fuerte, decidida, con aquel orgullo que mantenía su cabeza erguida, no estuvo tan seguro de su afirmación.

CUARENTA Y NUEVE

—¿Estás segura de esto?

—Está amaneciendo. Llevamos horas trabajando. Hacemos lo que podemos con los medios de los que disponemos. Aunque la mayor parte de los heridos han rechazado el método, sé lo que me hago.

Gabrielle asintió, sin separarse de la cabecera del catre donde se encontraba Ram.

Él había sido uno de los heridos en Waterloo. Ver su enorme cuerpo, transportado en una camilla improvisada, junto con otros tantos, fue algo que nunca olvidaría. Si exceptuaba el sonido de los cañonazos durante todo el día, mientras ella y Abby permanecían en el campamento, a las afueras de Bruselas.

Todo lo demás había transcurrido en una especie de espesa nube de humo. Escuchó que alguien la felicitaba por la suerte que había tenido su esposo, dado que muchos de los altos mandos del duque de Wellington habían encontrado la muerte en ese terreno farragoso, junto con un buen número de soldados que jamás regresarían a sus casas.

Todo por las ansias de poder, por la ambición desmedida de un loco.

Pero para ella, solo importaba una vida. Aquella a la que, a partir de ese momento, se dedicó en cuerpo y alma. Después de desnudarlo, lavarlo y atender su herida en la pierna, el doctor la había examinado, sacudiendo la cabeza.

—Se ha infectado. El coronel perderá su pierna si no quiere perder su vida, *milady* —había decretado—. Usted es su esposa; ahora mismo, la única que puede tomar la decisión por él.

Por fortuna, la desesperación la había llevado a tomar una bien distinta cuando Abby llegó segundos después, con aquel inesperado y desagradable cargamento que, envuelto en un paño, le mostraba con discreción, lejos de los ojos de los facultativos.

Rogó a Dios para que Ram nunca tuviera que enterarse de los métodos empleados para salvar su pierna, si es que sobrevivía, pero la desesperación la llevó a tomar los gusanos que la sirvienta le ofrecía, para colocarlos en la herida infectada.

—No tema. He visto sanar así a muchos soldados que ya estaban desahuciados, con sus extremidades a punto de ser amputadas. Los gusanos solo comen carne podrida, no sana…

—Es una desgracia que sea preciso ir a la guerra por culpa de la ambición de un solo hombre. Y a costa de la nobleza de otros, como mi marido. Pero gracias a personas como tú, todavía sigo teniendo fe en la raza humana.

Abby sonrió y tomó su mano entre las de ella.

—Juntas lo lograremos, señora. Mi fuerza, y todos mis conocimientos, están a su disposición y a la de milord. Sanará.

No quiso reflexionar acerca de lo que estaba haciendo. Ni tampoco recrearse en el cansancio que poco a poco se iba cebando con ella. Se limitó a seguir las instrucciones de Abby, rechazando cualquier alternativa propuesta por el doctor.

Hasta que al amanecer del cuarto día, Ram abrió los ojos para encontrarse a Gabrielle dormida, junto a su costado, completamente agotada.

—*Mo bhreugaire beag…* Tienes un aspecto… horrible.

Fue apenas un susurro entrecortado, pero para ella, supuso el regreso a la vida.

Parpadeó, como para asegurarse de que lo que contemplaba no formaba parte de un sueño. A continuación, una sonrisa deslumbrante fue abriéndose paso en sus labios agrietados, pálidos por culpa del agotamiento extremo.

—Sabía que no acabarían contigo, escocés. Eres demasiado duro para ellos. Y tu pierna también.

Después, con sumo cuidado, depositó un beso en su boca y lo abrazó, agradeciendo a Dios, y a Abby, que pudiera hacerlo.

—Gabrielle… ¿Ha terminado?

—Al fin.

—¿Mis hombres…?

—No todos lo han logrado, pero sí la gran mayoría de tu destacamento. Llevamos días curando heridas, cercenando miembros y despidiendo a los que han muerto aquí, a pesar de que llegaron vivos. —Sus ojos azules se apagaron por el miedo—. Ha sido una carnicería, Ram. Pero Napoleón no volverá a resultar una amenaza. Para ninguno de nosotros.

Él se hallaba tan exhausto, que solo pudo asentir antes de volver a quedarse dormido, pero aquel fue el principio de su recuperación. Cuando estuvo en condiciones de poder viajar, los tres embarcaron rumbo a su hogar.

Sin embargo, Ram lo hizo mucho más callado que de costumbre. Pensativo. Retraído. Con la mirada perdida en sus propios pensamientos.

Ella temió que hubiera regresado al infierno del que había logrado rescatarlo, pero casi al instante, se hizo una promesa a sí misma: volvería a hacerlo.

Por él, seguiría intentándolo hasta que no le quedara aliento, ni vida. Ni corazón que ofrecer, o amor que dar.

◆ ◆ ◆

Lugh dio un puñetazo sobre la mesa.

A continuación, arrojó el diario a las llamas de la chimenea encendida, furioso con la noticia que acababa de leer en él.

—¡Maldito seas! —gritó a las llamas—. ¿Es que ni siquiera las llamas van a terminar contigo?

—¿Qué ocurre? Parece que acabas de enterarte del fin del mundo.

—Algo parecido. —Esperó un tiempo prudencial a serenarse, y después se giró hacia John, su mano derecha en aquel momento, que se hallaba sentado junto a Damien. Los dos lo miraban sin comprender la razón de su acceso de ira. Y aunque el estado mental

de Damien había mejorado ostensiblemente en esas semanas, a su favor, por supuesto, debía ser comedido a la hora de ofrecer información—. La guerra ha terminado. Napoleón ha sido confinado en Elba, de donde se espera que no vuelva a salir jamás. Y los hombres de confianza de Wellington que no murieron en Waterloo, regresan a la patria…

—Tengo entendido que muchos han resultado heridos de gravedad —apreció John, mientras asentía.

—Algunos han conseguido recuperarse. Y todo a pesar de que se pusieron medios suficientes para que no ocurriera.

—¿De quién están hablando, señores?

Los dos miraron a Damien, sin saber qué responderle para no estropear la lealtad incondicional que habían forjado entre ambos. Parecía un niño en el cuerpo de un hombre. Un cerebro con un potencial infinito, que estaba siendo adiestrado por John, y por el propio Lugh, casi a diario, desde que este último consideró que había llegado el momento de dejarlo salir de su prisión, aunque no de la casa solariega apartada, donde permanecía aún recluido.

—John, te agradezco tu ayuda de hoy, como siempre, pero supongo que, dada la importancia de la noticia que acabamos de recibir, tendrás que marcharte. —En realidad, debía regresar junto a los acólitos del regente en su residencia habitual, que estarían celebrando la victoria por todo lo alto, para extender sus influencias a su favor, ya que no habían logrado infiltrarse entre sus filas con éxito, para desbaratar esa victoria—. Por supuesto, me gustaría que me mantuvieras al tanto de las novedades, si las hubiera.

—Siempre. —Con su habitual postura flemática e inmutable, se puso en pie y extendió una mano en dirección a Damien—. Mañana volveré. Has hecho grandes progresos, muchacho. No podemos permitir que se pierdan dando a tu mente un descanso, por pequeño que este sea. Lugh…

Este inclinó la cabeza a modo de despedida.

—Ahora que estamos solos, te lo contaré —dijo en tono confidencial. Ocupó el lugar de John y le sirvió a su compañero una pequeña copa de vino—. Toma. Tendrás que comenzar a paladear

los placeres de la vida si pretendemos que, un día no muy lejano, te introduzcas en la alta sociedad con garantías de éxito.

—Ya las hay, señor. John afirma que…

—John, John, John… Es tu guía, eso puedo entenderlo, pero yo… yo soy tu mentor. —Con una mirada estremecedora, se inclinó sobre él y le arrebató la copa vacía—. Yo decidiré cómo, cuándo y dónde, estimado Damien. Nadie más. Entre tanto… deberé moverme en otra dirección, para, digamos, allanarse el camino.

Estaba tan concentrado en el plan alternativo que ahora tendría que seguir, que no se dio cuenta de que Damien fruncía el ceño.

Llevaba un tiempo escuchando ese nombre de labios de Lugh. Era el suyo, pero nunca le había dicho nada, a pesar de que intentaba con todas sus fuerzas abrirse camino entre la neblina del olvido para relacionarlo con algo. O con alguien… Hasta ese momento.

Sin previo aviso, un salón mucho más lujoso que el que se hallaba ocupando iluminó una parte muy pequeña de sus atrofiados recuerdos. Vio a una mujer madura, sonriéndole desde su sillón, situado junto al fuego, mientras le hacía señas para que se acercara. Y a un hombre que lo contemplaba, tan ceñudo como frío, indicándole justo lo contrario. Entonces sus ojos se dirigieron hacia sus manos…

Eran las de un niño.

Las suyas.

«—Damien, cariño, ven conmigo. —De pronto, la voz de la mujer se hizo un hueco en la escena—. Tu padre está empeñado en que no puedo tratarte como al resto de mis hijos, pero tú eres uno más para mí, así que ven. Acércate y siéntate sobre mi regazo, ahora que todavía eres lo bastante pequeño para hacerlo sin avergonzarte…».

De pronto el recuerdo se volatilizó, igual que la tenue conexión que lo guio hasta él.

Damien volvió a estar perdido. Con el único referente de aquellos dos hombres que le habían ofrecido todo, y que aún seguían haciéndolo.

Sin embargo, algo invisible tiraba de él cada vez que intentaba confiar en ellos por completo. Algo que no tenía nombre, intangible,

pero que lo empujaba hacia la prudencia sin razón aparente.

Algún día. Eso había afirmado Lugh, y él comenzó a estar de acuerdo en el momento en que decidió guardarse el fogonazo de su pasado que ya se había ido.

Algún día le encontraría sentido, pensó.

CINCUENTA

Llevaban semanas en casa.

Y durante ese tiempo, Ram permaneció envuelto en su mundo, alejado de todo y de todos, para desesperación de Gabrielle.

Nada había funcionado para traerlo de regreso. Ni siquiera la alegría de Sebastian cuando volvieron, o las demandas de Aaron y Ezekiel, que no paraban de explicarle los progresos que habían hecho con el tutor en su ausencia.

Thomas y Alice le daban ánimos para que pudiera dejarle su espacio, pero incluso las visitas de Victoria y Cliff eran ignoradas por él. Como si en realidad ni siquiera estuviera allí.

Y no estaba, pensó aquel atardecer de primavera, mientras cenaba en su compañía. Cada uno sentado en un extremo de la enorme mesa, después de que su hijo se hubiera ido a la cama.

—Mi paciencia tiene un límite, ¿sabes? —le dijo—. Y tú lo estás rebasando, escocés.

—No entiendo por qué. Mi pierna se ha recuperado y sigo ocupándome de lo de Reggie. De lo de Bastian. De lo de todos.

—Excepto de lo nuestro. —Se acercó a él y dejó la servilleta junto a la suya—. Ya no sé qué hacer para recuperarte. Para reconciliarnos. Siento que la pelea que tuvimos antes de partir a la guerra, continúa viva entre nosotros. No veo nada que indique lo contrario, pero lo siento todo. Y ya no puedo más. Yo…

Lo siguiente que él escuchó fue un sollozo ahogado, y pasos apresurados que se alejaban escaleras arriba.

Después, ese silencio que lo envolvió, mientras en su mente miles de gritos le explotaban a la vez con un mismo mensaje:

«¡Ve a por ella o la perderás!».

Pero había estado de nuevo tan perdido, después de despertar en la camilla de aquella enorme tienda, que albergaba a todos los heridos en Waterloo… Tan confuso cuando intentó expresar todo lo que sentía con respecto a lo ocurrido… Era un alivio tan inmenso, mezclado con una tristeza tan profunda, que ambas emociones se mantuvieron entremezcladas, luchando en su interior, sin que él pudiera hacer otra cosa distinta de permanecer como un espectador, esperando para averiguar quién de las dos vencía.

Al final, ella lo había vuelto a conseguir. Sin gritos. Sin lágrimas. Solo siendo. Solo permaneciendo.

Hasta que lo había dejado solo, en aquella estancia inmensa, como preludio de la soledad que le aguardaría cuando se cansara de no recibir absolutamente nada a cambio.

Ram cerró los ojos y se recostó en el respaldo de su silla con un tenso suspiro. Dejó su mente en blanco. Sus sentidos libres de ataduras. Y solo en ese momento, pudo sentir la furia con la que su sangre volvió a correr por sus venas. Como si con ella, regresara a la vida.

La energía tomó posesión de él, empujándolo a ponerse en pie. La pierna le dolía, y le seguiría doliendo durante mucho tiempo, pero ya no se sentía cansado, ni débil, ni incapaz de sentir, o de hablar, o de ver.

—Gabrielle… —murmuró, parpadeando como si hubiera salido de un hechizo—. ¡Gabrielle!

Ignoró al servicio, que lo miraba sin contener su sorpresa, y subió los escalones de dos en dos, todo lo rápido que su pierna le permitió. Cuando irrumpió en sus propias habitaciones, se detuvo en seco.

Había esperado encontrarla hecha un mar de lágrimas; en cambio, su esposa respondió a su angustia con una mirada llena de dignidad, a través del espejo de su tocador. Tenía esos mechones azabaches que tanto lo fascinaban, desperdigados por el pecho y la espalda, como cascadas rizadas, esperando sus atenciones.

Las manos le hormiguearon en el acto. el calor ascendió hasta la raíz de su cabello, y los ojos le ardieron. Era como si contemplando a

aquella criatura, embutida en un camisón recatado, volviera a la vida.

—Como ves, no me he ido a ninguna parte. Abby acaba de marcharse después de atenderme —le dijo, con aquella voz que comenzaba a ser celestial para él—. Como ves, no tengo pensado irme a ninguna parte, al menos por esta noche, así que no es necesario que grites como una bestia, ni que entres aquí como un salvaje que…

—Lo es. —Sin más ceremonia, Ram tiró de ella y la obligó a sentarse en el borde de su cama. Desde esa posición, las llamas de la chimenea arrojaban luces y sombras a su figura, de modo que la tela del camisón dejaba ver cada curva sinuosa y cada recoveco de aquel cuerpo hecho para dar y recibir placer—. ¡Hubiera debido ponerte en tu sitio, en el mismo momento en que me cuestionaste delante de mi primo, sin atenerte a razones! ¡Tendría que haberte encerrado bajo siete llaves, solo para impedir que cometieras el sinsentido que cometiste! Pero no lo hice. Y ahora, que Dios me perdone, tampoco me arrepiento. Aunque soy plenamente consciente de que te puse en peligro cuando pude haberlo evitado, me salvaste por segunda vez. No quiero perder a mi mejor defensora. De la única mujer capaz de igualarme, e incluso de superarme, en todas las vicisitudes de la vida. De alguien que ahora mismo supone más de mi mitad…. Necesito decírtelo. Necesito sacar de una vez todo el veneno, para quedarme vacío y recibir de nuevo al hombre que tú has hecho de mí. Necesito poseerte, y que tú me poseas. ¡Y, maldita sea, necesito estar dentro de ti y no salir jamás, solo para que entiendas lo mucho que te amo!

Se lanzó hacia ella como un lobo hambriento y la obligó a abrir la boca para recibir su lengua húmeda, en un beso contundente que no admitía réplica. No se paró a pensar que quizá era demasiado brusco. Sobre todo, cuando notó cómo las manos de su esposa se apresuraban a arrancarle la camisa y a bajarle los pantalones, hasta encontrarse con el cálido grosor de una erección que comenzó a palpitar al primer contacto.

No hubo más palabras. Mientras los gemidos de Gabrielle le llenaban la boca, y sus lenguas iniciaban un combate ancestral, Ram

le rasgó el camisón con el único objetivo de sentir cada palmo de su piel caliente, vibrante, llena de deseo, palpitando contra él. Rodeó con los dientes uno de los pezones erectos y lo mordisqueó sin piedad. Ella sujetó su cabeza con más ahínco para que no se apartara, mientras arqueaba el cuerpo buscando más. Siempre más.

Sus jadeos se fundieron cuando él hundió los dedos de una de sus manos en la suave cadera, para alzarla. De un solo movimiento, la llenó hasta el fondo y se mantuvo así unos instantes. Necesitaba experimentar aquel ardor tan sublime. Esa necesidad nunca saciada. Quería contemplar la estampa del éxtasis en las mejillas ardientes de su condesa. En sus ojos oscurecidos de pasión. En sus labios entreabiertos, o en esos contoneos que la llevaban a retorcerse debajo de él, y que amenazaban con hacerle perder el control.

Un vigor primario impulsaba las embestidas de Ram mientras la hacía disfrutar sin descanso, para que no olvidara a quién pertenecía. Cómo se pertenecían mutuamente.

Todo control saltó por los aires a medida que se acercaban al clímax, jadeando y retorciéndose juntos. Como si fuesen incapaces de unir lo bastante sus cuerpos. Su espléndido miembro, caliente y duro, palpitaba en su interior, deslizándose en su sexo, húmedo, sedoso, una y otra vez, hasta que las paredes internas de Gabrielle lo oprimieron con tanta fuerza que solo pudo derramarse en su interior, con un grito agónico, antes de desplomarse sobre ella.

Había sido algo salvaje, impetuoso… Pero completamente magnífico, que los dejó exhaustos. Mirándose a los ojos mientras recuperaban el aliento, y una sonrisa comenzaba a dibujarse en sus labios. Una oleada de alivio recorrió su cuerpo de forma tan abrumadora que no fue consciente de los gritos de placer que brotaron de sus labios, hasta que pudo apartarse de ella, lo suficiente como para que ambos permanecieran tumbados sobre la cama, con sus miradas puestas mucho más allá del techo de aquella habitación.

—Creo que tú y yo deberíamos pelearnos más a menudo —murmuró él, al cabo de una eternidad.

La única respuesta que recibió fue una carcajada, y una cascada de besos que le hizo pensar que volvería a perderse de nuevo.

◆ ◆ ◆

Ezekiel había terminado sus tareas más tarde de lo habitual.

Por eso regresaba al dormitorio que compartía con su hermano, en el ala de Cover Hill destinada al servicio, con todo el sigilo del mundo. Últimamente, milord tardaba en acostarse. Si descubría que le robaba horas al sueño para abarcar más de lo que se le exigía, solo por gratitud hacia él, era muy capaz de privarlo de sus clases.

Y él adoraba sus clases. Casi tanto como trabajar con las manos. Aunque eso supusiera un grado de agotamiento tal, que por regla general caía redondo en su cama, vestido y todo.

Sin embargo, aquella noche no era una de esas. Por eso pudo saludar como era debido a *lady* Alice, cuando la encontró en los establos, a punto de seguir a su marido, que ya entraba en la casa.

—Buenas noches, muchacho. ¿No deberías estar ya durmiendo?

—*Milady*, no se lo diga a milord, por favor… Solo es que quiero agradecerle todo lo que ha hecho por nosotros con trabajo…

—No te preocupes. No se lo diré, si tú bajas el ritmo. —Ah, aquella dama era encantadora. A Ezekiel le encantaba cuando posaba su suave mano sobre su mejilla y le brindaba aquellas sonrisas reconfortantes, como en aquel momento. Le hacían pensar que todo era posible. Que el agujero del que había salido, podría cerrarse cuando él se convirtiera en un hombre de provecho, y de posibles—. ¿Me prometes que lo harás?

—Sí, señora.

—Entonces ve, anda. No me hagas retrasarme, o sir Thomas pensará que me ha ocurrido algo.

—Buenas noches, señora.

Satisfecho de sí mismo, salió del establo, pero se quedó inmóvil a unos pasos de la puerta, cuando escuchó un grito ahogado procedente de Alice.

Lo siguiente pasó tan deprisa, que apenas pudo reaccionar.

Una sombra alargada y oscura se cernió sobre la dama y cubrió su boca, antes de arrastrarla con tanta rapidez, que él apenas pudo

intentar salvarla.

—¡No, espere! —gritó—. ¡Déjela, deténgase!

Pero cuando volvió al establo, ya no había nadie.

Lady Alice había desaparecido, pero él sabía qué hacer.

Corrió como alma que lleva el diablo en dirección a la casa. Encontró a sir Thomas dejando su capa al mayordomo, y lo abordó en las escaleras.

—¡Señor, han secuestrado a su esposa! —gritó, con las lágrimas corriendo por sus mejillas y la angustia impidiéndole respirar—. ¡Por favor, lo he visto! ¡En el establo!

—¿Pero qué…?

—¡Venga conmigo, rápido!

Por fortuna, el hombre decidió hacerle caso. Llamó a Alice, pero nadie le respondió. Pálido y con el rostro desencajado, la buscó por los alrededores sin éxito, seguido de Ezekiel. Solo después de que la desesperación hiciera mella en él, pareció reparar en el niño.

—¿Dónde? —fue su única pregunta.

—En los establos, ya se lo he dicho.

Ambos se dirigieron hacia allí. Thomas la llamó a gritos, revisando cada rincón sin éxito. Y cuando comenzó a dar vueltas sobre sí mismo, completamente perdido, reparó en algo que la luz de su vela iluminaba.

Era una nota.

CINCUENTA Y UNO

«Mi precioso mirlo. ¿Recuerdas dónde te seduje por primera vez, después de nuestra boda? Era un lugar tan idílico, tan apartado del mundanal ruido… Ah, cómo disfruté de ti sobre aquella simple manta, en el frío suelo. Cómo me excitaron tus gritos de dolor, tus súplicas.

Solo deseo repetirlo, aunque esta vez no será contigo, sino con la palomita que he cazado en los dominios de tu aborrecible segundo marido.

Llévalo hasta mí, completamente desarmado, y la dulce y alegre Alice sobrevivirá.

De lo contrario, jamás volveréis a verla con vida.

Siempre tuyo,

Arthur».

—Se la ha llevado. Quiere hacer un trueque. Gabrielle por mi esposa.

No dijo nada más, pero no hacía falta. Ramsay sabía lo que Thomas quería que hiciera.

—Me quiere a mí, Tom —murmuró, mientras se vestía a toda prisa y dejaba sus armas de lado. Después, posó las manos sobre sus hombros—. Yo me entregaré por Alice. No temas.

—Sin mi ayuda, nunca sabrás a dónde se la ha llevado. —Con la misma determinación, Gabrielle, ya vestida, cogió las pistolas que había comprado para acompañarlo a Bruselas—. No me miréis así. La nota habla de que Ram acuda desarmado, pero no dice nada acerca de mí.

—Ni lo sueñes, *milady*. Tú te quedarás aquí.

—Ni lo sueñes, milord. Esto ha empezado por mí, y terminará de la misma manera.

Lo desafió con su mentón en alto, y una mirada determinante que no le sirvió para que su marido no intentara arrebatarle las armas.

—Es demasiado peligroso. ¡No pienso consentirlo! —bramó él, forcejeando.

—Es necesario.

—Si te ocurriera algo…

—Me protegerás, igual que lo has hecho hasta ahora. Tenemos la oportunidad de cazar al asesino de mi tío, al hombre que hirió a Sebastian y al secuestrador de Alice. Podéis ir a las autoridades, y confiar en su eficacia mientras esperáis, o fiaros de la mía.

—¡Las autoridades poco tienen que ver en esto! *Dhia…* ¿Quieres entrar en razón?

—Llevo siendo razonable toda mi vida, ¡y he sido completamente infeliz! No voy a permitir que me arrebaten aquello que más quiero, escocés. —De un tirón, recuperó sus pistolas y miró a los dos hombres con fuego en los ojos—. Si queréis conduciros de forma civilizada, siempre podéis ir hasta Bow Street. Pero también podéis confiar en mí, aunque sea una dama de alta alcurnia. Una mujer, a fin de cuentas.

Ram apretó los dientes. Se estaba quedando sin argumentos de peso, y a Tom parecía ocurrirle otro tanto. No podía negar que su bella esposa estaba en lo cierto, pero solo con pensar el peligro al que la expondría, todo el vello del cuerpo se le erizaba.

—Gabrielle… —intentó por última vez.

—Tu orgullo masculino quedará intacto si tengo que usarlas, no te preocupes. —Ella le guiñó un ojo con total desfachatez, y las guardó en la cinturilla de su falda, a buen recaudo—. ¿Y bien? ¿Ya habéis tomado una decisión? Porque os recuerdo que, mientras discutimos, la vida de una inocente está en peligro.

—Espero no arrepentirme de esto, porque entonces jamás te lo perdonaré. —Siseando algo por lo bajo, se dirigió a Ezekiel—. Busca a Willis. Que te lleve hasta los agentes. Cuéntales todo, con todo detalle. Y luego, indícales el camino que nosotros vamos a emprender. Rezaremos para que lleguéis a tiempo…

Poco después, cabalgaban siguiendo la estela de Gabrielle en la oscuridad iluminada por la luna. Todo él estaba en tensión cuando ella se detuvo al fin, en lo alto de una loma, y señaló hacia la figura oscura que se perfilaba abajo.

—Es ahí —susurró, descendiendo de su montura sin ayuda.

Ram se dirigió a Tom cuando él hizo ademán de acompañarlos.

—Estás tan desarmado como yo. Solo le servirías de estorbo.

—Es mi mujer, primo. Daría mi vida por ella con gusto.

—Lo sé, pero no es el momento de baladronadas sin fundamento. No quiero enterraros antes de tiempo. A ninguno. —Lo sujetó de los hombros con autoridad—. Pase lo que pase, escuches lo que escuches, quédate donde Alice pueda localizarte con facilidad, y no intervengas. —Después, los dos comenzaron a descender—. Tus pistolas, pequeña… ¿Las has escondido bien?

—El malnacido tendrá que desnudarme para encontrarlas. Pero tú se lo impedirás, ¿cierto?

Incluso en una situación así, ella era capaz de bromear. Abrumado, él la detuvo y la obsequió con un beso que le arrebató el sentido.

—¿Responde eso a tu pregunta? —murmuró.

—Responderá mejor cuando sigas besándome así, después de que todos estemos sanos y salvos.

Los dos cruzaron una mirada de apoyo incondicional, asintieron y, cogidos de la mano, abrieron la puerta de la cabaña, que no ofreció resistencia alguna.

Dentro todo eran sombras indefinidas. Un olor a rancio y cerrado les golpeó la nariz, pero no se soltaron mientras avanzaban, con el corazón paralizado y los ojos moviéndose constantemente a un lado y otro, esperando un ataque que no llegó.

En su lugar, escucharon una risa queda, escalofriante, un segundo antes de que alguien encendiera una vela, en un extremo de la pequeña estancia.

—Vaya, vaya, qué obedientes… Bienvenidos a mi humilde morada. Es un honor para mí que se hayan dignado a visitarme. ¿O debería decir para nosotros?

—Permanece a mi lado. No te separes de mí —siseó Ram entre dientes, cuando los dos vieron a Alice, maniatada y amordazada en una silla, con los ojos desmesuradamente abiertos por el pánico, mientras Jacob Ashworth les hacía una grotesca reverencia y se apartaba de su prisionera.

—¿Sorprendidos? Ya veo que no, lord Lexter. Quizá intuyó desde el principio que mis intenciones al acercarme a mi sobrina no eran

las mejores, pero el tiempo apremiaba. No tenía otra opción que descubrir parte de mis cartas, aunque no todas, como puede ver.

—No se moleste, Ashworth. Conozco su implicación en el asesinato de Reggie. —Por el rabillo del ojo, Ram vio la expresión de sorpresa de Gabrielle ante su mentira, pero ya habría tiempo de explicárselo, si lograban salir de esa con vida—. ¿Por qué cree que accedí a que su hijo cortejara a la baronesa?

—¡Así que la utilizó, del mismo modo que yo usé a Robert! Vaya… Sería un excelente soldado para nuestra causa, McKnight. Lástima de ese ridículo sentido del deber, que los ha traído aquí completamente solos. Debería prescindir de él si quiere sacar provecho a su increíble capacidad para desarrollar estrategias.

—Soy militar. Lo llevo en la sangre.

—También lo era Reggie, y mire donde acabó. —Jacob les dirigió una mirada despectiva cuando se colocó tras Alice con una pistola en la mano, en señal de advertencia—. Como habrá podido apreciar, no me he molestado en vigilar los alrededores. Hasta ese punto confiaba en que acudirían, siguiendo mis instrucciones al pie de la letra. Si Reggie hubiera hecho lo mismo, no habríamos tenido que llegar a esta situación. Pero era un cabeza hueca, además de un tozudo de lo más desagradable. ¡Ni siquiera sabiendo que yo estaba detrás de la muerte de los padres de Gabbie, fue capaz de darme lo que yo más deseaba en ese momento!

Los dedos de Gabrielle se quedaron rígidos entre los suyos, pero él la mantuvo sujeta.

—¿Fue usted? —susurró ella con incredulidad.

—No me digas que nunca sospechaste que había sido más que un simple accidente, chica… Me tomé demasiadas molestias; el resultado no fue todo lo satisfactorio que esperaba. Tú quedaste con vida. Y casada con un barón con el que, además, tuviste un hijo. Un montón de complicaciones que, aun así, habrían terminado si mi hermano no se hubiera marchado a vivir a aquella cloaca apestosa, en cuanto supo que yo estaba arruinado. El muy sinvergüenza me conocía lo bastante para saber que seguiría el rastro de tu inmensa fortuna como un sabueso…

—¿Estaba al tanto?

—Era la supervivencia de mi hijo o la tuya, muchacha. Entiéndelo. Lo encontré gracias a la hermandad. Una organización de la que, por cierto, el difunto barón formaba parte. Su hijo continuará la estirpe…

—Si fue usted quien le hizo daño, lo pagará caro —siseó Ram, avanzando hacia él.

—No le convienen ese tipo de bravatas, McKnight. —El cañón de la pistola presionó todavía más la nuca de Alice—. Reggie hizo lo mismo, y mire cómo acabó. Reconozco que fue un revés, agrandado por el pequeño detalle de que su furcia lo eligió a usted antes que al pusilánime de mi hijo. Robert no tiene sangre en las venas. Por eso, urgía quitarnos a la baronesa de encima. Cuando se demostrara que había perdido el juicio, al creer que su esposo aún estaba con vida, habría sido mucho más fácil acabar con ella para siempre.

—Pero nada salió como planeaban.

Ram seguía avanzando sin que Jacob se diera cuenta, absorto como estaba en su relato.

—La Hermandad de la Flor de Lis siempre tiene planes alternativos. Sus fines, perpetuar la pureza de sangre entre los miembros más influyentes de nuestra sociedad, seguirá adelante, a pesar de ustedes —reconoció con una sonrisa sesgada—. Sus tentáculos son demasiado largos y fuertes como para ser cortados de raíz. ¡Ni siquiera la corona británica estará a salvo! Lástima que ninguno viva para verlo. —Jacob abandonó a Alice y encañonó la frente de Ram con su pistola—. Usted será el primero, milord. No sabe cómo he deseado que llegue este momento. Cuántas veces, desde que tuve que rebajarme en su casa, solo para intentar apropiarme de lo que me corresponde por derecho, he soñado con esta misma escena. A pesar de que Lugh, mi jefe supremo, mató a esas dos putas insignificantes para allanarme el camino, tengo que agradecerle que me haya dejado lo mejor.

—No lo haga. Puede que ese tal Lugh sea un asesino, pero usted no.

—¡No me han dejado otra alternativa!

El gesto de Jacob se endureció cuando aumentó la presión, aunque pareció dudar.

Y ese fue el momento propicio para actuar.

Ram la empujó a su espalda para protegerla. Con un alarido feroz se lanzó sobre él, en un movimiento que ni siquiera el propio Jacob esperaba. Su fuerza, su juventud y su corpulencia eran mayores, y logró desviar el arma un instante antes de que esta se disparara.

Durante unos angustiosos minutos Gabrielle contempló cómo ambos forcejeaban, tratando de hacerse con el control del arma, hasta que ella reaccionó.

CINCUENTA Y DOS

Algo más primario que la razón se apoderó de su cordura.

Levantó la pistola y emitió un grito de guerra salvaje, dispuesta a acabar con su tío, pero fue otra detonación la que impactó de lleno en su pecho, logrando que cayera sobre Ram.

Gabrielle corrió hacia él con un grito ahogado de angustia, que se cortó en cuanto comprobó que su marido estaba ileso, quitándose a Jacob de encima para ponerse en pie.

Se encontraba cubierto de sangre que no era suya; con los ojos desorbitados buscándola. Cuando la encontró, tiró de ella para envolverla en un abrazo que lo dijo todo.

—*Mo bhreugaire beag*… —No esperó respuesta. Comenzó a palparla, en busca de lesiones inexistentes, antes de besarla como si fuera la primera vez que lo hacía—. *Dhia*! ¿Es que no puedes dejar de intentar salvarme? ¡Ni siquiera en el campo de batalla he pasado tanto miedo, maldición! —Fue entonces cuando los gemidos de Alice lo alertaron. cortó sus ligaduras y le arrancó la mordaza—. ¿Te encuentras bien, prima?

—Todo lo bien… que puedo estar… después de ser secuestrada por este energúmeno, amenazada con un arma… y obligada a ver cómo… mis seres queridos… han estado a punto de morir… —Reparó en la presencia de Robert, que permanecía mudo, contemplando el cadáver de su padre—. Señor de los cielos, ha terminado con su propio padre…

—Lo he matado. Cielo santo, he acabado con él… —A continuación, el propio Robert se abalanzó sobre él, zarandeándolo como si todavía estuviera vivo—. ¡No puede morir aún, maldito

canalla! —gritó enrabietado—. ¡Antes tiene que decirme quién es ese Lugh! ¡De lo contrario, no podré remediar todo el mal que ha hecho!

—Ashworth, tiene que tranquilizarse.

Ram intentó apartarlo, pero fue inútil. Rob parecía en mitad de una vorágine de ira largo tiempo reprimida, que había elegido aquel momento para salir a la luz.

—¡Él forma parte de esa horrible hermandad que ha mencionado! —gritó, mostrándoles la flor de lis que Jacob llevaba tatuada—. Debí intervenir antes, pero necesitaba escuchar toda la información que les ofreció, en la creencia de que nunca saldrían de aquí con vida. ¡Y ahora…!

—Ahora, inventaremos una historia creíble. Los ladrones ya se han ido.

—¿C-Cómo dice?

—Que los ladrones, que fueron sorprendidos en esta cabaña, propiedad de la condesa de Lexter, lograron huir después de disparar a su padre, que intentó detenerlos, y antes de que nosotros llegáramos, alertados por el disparo. Cuando la condesa y yo escuchamos el disparo, corrimos hacia aquí, pero ya era demasiado tarde. Usted y su padre llegaron antes, y aunque Jacob intentó detenerlos, terminó muerto, en tanto que usted… Perdóneme —se excusó, antes de darle un par de puñetazos en la mandíbula, y otros tantos en el vientre, para que terminara sangrando, en el suelo y aturdido.

—¡Ram, has perdido el juicio!

—Debe parecer real.

Justo en ese momento, cuatro agentes, acompañados por Ezekiel y Tom, irrumpieron en la cabaña.

—¡Dios mío, Alice!

Ignorando todo lo demás, Thomas se precipitó hacia ella, hasta que se fundieron en un abrazo. Después, salieron de la cabaña. Gabrielle contempló atónita cómo Ram explicaba a los agentes la misma versión de los hechos que acababa de escuchar. Consiguió total credibilidad por su parte.

Y eterno agradecimiento por la de Robert.

El conde acababa de salvaguardar la reputación de su padre, y con ella, la de su familia. El verdadero culpable de la muerte de Reggie había sido castigado. Muerto por su avaricia desmedida. Si sus crímenes hubieran salido a la luz, Rob habría terminado preso, su familia se hubiera visto deshonrada y, como estaban arruinados, habrían acabado en la calle, o en la cárcel de deudores.

De pronto cayó de rodillas, superada por las circunstancias.

Había tenido que ver el cañón de una pistola en la frente de su esposo, para darse cuenta de la magnitud real de lo que albergaba su corazón.

—Gabrielle…

El sonido de su nombre, pronunciado como un susurro lleno de angustia e incertidumbre, la hizo despertar de su letargo. De pronto, lo ocurrido en aquella cabaña llegó para golpearla con una puntería estremecedora. No sabía cómo había logrado sobreponerse a sus propios recuerdos para conservar a los suyos a su lado, pero cuando lo pensó, una debilidad desconocida hizo que sus piernas flaquearan, y que todo le diera vueltas cuando logró ponerse en pie. Por fortuna, Ram la sostuvo y la sacó de la cabaña. Las voces, las personas, los olores de la muerte, formaron una bruma compacta que no fue capaz de diferenciar.

Solo el aroma inconfundible de su marido la ayudó a anclarse a la realidad. Solo la fuerza de su abrazo consiguió que el terror provocado por el mal, remitiera. Solo sus susurros y sus besos lograron que su mente regresara del lugar infecto que Arthur había confeccionado con sus actos, hasta destruirlo por completo.

—Necesito salir de aquí… —murmuró, aferrándose a su cuello.

—Claro, cariño. Yo te sacaré.

—¡Tú dejaste que Rob me cortejara, sabiendo que su familia, o él mismo, podrían estar implicados en la muerte de Reggie! —exclamó, como si acabara de salir de su letargo—. ¡Debería renegar de ti, maldito escocés!

—No puedes, porque me amas. —En ese instante, su primo quiso acercarse, pero Ram le hizo una señal para que permaneciera junto a los agentes, ofreciéndoles todo tipo de detalles acerca de lo que Jacob había hecho y de sus razones—. Uno de los motivos por los

que te he robado el corazón, ha sido por esa historia que ahora mismo Ashworth está contando a los policías, ¿verdad?

—Odio reconocerlo, pero sí.

—Alégrate en lugar de odiarlo, pequeña. Gracias a Jacob, ahora sabemos que existe una hermandad cuyos tentáculos pueden alcanzar al regente en persona. Que sus miembros lucen el tatuaje de una flor de lis. Que, al parecer, sus cargos son hereditarios, y por esa razón la grabaron en la muñeca de Bastian… Y que nosotros romperemos la tradición.

El corazón de Gabrielle comenzó a galoparle en el pecho.

—¿De verdad? —murmuró.

—Claro, tesoro mío. —Ignorando toda la confusión generada a su alrededor, la tomó por la cintura y la besó apasionadamente—. Sebastian y tú sois mi familia. Mi razón de vivir. Haré lo que sea necesario para manteneros a salvo. El niño no se separará de nosotros. Estará a salvo. Y tú también. Porque sin ti, yo también estoy en peligro de morir.

—Ram…

—Siempre te he amado. Creo que ya lo hacía cuando interpusiste tu mano entre aquel puñal y yo, salvándome sin conocerme. Te amaba cuando fingiste que te habías torcido el tobillo para preservar mi orgullo... y te amaré el resto de mi vida si me aceptas. —Entonces, se arrodilló junto a ella y tomó su mano entre las de él—. *Milady* ¿quieres ser mi esposa?

—Pero ya estamos casados, escocés.

—Falta por engarzar nuestras almas del mismo modo que hemos hecho con nuestros cuerpos y, espero, con nuestros corazones. Un día perdí mi alma, y tuve que bajar al mismísimo infierno a recuperarla. Ahora te la regalo, Gabrielle. Es tuya, como el resto de mí. Si me das a elegir entre la mujer que amo con toda mi alma, y cualquier otra cosa, entonces te elijo a ti, tesoro mío. Me casaré contigo tantas veces como sean necesarias para que me creas…

—No será necesario. Levántate, milord. No voy a consentir que el hombre de mi vida se arrodille ante mí —murmuró, sobrecogida al ver el brillo de arrepentimiento en los ojos grises cuando Ram la obedeció, y ella se colgó de su cuello para recompensarlo con un

beso que sabía a bienvenida. A perdón, a segundas oportunidades—. Pero deberías pensar en Lugh. Quienquiera que sea, sigue suelto. Suponiendo una amenaza para ti.

—La única amenaza a la que temo, es a que tú me dejes algún día.

—En ese caso… Pierde cuidado, McKnight. —Con una sonrisa pícara, ella se acercó a su oído—. No soy tan estúpida como para renunciar a toda tu sabiduría en las artes amatorias que ya me has demostrado, así que tienes por delante toda una vida para seguir haciéndolo, McKnight. Mi bravo caballero de brillante armadura.

La carcajada de Ram interrumpió incluso la investigación de los agentes, pero ni siquiera se dieron cuenta.

Para ellos, su condena había terminado. Al fin y para siempre.

EPÍLOGO

Todo era un absoluto desastre.

Los periódicos se habían hecho eco de la muerte de Jacob en una cabaña escondida de la civilización, pero también de esa historia, que parecía sacada de la peor novela por fascículos, acerca de un ladrón al que, de momento, nadie había atrapado.

Ni lo harían, pensó Lugh con fastidio, mientras se paseaba inquieto por su guarida particular, esperando a su inminente visita.

Damien se hallaba con John, paseando a caballo por los alrededores, así que no había peligro de que fuera descubierto, captando nuevos adeptos para la hermandad.

Porque eso era lo que se proponía hacer. En breve.

Cuando un lacayo anunció la visita de la pareja, procuró no ponerse nervioso. Para ello, apuró el coñac de su copa y se alisó su impoluto traje mientras se colocaba junto a la chimenea, adoptando un aire despreocupado.

Era crucial que ninguno de ellos tuviese la menor duda acerca de lo que se llevaría a cabo aquella tarde, en aquel salón, y bajo su atenta supervisión.

—Gracias, James, puedes retirarte —le dijo al lacayo, antes de exhibir una de sus mejores sonrisas—. Bienvenidos… Estaba deseando recibir su visita.

—Al igual que nosotros, señor…

—Pueden llamarme Lugh.

—Bien. Señor Lugh, después de que Jacob haya muerto, y conociendo lo que en realidad pudo ocurrir, su memoria exige una satisfacción —comenzó la mujer—. No puedo retar a duelo al conde

de Lexter. Primero, porque no soy un hombre, y segundo, porque no consta ninguna ofensa que así lo requiera.

—¿Por qué no se ponen cómodos y toman algo? Yo mismo se lo serviré. Como comprenderán, mi servicio en esta casa debe ser escueto, por decirlo con delicadeza. La discreción es crucial. —Esperó hasta que ambos se sentaron y les ofreció una copa de buen Oporto que ninguno de los dos rechazó, a pesar de la tensión que había enrarecido el ambiente desde su aparición—. Bien. Respondiendo a su sugerencia, señora, le diré que, en efecto, habrá una satisfacción. Pero para ello, tendremos que actuar con mucha cautela.

—¿Como hasta ahora? —intervino el hombre con ironía.

—Como siempre hemos hecho, a pesar de las contrariedades. Veo que es usted bastante más joven que su acompañante. ¿Ella es su madre?

—No, pero podría serlo —intervino la aludida—. ¿Necesita conocer este tipo de detalles? Porque cuando recibí su nota requiriendo mi presencia, no se mencionaba en ella nada al respecto…

—Tampoco en la mía —puntualizó el hombre.

—Oh, les ruego que no me malinterpreten. Por supuesto, los lazos que los unen, si es que existen, son importantes. Para mí, al menos, ya que a partir de ahora es a quien deberán rendir cuentas y de quien recibirán órdenes.

La pareja intercambió una mirada enigmática. Por un segundo, Lugh pensó que la dureza encubierta de sus palabras les haría echarse atrás. Un lujo que no se podía permitir, dada su relación con el difunto Jacob. Pero finalmente, los dos asintieron.

—Él es el pretendiente de mi hija mayor —informó la mujer, con la misma petulancia que solía emplear él al dirigirse a sus inferiores —. El primogénito de su familia. Heredará un título menor, sí, pero también le ofrecerá a mi pequeña una situación económica, como poco, envidiable.

—Así pues, pronto emparentarán como suegra y yerno. Perfecto. Cuando hay lazos familiares e intereses económicos de por medio, la efectividad resulta impresionante.

—¿Y para qué debemos ser efectivos?

—Para contribuir a la caída del regente. Antes de que llegue a ser rey. Pero para eso, tendremos que cortar todas sus influencias, tanto aquí como en el extranjero. Él, en cierta manera, es el culpable de nuestra situación de servilismo extremo. Incluso de la muerte de Jacob, y tantos otros antes que él.

Los rostros que le observaban reflejaron una sorpresa absoluta.

—Me parece una empresa demasiado ambiciosa.

—*Milady*, su escepticismo solo puede ser consecuencia de su ignorancia, sin pretender ofenderla, por supuesto. ¿Quién cree que ayudó a Napoleón en su primera fuga? ¿De dónde provenía la persona que intentó atentar contra Wellington antes de Waterloo?

—Teniendo en cuenta las últimas noticias al respecto, han tenido un resultado nulo.

—Milord, para triunfar, a veces hay que perder. —Malditos inútiles, pensó mientras seguía exhibiendo su talante más conciliador—. Pero la hermandad cada vez cuenta con más integrantes de sangre azul. La aristocracia tiene el poder en los círculos cercanos a la realeza, y la burguesía está creciendo a pasos agigantados. Si contamos con un apoyo significativo en ambos estamentos, nuestro propio orden social pronto imperará en nuestro país, pero también en otros. Esa, señores, será la manera en la que vengaremos la muerte de Jacob y de todos los demás. —Con el ceño fruncido, se inclinó hacia ambos, guardando las distancias, y pasó su mirada dura de uno a la otra—. Inocularemos nuestro veneno poco a poco, en silencio. Cuando quieran darse cuenta, estarán tan enfermos, tan débiles, que no podrán hacer otra cosa que rendirse a nosotros. El poder será nuestro. Un poder absoluto e irrevocable, en el que todos, incluidos ustedes, tendrán un papel imprescindible. Eso es lo que les ofrezco. Para eso les he mandado llamar.

—¿Y… si no aceptáramos?

Aquella era la parte que más le gustaba. El golpe de gracia, por el que todos comprendían su supremacía absoluta sobre ellos.

—En ese caso, me temo que no saldrán vivos de aquí —respondió, con un indiferente encogimiento de hombros—. No puedo

arriesgarme a que la información que acabo de ofrecerles salga de aquí, compréndanme…

Los dos volvieron a mirarse, esta vez con sus rostros reflejando el miedo y la impotencia.

Quizá se estaban arrepintiendo de haber acudido a su llamada de un modo tan impulsivo. Se sentirían frustrados por no poder dar marcha atrás, y furiosos por permitir que un ser omnipotente como él, se hubiera aprovechado de su desesperación para atraerlos al infierno.

No importaba, se dijo cuando ellos dirigieron sus ojos, llenos de forzada sumisión, de nuevo hacia él.

Había vuelto a vencer. Siempre renacería de sus cenizas. Por muchos contratiempos que tuviera que padecer y muchos recursos a los que tuviera que renunciar, siempre contaría con otros que los reemplazarían.

Como aquellos dos que, sujetando con fuerza los brazos de los sillones sobre los que se hallaban sentados, terminaron asintiendo.

—De acuerdo —murmuró el hombre—. Cuenta con mi apoyo en lo que yo pueda serle de ayuda.

—Y con el mío —refrendó la mujer.

Lugh sonrió.

Había visto el brillo de la furiosa codicia en sus miradas. El germen del poder infinito que él había implantado en sus mentes, y que resultaba infalible.

Ya habían vendido su alma al diablo. Y el diablo haría buen uso de ellas…

CONTINUARÁ...

Gracias por leer esta novela.
Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este dódigo QR con tu móvil puedes acceder directamente a la valoración.



Y para agradecértelo, te dejo la introducción de FURIA, la segunda entrega de la serie, EL CLUB DE LOS BASTARDOS

INTRODUCCIÓN

Londres, 1816

La joven avanzó a través de la lluvia, en mitad de la noche.

Con su vestido de muselina empapado y pegado al cuerpo, se arrastraba por la calle, sintiendo el filo cortante del viento que se colaba hasta sus huesos.

Sus pasos eran lentos, pesados. Con la mano temblorosa, se tocó el labio partido. La piel rota, el dolor sordo, era un recordatorio constante de la violencia de la que acababa de escapar. El sabor metálico de la sangre se mezclaba con el salado de sus lágrimas.

Acababa de perder sus sueños y esperanzas.

Se acababa de convertir en una ruina. Una vasija rota. Un objeto abandonado.

Su mente era un torbellino de pensamientos oscuros. Los susurros de su madre en su niñez sobre las «mujeres caídas» resonaban ahora con una claridad aterradora.

Porque estaba a punto de convertirse en una de ellas.

De todas las casas a las que podría haber acudido, sus pies la habían llevado a la más conocida para tales fines. Había oído los rumores, los murmullos sobre la famosa cortesana de Londres, una mujer que vivía en una opulencia inimaginable, con una clientela compuesta por los hombres más poderosos de la aristocracia. La dirección era un secreto a voces. A pesar de su terror, la muchacha sintió una punzada de curiosidad y una extraña esperanza de encontrar en ese lugar lo único que buscaba: un destino que acababa de aceptar.

Se detuvo frente a una puerta, con un reluciente picaporte de latón en forma de león. Sus dedos temblaban tanto que apenas

pudo alzar la mano y golpear. Esperó, su corazón latiendo en sus oídos, una eternidad.

Hasta que oyó pasos que se acercaban desde el interior.

El picaporte giró y la puerta se abrió. La luz que emanaba del pasillo era de un suave resplandor dorado, teñido por el brillo de las lámparas de gas. Ante ella apareció la figura de una mujer alta, con un vestido de seda de un verde oscuro que se ceñía a su silueta, erguida con una elegancia imponente. Su cabello, de un cobrizo intenso, estaba recogido en un elaborado moño, y sus ojos, de un tono ámbar, la miraban con una mezcla de curiosidad y desdén. Su rostro, sin embargo, tenía una dureza que no encajaba con la hermosura de su semblante.

La cortesana estudió a la muchacha de arriba abajo. Sus ojos se pasearon por en el labio roto, por el cabello suelto.

Por el temblor que recorría todo su cuerpo.

—¿Quién eres? —preguntó. Su tono no era agresivo, pero tenía una autoridad innegable—. ¿Y qué quieres a estas horas de la noche?

Ella sollozó, incapaz de articular palabra. La lluvia, que hasta ese momento parecía un sonido ajeno, se volvió un eco de su propia pena.

La mujer volvió a preguntar, esta vez con una pizca de impaciencia.

—No puedo estar pendiente de jovencitas perdidas y borrachas. Mi tiempo vale más que el tuyo, querida. Así que habla. ¿Quién eres y qué demonios quieres?

Con un esfuerzo supremo, ella levantó la cabeza y miró a la mujer a los ojos. Las lágrimas nublaban su visión, pero la angustia la obligó a hablar.

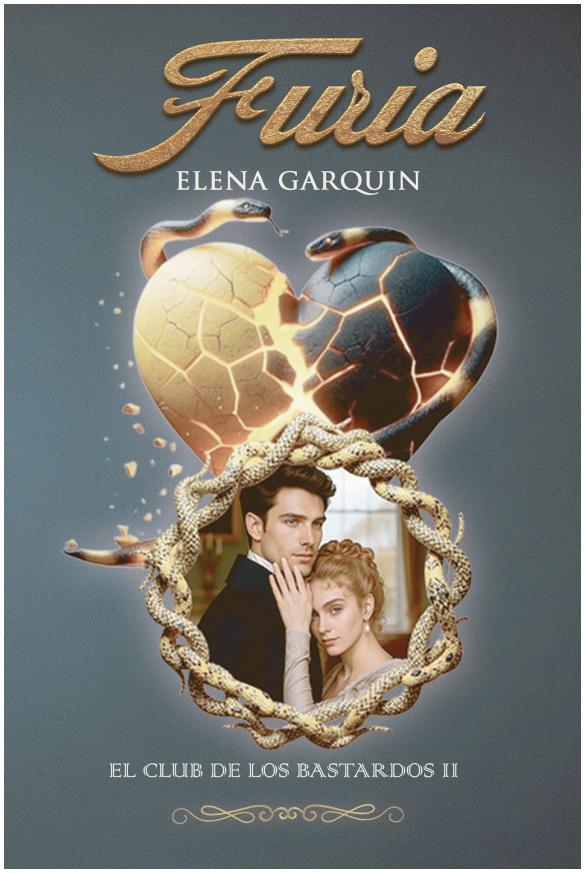
—Estoy arruinada. He venido a... a pedirle que me muestre el camino. Porque no puedo ser nada más que esto.

Si te ha gustado, puedes descargártela escaneando el código QR que te dejo a continuación, junto con mi infinito agradecimiento.



LANZAMIENTO EL 2 DE DICIEMBRE

Cuando la reputación y el deber lo es todo, el amor puede convertirse en un juego muy arriesgado.



Robert Ashworth, antiguo libertino, ha jurado vivir como un vizconde intachable. Su disciplina, sin embargo, se tambalea cuando conoce a **Mariah Wallace**, una joven que, tras perderlo todo, se ha convertido en la cortesana más famosa de Londres.

Aunque la hermosa escocesa no confía en caballeros ni en promesas, la rectitud de Robert despierta una **esperanza** que creía muerta. Él, en cambio, se enfrenta a un **deseo** que amenaza con quebrar sus firmes principios.

Pero una **conspiración** se está gestando entre las sombras. Y mientras el **peligro** crece, Robert y Mariah deberán enfrentarse al precio de entregarse al **amor.**

Sumérgete en la segunda entrega de la serie EL CLUB DE LOS BASTARDOS. Una pasión furiosa y adictiva, que te dejará sin aliento (serie en curso).

[1] Primo, en gaélico escocés.

[2] Los Bow Street Runners (los "corredores de Bow Street", en inglés) fue el nombre por el cual se conoció popularmente al cuerpo de policía existente en Londres, Reino Unido, entre 1749 y 1838.

[3] Mi pequeña mentirosa, en gaélico escocés.

[4] Tranquila, mi pequeña mentirosa. Ya estoy aquí, contigo. Nada malo va a ocurrirte a mi lado...

[5] Tesoro mío, en gaélico escocés.

[6] Santo Dios, perdóname. Lo último que deseo es hacerte daño...

[7] Pobre diablo…

[8] Lugar donde se examinaban caballos para subastar.

[9] Fue una de las compañías bancarias comerciales más antiguas de Londres, establecida a mediados del siglo XVIII, que tuvo una influencia significativa en el mundo financiero de la época, a pesar de su posterior colapso en 1995.

AGRADECIMIENTOS

Esta novela es mi primera incursión en la épocade la Regencia inglesa. Solo por eso, mis agradecimientos son más intensos, si cabe, para todos los que lo han hecho posible. Personas valiosas e irreemplazables, que tienen un corazón de oro...

GRACIAS una vez más, a mi hija Marta. Sus nociones acerca del color en una composición, y su gusto (evidentemente mejor que el mío, jajajaja), siempre son un incentivo a la hora de crear mis portadas. Te quiero, cariño.

GRACIAS, muy, pero que muy especiales, a Mapita. Ese pozo de sabiduría inmensa, con una mente privilegiada que la complementa, y que me ha guiado en mis meteduras de pata con los detalles que hacen de las novelas de Regencia un subgénero en sí mismas. ¡Ay, mi Mapi, cuánto te quiero! ¡Cuánto necesito de esa dedicación que le das a mis manuscritos, hasta transformarlos de patitos feos en elegantes cisnes! ¡Cuánto me rio con nuestros audios, y cómo siento esa personalidad tuya que siempre me ha envuelto con todo el cariño desinteresado que siempre me demuestras! Si en el mundo hubiera más gente como tú, sin duda sería un lugar mejor.

GRACIAS, de nuevo después de un tiempecito, a Nani, mi chica de Huelva, eficiente e implacable con las repeticiones de palabras, entre otras meteduras de pata que siempre me corriges. Con tus bromas siempre me sacas una sonrisa. ¡Y tu profesionalidad consigue que mis manuscritos queden de diez y medio por lo menos! Sabes que eres un valor imprescindible para mí, ¡así que vete sacando punta al lápiz de corregir que te esperan otras seis entregas!

GRACIAS, como siempre, a mi Nira. ¡Ains, mi niña canaria, qué te diré que tú no sepas! Lo primero, que te quiero un montón y más allá, eso independientemente de tu ojo de águila infalible. Tienes un corazón que no te cabe en el pecho, una capacidad de sacrificio que me da mucha, pero que mucha envidia, y un concepto de amistad que puede parecer obsoleto, pero que comparto contigo al cien por cien. Por eso puedo llamarte AMIGA, así con mayúsculas, sintiéndome además muy honrada de poder hacerlo. Es un privilegio tenerte en mi vida, y en mis historias.

Mapita, Nani, Nira... Solo pido seguir teniéndoos como amigas, como seres de luz que iluminen mi vida, y por supuesto, ¡como mis beta preferidas! Os adoro. Mucho.

GRACIAS a mi familia, que siempre me ha apoyado, me apoya y, espero, seguirá apoyándome en esta empresa, tan fascinante como llena de incertidumbre, soledad y dureza, como es la escritura creativa. Sois el motor de mi existencia. Sin vosotros, viviría en una oscuridad perpetua. Os quiero.

Y por último, pero no por ello menos importante, GRACIAS a todos vosotros, mis preciosos lectores, por apoyarme con vuestras lecturas, con vuestros comentarios, vuestras reseñas y vuestras estrellitas en las plataformas digitales y en redes sociales.

Se os quiere.